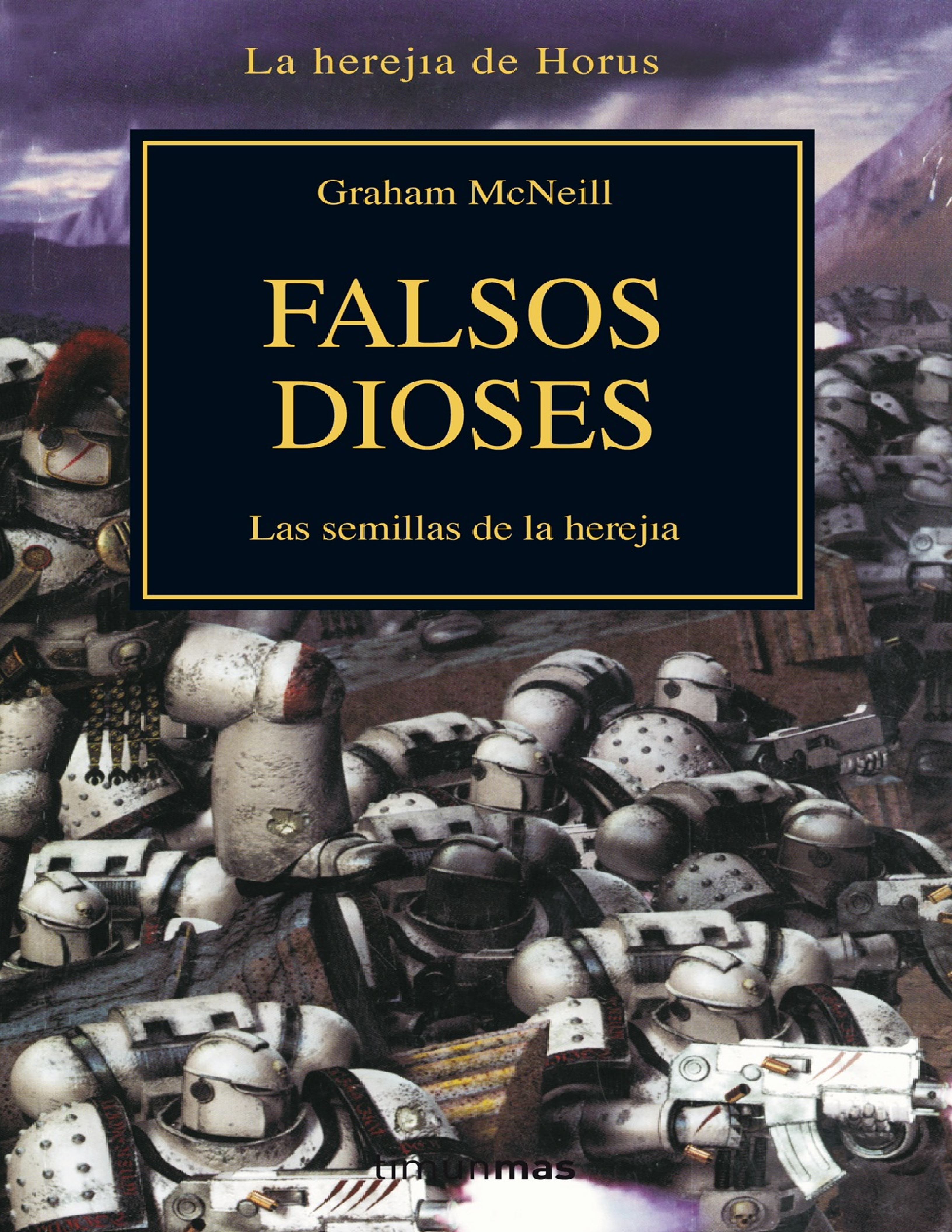

La herejıa de Horus
Graham McNeill
FALSOS DIOSES
Las semillas de la herejıa
timunmas

La novela se centra en la etapa de máximo esplendor de la Gran Cruzada, ideada por el Emperador, para someter bajo su mando a todos los planetas del la galaxia.

El elegido para comandar la tarea de la Gran Cruzada es Horus, nombrado Señor de la Guerra, y primarca del capitulo de los Mil Hijos de Horus.

Horus es reclamado por el capitulo de los Portadores de la Palabra, para dar fin a una revuelta de un planeta ya conquistado anteriormente, llamado Davin. A pesar de la reticencia del concilio de los Hijos de Horus, sobre volver a ese planeta para ser reconquistado por parte del mismo Horus, el Señor de la Guerra es convencido por las artimañas del sacerdote de los Portadores de la Palabra para ir el mismo en persona.

Pero algo ha cambiado en aquel planeta desde su última visita, la vegetación esta sumida en una especie de enfermedad, el silencio embarga aquel lugar, y la apariencia de vida, es nula. Algo ha sucedido en ese planeta, y lo que es peor, los marines encargados de salvaguardar la paz en el no aparecen.

Pronto empiezan los problemas, cuando sus hermanos son desconocidos para el mismo Horus. Sus carnes putrefactas, sus caras desencajas, sus ojos vacíos, solo queda una opción, matar a todos aquellos seres antes que ellos se abalancen sobre su yugular y acaben con su vida.

Graham McNeill

Falsos dioses
Las semillas de la Herejía

Warhammer 40000. La Herejía de Horus 2

ePub r1.4
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *False Gods*
Graham McNeill, 2006
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2006)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a las innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una era nueva de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador en una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados

legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado el Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente y su ambición no conoce límites.

El escenario está dispuesto.



DRAMATIS PERSONAE

Hijos de Horus

HORUS	Señor de la Guerra, Comandante en Jefe de la Legión de los Hijos de Horus.
EZEKYLE ABADDON	Primer capitán de los Hijos de Horus.
TARIK TORGADDON	Capitán de la Segunda Compañía de los Hijos de Horus.
IACTON QRUZE	*El Que se Oye a Medias*, capitán de la Tercera Compañía de los Hijos de Horus.
HASTUR SEJANUS	Capitán de la Cuarta Compañía de los Hijos de Horus (Fallecido).
HORUS AXIMAND	*Pequeño Horus*, capitán de la Quinta Compañía de los Hijos de Horus.
SERGHAR TARGOST	Capitán de la Séptima Compañía de los Hijos de Horus, Señor de la Logia.
GARVIEL LOKEN	Capitán de la Décima Compañía de los Hijos de Horus.
LUC SEDIRAE	Capitán de la 13.ª Compañía de los Hijos de Horus.
TYBALT MARR	*El Uno*, capitán de la 18.ª Compañía de los Hijos de Horus.
VERULAM MOY	*El Otro*, capitán de la 19.ª Compañía.
KALUS EKADDON	Capitán de la Escuadra de Reavers Catulana, Hijos de Horus.
FALKUS KIBRE	*Hacedor de Viudas*, capitán, Escuadra de Exterminadores Justaerin, Hijos de Horus.

NERO VIRUS	Sargento, Escuadra Táctica Locasta, Hijos de Horus.
MALOGHURST	*El Retorcido*, Palafrenero del señor de la guerra, Hijos de Horus.

Los Primarcas

ANGRON	Primarca de los Portadores de la Palabra.
FULGRIM	Primarca de los Hijos del Emperador.

Otros Marines Espaciales

EREBUS	Primer capellán de los Portadores de la Palabra.
KHARN	Capitán de la Octava Compañía de Asalto de los Portadores de la Palabra.

La Legio Mortis

PRINCEPS ESAU TURNET	Comandante del *Dies Irae*, Titán de la clase Emperador.
MODERATI PRIMUS CASSAR	Uno de los tripulantes mayores del *Dies Irae*.
MODERATI PRIMUS ARUKEN	Tripulante del *Dies Irae*.

Davinitas

SACERDOTISA PRINCIPAL AKSHUB	Líder de la Logia de la Serpiente.
TSI REKH	Coodinador Davinita.
TSEPHA	Cultista de Davin y facilitador para Akshub.

Personajes Imperiales

PETRONELLA VIVAR	Palatina Majoria de la Casa Carpinus. Uno de los vástagos de una poderosa familia Terrana.
MAGGARD	Guardaespaldas de Petronella.
SEÑOR COMANDANTE VARVARAS	Comandante de las fuerzas del Ejército Imperial adjunta a la Legión de Horus.
ADEPTO MECÁNICO REGULUS	Mechanicum adjunto a Horus, comanda a los robots de la Legión y de encarga del mantenimiento de las máquinas de combate.



PRIMERA PARTE
EL TRAIDOR

Es una locura que los hombres se crean grandes jugadores en el escenario de la historia, que sus acciones podrían afectar la fuerza imparable del paso del tiempo. Es la fantasía aislada de algún hombre poderoso al dormir cada noche con la almohada firmemente apretada contra su pecho, el tener la certeza de que, sin su presencia, el mundo desaparecería, las montañas se derrumbarían y los mares se secarían. Pero si la historia nos ha enseñado algo, es que, con el tiempo, todas las cosas desaparecen. Innumerables civilizaciones anteriores a la nuestra no son nada más que polvo y huesos, y los más grandes héroes de su tiempo son leyendas olvidadas. Ningún hombre vive para siempre e incluso así como la memoria se desvanece, también lo hará todo recuerdo de él.

Es una verdad universal y una ley ineludible que no se puede negar, a pesar de las protestas de los tontos, los arrogantes y los tiranos.

Horus fue la excepción.

Kyril Sindermann,
Prefacio a Los Rememoradores

Se necesitarían un millar de clichés para describir al Señor de la Guerra, cada uno más verdadero que el anterior.

Petronella Vivar,
Palatina Majoria de la Casa Carpinus

Todo se degenera en manos de los hombres.

Ignace Karkasy,
Meditaciones sobre el héroe Elegíaco



Magnus el Cíclope, Rogal Dorn, Leman Russ: los nombres que suenan con historia, los nombres que forman la historia. Sus ojos recorrieron la lista: Corax, Acechante Nocturno, Angron… Y así sucesivamente a través de un legado de heroísmo y conquista, de mundos reclamados en el nombre del emperador como parte de la cada vez mayor Imperio del Hombre.

La emociona sólo el resonar de los nombres en su cabeza.

Pero más que cualquiera de ellos era el nombre en la parte superior de la lista.

Horus, el Señor de la Guerra.

Lupercal, ella oyó a sus soldados llamarlo así, un apodo cariñoso para su amado comandante. Era un nombre ganado en los fuegos de la batalla: sobre Ullanor, sobre Murder, sobre 63-19, en un mundo que sus engañados habitantes, conocían como Terra, y miles de otras batallas que aún no habían registrado sus implantes mnemónicos.

La idea de que estaba muy lejos de las extensas propiedades de la familia en Kairos y pronta a poner los pies en la *Espíritu Vengativo* para registrar la historia viviente, la dejó sin aliento. Pero ella estaba aquí para hacer algo más que simplemente registrar el desarrollo histórico, ella sabía, el fondo de su alma, que Horus era la historia.

Ella se pasó una mano por su largo cabello, negro como la medianoche, peinado según un estilo considerado moderno en la corte de Terra, no uno que cualquier

persona en esta alejada región del espacio reconocería, hacienda que sus uñas trazaran un camino descendente por su inmaculada piel. Su característica piel olivácea había sido cuidadosamente moldeada por una vida de riqueza y escultura facial para resultar regia y distinguida, con el toque justo de retraimiento plasmado en la orgullosa línea de su mandíbula.

Alta y llamativa, se sentó en su escritorio de madera de arce, una reliquia de familia que su padre con orgullo presumía había sido un regalo del emperador a su tatara-tataraabuela, gran, gran honor al gran juramento en los Urales. Comenzó a escribir en su tabla de datos con su mnemo-pluma dorada, temblando a causa de su entusiasmo. Palabras al azar se arrastraron por la superficie brillante de la tabla, mientras que los cristales orgánicos de la pluma recogían los pensamientos de sus lóbulos frontales.

Cruzada… Héroe… Salvador… Destructor.

Ella sonrió mientras que borraba las palabras con el golpe de una uña elegantemente manicurada, de borde cuidadosamente pulido, y comenzó a escribir en letra cursiva, con pronunciados barridos de la pluma.

Es con gran corazón y un sentido solemne del honor que yo, Petronella Vivar, Palatina Majoria de la Casa Carpinus escribo estas palabras. Por largos años he viajado desde Terra, sufriendo muchas penalidades y molestias…

Petronella frunció el ceño y rápidamente borró las palabras que había escrito, ofuscada por haber copiado la antinatural afectación que tanto la enfurecía de los rememoradores que habían sido enviados desde la vanguardia de la Gran Cruzada.

Los textos de Sindermann la irritaban en particular, aunque en los últimos tiempos se habían convertido en unos pocos y espaciados entre sí. Dion Phraster había producido algunas sinfonías aceptables —nada que se disfrutaría más de un día o aún menos en los salones de baile Terranos— y bastante agradables, y los paisajes de Keland Roget eran ciertamente vibrantes, pero poseía una hipérbole en el trazo de pincel que ella sentía bastante injustificada.

Ignace Karkasy había escrito algunos poemas pasables, pero ofreció una imagen de la cruzada que a menudo se cree poco favorecedora para una empresa tan maravillosa (en especial Sangre por un Malentendido) y a menudo se preguntaba por qué el Señor de la Guerra permitía que salieran de su pluma tales palabras. Se preguntó si tal vez los textos subyacentes de la poesía estuvieran más allá de su alcance, y luego se echó a reír ante la idea de que cualquier cosa podría pasar con

alguien como Horus.

Ella se sentó en su silla y colocó la pluma en la fuente del Leteo, cuando súbitamente la asaltó una duda. Ella era tan crítica con los otros rememoradores, pero aún no había probado su propia valía entre ellos.

¿Podría hacerlo mejor? ¿Podría reunirse con el héroe más grande de su época —un dios como algunos le llamaban, a pesar de que era un concepto ridículo, pasado de moda en estos días— y lograr lo que, en su opinión, no habían logrado hacer? ¿Quién era ella para creer que su insignificante habilidad podía hacer justicia a los poderosos relatos que el Señor de la Guerra fue forjando en caliente sobre el yunque de la batalla?

Entonces se acordó de su linaje y enderezó su postura. ¿No era de la Casa Carpinus, una de las mejores y más influyentes de las casas nobles de la aristocracia Terrana? ¿No había sido la Casa Carpinus testigo del ascenso del emperador y su dominio a lo largo de las Guerras de Unificación, observándolo crecer desde un imperio planetario a otro que se extendía de un extremo a otro de la galaxia recuperando el dominio de la humanidad?

Buscando un poco de tranquilidad adicional, Petronella abrió una ajada carpeta de cubierta de cuero con monograma y sacó un fajo de papeles de su interior. La primera pictografía del montón pertenecía a un Astartes rubio, de rodillas ante un grupo de sus colegas en tanto uno de ellos presenta un largo pergamino ante él. Petronella sabía que estos eran los llamados juramentos inmediatos, los votos realizados por los guerreros antes de la batalla donde comprometen su habilidad y dedicación a la lucha que se avecina. Un anagrama con las letras EK en la esquina de la pictografía la identificaba como una de las imágenes de Euphrati Keeler, y aunque ella se resistía a dar crédito a los rememoradores, la pieza era sencillamente maravillosa.

Sonriendo, deslizó la pictografía hacia uno de sus lados, para revelar un pedazo de grueso papel color crema de debajo. El documento llevaba una marca de agua con la familiar águila bicéfala, representando la unión del mechanicum de Marte y el Emperador, escrito con los trazos cortos y angulares propios del Sigilita, trazos y latras a medio terminar que hablaban de un hombre que escribe a toda prisa. La inclinación alzada de las colas de las letras indicaba que había un gran peso sobre mente, sin embargo por qué debería ser así, ahora que el Emperador había vuelto a Terra, no lo sabía.

Ella sonrió mientras estudiaba la carta por centésima vez desde que había dejado el

puerto de Gyptus, a sabiendas de que representaba el más alto honor concedido a su familia.

Un escalofrío de anticipación recorrió su espina dorsal cuando oyó sirenas a lo lejos, y una voz automatizada, de los altavoces con montura de oro del pasillo fuera de su habitación, anunció que su nave había entrado en el Puerto espacial en órbita sobre el planeta.

Había llegado.

Petronella tiró de una banda de plata del costado del escritorio y, apenas un instante después, el timbre sonó; ella sonrió, sabiendo sin necesidad de volverse que sólo Maggard habría contestado su llamada tan pronto. Aunque él nunca había pronunciado una palabra en su presencia —ni jamás lo haría, gracias a la cirugía que se practicaba a los acompañantes de la familia— ella siempre sabía cuando estaba cerca por la inquietud de su mnemo-pluma, ya que reaccionaba a la picadura del frío acerado de su mente.

Se dio la vuelta en su silla profundamente acolchada y dijo:

—Ábrete.

La puerta se abrió sin suavemente y dejó pasar un momento mientras que Maggard esperaba el permiso para avanzar en su presencia.

—Tienes mi permiso para entrar —dijo, y observó como su severo guardaespaldas de veinte años cruzó silenciosamente el umbral de su suite adornada con frescos de oro y escarlata. Cada movimiento suyo era controlado y ajustado, como si su cuerpo entero, desde los músculos, esculpidos de sus piernas hasta sus anchos hombros, estuviera en tensión.

Se movió hacia un lado cuando la puerta se cerró detrás de él, sus inquietos ojos dorados barriendo el techo abovedado, las filigranas y las antesalas contiguas en una variedad de espectros buscando cualquier elemento sospechoso. Mantuvo una mano en la empuñadura de su pistola, la otra en la empuñadura de su espada Kirlian de hoja dorada. Sus brazos desnudos llevaban las cicatrices de la cirugía aumentativa, pálidas líneas a lo largo de su piel oscura, al igual que en el tejido alrededor de los ojos que los cirujanos de la casa habían reemplazado con costosos mejoradores biométricos de amplio espectro para que pudiera proteger mejor a la descendiente de la Casa Carpinus.

Vestido con una armadura dorada recorrida por bandas flexible de plata y electro, Maggard asintió con la cabeza reconociendo que todo estaba bien, sin embargo

Petronella le podría haber dicho lo mismo sin recurrir a todas esas maniobras. Pero como sería ejecutado si a ella le sucedía algo desfavorable, suponía que podía entender su cautela.

—¿Dónde está Babeth? —preguntó Petronella, deslizando la carta del Sigilita de nuevo en el cartapacio y levantó la mnemo-pluma de la fuente del Leteo. Apoyó la punta en la tabla de datos y aclaró su mente, permitiendo que los pensamientos Maggard dieran forma a las palabras que su garganta no podía, frunciendo el ceño al leer lo que aparecía.

—No tiene por qué estar dormida ahora —dijo Petronella—. Despiértala. Voy a ser presentada al héroe más poderoso de la Gran Cruzada y no voy a presentarme frente a él con la facha de un estúpido peregrino proveniente de Tierra. Búscala y tráela con el vestido de terciopelo, ese carmesí con el cuello alto. Le voy dar un plazo de cinco minutos.

Maggard asintió con la cabeza y se retiró de su presencia, pero no antes de que sintiera la deliciosa emoción provocada por la mnemo-pluma al temblar en su mano garabateando unas últimas palabras en la tabla de datos.

…dita puta…

En una de las lenguas antiguas de Terra su nombre significaba «Día de la Ira» y Jonah Aruken sabía que el nombre le estaba bien merecido. Erigida su presencia como algún antiguo dios de un tiempo olvidado, el *Dies Irae* se presentaba como un gran monumento a la guerra y la destrucción, con su blindada cabeza mirando con orgullo por sobre el personal de tierra reunido a su alrededor, como adorándolo.

El Titán clase Imperator representaba el pináculo del conocimiento y la habilidad del mechanicum, la culminación de milenios de guerra y tecnología militar. El Titán no tenía otro objetivo que destruir, y había sido diseñado con todas las afinidades naturales para el negocio de matar que la humanidad poseía. Al igual que algunos otros blindados colosales gigantes de acero, el Titán sostenía cuarenta y tres metros de altura sobre sus piernas fuertemente blindadas, cada uno capaz de transportar incluso una compañía entera de soldados y sus tropas de apoyo conexas.

Jonah observó cómo se desplegaba una bandera larga de oro y negro entre las piernas del Titán, como el taparrabo de los antiguos salvajes, blasonado con el símbolo de la calavera de la Legio Mortis. Decenas de rizados pergaminos, cada uno con el nombre de una gloriosa victoria ganada por el Señor de la Guerra, estaban

sujetos al estandarte y Jonah sabía que habría muchos más añadidos antes de la finalización de la Gran Cruzada.

Gruesos cables estriados serpenteaban desde los núcleos de poder de los escudos situados en el hangar superior hacia el torso blindado de Titán, donde el poderoso reactor de la máquina guerrera era alimentado con el poder de una estrella enjaulada.

Su casco de adamantium estaba mellado, mostrando los residuos de la batalla, los tecnoadeptos todavía estaban reparándolo después de la lucha contra el megarácnidos. Presentado así, se trataba de una vista magníficamente humilde, aunque no una que pudiera opacar el dolor de cabeza y la agitación en el vientre producto del exceso de amasec la noche anterior.

Gigantescas y estruendosas grúas suspendidas en el techo levantaban tolvas de proyectiles y misiles de largo alcance hasta sus respectivas monturas en las bahías de lanzamiento de armas del Titán. Cada arma era del tamaño de un habitación, grandes cañones rotatorios, obuses de largo alcance y un monstruoso cañón de plasma con el poder de arrasar ciudades. Vio cómo la tripulación de artillaría preparaba las armas, sintiendo la descarga familiar de orgullo y emoción a medida que se abría camino hacia el Titán, y sonrió ante el obvio simbolismo masculino de un Titán que se preparara para la guerra.

Saltó cuando una camilla cargada con depósitos de proyectiles bólter Vulkan aceleró junto a él, apenas evitándolo, sin aminorar la velocidad a través del caos organizado del personal de tierra, tripulaciones de Titán y auxiliares de cubierta. Gritó un alto y la cabeza del conductor se giró hacia él.

—¡Mira por dónde diablos vas, maldito idiota! —gritó el conductor, levantándose de su asiento y caminando con ira hacia él—. ¡Acaso piensa que la tripulación de los titanes puede andar por ahí desbandados como piratas, así que este es mi…!

Las palabras murieron en la garganta del hombre cuando prestó atención a los botones granates y al emblema de la calavera alada en las bordas de los hombros de la chaqueta del uniforme de Jonah que lo señalaba como un moderati primus del *Dies Irae*.

—Lo siento —sonrió Jonah, abriendo los brazos en un gesto de disculpa divertido cuando observó al hombre luchar contra la necesidad de decir algo más—. ¿No ve, jefe?, tengo una resaca infernal. De todos modos, ¿por qué diablos está conduciendo tan rápido? Podría haberme matado.

—Apareció justo delante de mí, señor —dijo el hombre, mirando fijamente a un

punto justo por encima del hombro de Jonah.

—¿Lo hice? Bueno… la próxima vez seré más cuidado —dijo Jonah, alejándose del lugar.

—La próxima vez fíjese por dónde va… —susurró el hombre en voz baja, antes de subir de nuevo a su camilla y comenzar a rodar.

—¡Ten más cuidado de ahora en adelante! —Jonah le respondió al conductor, imaginando los coloridos insultos que el hombre ya estaría maquinando sobre «esos malditos miembros de la tripulación de los Titanes» a la hora de contarle la escena a sus compañeros del personal de tierra.

El hangar, aunque tenía más de dos kilómetros de longitud, le parecía estrecho a Jonah mientras hacía su camino hacia el *Dies Irae*, el olor de aceite de motor, la grasa y el sudor no ayudaba para nada a su resaca.

La mayoría de los Titanes de la Legio Mortis estaba dispuesta para la guerra: los veloces Reavers, gruñentes Warhounds y los poderosos Warlords —así como algunos de los nuevos Titanes de la clase Night Gaunt— pero ninguno podia rivalizar con el esplendor de un impresionante Titán de la clase Imperator. El *Dies Irae* superaba a todos en tamaño, poder y magnificencia, y Jonah sabía que no había nada en la galaxia que pudiera hacerle frente a una máquina de guerra tan temible.

Jonah se ajustó el cuello, sujetó los botones de bronce de la chaqueta y enderezó su cuerpo fornido antes de llegar a los pies del Titán. Se pasó las manos por el pelo negro, largo hasta los hombros, tratando de dar la impresión, al menos, de que no había dormido con la ropa puesta. Podía ver la forma delgada y angulosa de Titus Cassar, su compañero moderati primus, trabajando detrás de una terminal de control, y no quería sufrir otro discurso sobre las noventa y nueve virtudes del emperador.

Al parecer, un aspecto elegante era uno de los más importantes.

—Buenos días, Tito —dijo, manteniendo un tono ligero.

La cabeza de César se irguió por la sorpresa y rápidamente deslizó un folleto doblado bajo un fajo de informes de aprestamiento.

—Llegas tarde —dijo, recuperándose rápidamente—. La diana fue hace una hora y la puntualidad es el sello distintivo del hombre piadoso.

—No empieces conmigo, Titus —dijo Jonah, abalanzándose y arrebatándole el folleto que Cassar había sido tan rápido en ocultar. Cassar trató de detenerlo, pero Jonah era demasiado rápido y blandió el folleto ante él.

—Si el Prínceps Turnet te agarra leyendo esto, te vas a convertir un servidor de

artillería antes de saber lo que lo golpeó.

—Devuélmelo, Jonah, por favor.

—No estoy de humor para otro sermón de ese condenado Lectitio Divinitatus.

—Muy bien, voy a dejarlo de lado, sólo devuélmelo, ¿de acuerdo?

Jonah asintió y devolvió el papel manoseado a Cassar, que se lo arrebató de un tirón y rápidamente lo deslizó dentro de la chaqueta de su uniforme.

Frotándose las sienes con la palma de las manos, Jonah dijo:

—De todos modos, ¿cuál es la prisa? No es como si la chica debiera estar lista para los controles previos al despliegue, ¿o sí?

—Te ruego que dejes de referirse a eso como ella, Jonah, que huele a antropomorfismo pagano —dijo Cassar—. Un Titán es una máquina de guerra, nada más: acero, adamantium y plasma, con carne y sangre controlándola.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Araken, deambulando a lo largo de una sección de acero de la pierna y subiendo los escalones de las puertas en forma de arco que llevaban al interior. Dio una palmada en el grueso panel metálico y dijo—. Ella es obviamente una «ella», Titus. Mira las piernas bien formadas, la curva de las caderas, ¿y acaso no nos lleva dentro suyo como una madre que protege a sus hijos por nacer?

—En la burla se encuentran las semillas de la impiedad —dijo Cassar sin el menor rastro de ironía— y no lo voy a permitir.

—Oh, vamos, Titus —dijo Araken, insistiendo en el tema—. ¿No lo sientes cuando estás dentro de ella? ¿No oyes el latido de su corazón en el estruendo de su reactor, o sientesa su furia de su ira en el rugir de sus cañones?

Cassar se volvió hacia el panel de monitoreo y dijo:

—No, y no quiero oír nada más de sus locuras, ya estamos bastante atrasados en nuestros controles previos al despliegue. El prínceps Turnet clavará nuestras pieles al casco si no estamos listos.

—¿Dónde está el prínceps? —preguntó Jonah, súbitamente serio.

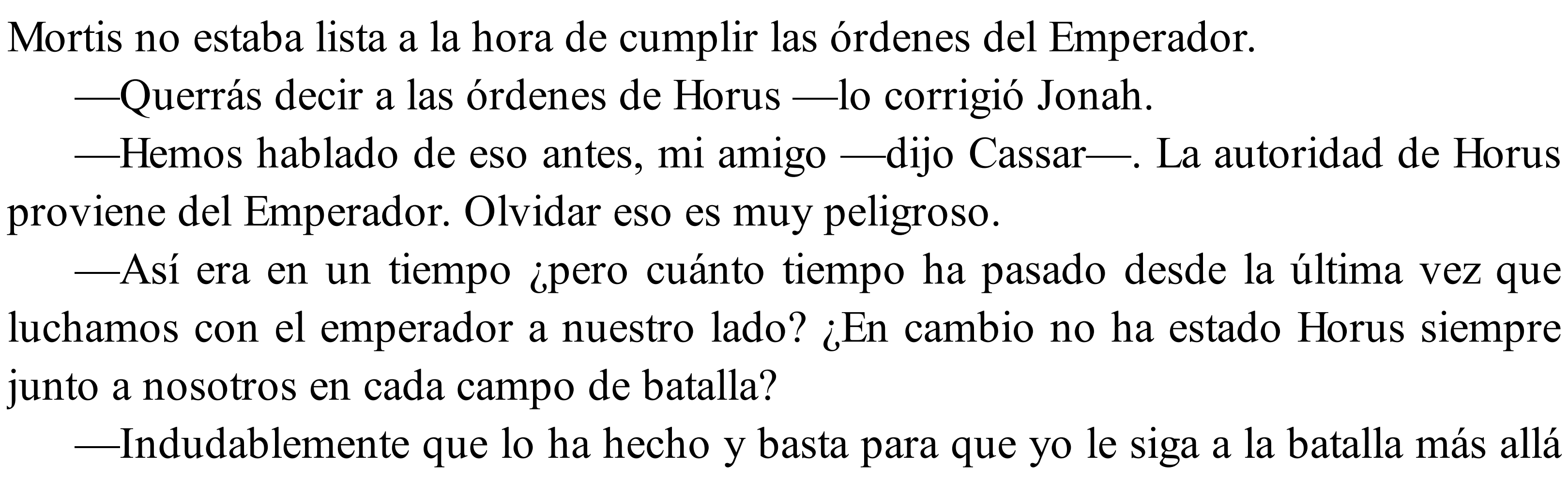
—Con el Consejo de Guerra —respondió Cassar.

Araken asintió y bajó los escalones del pie del Titán, uniéndose a Cassar en la estación de monitoreo y dejó caer una última pulla.

—Sólo porque nunca has tenido la oportunidad de disfrutar de una mujer no significa que no estoy en lo correcto.

Cassar le dedicó una mirada fulminante y dijo:

—Basta. El Consejo de Guerra se acabará pronto y nadie podrá decir que la Legio



Mortis no estaba lista a la hora de cumplir las órdenes del Emperador.

—Querrás decir a las órdenes de Horus —lo corrigió Jonah.

—Hemos hablado de eso antes, mi amigo —dijo Cassar—. La autoridad de Horus proviene del Emperador. Olvidar eso es muy peligroso.

—Así era en un tiempo ¿pero cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que luchamos con el emperador a nuestro lado? ¿En cambio no ha estado Horus siempre junto a nosotros en cada campo de batalla?

—Indudablemente que lo ha hecho y basta para que yo le siga a la batalla más allá de las estrellas del Halo —asintió con la cabeza Cassar—. Pero incluso el Señor de la Guerra tiene que responder ante el Dios-Emperador.

—¿Dios-Emperador? —siseó Jonah, inclinándose hacia él al ver que algunos miembros del equipo de tierra volvían la cabeza hacia ellos—. Escúchame, Titus, tienes que parar con toda esa basura del Dios-Emperador. Un día se lo dirás a la persona equivocada y te romperán el cráneo. Además, incluso el propio emperador afirma que no es un dios.

—Sólo la verdad divina niega su divinidad —dijo Cassar, citando su libro.

Jonah levantó las manos en señal de rendición y le dijo:

—Muy bien, como quieras, Titus pero no digas que no te lo advertí.

—Los justos no tienen nada que temer, y…

—Ahórrate otra lección de ética, Titus —suspiró Jonás, dándole la espalda para observar a un destacamento de soldados del ejército imperial que entró en el hangar, con los rifles láser colgando de la corredera sujeta a uno de sus hombros.

—¿Se sabe ya contra que vamos a estar luchando en esta roca? —preguntó Jonah, cambiando el tema de la conversación—. Espero que sean pieles verdes. Todavía nos deben la destrucción del Vulkas Tor en Ullanor. ¿Crees que serán pieles verdes?

Cassar se encogió de hombros.

—No lo sé, Jonás. ¿Importa? Luchamos contra los que se nos ordena a luchar.

—Simplemente me gusta saber.

—Lo sabrás cuándo regrese el Prínceps Turnet —dijo Cassar—. Hablando de eso ¿no habría que preparar mejor el puente de mando para su regreso?

Jonás asintió con la cabeza, sabiendo que su compañero moderati estaba en lo cierto y que había perdido bastante tiempo acosándolo.

La reputación del Senior Prínceps Esau Turnet como guerrero temible era bien merecida y se hacía notar en el *Dies Irae*. A la tripulación de los Titanes se les daba

más libertad de acción que a la soldadesca común, pero Turnet no permitía tal laxitud en la tripulación de su Titán.

—Tienes razón, Titus, lo siento.

—No te disculpes —dijo Cassar, apuntando a la puerta de entrada en la pierna del Titán—. Estate listo.

Jonah esbozó un saludo rápido y corrió escaleras arriba, dejando a Cassar preparando el Titán para repostar. Se abrió paso entre los soldados que se quejaron cuando los hizo a un lado. Algunos levantaron sus voces pero al ver su uniforme, y sabiendo que su vida pronto podría depender de él, rápidamente silenciaron sus objeciones.

Jonah se detuvo en la entrada de la Titan, tomándose un instante para saborear el momento, de pie en el umbral. Inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia lo alto de la máquina, hizo una inspiración profunda al pasar por debajo de los símbolos del águila y el rayo que coronaban la puerta y entró en el Titán.

Quedó bañado en luz roja al apenas entrar en el gélido interior del Titán y se abrió camino a través de los pasillos de techo bajo con una familiaridad debida a incontables horas de aprendizaje de la posición de cada remache y perno que sujetaba cada pieza del *Dies Irae*. No había un rincón del Titán que Jonah no conociese: cada callejón, cada escotilla, cada secreto de éste le pertenecía. Incluso Titus y el Prínceps Turnet no conocían al *Dies Irae* de manera tan profunda como él.

Al llegar a la final de un estrecho corredor, Jonah se acercó a una gruesa puerta de hierro custodiada por dos soldados de negra armadura pectoral sobre las cotas de malla de plata. Cada uno llevaba una máscara modelada con la forma de la cabeza de la muerte de la Legión y estaban armadas con un corto bastón eléctrico y una pistola de choque en la funda. Se pusieron tensos cuando hizo su aparición pero se relajaron en cuanto lo reconocieron.

Jonah hizo una seña a los soldados y dijo:

—Moderati primus pasando de los niveles inferiores a los niveles medios.

El soldado más cercano asintió y señaló un panel de vidrio negro al lado de la puerta mientras que el otro sacaba su pistola. El canon de la misma estaba levemente quemado y dos puntas de plata acerada sobresalían amenazadoramente con chispas de luz azul parpadeante entre ellos. Arcos de luz podían salir despedidos y quemar la carne de un hombre hasta el hueso en un estallido de rayos, pero estaba diseñado para no existiera la posibilidad de un peligroso rebote en la estrechez del interior de un

Titán.

Jonah presionó su mano contra el panel y esperó a que el rayo amarillo la escaneara. Una luz brilló por encima de la puerta verde y el soldado más cercano soldado se acercó e hizo rodar una rueda de escotilla que la puerta.

—Gracias —dijo Jonah y cruzó la puerta dirigiéndose a una de las escaleras caracol que ascendía por el interior de la pierna del Titán. La estrecha escalera de hierro se enroscaba alrededor de haces de fibra muscular y palpitantes cables de alimentación envueltos en un campo de energía brillante, pero Jonah no les prestaba atención, demasiado concentrado en las turbulencias de su estómago mientras subía las escaleras. Tuvo que hacer una pausa para recobrar el aliento a mitad de camino, y se pasó la mano por la frente sudorosa antes de llegar al siguiente nivel.

A mayor altura, el aire era más fresco gracias a las poderosas unidades recicladoras de aire que dispersaban el calor generado por el escape de los gases de plasma del reactor. Encapuchados adeptos del Mechanicum se afanaban en los parpadeantes paneles de control prestando atención a los niveles de plasma del reactor. Varios tripulantes lo saludaron al cruzarse en la estrechez del interior de Titán. Buenos hombres los de la tripulación del *Dies Irae*; debían de ser buenos o el Prínceps Turnet nunca los hubiera elegido. Todos los hombres y mujeres a bordo del Titán habían sido elegidos personalmente por su pericia y dedicación.

Finalmente, Jonahs llegó a las estancias de los Moderati en el corazón de la Titán y deslizó su autentificador en la ranura junto a la puerta.

—Moderati Primus Jonás Aruken —anunció.

Con un chasquido del mecanismo de bloqueo, la puerta se abrió. Dentro había una cámara abovedada con paredes curvas de metal brillante y media docena de aberturas repartidas de manera uniforme a lo largo del techo.

Jonah estaba en el centro de la habitación y dijo:

—Puente de Mando, Moderati Primus Jonah Aruken.

El suelo debajo de él brillaba y oscilaba como el mercurio, un disco perfectamente circular de metal como un espejo se formó bajo sus pies y lo elevó desde el suelo. El disco se elevó en el aire y Jonah atravesó un agujero en el techo, pasando a lo largo del tubo de transporte hacia la cumbre del Titán. Las paredes del tubo brillaban con su propia luz interior, y Jonah ahogó un bostezo cuando el disco de plata llegó a su destino y emergió en el puente de mando.

El interior de la cabeza del *Dies Irae* era ancho y plano, con compartimientos

empotrados en el suelo a ambos lados del pasillo principal, donde los adeptos encapuchados y servidores estaban conectados directamente a todas las funciones vitales de la máquina colosal.

—¿Y cómo está todo el mundo esta hermosa mañana? —preguntó a nadie en particular—. ¿Listos para luchar contra los paganos una vez más?

Como de costumbre, nadie le contestó y Jonah movió la cabeza con una sonrisa mientras se dirigía al frente del puente, sintiendo como retrocedía la resaca ante el solo pensamiento de acoplarse a la interfaz de comandos. Tres sillas acolchadas ocupaban un estrado situado ante el visor táctico verde brillante, cada uno con gruesos haces de cables colgando de los brazos y reposacabezas.

Se deslizó más allá de la silla central, la del Prínceps Turnet, y se sentó en la silla de la derecha, acomodándose en el hueco que su cuerpo había cavado con los años en el cuero crujiente.

—Adeptos —dijo—. Conéctenme.

Adeptos con las rojas vestiduras del Mechanicum aparecieron, uno a cada lado, con movimientos lentos perfectamente sincronizados. Tenían finos guantes microcelulares en las manos, con las superficies internas saturadas de implantes mnemónicos conectados a su piel registrando sus signos vitales. Otro adepto bajó un enrejado de plata de sensores encefalográficos sobre su cabeza, y el toque del metal frío contra su piel fue una sensación agradable.

—No te muevas, Moderati —dijo el adepto detrás suyo con voz opaca y sin vida —. Los dendritos corticales están listos para su implante.

Jonah oyó el zumbido de las abrazaderas del cuello a medida que algo se deslizaba a los lados del apoyacabezas; desde las comisuras de sus ojos pudo ver reptantes cintas de metal que salían de las pinzas. Se preparó para el dolor momentáneo de la conexión cuando se deslizaron por su mejilla como gusanos de plata buscando sus ojos.

Entonces los pudo ver completamente, hilos de plata muy fina, cada uno no más grueso que un cabello humano, pero capaces de transportar grandes cantidades de información.

Las pinzas apretaron su cabeza con firmeza mientras que los alambres de plata descendieron y penetraron en las esquinas de sus ojos, reptando más allá de su nervio óptico hasta el cerebro, donde finalmente se interconectaron directamente con su corteza cerebral.

Gruñó cuando el dolor momentáneo de la conexión pasó a través de su cerebro, pero se relajó cuando sintió que el cuerpo del Titán pasó a ser uno con el suyo. La Información fluyó a través de él, cuando los dendritos corticales la filtraron a través de porciones de su cerebro que normalmente no se utilizaban, lo que le permitía sentir cada parte de la gigantesca máquina como si fuera una extensión de su propia carne.

En cuestión de microsegundos, los implantes post-hipnóticos en las porciones subconscientes de su cerebro ejecutaron los controles previos a la interconexión y el interior de sus ojos se iluminó con los datos de telemetría, estado de las armas, niveles de combustible y un millón de trozos de información que le permitiría al mando este hermoso y maravilloso Titán.

—¿Cómo se siente? —preguntó el adepto, Jonah sonrió.

—Es bueno ser rey —dijo.

Cuando los primeros rayos de luz estallaron en el cielo, Akshub supo que la historia había llegado a su mundo. Ella agarró su colgante fetiche con fuerza, en su mano con garras, sabiendo que ese amanecer nunca sería olvidado por la humanidad pues anunciaba el día en que los dioses dejarían el mito y la leyenda para forjar el futuro a sangre y fuego.

Ella había esperado por este día desde que los grandes guerreros del cielo hubieran traído la palabra de la sagrada misión para la cual ella había sido elegida desde que era poco más que un bebé de brazos. Cuando el gran orbe rojo del sol se elevó en el norte, vientos cálidos y secos trajeron el olor agrio de las flores amargas de la tumbas de emperadores muertos hacía eones.

De pie en las montañas, vio el gran día desplegarse por debajo de ella; sus ojos negros, ovalados, derramaron lágrimas de éxtasis por sus arrugadas mejillas cuando las chispas de luz se convirtieron en senderos de fuego cruzando las nubes hacia el suelo.

Debajo, grandes manadas de animales domésticos caminaban a través de la sabana verde, dirigiéndose hacia sus abrevaderos en el sur antes de que el día se volviera demasiado caliente para moverse y los rápidos depredadores de colmillos afilados como navajas emergieran de sus madrigueras rocosas. Bandadas de aves de amplia envergadura volaban sobre los picos más altos de las montañas por encima de su cabeza, con sus gritos estridentes pero musicales, anunciando el advenimiento de este día trascendental.

Todas las variedades posibles de la vida continuaban su rutina habitual, ajenas a los acontecimientos que cambiarían el destino de la galaxia, prontos a desarrollarse en este mundo sin complicaciones.

Éste era el día de los días, aunque sólo que ella podía saberlo.

La primera ola de cápsulas de desembarco aterrizó en el macizo central exactamente a 16:04, hora zulú. Los chorros de sus retrocohetes crearon columnas de fuego que violaron la atmósfera inferior. Las Stormbirds las siguieron, como gráciles aves de rapiña abatiéndose sobre alguna víctima desventurada.

Quemadas y ennegrecidas por el calor de la reentrada, los treinta cápsulas de desembarco levantaron grandes nubes de polvo y tierra. Sus grandes puertas se abrieron con cargas de explosión sonaron estrepitosamente al golpear el suelo de la estepa.

Trescientos guerreros con gruesas armadura de placa, salieron rápidamente de las cápsulas vainas y se desplegaron con precisión mecánica, vinculándose rápidamente con otras escuadras, formando un perímetro defensivo alrededor del trozo de terreno en el centro de lugar de aterrizaje. Las Stormbirds sobrevolaban en círculos por encima dela formación, como si algo se hubiera atrevido a acercarse.

Obedeciendo a alguna señal invisible, las Stormbirds rompieron la formación y se elevaron cuando la forma cuadrada de una Thunderhawk descendió de las nubes, su vientre ennegrecido y formando estelas de color blanco azulado. La nave más grande protegía a una más pequeña, como una gallina protege a sus pollitos, escoltándola a la superficie, donde aterrizó en una nube ondulante de polvo rojo.

Las Stormbirds se alejaron un tanto realizando circuitos de patrullaje establecidos de antemano cuando la rampa delantera de la Thunderhawk gimió al abrirse, con el silbido de ráfagas de aire presurizado desde el interior. Diez guerreros vestidos con los yelmos crestados y la brillante armadura de placas de los Hijos de Horus marcharon desde la nave, con capas de muchos colores ondeando en sus hombros.

Cada uno llevaba un bólter dorado cruzado sobre el pecho, sus cabezas volviéndose de izquierda a derecha en busca de amenazas.

Tras ellos apareció un dios viviente, su armadura reluciente de oro y verde mar, con un manto de púrpura real enmarcándolo perfectamente. Un único ojo rojo estaba tallado en su coraza y una corona de laureles se asentaba sobre su frente perfecta.

—Davin —suspiró Horus—. Nunca pensé que vería este lugar de nuevo.

DOS

Estás sangrando
Una buena guerra
Hasta que la galaxia arda

Un tiempo para escuchar.

Mersadie Oliton se obligó a mirar la hoja del arma que se dirigía hacia Loken, a sabiendas de que sin duda podía poner fin a su vida. Pero, como siempre, él se balanceó a un lado de la estocada letal con una velocidad que desmentía la masividad de su cuerpo Astartes, y levantó su espada a tiempo para bloquear otro corte punzante. Un pesado garrote buscó su cabeza, pero él había previsto, obviamente, el golpe y se agachó cuando pasó sobre él.

Las armaduras de la jaula de ejercicios resonaron cuando las armas mecánicas oscilaron, apuñalaron y cortaron a través del aire, buscando desmembrar el enorme corpachón del guerrero Astartes. Loken gruñó, su duro y musculoso cuerpo cubierto por una capa brillante de sudor, cuando la hoja marcó su brazo. Mersadie hizo una mueca al ver como un hilo de sangre corría por su bíceps.

Por lo que ella podía recordar, era la primera vez que lo había visto herido en la jaula de ejercicio.

El sonriente gigante rubio, Sedirae y Vipus, el amigo de Loken, hacía tiempo que habían dejado las salas de entrenamiento, dejándola a solas con el capitán de la 10.ª Compañía. Halagado porque ella le había pedido verlo entrenar, pronto se encontró deseando que se termine esta sesión a fin de que pudieran hablar de lo que había pasado en Davin y los eventos que ahora les llevaban a la guerra en su luna. Sentada en los fríos bancos hierro de las jaulas de ejercicios, ya había almacenado más imágenes en sus relés de memoria de las que nunca necesitaría.

Por otra parte, para ser honesta, la enorme… desesperada obsesión en este combate mostrada por Loken era de algún modo inquietante. Ella lo había visto entrenar varias veces, pero siempre había sido un complemento a sus conversaciones normales, nunca el foco. Esto… se trataba de otra cosa. Era como si el capitán de los Lobos Lunares, no, los Lobos Lunares no, se recordó: los Hijos de Horus.

Cuando Loken desvió otro golpe de la hoja, ella miró su cronómetro interno de nuevo sabiendo que tendría que salir pronto. Karkasy no esperaría, su apetito prodigioso prevalecería sobre cualquier noción de cortesía hacia ella, y se llevaría el almuerzo de los iteradores a los camarotes de la nave sin ella. Había grandes cantidades de vino gratis allí y, a pesar de la dedicación renovada de Ignace a la causa

de la rememoración, a ella no le gustaba la idea de una mezcla heterogénea de alcohol cruzándose en su camino de nuevo.

Empujó a un lado los pensamientos sobre Karkasy cuando oyó el silbido mecánico de la jaula al abrirse y comenzó a repicar una campana. Loken salió de la jaula, su pelo rubio un poco más largo que la última vez que lo había visto, pegado al cuero cabelludo y la cara llena de pecas ligeramente enrojecida por el esfuerzo.

—Estás herido —dijo, pasándole una toalla desde el banquillo. Él miró hacia abajo, como si ignorase la herida.

—No es nada —dijo, enjugándose la sangre ya coagulada. Su respiración consistía en pequeños jadeos y ella trató de ocultar su sorpresa. Ver a un Astartes sin aliento le era totalmente ajeno. ¿Cuánto tiempo había estado entrenando antes de que ella hubiera llegado a las salas?

Loken se limpió el sudor de la cara y la parte superior del cuerpo mientras se abría camino a su cámara personal de armas. Mersadie lo siguió y, como de costumbre, no pudo dejar de admirar la pura perfección de su físico mejorado. Las antiguas tribus de la Hegemonía Olímpica llamaban a estos especímenes de la perfección física «Adonian», y la palabra se ajustaba a Loken como lo hacía la armadura Mark IV. Casi sin pensarlo, Mersadie tomó una pictografía de la imagen de su cuerpo.

—Me está mirando —dijo Loken, sin volverse.

Momentáneamente aturdida, dijo:

—Lo siento, no quise…

Se echó a reír.

—Estoy bromeando. No me molesta. Si he de ser recordado, me gustaría que fuera en mi mejor momento y no como un viejo desdentado babeando sobre mis gachas.

—No me imagino Astartes viejos —contestó ella, recuperando la compostura.

Loken se encogió de hombros, recogiendo una vambrace tallada y un paño para pulir.

—No sé si lo hacemos. Ninguno de nosotros ha vivido lo suficiente como para saberlo.

Su comprensión de las cosas no dichas le dijo que ella podría utilizar este punto de vista en un capítulo de sus memorias, si él quería hablar más sobre el tema. La melancolía de los inmortales, o la paradoja de una eternidad inmutable en el flujo de constante cambio de los tiempos, como moscas atrapadas en el ámbar de la historia.

Se dio cuenta de que estaba delante de él y le preguntó:

—¿Eso te molesta, no envejecer? ¿Hay alguna parte de ti que quiere hacerlo?

—¿Por qué iba a querer a envejecer? —preguntó Loken, abriendo su lata de polvo de para pulir para aplicarlo a la vambrace, con su nuevo color, un verde pálido metalizado, un tono aún poco familiar para ella.

—¿Y tú?

—No —admitió ella, tocando inconscientemente la piel negra y suave de su cuero cabelludo sin pelo.

—No, yo no. Para ser honesta, me da miedo. ¿Te asusta?

—No. Ya te lo he dicho, no estoy diseñado para sentir miedo. Ahora soy poderoso y fuerte. ¿Por qué querría cambiar eso?

—No lo sé. Pensé que si envejecieras tal vez podrías, ya sabes, retirarte algún día. Una vez que la cruzada termine quiero decir.

—¿Termine?

—Sí, una vez que la lucha se acabe y el reino del Emperador se restaure.

Loken no respondió de inmediato, en su lugar continuó puliendo su armadura. Estaba a punto de hacer la pregunta de nuevo cuando dijo:

—No sé si terminará alguna vez, Mersadie. Desde que me uní al Mournival, he hablado con varias personas que parecen pensar que nunca vamos a terminar la Gran Unificación. O si lo hacemos, que no va a durar.

Ella se echó a reír.

—Parece que has estado pasando mucho tiempo con Ignace. ¿Su poesía ha dado un giro sensiblero otra vez?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Entonces ¿qué es? ¿Qué te hace pensar así? ¿Los libros que te ha prestado Sindermann?

—No —repitió Loken, sus ojos gris pálido oscurecieron a la mención del venerable iterador principal, y ella sintió que no le iba a sacar más sobre el tema. En su lugar, almacenó esta conversación para otro momento, uno más afín a estos pensamientos extrañamente sombríos.

Ella decidió hacer otra pregunta y dirigir la conversación en una dirección más optimista, cuando una sombra cayó sobre ellos y se volvió para ver la forma masiva, como una losa, del Primer Capitán Abaddon elevándose sobre ella.

Como de costumbre, su pelo largo estaba sujetado con un moño de plateado y el resto de su cuero cabelludo completamente afeitado. El capitán de la Primera Compañía de los Hijos de Horus estaba vestido con uniforme de combate sencillo y llevaba una espada monstruosa con un borde labrado.

Él miró con desaprobación a Mersadie.

—Primer Capitán Abaddon —empezó, inclinando la cabeza, pero él la cortó.

—¿Estás sangrando? —Dijo Abaddon y tomó el brazo de Loken con su ponderosa mano, el tono sonoro de su voz acentuando su mole.

—¿La máquina de combate probó sangre Astartes?

Loken se miró los músculos abultados, allí donde había cortado la hoja a través del tatuaje negro con el águila de dos cabezas.

—Sí, Ezekyle, fue una sesión larga y estaba cansando. No es nada.

Abaddon gruñó y dijo:

—Te estás volviendo blando, Loken. Tal vez si pasas más tiempo en compañía de guerreros que de poetas molestos y escribanos curiosos estarías menos proclive a la fatiga como yo.

—Tal vez —estuvo de acuerdo Loken, y Mersadie pudo sentir la tensión chisporroteando entre los dos Astartes. Abaddon cabeceó ligeramente hacia Loken y le obsequió una última mirada antes de dejar a las jaulas de entrenamiento con su espada zumbando con un siseo gutural.

Mersadie miró como los ojos de Loken seguían a Abaddon, y vio algo que nunca esperaba ver allí: cautela.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó ella—. ¿Tiene algo que ver con lo sucedido en Davin?

Loken se encogió de hombros.

—No puedo decirlo.

Davin. Melancólicas ruinas dispersas a lo largo de sus desiertos, hablaban de una cultura civilizada, pero la anarquía de la Noche Vieja había destruido todo lo que la sociedad había construido alguna vez, muchos siglos atrás. Ahora Davin era un mundo salvaje barrido por los vientos cálidos y áridos y horneado bajo el feroz brillo un sol rojo. Habían pasado seis décadas desde que Loken había puesto un pie en Davin, aunque en aquel entonces era conocido como 63-8, siendo el octavo mundo anexionado por la 63.ª Fuerza Expedicionaria.

La anexión no lo había mejorado mucho en su opinión.

Su superficie era de arcilla dura, con agrupaciones de matorrales y bosques de altos y fuertes árboles perfumados. Las viviendas se limitaban a pequeños pueblos primitivos ubicados a lo largo de los fértiles valles de los ríos, aunque había muchas tribus nómadas que hacían su camino solitario a través de los extensos desiertos infestados de serpientes.

Loken recordaba las batallas que había peleado para que este mundo en la anexión, cortos conflictos con las castas guerreras autóctonas que se hacían la guerra unas contra otras, y cuyos conflictos fratricidas casi las habían borrado. Aunque superados en número y sin posibilidades de vencer, habían luchado con gran coraje, antes de ofrecer su rendición después de hacer todo lo que exigía el honor.

Los Lobos Lunares habían quedado impresionados por su coraje y disposición a aceptar el nuevo orden en su sociedad y su comandante —aún no era el Señor de la Guerra— había ordenado que sus guerreros aprendieran algo de estos valientes opositores.

A pesar de que las tribus se habían separado del genoma humano por milenios de aislamiento y compartían pocos rasgos físicos con los colonos que vinieron después de los Astartes, Horus había permitido que los salvajes permanecieran, en vista de su entusiasta aceptación de la forma imperial de vida.

Iteradores y rememoradores todavía no se habían convertido en parte oficial de las flotas Cruzadas, pero los civiles y académicos que pululaban a la sombra de las fuerzas expedicionarias, se movían entre la población y promulgaban la gloria y la verdad del Imperio. Habían sido recibidos con los brazos abiertos, en gran parte gracias al trabajo diligente realizado por los capellanes de la Legión XVII, los Portadores de la Palabra, como consecuencia de la conquista.

Había sido una buena Guerra, se ganó rápidamente y, para los Lobos Lunares, sin derramamiento de sangre. El enemigo derrotado se incorporó de forma rápida y eficaz, permitiendo al comandante dejar a Kor-Phaeron de los Portadores de la Palabra para completar la tarea de llevar la luz de la verdad y la iluminación da Davin.

Sí, había sido una buena guerra, o eso pensaba.

El sudor le corría por la parte posterior de la cabeza y por el interior de su armadura: su brillo verdoso metalizado, todavía nuevo y sorprendente para él, a pesar de que habían pasado meses desde que la había pintado. Podía haber dejado el trabajo a uno de los muchos artífices de la Legión, pero íntimamente sabía que debía ocuparse

de su equipo de batalla personalmente, y por lo tanto él mismo había pintado cuidadosamente cada segmento del blindaje. Se perdió el brillo original de las placas blancas, pero el Señor de la Guerra había decretado que un nuevo color se adoptara para acompañar al nuevo nombre de la Legión: los Hijos de Horus.

Loken recordó los aplausos y los gritos de adoración a los pies del Señor de la Guerra cuando el anuncio se había extendido a través de la expedición. Los puños agitaron el aire y las gargantas se enronquecieron con los gritos de júbilo. Loken se había unido al resto de sus amigos, pero una ola de inquietud recorrió su ser al oír el nuevo nombre de su amada Legión.

Torgaddon, siempre bromista, se había dado cuenta a la sombra momentánea que pasó por su rostro y dijo:

—¿Qué pasa, querías que fueran los Hijos de Loken?

Loken sonrió y dijo:

—No, no es justo.

—¿Qué es justo? ¿No nos merecemos esto? ¿No ha ganado el comandante este honor?

—Por supuesto, Tarik —asintió con la cabeza Loken, gritando para hacerse oír por encima del ruido ensordecedor de los aplausos de la Legión—. Más que nadie, se lo ha ganado, ¿pero no te parece el nombre lleva un tufillo de autoengrandecimiento?

—¿Auto engrandecimiento? —rió Torgaddon—. Los rememoradores que te siguen como perros falderos te deben estar enseñando nuevas palabras. ¡Vamos, disfruta de esto y no pongas cara de culo!

El entusiasmo de Tarik resultaba contagioso y Loken se había encontrado una vez más, animando hasta dejar la garganta en carne viva.

Casi podía sentir que la crudeza de nuevo al respirar profundamente los vientos amargos que soplaban desde el norte, deseando poder estar en otro lugar ahora mismo. No era un mundo sin belleza, pero a Loken no le gustaba Davin, aunque no podía decir exactamente lo que le molestaba al respecto. Un agrio malestar se había establecido en su vientre durante el viaje de Xenobia a Davin, pero lo había apartado de sus pensamientos mientras marchaba por delante del comandante en la superficie del planeta.

Para alguien proveniente de las pesadillescas cavernas del mundo industrial de Cthonia, Loken no podía negar que los grandes espacios abiertos de Davin eran de embriagadora belleza. Al oeste de ellos, los elevados picos de las montañas parecía

arañar las estrellas; hacia el norte, Loken sabía que existían valles que sondeaban las profundidades de la tierra y las tumbas de los reyes antiguos.

Sí, habían librado una buena guerra de Davin.

¿Por qué entonces los Portadores de la Palabra los habían llamado aquí otra vez?

Unas horas antes, en el puente de la *Espíritu Vengativo*, Maloghurst había activado la pantalla de datos que tenía en la garra retorcida que tenía en lugar de la mano, la piel fundida y húmeda, de color rosado, a pesar de los esfuerzos de los apotecarios de la Legión para restaurarla. Había explorado el contenido del comunicado en la pizarra una vez más, enojado por el tono del lenguaje utilizado por el peticionario.

No le gustaba la idea de mostrar el mensaje al Señor de la Guerra y por un instante se preguntó si podía ignorarlo o pretender que la misiva no le había llegado nunca, pero Maloghurst no había llegado a ser su palafranero mediante el ocultamiento de las malas noticias. Suspiró; en estos días las palabras de los administradores llevaban el peso del Emperador y, aunque Maloghurst quisiera, no podía ignorar este mensaje en particular.

El Señor de la Guerra no estaría de acuerdo, pero Maloghurst tenía que decírselo. En un momento de debilidad, Maloghurst dio la vuelta y salió cojeando por la cubierta del Strategium hacia el santuario del Señor de la Guerra. Dejaría la pizarra sobre la mesa del Señor de la Guerra, para que la encontrara por sí mismo.

Las puertas del santuario se deslizaron suavemente hacia los lados, revelando el interior oscuro y tranquilo.

Maloghurst disfrutó de la soledad del lugar sagrado; la frescura del aire alivió el dolor de su piel en carne viva y de la columna vertebral torcida. El único sonido que rompía el silencio del santuario era el estertor en su garganta, la curvatura anormal hacia atrás de su espalda ejercía una presión indebida en sus pulmones.

Maloghurst se arrastró dolorosamente a lo largo de la mesa ovalada de superficie lisa, para colocar la pizarra en su cabecera, donde se ubicaba el Señor de la Guerra.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el Mournival se reunió aquí, pensó Maloghurst.

—Buenas noches, Mal —dijo una voz cansina desde las sombras.

Maloghurst se volvió sorprendido hacia la fuente de la voz, dejando la pizarra en la mesa, listos para reprender a quien había tenido la osadía de violar el santuario del Señor de la Guerra.

Una forma se desprendió de la oscuridad y Maloghurst se relajó al ver las características familiares del comandante, misteriosamente iluminado de rojo por la luz de su gorguera.

Completamente vestido con su armadura de batalla, el Señor de la Guerra se sentó en la parte posterior del oscuro santuario, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

—Mi señor —dijo Maloghurst—. ¿Está todo bien?

Horus se quedó mirando el enlosado del suelo del santuario al tiempo que frotaba las palmas de sus manos contra su cráneo afeitado. Su noble rostro estaba bronceado por el sol y sus ojos estaban profundamente sombríos. Maloghurst esperó pacientemente la respuesta del Señor de la Guerra.

—No lo sé, Mal —dijo Horus.

Maloghurst sintió un escalofrío de viajando por su ruinosa espina dorsal al oír las palabras del Señor de la Guerra. Sin duda, había oído mal. Imaginar que el Señor de la Guerra no sabía algo era inconcebible.

—¿Confías en mí? —Horus preguntó de repente.

—Por supuesto, señor —respondió Maloghurst sin pausa.

—Entonces, ¿por qué dejas esto aquí y no te atreves a llevármelo directamente? —preguntó Horus, acercándose a la mesa y levantando pantalla de datos.

Maloghurst vaciló.

—Otra carga no necesaria, mi señor. Una rememoradora de Terra, una con amigos en lugares altos parece: el Sigilita, por ejemplo.

—Petronella Vivar de la Casa Carpinus —dijo Horus al leer el contenido de la pizarra—. Sé de su familia. Sus antepasados fueron testigos del ascenso de mi padre, en los días anteriores a la unificación.

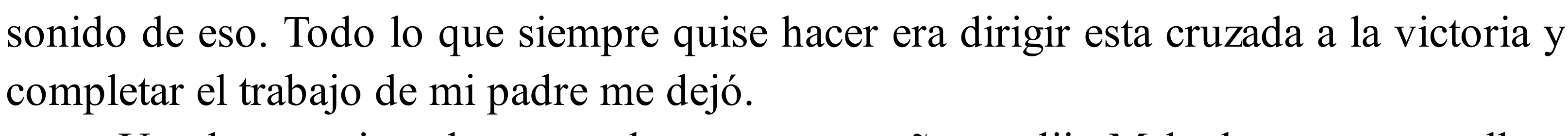
—Lo que exige —escupió Maloghurst—. Es ridículo.

—¿Es así, Maloghurst? ¿Acaso soy tan insignificante que no merezco el recuerdo?

Maloghurst se sorprendió.

—Señor ¿de qué estás hablando? Es el Señor de la Guerra, elegido por el Emperador, amado por todos, para ser su representante en este gran esfuerzo. Los rememoradores de esta flota pueden registrar todos los hechos de los que han sido testigos, pero sin usted no son nada. Sin usted, todo ese trabajo no tiene sentido. Usted está por encima de todos los hombres.

—Por encima de todos los hombres —se rió entre dientes Horus—. Me gusta el


sonido de eso. Todo lo que siempre quise hacer era dirigir esta cruzada a la victoria y completar el trabajo de mi padre me dejó.

—Usted es un ejemplo para todos nosotros, señor —dijo Maloghurst con orgullo.

—Supongo que es todo lo que un hombre puede esperar para su vida —asintió con la cabeza, Horus— dar el ejemplo y, después de muerto, el ser una inspiración para la historia. Tal vez ella pueda ayudarme a cumplir con ese noble ideal.

—¿Muerto? Usted es un dios entre los hombres, señor. Inmortal y amado por todos.

—¡Ya lo sé! —gritó Horus y Maloghurst retrocedió ante su repentina furia explosiva—. ¡Seguramente el Emperador no habría creado un ser como yo, con la capacidad de vislumbrar el infinito, para existir únicamente por un breve lapso de tiempo! Tienen razón, Mal, tú y Erebus, ambos. Mi padre me hizo inmortal y la galaxia debe saber de mí. Dentro de diez mil años a partir de ahora quiero que mi nombre sea conocido en toda la galaxia.

Maloghurst asintió con la cabeza ante la embriagadora convicción del Señor de la Guerra, dejándose caer dolorosamente sobre una rodilla en actitud de súplica.

—¿Qué quieres que yo haga, mi señor?

—Dile a esta Petronella Vivar que puede tener su audiencia, pero que tiene que ser ahora —dijo Horus, su arrebato temible bastante olvidado— y dile que si me impresiona, permitiré que sea mi documentalista personal durante el tiempo que ella desee.

—¿Está seguro de esto, señor?

—Lo estoy, amigo mío —sonrió Horus—. Ahora ponte de pie, yo se que te resulta doloroso estar de rodillas.

Horus ayudó a Maloghurst a levantarse y suavemente colocó su guante blindado en el hombro de su palafranero.

—¿Me seguirás, Mal? —preguntó el Señor de la Guerra.

—¿Sin importar lo que ocurra?

—Tú eres mi amo y señor —respondió Maloghurst—. Lo seguiré hasta que la galaxia arda y las estrellas se apaguen.

—Eso es todo lo que pido, amigo mío —sonrió Horus—. Ahora vayamos a ver lo que Erebus tiene para decir. Davin ¿eh? ¿Quién hubiera pensado que alguna vez estaría de vuelta aquí?

Dos horas después habían aterrizado en Davin.

La comunicación de Erebus de los Portadores de la Palabra que había llevado a la 63.ª Expedición a Davin había hablado de una un viejo conflicto en los asentamientos, pero no había dicho nada de su causa o de los participantes.

Después de la masacre y de la posterior extracción desesperada de Extranus, Loken esperaba una zona de guerra de ferocidad implacable, pero esta zona de guerra, si es que se podía llamar así, era un silencio mortal, cálida y… pacífica.

No sabía si estar decepcionado o aliviado.

Horus había llegado a la misma conclusión, no mucho después de haber aterrizado, olfateando el aire de Davin con un dejo de reconocimiento.

—No hay guerra aquí —había dicho.

—¿No hay guerra? —Abaddon había preguntado—. ¿Cómo puedes afirmarlo?

—Se aprende, Ezekyle —dijo Horus—. El olor a carne quemada y metal, el miedo y la sangre. No hay nada de eso en este mundo.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Aximand, sacándose su casco emplumado.

—Parece que estamos aquí porque hemos sido convocados —respondió Horus con un tono oscuro. A Loken no le había gustado el sonido de la palabra convocado saliendo de los labios del Selor de la Guerra.

¿Quién se atrevería a convocar al Señor de la Guerra?

La respuesta llegó cuando una columna de polvo creció en el horizonte y ocho vehículos cuadrados se dirigieron hacia ellos a través de la estepa. A la sombra de las Stormbirds que habían llegado con el Señor de la Guerra, en los vehículos negroacerados ondeaban los estandartes en sus antenas vox, adornados con la heráldica de una Legión Astartes.

Desde el Rhino de mando, un enorme trofeo devocional se erguía en el glacis blindado, adornado con águilas reales, libros y relámpagos tallados en lapislázuli.

—Erebus —escupió Loken.

—Cállate —advirtió Horus cuando el Rhino se hubo acercado, y déjame hablar a mí.

Curiosamente, la yurta olía a manzanas, aunque Ignace Karkasy podía ver fruto

alguno en ninguna de las bandejas de madera tallada que solo acumulaban cortes de carne que parecían un poco rústicos para su paladar sibarita. Podía jurar que olía a manzanas. Miró a su alrededor en el interior de la yurta, preguntándose si tal vez proviniera de alguna de las bebidas que se ofrecían. Un lugareño de cara peluda con impenetrables ojos negros le ofreció un recipiente poco profundo lleno de algún licor local, una mezcla de mal aspecto que olía a leche cuajada, pero después notar una mirada reprobadora de Euphrati Keeler, declinó cortésmente.

Al igual que la bebida, la yurta era rústica, pero tenía una majestad primitiva para que apelaba a lo romántico en él, a pesar de que era lo suficientemente astuto para saber que «primitiva» estaba muy bien a menos que tuviera que vivir en ella. Casi un centenar de personas llenaban la yurta: oficiales del ejército, los adeptos strategium, unos pocos rememoradores, escribas y ayudantes militares.

Todos habían acudido al Consejo de Guerra del comandante.

Paseó su mirada por el interior lleno de humo. Karkasy había visto que estaba en ilustre compañía: Hektor Varvarus, Comandante en Jefe del Ejército, estaba al lado de un Astartes gigante semiencorvado envuelto en una túnica de color crema, que sabía Karkasy no debía ser otro que el palafranero del Señor de la Guerra, Maloghurst.

Una figura seria, con el uniforme negro de un comandante de Titán se cuadró en la vanguardia de la reunión, y Karkasy reconoció la gruesa figura del Prínceps Esau Turnet, comandante del Titan Imperator *Dies Irae*. El Titán de Turnet había liderado a la flota de enormes máquinas de batalla hacia el corazón del territorio megarácnido en Muerte y ganándose así para la Legio Mortis la mayor parte de la gloria.

Karkasy recordó cuando el enorme Titán se alzaba sobre la presentación arquitectónica que Peeter Egon Momus había hecho en 63-19 y se estremeció. Incluso inmóvil, había provocado una reacción intensa en él, y el pensamiento del increíble poder destructivo podía desatar lo obligó a sacárselo de la cabeza.

La sibilante colección de amortiguadores plateados y engranajes girando sobre retazos de carne, envueltos en una forma vagamente humanoide debía ser el adepto mechanicum Regulus. Karkasy vio suficiente bronce y medallas colgando de hinchados pechos uniformados para equipar a un batallón.

A pesar de la presencia de semejantes figuras, Karkasy ahogó un bostezo, mientras él y el resto de la audiencia escuchaba como el principal Maestro de la Logia Davinita, Tsi Rekh, realizaba un extraño canto en la lengua local. Si bien era interesante a ver a los bizarros, casi humanos habitantes locales, Karkasy sabía que testificar simplemente

esta interminable ceremonia de bienvenida no podía ser la razón por la cual el capitán Loken había autorizado su presencia en el Consejo de Guerra.

Un iterador llamado Yelten traducía el discurso del sacerdote al gótico imperial, el preciso timbre modulado de su voz llevaba las palabras hasta los bordes de la yurta.

Digan lo que digan de los iteradores, pensó Karkasy, sin duda pueden hacerse oír hasta la última fila.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —susurró Euphrati Keeler, inclinándose hacia él. Vestida con su uniforme de combate, botas gruesas del ejército y un ajustado chaleco blanco, Keeler miraba cada centímetro de la valiente fronteriza—. ¿Cuándo va a llegar el Señor de la Guerra?

—No tengo idea —dijo Ignace, echando un vistazo por su escote. Una cadena de plata fina colgaba de su cuello; lo que sea que estuviera colgando de él, quedaba oculto bajo la tela de la parte superior.

—Mi cara está aquí, Ignace —dijo Euphrati.

—Lo sé, mi querida Euphrati —dijo— pero estoy terriblemente aburrido ahora y ver esto es mucho más agradable.

—Ríndete Ignace. Nunca va a suceder.

Se encogió de hombres.

—Lo se, pero es una ficción agradable, mi querida, y la imposibilidad absoluta de una búsqueda no es razón para abandonarla.

Ella sonrió e Ignace supo que probablemente estaba un poco enamorado de Euphrati Keeler; para ser honesto, se sorprendió al verla aquí debido a que sabía de sobra que el tiempo transcurrido desde que la bestia xenos la había atacado en las Cabezas Susurrantes había sido difícil para ella. Ella había perdido peso y llevaba su pelo rubio peinado hacia atrás en una apretada cola de caballo, aunque no podia ocultar su estampa maravillosamente femenina. Él había escrito una vez un poema épico sobre la marquesa Xorianne Delaquis, una de las supuestas bellezas de la corte terrana —un encargo despreciable que él había odiado, pero que había sido pagado generosamente— aunque su belleza era artificial y hueca en comparación con la vitalidad que ahora veía en la cara de Keeler, que parecía verdaderamente nacida de nuevo.

No era un hombre muy atractivo, lo sabía, con su físico de generosas proporciones, ojos de perro apaleado y cara regordeta, pero su aspecto no había disuadido a Ignace Karkasy de tratar de seducir a mujeres hermosas, simplemente lo

convirtió en un desafío más grande.

Había hecho algunas conquistas gracias al suceso de su primer trabajo, Reflexiones y Odas convirtiéndose en el protagonista de varios chismes carnales notables. En cambio, mientras que otros miembros del sexo opuesto, más fácilmente manipulables, habían sido seducidos por sus bromas ingeniosas.

Él sabía que Euphrati Keeler era demasiado inteligente para caer en una adulación tan obvia y se contentó con que lo contara simplemente como amigo. Sonrió al darse cuenta de que él no recordaba haber tenido alguna vez una mujer como amiga.

—Para responder a tu pregunta, mi querida —dijo—. Espero que el Señor de la Guerra esté aquí pronto. Mi boca está tan seca como una sandalia Tallarniana; creo que podría beberme una copa de sangre.

—Ignace… —dijo Euphrati.

—Protégenos de los moralistas —suspiró—. No quise decir nada alcohólico, aunque podría abrir una de esas botellas de desperdicios que bebían en 63-19 ahora mismo.

—Pensé que odiabas aquel vino —dijo Keeler—. Dijiste que era terrible.

—Ah sí, pero cuando uno debe beber la misma cosecha durante meses, es sorprendente lo dispuesto que está para un cambio.

Ella sonrió, poniendo su mano sobre lo que estaba al final de la cadena alrededor de su cuello y le dijo:

—Voy a orar por ti, Ignace.

Se sintió un poco sorprendido por su elección de las palabras, cuando vio una expresión de adoración extasiada caer sobre el, mientras levantaba el pictógrafo hacia algo detrás de él. Se volvió para ver correrse la cortina de la yurta y la forma masiva de un Astartes cuando entraba. Karkasy hizo una lenta toma doble al ver que el guerrero de brillante armadura de no era de los Hijos de Horus, sino que vestía el gris granito de los Portadores de la Palabra. El guerrero llevaba un bastón coronado con un libro cubierto con sellos de pureza, sobre el cruzaba una larga faja de tela de color púrpura. Tenía el casco metido en el hueco de su brazo, y parecía sorprendido de ver a todos los rememoradores allí.

Karkasy podía ver que la cara del Astartes era grave, su cráneo afeitado y cubierto con tatuajes intrincados. Una hombrera de su armadura estaba envuelta en recio pergamino, con abundantes letras iluminadas a mano, mientras que la otra llevaba el icono distintivo de un libro con una llama ardiente en su centro. A pesar de que sabía

que significaba que la iluminación brota de la palabra, a Karkasy, instintivamente, no le gustaba.

El ícono habló a su alma de poeta de la Muerte del Conocimiento, un tiempo terrible en la historia de la antigua Terra cuando los locos y los demagogos quemaron los libros, las bibliotecas y los artífices de la palabra por miedo a las ideas que se expandían con su arte. Para la manera de pensar de Karkasy, tales símbolos pertenecían a los paganos y a los reaccionarios, no a un Astartes encargado de ampliar las fronteras del conocimiento, el progreso y la iluminación.

Sonrió para sí mismo por esta pequeña y deliciosa herejía, preguntándose si podía camuflarla en un poema sin que se diera cuenta el capitán Loken, pero cuando este pensamiento rebelde salió a la superficie, lo anuló. Karkasy sabía que su patrón estaba mostrando su trabajo al cada vez más recluido Kyril Sindermann. A pesar de su lobreguez, Sindermann no era ningún tonto y que seguramente detectaría cualquier referencia inconveniente.

En ese caso, Karkasy rápidamente se encontraría en el siguiente transportador camino de regreso a Terra, con independencia de su patrocinante Astartes.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Keeler, volviendo su atención hacia el recién llegado cuando Tsi Rekh detuvo su canto y se inclinó hacia el Nuevo invitado. El guerrero, a su vez levantó su largo bastón en señal de saludo.

Keeler le echó una mirada de reojo, como si al guerrero le hubiera brotado de repente otra cabeza.

—¿Hablas en serio? —dijo ella entre dientes.

—Nunca he hablado más en serio, mi querida, ¿quién es?

—Ése —dijo con orgullo, tomando otra pictografía del guerrero Astartes— es Erebus, Primer Capellán de la Portadores de la Palabra.

Y de pronto, con toda claridad, Ignace Karkasy supo por qué el capitán Loken había querido que estuviera aquí.

Al apenas posar un pie sobre la dura capa de polvo de Davin, Karkasy había recordado el calor opresivo de 63-19. Se alejó del vórtice provocado por los rotores atmosféricos del transbordador y medio corrió, medio tropezó bajo su rugido ensordecedor, con su traje exquisitamente diseñado aleteando a su alrededor.

El capitán Loken había estado esperando por él, resplandeciente en su armadura de color verde pálido y aparentemente sin problemas por el calor o los remolinos de

polvo.

—Gracias por venir en un plazo tan corto, Ignace.

—En absoluto, señor —dijo Karkasy, gritando por encima del ruido de los motores del transbordador, que se elevaba del suelo—. Me siento honrado, y no poco sorprendido, si debo ser honesto.

—No lo estés. ¿Acaso no te dije que quería alguien que esté familiarizado con la verdad?

—Sí, señor, de hecho lo hizo, señor —sonrió Karkasy—. ¿Es por eso que estoy aquí ahora?

—En cierto modo —acordó Loken—. Usted es un conversador empedernido, Ignace, pero hoy lo necesito para escuchar. ¿Me entiende?

—Creo que sí. ¿Qué desea que escuche?

—No qué, quién.

—Muy bien. ¿A quién quiere que escuche?

—A alguien en quién no confío —dijo Loken.



TRES
UNA HOJA DE VIDRIO
UN HOMBRE DE BUEN CARÁCTER
PALABRAS OCULTAS

Un día antes de aterrizar en la superficie de Davin, Loken buscó a Kyril Sindermann en el Sala de Archivo número tres para devolver el libro que le había prestado. Hizo su camino a través de las pilas de libros llenos de polvo y montones de papeles amarillentos. Letárgicos globos letargo de débil luz flotaban apenas por encima de su cabeza; sus pasos pesados resonaban en el solemne silencio. Aquí y allá, algún erudito solitario cliqueaba en la penumbra encaramado en una silla altísima, pero ninguno de ellos era su antiguo mentor.

Loken viajó a través de un pasillo de vertiginosa altura entre manuscritos y tomos encuadernados en cuero con nombres tales como: Cantares del Dogma Omniastrano, Meditaciones Sobre el Héroe Elegíaco, y Pensamientos y Recuerdos de la Vieja Noche. Ninguno de ellos le era familiar, y comenzaba a desesperarse por no encontrar a Sindermann en este laberinto de lo arcano, cuando vio la forma familiar del iterador, encorvado sobre una larga mesa rodeado de colecciones de pergaminos sueltos atados con cordones de cuero y pilas de libros.

Sindermann estaba de espaldas a él y estaba tan absorto en la lectura que, increíblemente, no pareció haberse enterado de la proximidad de Loken.

—¿Más mala poesía? —preguntó Loken desde una distancia respetuosa.

Sindermann saltó y miró sobre su hombro con una expresión de sorpresa y el mismo sigilo que había mostrado cuando Loken tuvo lo conoció aquí por primera vez.

—Garviel —dijo Sindermann y Loken detectó una nota de alivio en su tono.

—¿Esperabas a alguien más?

—No. No, en absoluto. Rara vez encuentro a otros en esta parte del archivo. El tema es un poco espeluznante para la mayoría de los estudiosos serios.

Loken se movió alrededor de la mesa y escaneó los documentos desparramados ante Sindermann. Rollos de pergamino, manuscritos ininteligibles, grabados en madera que representaban monstruos de color sepia gruñendo y hombres envueltos en llamas. Sus ojos se posaron en Sindermann, que se mordió el labio inferior con nerviosismo ante el escrutinio de Loken.

—Debo confesar que le he tomado el gusto a los viejos textos —explicó Sindermann—. Al igual que Las Crónicas de Ursh que le presté, son atrevidos, cosas sangrientas. Ingenuas y demasiado hiperbólicas, pero sin embargo, con mucha acción.

—Lo he terminado de leer, Kyril, —dijo Loken, colocando el libro ante de Sindermann.

—¿Y?

—Como usted dice, es sangrienta, sensasionalista y a veces demasiado fantástica.

—¿Pero?

—Pero no puedo dejar de pensar que usted tenía un motive adicional para darme este libro.

—¿Motivo adicional? No, Garviel, le aseguro que no hay tales subterfugios —dijo Sindermann, aunque Loken no estaba seguro de creerle.

—¿Está seguro? Hay pasajes del libro que creo que poseen más de un sentido que no puedo ni adivinar.

—Vamos, Garviel, seguramente no creer algo así —se burló Sindermann.

—El Murengon —afirmó Loken—. La Batalla final de Anult Keyser contra los cónclaves Nordafrikanos.

Sindermann vaciló.

—¿Y qué?

—Puedo ver en sus ojos que ya sabe lo que voy a decir.

—No, Garviel, no lo sé. Conozco el pasaje al que de refiere y, aunque ciertamente es una lectura interesante, no creo que se pueda tomar su prosa demasiado literalmente.

—Estoy de acuerdo —asintió Loken—. Toda el pasaje acerca del desgarramiento del cielo como la seda y el derrumbe de las montañas es claramente un sinsentido,

pero el que trata acerca de hombres convirtiéndose en demonios y arrojándose sobre sus compañeros…

—Ah… ahora veo. ¿Crees que esta es una pista de lo que pasó con Xavyer Jubal?

—¿No es así? —preguntó Loken, señalando en uno de los pergaminos amarillentos la imagen de un demonio de grandes colmillos, piel recubierta de pelo encrespad, grandes cuernos de carnero y un hacha ensangrentada con una calavera estampada.

—¡Jubal se convirtió en un demonio y trató de matarme! Lo mismo le sucedió a Anult Keyser. Uno de sus generales, un hombre llamado Wilhym Mardol, se convirtió en un demonio y lo mató. ¿No le suena familiar?

Sindermann se reclinó en su silla y cerró los ojos. Loken lo notó extremadamente cansado, su piel parecía del color de los pergaminos que examinaba y su ropa colgaba de su cuerpo como si cubriera solo su esqueleto.

Loken se dio cuenta de que el iterador venerable estaba exhausto.

—Lo siento, Kyril, —dijo, tomando asiento—. No he venido aquí para pelear con usted.

Sindermann sonrió, recordando a Loken lo mucho que había llegado a depender de sus sabios consejos. Aunque no era exactamente un tutor, Sindermann había desempeñado el papel de mentor de Loken y su instructor desde hacía algún tiempo. Fue una gran sorpresa para el Astartes descubrir que Sindermann no tenía todas las respuestas.

—Está bien, Garviel, es bueno que se haga preguntas, eso demuestra que está aprendiendo que a menudo hay más de una verdad de la que vemos a primera vista. Estoy seguro de que el Señor de la Guerra valora ese aspecto de ti. ¿Cómo está el comandante?

—Cansado —admitió Loken—. Las demandas de los que claman por su atención se vuelven más estridentes todos los días. Comunicados de cada una de las expediciones de la Cruzada tratan de arrastrarlo en todas direcciones y las directivas insultantes de parte del Consejo de Terra tratan de convertirlo en un maldito administrador en lugar de Señor de la Guerra. Él lleva una enorme carga, Kyril, pero no crea que puede cambiar el tema tan fácilmente.

Sindermann se echó a reír.

—Vas demasiado rápido para mi gusto, Garviel. Muy bien, ¿qué es lo que quieres saber?

—Los hombres que en el libro se decía que usaban los poderes mágicos, ¿eran hechiceros?

—No lo sé —admitió Sindermann—. Es ciertamente posible. Los poderes que utilizan no parecen naturales.

—Pero ¿cómo sus dirigentes permitían el uso de tales poderes? Seguramente deben haber visto lo peligrosos que eran.

—Tal vez, pero piensa en esto: incluso ahora sabemos tan poco sobre el tema teniendo la luz de la sabiduría del emperador y la ciencia que nos guían. ¿Cuánto menos deben haber sabido ellos?

—Incluso un bárbaro debía saber que esas cosas eran peligrosas —dijo Loken.

—¿Bárbaro? —dijo Sindermann—. Es un término peyorativo, en efecto, mi amigo. No se apresure a juzgar, no somos tan diferentes de las tribus de la Vieja Tierra como usted podría pensar.

—Seguro que no lo está diciendo en serio —respondió Loken—. Somos tan diferentes de ellos como una estrella lo es de un planeta.

—¿Estás tan seguro, Garviel? Crees que el muro que separa la civilización de la barbarie es tan sólido como el acero, pero no lo es. Te aseguro que la división es un hilo, una hoja de vidrio. Un toque aquí, un empujón allá y volvemos al reinado de la superstición pagana, el miedo a la oscuridad y la adoración de seres caídos en lugares sagrados.

—Está exagerando.

—¿Lo hago? —preguntó Sindermann, inclinándose hacia adelante—. Imagina un mundo nuevo que experimenta una escasez de algunos recursos vitales, como el combustible, el agua o la comida, ¿cuánto tiempo tardará el comportamiento civilizado en quebrarse y retornar a la barbarie? ¿Cuánto tardaría el egoísmo humano en luchar para conseguir esos recursos a toda costa, incluso si eso significa dañar a otros traficar con el mal? ¿Habría que privar a otros de esos recurso, o incluso destruirlos en un esfuerzo por mantenerlo para uno mismo? La decencia y el civismo son sólo una fina capa sobre el animal que en el corazón de la humanidad se levanta cada vez que tiene la oportunidad.

—Lo hace sonar como si no hubiera esperanza para nosotros.

—Lejos de ello, Garviel, —dijo Sindermann, sacudiendo la cabeza—. La humanidad está continuamente perpleja en presencia de su propia creación, pero, gracias a las grandes obras del Emperador, creo firmemente que llegará el día en que

alcanzaremos el dominio de todas aquellas cosas que se yerguen ante nosotros. El tiempo que ha pasado desde que comenzó la civilización no es más que un fragmento de la duración de nuestra existencia y un fragmento de las edades por venir. El reinado del Emperador, la fraternidad en la sociedad, la igualdad de derechos y privilegios y la educación universal anticipan la etapa última de la sociedad a la que nuestra experiencia, inteligencia y conocimiento tienden cada vez más. Será un renacimiento, en una forma superior, de la libertad, la igualdad y la fraternidad de las antiguas tribus del hombre antes que del surgimiento de caudillos como Kalagann o Narthan Dume.

Loken sonrió:

—Y pensar que yo creía que parecía desesperanzado.

Sindermann le devolvió la sonrisa a Loken y dijo:

—O, Garviel, ni mucho menos. Admito que quedé shockeado después de lo de las Cabezas Susurrantes, pero cuanto más leía, más me daba cuenta cuán lejos hemos llegado y qué tan cerca estamos de alcanzar todo lo que jamás soñamos. Cada día, estoy agradecido de que tengamos la luz del Emperador para guiarnos hacia un futuro dorado. No quiero ni pensar lo que podría llegar a ser de nosotros si llegara a pasarle algo.

—No te preocupes —dijo Loken—. Eso nunca va a suceder.

Aximand miró a través de un hueco en la tela y dijo:

—Erebus está aquí.

Horus asintió con la cabeza y se volvió hacia los cuatro miembros de la Mournival.

—¿Todos saben lo que tienen que hacer?

—No —dijo Torgaddon—. Lo hemos olvidado por completo. ¿Por qué no nos lo recuerdas?

Los ojos de Horus se oscurecieron por la ligereza de Tarik y dijo:

—Basta, Tarik. Hay un tiempo para bromas y este no lo es precisamente. Mantén la boca cerrada.

Torgaddon se sobresaltó por el estallido del Señor de la Guerra y lanzó una mirada a sus compañeros. Loken no se sorprendió tanto por haber presenciado como la ira del comandante había hecho estragos en los subordinados varias veces en las semanas transcurridas desde que habían partido del sistema de los Interexianos. Horus no había conocido la paz desde el terrible derramamiento de sangre en medio de la Galería de

los Artefactos en Xenobia. Las muertes y la oportunidad perdida de la unificación con los Interexianos lo acosaban todavía.

Desde la debacle con los Interexianos, el Señor de la Guerra se había caído en una sombría melancolía, recluyéndose más y más dentro de su santuario, con la sola compañía de Erebus para aconsejarlo. El Mournival apenas había visto a su comandante desde que regresaron al espacio imperial y todos ellos sintieron profundamente el alejamiento de su presencia.

Donde una vez habían ofrecido su guía al Señor de la Guerra, ahora sólo Erebus le susurraba al oído.

Es por eso que el Mournival había recibido con alivio la noticia de que Erebus tendría que despedirse de la expedición y seguir viaje con su propia legión desde Davin.

Incluso, mientras se dirigía al sistema de Davin, el Señor de la guerra no había tenido un momento de paz. Repetidas peticiones de ayuda o asistencia táctica le llegaron de todas partes de la galaxia, de sus hermanos primarcas, de comandantes del Ejército y, lo más odioso de todos, del ejército de administradores civiles que seguían la estela de sus conquistas.

Los exactores de Terra, dirigidos por una alta administratrix llamada Aenid Rathbone, acosaban a diario al Señor de la Guerra pidiendo su asistencia para trasladarse a todos los territorios anexados para comenzar la recolección del diezmo del Emperador. Todas las personas con un mínimo de sentido común sabían que esa medida era prematura, y Horus había hecho todo lo posible para detener a Rathbone y a sus exactores, pero sólo podía mantenerse a raya por un corto tiempo.

—Si por mi fuera —Horus le había dicho a Loken una noche en que la habían examinado nuevas formas de retrasar la recaudación de los mundos anexados—, me gustaría matar a todos los exactores del Imperio, aunque estoy seguro de que estarían proyectando impuestos en el infierno para antes del desayuno.

Loken se había reído, pero la risa murió en su garganta cuando se dio cuenta de que Horus hablaba en serio.

Entonces habían llegado a Davin y había asuntos más importantes que tratar.

—Recuerda —dijo Horus—. Haz exactamente lo que te he dicho.

Un silencio reverente se adueñó de la asamblea y todos los presentes cayeron de rodillas cuando el elegido del Emperador hizo su entrada. Karkasy se sintió

insignificante a los ojos del dios viviente, vestido como estaba con una magnífica armadura del color de un océano distante y un manto de color púrpura profundo. El ojo de Terra brillaba sobre su pecho y Karkasy se sintió superado por la belleza magistral del Señor de la Guerra.

Haber pasado tanto tiempo con la 63.ª Expedición y sólo ahora poner los ojos en el Señor de la Guerra parecía la más grosera pérdida de tiempo. Karkasy decidió arrancar las páginas que había escrito en el Bondsman número 7 esta semana y redactar un soliloquio épico en honor de la nobleza del comandante.

El Mournival lo siguió, junto a una mujer alta y escultural con un vestido de terciopelo carmesí con cuello alto y mangas abullonadas, su cabello largo llevado en un peinado demasiado recargado. Sintió elevarse su indignación al darse cuenta de que esta debía ser Vivar, la rememoradora terrana de la que habían oído hablar.

Horus levantó los brazos y dijo:

—Amigos, continuo insistiendo en que no hay necesidad de arrodillarse en mi presencia. Sólo el emperador es merecedor de tal honor.

Poco a poco, reacios a abandonar su veneración del dios viviente, la multitud se iba poniendo de pie cuando Horus pasó entre los más cercanos a él, dándoles la mano, deslumbrándolos con su encanto e su ingenio espontáneo. Karkasy vio los rostros de aquellos a los que el Señor de la Guerra dirigió la palabra, sintiendo el oleaje de los celos crecer en su pecho ante la idea de no ser de los favorecidos.

Sin pensarlo, comenzó abriéndose paso entre la multitud hacia la parte delantera, recibiendo miradas hostiles y algún que otro codazo. Sintió un tirón en el cuello de la túnica y estiró el cuello para reprender a quien había tratado su costosa vestimenta tan rudamente. Vio a Euphrati Keeler detrás de él y, al principio, pensó que estaba tratando de tirar de él hacia atrás, pero entonces le vio la cara y sonrió al darse cuenta de que ella venía iba detrás de él, utilizando su cuerpo como un ariete.

Se las arregló para acercarse hasta la parte delantera, cuando se acordó de por qué se le había permitido asistir a tal encuentro. Apartó la vista del Señor de la Guerra para posarla sobre Erebus de los Portadores de la Palabra.

Karkasy conocía muy poco de la Legión XVII, apenas que su Primarca, Lorgar, era el hermano más cercano y confidente de Horus. Ambas legiones habían luchado y derramado su sangre juntas, muchas veces, para la gloria del Imperio. Los miembros del Mournival se adelantaron y, uno por uno, Erebus los abrazó como a un hermano perdido hace mucho tiempo. Se reían y se daban palmadas en las armaduras en señal

de bienvenida, aunque Karkasy vio una un poco de reticencia en el abrazo entre Loken y Erebus.

—Concéntrate, Ignace, concéntrate… —se susurró a sí mismo cuando se dio cuanta de que su mirada se concentraba otra vez en la Gloria del Señor de la Guerra. Arrancó los ojos de Horus una vez más para ver las manos de Abaddon y Erebus sacudirse por última vez, atisbando un destello plateado entre ellas. Él no podía estar seguro, ya que había sucedido tan rápido, pero le pareció que había visto una moneda o medalla de algún tipo.

El Mournival y Vivar tomaron posiciones a respetuosa distancia detrás del Señor de la Guerra, en cambio Maloghurst asumió su lugar al lado de su amo. Horus levantó los brazos y dijo:

—Están conmigo una vez más, mis amigos, reunidos para discutir nuestros planes para llevar la verdad y luz a los lugares oscuros —risas corteses y aplausos se difundieron hacia los bordes de la yurta cuando Horus continuó—. Una vez más volvemos a Davin, sede de un gran triunfo y el octavo mundo pacificado. Realmente es…

—Señor de la Guerra —dijo una voz desde el centro de la yurta.

Aunque la palabra se había dicho en voz baja, el público dejó escapar un grito de asombro colectivo por la flagrante violación de la etiqueta.

Karkasy vio como se ofuscaba la expresión del Señor de la Guerra y se dio cuenta de que era, inusual que alguien lo interrumpiera sin antes habérsele cedido la palabra.

La multitud se apartó de Erebus, como si temiera que la mera proximidad a él de alguna manera podría mancharlos con su temeridad.

—Erebus —dijo Maloghurst—. ¿Qué es lo que tiene para decir?

—Simplemente una corrección, palafranero —explicó el portador de la Palabra.

Karkasy vio a Maloghurst dar al Señor de la Guerra un vistazo de reojo.

—Una corrección dice usted. ¿Qué debe ser corregido?

—El Señor de la Guerra dijo que este mundo estaba pacificado —dijo Erebus.

—Davin lo está —gruñó Horus.

Erebus sacudió la cabeza tristemente y, por un breve instante, Karkasy detectó un rastro de diversión en su siguiente afirmación.

—No —dijo Erebus—. No lo está.

Loken sintió que su cólera crecía ante esta afrenta a su honor y sintió la ira del

Mournival en la rigidez de sus espaldas. Sorprendentemente, Aximand fue más lejos, llevando la mano a su espada, pero Torgaddon sacudió la cabeza y un poco a regañadientes Horus retiró la mano de su arma.

Había conocido a Erebus sólo por un tiempo muy corto, pero Loken había sentido respeto y estima por la voz suave del capellán de los Portadores de la Palabra de mando. Su consejo había sido sabio, sus maneras sencillas y su fe inquebrantable en el Señor de la Guerra; empero la sutil infiltración de Erebus al lado del Señor de la Guerra había disgustado a Loken, más allá de simples celos. Desde que prestaba oídos al consejo del primer capellán, el comandante se había vuelto huraño e innecesariamente colérico. Maloghurst mismo había expresado su preocupación al Mournival sobre la creciente influencia del Portador de la Palabra en el Señor de la Guerra.

Desde la conversación con Erebus en la cubierta de observación delantera del *Espíritu Vengativo*, Loken había sentido que había más en el primer capellán que lo que se veía a simple vista. Las semillas de la sospecha se habían sembrado en su corazón aquel día, y las palabras de Erebus fueron ahora como una lluvia fresca sobre ellas.

Después de la influencia que había acumulado desde Xenobia, Loken casi no podía creer que Erebus eligiera ahora comportarse de forma grosera.

—¿Le importaría a hacer una aclaración al respecto? —preguntó Maloghurst luchando evidentemente por mantener la calma. Loken nunca había admirado el escudero más que ahora.

—Me gustaría —dijo Erebus— pero tal vez estas cuestiones sería mejor tratarlas en privado.

—Di lo que tengas que decir, Erebus. Éste es el Consejo de Guerra y no hay secretos aquí —dijo Horus. Loken sabía que todo el papel que el Señor de la Guerra había planeado para ellos era irrelevante ahora. Vio que los demás miembros del Mournival se dieron cuenta de esto también.

—Mi señor —comenzó Erebus— me disculpo si…

—Guarda tus disculpas, Erebus —dijo Horus—. Tienes el nervio de venir ante mí como de esta manera. Se te acogió y se te dio un lugar en mi Consejo de Guerra y así es como me pagas, ¿con la deshonra?, ¿con insolencias? No voy a soportar esto, te lo digo en este momento. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi señor, y no pretendía deshonrarlo. Si se me permite continuar, verá que

lo quiero decir no es ningún insulto.

Una crujido de tensión crujido llenó la yurta y Loken silenciosamente deseó que el Señor de la Guerra pusiera fin a esta farsa para retirarse a un lugar más apartado, pero podía sentir como se inflamaba la sangre del Comandante y ya no había marcha atrás en esta confrontación.

—Continúa —dijo Horus con los dientes apretados.

—Como ustedes saben, abandonamos el planeta hace seis décadas, mi señor. Davin fue pacificado y parecía que se convertiría en una parte próspera del Imperio. Lamentablemente, ese no ha sido el caso.

—Ve al grano, Erebus, —dijo Horus, apretando fuertemente los puños.

—Por supuesto. En ruta hacia Sardis y a nuestro encuentro con los 200.ª y la 3.ª flotas, el venerado Señor Kor-Phaeron ordenó que desviara hacia Davin para garantizar que la Palabra del Emperador, amado por todos, estuviera siendo mantenida por el Comandante Temba y las fuerzas que dejamos con él.

—¿Dónde está Temba de todos modos? —exigió Horus—. Le di suficientes hombres para acabar con los restos de la resistencia. Seguramente si en este mundo continuara la resistencia ya hubiera tenido noticias de él.

—Eugan Temba es un traidor, mi señor —dijo Erebus—. Él está en la luna de Davin y ya no reconoce al Emperador como su amo y señor.

—¿Traidor? —gritó Horus.

—Imposible. Eugan Temba era un hombre de buen carácter y un espíritu marcial admirable, al que elegí personalmente para ese honor ¡Nunca se convertiría en traidor!

—¡Ojalá eso fuera cierto, mi señor! —dijo Erebus, sonando realmente lamentable.

—Bueno. En el nombre del emperador ¿qué está haciendo en la luna? —inquirió Horus.

—Las tribus de Davin en sí eran honorables y aceptaron someterse al Imperio, pero las de la luna no —explicó Erebus—. Temba condujo a sus hombres en una expedición gloriosa, pero temeraria en última instancia, a la luna para someter a las tribus de allí.

—¿Por qué temeraria? Tal es el deber de un Comandante Imperial.

—Fue imprudente, mi señor, porque las tribus de la luna no entienden el respeto como lo hacemos nosotros y parece ser que cuando Temba intentó parlamentar honorablemente con ellos, emplearon… medios para distorsionar la percepción de nuestros hombres y volverlos en contra vuestra.

—¿Medios? ¡Habla con claridad, hombre! —dijo Horus.

—No me atrevo a nombrarlos, mi señor, pero son lo que podrían ser descritos en los textos antiguos como, bueno, hechicería.

Loken sintió como sus humores sanguíneos dieron un vuelco ante la mención de la hechicería, y una exclamación de incredulidad recorrió la yurta ante tal noción.

—Temba sirve ahora el amo de la luna de Davin y ha escupido sobre su juramento de lealtad al Emperador. Él te menciona como el lacayo de un dios caído.

Loken nunca había conocido a Eugan Temba, pero sintió que odio hacia el hombre como una enfermedad en su garganta ante este terrible insulto para el honor del Maestro de Guerra. Una asombrada ronda de lamentos recorrió la yurta a medida que los guerreros reunidos asimilaban este insulto tan fuertemente como él lo había hecho.

—¡Pagará por esto! —rugió Horus—. ¡Voy a cortar su cabeza y alimentar con su cuerpo a los cuervos! ¡Por mi honor, lo juro!

—Mi señor —dijo Erebus—. Lamento ser el portador de tan malas noticias pero sin duda este es un asunto del que se deberían encargar vuestros subordinados.

—¿Acaso insinúa que envíe a otros para vengar esta mancha sobre mi honor, Erebus? —exclamó Horus—. ¿Qué clase de un guerrero sería si lo hiciera? ¿Yo decreté la pacificación de este lugar? ¡Y que me aspen si un solo mundo sólo de los que yo conquisté abandonara el Imperio! —Horus se volvió hacia el Mournival—. Preparen la Punta de Lanza ¡ahora!

—Muy bien, mi señor —dijo Abaddon—. ¿Quién la liderará?

—Yo mismo lo haré —dijo Horus.

El Consejo de Guerra fue despedido; todas las demás preocupaciones y los asuntos pendientes se hicieron a un lado debido las terribles noticias. Una frenética actividad se apoderó de la 63.ª Expedición apenas los comandantes regresaron a sus unidades y se corrió la voz de la traición de Eugan Temba.

En medio de los preparativos urgentes para la partida, Loken se encontró con Ignace Karkasy Loken en la yurta tan recientemente desalojada por el indignado Consejo de Guerra. Estaba sentado con un libro abierto delante de él, escribía con gran pasión y sólo se detuvo para afilar su pluma con una navaja pequeña.

—Ignace —dijo Loken.

Karkasy levantó la vista de su trabajo, y Loken se sorprendió por la diversión que

vio en el rostro del rememorador.

—Vaya reunión, ¿eh? ¿Son todas así de dramáticas?

Loken negó con la cabeza.

—No, por lo general no. ¿Qué estás escribiendo?

—Esto, oh, sólo un poema breve sobre el vil Temba —dijo Karkasy—. Nada especial, sólo para clarificar un poco el asunto. Me pareció muy apropiado dado el estado de ánimo de la expedición.

—Lo sé. No puedo creer que alguien pudiera decir tal cosa.

—Ni yo, y creo que ese es el problema.

—¿Qué quieres decir?

—Trataré de explicarlo —dijo Karkasy, levantándose de su asiento y caminando hacia los cuencos de carne fría para servirse un plato—. Recuerdo un consejo que escuché sobre el Señor de la Guerra. Decía que un buen truco al reunirse con él era mirarle los pies, porque si notabas su Mirada posada en ti seguramente olvidarías lo que ibas a decir.

—Ya lo había oído. Aximand me dijo lo mismo apenas ingresé al Mournival.

—Bueno, es obviamente un buen consejo, porque me tomó por sorpresa cuando lo vi de cerca por primera vez: absolutamente magnífico. Casi olvidé por qué estaba allí.

—No estoy seguro de si he entendido —dijo Loken, moviendo la cabeza cuando Karkasy le ofreció un poco de carne del plato.

—Piénsalo un poco, puedes imaginar que alguien que haya conocido a Horus —¿puedo llamarlo Horus? He oído que no está muy contento con que nosotros, meros mortales lo llamemos así— se atrevería a decirle en la cara aquello que Temba se supone que dijo.

Loken tardó un momento en seguir el hilo de las reflexiones de Karkasy, dandose cuenta de que su ira lo había cegado con el simple hecho del insulto a la gloria del Señor de la Guerra.

—Tienes razón, Ignace. Ninguno de los que haya conocido al Señor de la Guerra podría decir algo semejante.

—Así que la pregunta es: ¿por qué Erebus dijo lo que Temba había dicho?

—No lo sé. ¿Por qué iba a hacerlo?

Karkasy tragó parte de la carne en su plato y la acompañó con una copa de un licor blancuzco.

—¿Por qué en realidad? —preguntó Karkasy, el calentamiento del tejido de su historia—. Dígame: ¿ha tenido el «placer» de reunirse con Aeliuta Hergig? Ella es una rememoradora —una de las dramaturgas— y escribió algunas obras terriblemente recargadas. Cosas tediosas si usted me pregunta, pero no puedo negar que tiene una cierta habilidad cuando ella misma pisa las tablas. Recuerdo haberla visto representar a Lady Ofelia en La Tragedia de Amleti y era bastante buena, aunque…

—Ignace —advirtió Loken—. Ve al grano.

—Oh sí, por supuesto. Mi punto es que, aunque sea talentosa como actriz la señora Hergig no tiene nada que hacer al lado de la actuación de Erebus el día de hoy.

—¿Actuación?

—En efecto. Todo lo que hizo desde el momento en que entró en este yurta era una actuación. ¿No lo notaste?

—No, estaba demasiado enojado —admitió Loken—. Es por eso que te quería allí. Explícamelo, simplemente y sin digresiones, Ignace.

Karkasy se hinchó de orgullo antes de continuar.

—Muy bien. La primera vez que habló de del incumplimiento de Davin, Erebus sugirió tratar el asunto en algún lugar más privado; sin embargo, había abordado este tema altamente provocativo en una sala llena de gente. Y ¿te fijaste? Erebus dijo que Temba se había vuelto contra él, Horus, no contra el Emperador. Horus. Él lo convirtió en algo personal.

—¿Pero por qué iba a tratar de provocar el Señor de la Guerra de esa manera?

—Tal vez para desequilibrar su humor con el fin de provocar su cólera, como si hubiera sabido cual sería su reacción. Creo Erebus quería poner al Señor de la Guerra en una posición en la que no pudiera pensar con claridad.

—Ten cuidado, Ignace. ¿Estás sugiriendo que la Señor de la Guerra no pensaba con claridad?

—No, no, no —dijo Karkasy—. Sólo que con su humor estaba desequilibrado. Así Erebus fue capaz de manipularlo.

—Manipularlo ¿para qué?

Karkasy se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que Erebus quería que Horus fuera a la luna de Davin.

—Pero le aconsejó no ir allí. Incluso tuvo el descaro de sugerir que los demás fueran en el lugar del Señor de la Guerra.

Karkasy le tendió la mano con desdén.

—Sólo para parecer que había tratado de disuadirlo de su curso de acción, a sabiendas de que el Señor de la Guerra no podía echarse atrás ante ese insulto a su honor.

—Y ni debería, rememorador, —dijo una voz profunda desde la entrada de la yurta.

Karkasy se levantó de un salto, y Loken se volvió hacia el sonido de la voz para ver al Primer Capitán de los Hijos de Horus, resplandeciente y enorme en su armadura de placas.

—Ezekyle —dijo Loken—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote —dijo Abaddon—. Deberías estar con tu compañía. El propio Señor de la Guerra es el líder de la Punta de Lanza, y tú pierdes el tiempo con escribientes que ponen en duda la palabra de un Astartes honorable.

—Primer Capitán Abaddon —masculló Karkasy, bajando la cabeza—. No pretendía ser irrespetuoso. Estaba informándole al capitán Loken de mis impresiones de lo que he oído.

—Permanece en silencio, gusano —le espetó Abaddon—. Debería matarte aquí mismo por cómo has deshonrado a Erebus.

—Ignace sólo estaba haciendo lo que le pedí que hiciera —señaló Loken.

—¿Tú lo metiste en esto, Garviel? —preguntó Abaddon—. Estoy muy decepcionado contigo.

—Hay algo que no está bien en esto, Ezekyle —dijo Loken—. Erebus no nos está diciendo toda la verdad.

Abaddon negó con la cabeza.

—¿Acaso vas a creer a este tonto por sobre un hermano Astartes? Tu coqueteo con poetastros te ha lavado el cerebro, Loken. El comandante oirá hablar de esto.

—Sinceramente espero que sí —dijo Loken, sintiendo como crecía su ira a medida que Abaddon desestimaba sus preocupaciones—. Voy a estar de pie junto a él cuando se lo digas.

El Primer Capitán giró sobre sus talones y se obligó a salir de la yurta.

—Primer Capitán Abaddon —dijo Karkasy—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—No, usted no puede —gruñó Abaddon, pero Karkasy se la hizo de todos modos.

—¿Que era esa cosa plateada que le dio Erebus cuando los vi juntos?



CUATRO
SECRETOS Y COSAS OCULTAS
CAOS
DIFUNDIR LA PALABRA
AUDIENCIA

Abaddon se congeló ante las palabras de Karkasy.

Loken reconoció las señales y rápidamente se movió para colocarse entre el Primer Capitán y el rememorador.

—¡Ignace, sal de aquí! —gritó, cuando Abaddon se volvió y se abalanzó sobre Karkasy.

Abaddon rugió de ira y Loken lo tomó de los brazos, manteniéndolo a raya mientras Karkasy chillaba de terror y echó el cerrojo de la yurta. Abaddon empujó hacia atrás a Loken, utilizando una fuerza claramente superior a la suya; Loken cayó, pero había logrado su objetivo de reorientar la ira de Abaddon.

—¿Levantarías las armas contra un hermano, Loken? —bramó Abaddon.

—Yo sólo te estoy salvando de cometer un gran error, Ezekyle —contestó Loken poniéndose de pie. Podía notar como hervía la sangre de Abaddon y sabía que tenía que andar con cautela. Aximand le había contado del ataque de furia homicida de Abaddon en la extracción desesperada del comandante del Extranus, y que su carácter era cada vez más impredecible.

—¿Un error? ¿De qué estás hablando?

—Matar a Ignace —dijo Loken—. Piensa qué habría pasado si lo hubieras matado. El Señor de la Guerra habría tenido tu cabeza por eso. Imagina las

consecuencias si un Astartes asesinara a un rememorador a sangre fría.

Abaddon trepidaba en el interior de la yurta como un animal enjaulado, pero Loken podía ver que sus palabras habían penetrado entre la neblina roja de la ira de su amigo.

—Maldita sea, Loken… Maldita sea —siseó Abaddon.

—¿A qué se refería Ignace, Ezekyle? ¿Era una medalla de la logia la que se pasaron con Erebus?

Abaddon miró directamente a Loken y dijo:

—No lo puedo decir.

—Entonces era verdad.

—Yo… No lo puedo decir.

—Maldito seas tú, Ezekyle. Secretos y cosas ocultas, hermano, no puedo soportarlos. Esto es exactamente por qué no puedo volver a la logia. Aximand y Torgaddon me lo pidió, pero ya no puedo, no después de esto. Dime: ¿Erebus es parte de la logia ahora? ¿Fue siempre parte de ella o lo incluyeron en el viaje hasta aquí?

—Oiste las palabras de Serghar en la reunión. Sabes que no puedo hablar de lo que ocurre dentro de los círculos de la logia.

Loken se acercó a Abaddon, casi hasta pegar ambas placas pectorales de sus respectivas armaduras y le dijo:

—Me lo vas a decir ahora, Ezekyle. Aquí huele a podrido y te juro que si me mientes lo sabré.

—¿Crees que puedes intimidarme, pequeño? —rió Abaddon. Loken vio la mentira en sus bravatas.

—Sí, Ezekyle, lo creo. Ahora vas a decírmelo.

Los ojos de Abaddon ojos miraban hacia la entrada de la yurta.

—Muy bien —dijo—. Te lo voy a decir, pero no va a salir de aquí.

Loken asintió con la cabeza y la perdición, dijo:

—Nosotros no introdujimos a Erebus en la logia.

—¿No? —preguntó Loken, con verdadera incredulidad.

—No —repitió Abaddon—. Fue Erebus el que nos introdujo a nosotros.

Erebus, hermano Astartes, Primer Capellán de los Portadores de la Palabra…

Consejero de confianza del Señor de la Guerra…

Mentiroso.

No importaba lo mucho que intentara borrar las palabras con su meditación de batalla, volvían a perseguirlo todo el tiempo. Las palabras de Euphrati Keeler, dichas la última vez que habían hablado, se arremolinaban alrededor de su cabeza, una y otra vez.

Ella había bajado la vista y le preguntó:

—Ante el menor atisbo de corrupción ¿saldrá de su vida regimentada y se opondrá a ella?

Keeler había sugerido lo imposible, y él afirmó que algo como lo que estaba sugiriendo nunca podría suceder. Sin embargo, aquí estaba dándole vuelta a la posibilidad de que un hermano Astartes —alguien en quien el Señor de la Guerra confiaba— les estaba mintiendo por razones desconocidas.

Loken había tratado de encontrar a Kyril Sindermann para abordar el tema con él, pero el iterador no se encontraba en los lugares habituales y así Loken había regresado abatido a las salas de entrenamiento. El asesino sonriente, Luc Sedirae, estaba limpiando las piezas desmontadas de su bólter, mientras que los «gemelos» Moy y Marr, estaban practicando esgrima con las espadas. El viejo amigo de Loken, Nero Vipus, se sentó en un banco a pulir su coraza, tratando de eliminar las cicatrices obtenidas en Muerte.

Sedirae y Vipus asintieron con la cabeza en señal de reconocimiento apenas entró.

—Garvi, —dijo Vipus—. ¿Algo en mente?

—No, ¿por qué?

—Pareces un tanto preocupado, eso es todo.

—Estoy bien —le espetó Loken.

—Bien, bien —murmuró Vipus—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Lo siento, Nero, —dijo Loken—. Yo sólo…

—Lo sé, Garvi. En toda la compañía pasa lo mismo. Nadie puede esperar para entrar en acción y ser el primero en enfrentarse con ese hijo de puta de Temba. Luc ya me ha apostado a que va a ser el que tome su cabeza.

Loken asintió evasivamente y preguntó:

—¿Alguno de ustedes ha visto al Primer Capitán Abaddon?

—No, no desde que regresamos —respondió Sedirae sin levantar la vista de su trabajo—. Sin embargo, esa rememoradora, la muchacha negra, te estaba buscando.

—¿Oliton?

—Sí, era ella. Dijo que volvería en una hora o algo así.

—Gracias, Luc —dijo Loken, volviéndose hacia Vipus—. Siento haberte contestado de esa manera.

—No te preocupes —se rió Vipus—. Soy como un chico grande y mi piel es lo suficientemente gruesa como para soportar el mal humor.

Loken sonrió a su amigo y abrió la jaula de entrenamiento, quitándose la armadura y desprendiendo cuidadosamente los gruesos polímeros miméticos del interior de su traje, hasta que estuvo desnudo excepto por un par de pantalones de faena. Levantó su espada y dio un paso hacia la jaula de entrenamiento, activando el arma cuando los hemisferios de hierro gris se levantaron a un lado y los servidores de combate tubulares descendieron desde el centro de la parte superior de la cúpula.

—Programa de combate Épsilon Nueve —dijo—. Máxima letalidad.

La máquina de combate cobró vida con un zumbido, extremidades largas hoja desplegaron de sus lados en una forma que le recordaba a los cladóceros alados de Muerte. Picos y aristas brotaron del cuerpo del artefacto y Loken hizo girar su cuello y sus brazos en preparación para la lucha que se avecinaba.

Necesitaba la cabeza clara si quería concentrarse en todo lo que había sucedido, y no había mejor manera de alcanzar la pureza de pensamiento que a través del combate. La máquina de batalla comenzó una suave cuenta atrás y Loken se puso en cuclillas luchando contra sus cavilaciones que una vez más se volvían hacia el primer capellán de los Portadores de la Palabra.

Mentiroso…

Fue sólo quince días después de dejar el espacio Interexiano, y una semana antes de llegar a Davin, que Loken finalmente tuvo la oportunidad de hablar con Erebus a solas. Esperó al Primer Capellán de la Portadores de la Palabra en la plataforma de observación delantera de la *Espíritu Vengativo*, mirando los borrones de luz negra y brillante oscuridad deslizarse más allá de la gran bahía blindada de visualización.

—¿Capitán Loken?

Loken se volvió, enfrentándose al rostro serio de Erebus. Su afeitado cráneo tatuado brillaba al reflejar los vórtices de luces de colores brillando a través del cristal de la bahía de observación, resaltando su armadura con los colores de la paleta de un artista.

—Primer Capellán —respondió Loken, haciendo una profunda reverencia.

—Por favor, mi nombre es Erebus, me sentiría honrado si me llamara por él. No

tenemos necesidad de formalidades aquí.

Loken asintió con la cabeza cuando Erebus se unió a él delante del gran despliegue de colores dispuestos delante de ellos.

—Hermoso, ¿no? —dijo Erebus.

—Solía pensar que sí —asintió Loken—. Pero en verdad no puedo mirarlo ahora sin sentir temor.

—¿Temor? ¿Por qué? —preguntó Erebus, poniendo la mano sobre el hombro de Loken—. La disformidad es simplemente el medio por el cual viajan las naves. ¿Acaso no nos reveló el Emperador, amado por todos, los medios por los cuales podemos hacer uso de ella?

—Sí, lo hizo —acordó Loken, echando un vistazo a la escritura tatuada en el cráneo de Erebus, aunque las palabras estaban en un idioma que no entendía.

—Son los pronunciamientos del Emperador, tal como figuran en el Libro de Lorgar y están escritos en el idioma de Colchis —dijo Erebus respondiendo a la muda pregunta de Loken—. Son un arma tanto como mi bólter y mi espada.

Al ver la incomprensión de Loken, Erebus dijo:

—En el campo de batalla debo ser una figura de respeto y majestad y al llevar la Palabra del Emperador en mi propia carne, intimido a los xenos y a los incrédulos que se enfrentan a mí.

—¿Incrédulos?

—Una mala elección de palabra —dijo Erebus, encogiéndose de hombros con desdén—, tal vez misántropo sería un término mejor, pero sospecho que no viniste aquí para admirar la vista o mi escritura.

Loken sonrió y dijo:

—No, tienes razón, no lo hice. Pedí hablar contigo porque sé que los Portadores de la Palabra son un Legión con muchos estudiosos entre sus filas. Han ido a muchos mundos que se creían portadores de conocimientos y los incorporaron al Imperio.

—Es cierto —asintió lentamente Erebus—. A pesar de que se destruyó gran parte de ese conocimiento por profano en los fuegos de la Guerra.

—Pero ustedes son entendidos en temas esotéricos y yo deseo su consejo en… un asunto que creí mejor hablar en forma privada.

—Ahora estoy intrigado —dijo Erebus—. ¿Qué hay en tu mente?

Loken señaló hacia la pulsante luz espectral de la disformidad al otro lado del cristal de la bahía de observación. Nubes de muchos colores y espirales de oscuridad

ondeaban y se retorcían como flores de tinta en el agua, batiéndose constantemente en un torbellino de luz y sombra. No existía ninguna forma coherente en el misterioso espacio más allá de la nave del Señor de la Guerra, que, sin el poder del campo Geller, hubiera sido destruida en un abrir y cerrar de ojos.

—La disformidad nos permite viajar de un lado de la galaxia a la otra, pero realmente no entiendo ese concepto en absoluto —afirmó Loken—. ¿Qué sabemos realmente acerca de las cosas que se esconden en sus profundidades? ¿Qué sabemos del Caos?

—¿Caos? —repitió Erebus y Loken detectó un momento de duda antes de el Portador de la Palabra respondiera—. ¿Qué quieres decir con ese término?

—No estoy seguro —admitió Loken—. Fue algo que Mithras Tull me dijo en Xenobia.

—¿Mithras Tull? No conozco el nombre.

—Era uno de los comandantes subordinados de Jephta Naud —explicó el Loken —. Yo estaba hablando con él cuando todo se fue al infierno.

—¿Qué fue lo que te dijo, capitán Loken? Exactamente.

Los ojos de Loken se estrecharon ante el tono del Primer Capellán y dijo:

—Tull habló del Caos como si fuera una fuerza distinta, una presencia primordial en la disformidad. Él dijo que era la fuente de la corrupción más malévola imaginable y que nos sobreviviría a todos y bailaría sobre nuestras cenizas.

—Usó unas frases realmente coloridas.

—Lo hizo, pero creo que hablaba en serio —dijo Loken, mirando hacia las profundidades de la disformidad.

—Confía en mí: Loken, la disformidad no es más que energía inconciente y en constante ebullición. Eso es todo lo que hay allí. ¿O hay algo que te hace creer sus palabras?

Loken pensó en la criatura babeante que se había hecho carne en Xavyer Jubal en una caverna bajo las montañas de 63-19. Ésa no había sido una forma de energía disforme inconsciente. Loken había visto una inteligencia monstruosa, al acecho dentro de la deformidad horrible en que Jubal se había convertido.

Erebus lo miraba con expectación y aunque el Portador de la Palabra había sido bien acogida dentro de las filas de los Hijos de Horus, Loken no estaba dispuesto a compartir el horror bajo las Cabezas Susurrantes con un extraño.

A toda prisa dijo:

—Leí acerca de batallas entre las tribus de hombres en la antigua Terra, antes de la llegada del Emperador, y se dice que usar los poderes que estaban…

—¿En Las Crónicas de Ursh? —preguntó Erebus.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Yo también las he leído y conozco los pasajes a los que se está refiriendo.

—Entonces, también sabe que se hablaba de dioses oscuros, primordiales e invocaciones a ellos.

Erebus sonrió con indulgencia.

—Sí, y es el trabajo de escandalosos cuentistas e incorregibles demagogos para hacer sus fárragos tan emocionantes como sea posible, ¿no? Las Crónicas de Ursh no es el único texto de esa naturaleza. Muchos de estos libros fueron escritos antes de la unificación y cada escritor llenaba página tras página con los más extravagantes, terrores empapados de sangre con el fin de superar a sus contemporáneos, dando lugar a algunas obras de… dudosa veracidad.

—¿No cree que haya nada allí entonces?

—En absoluto —dijo Erebus.

—Tull dijo que el Immaterium, como él la llamaba, era la raíz de la hechicería y de la magia.

—¿Hechicería y magia? —rió Erebus antes de enfocar con su mirada a Loken—. Mintió, mi amigo. Confraternizaba con razas xenos y era una abominación ante los ojos del Emperador. Sabe que no puede confiar en la palabra de un enemigo. Después de todo, ¿los Interexianos no nos acusaron falsamente de robar una de las espadas de los kinebrach de la Galería de Artefactos? ¿Incluso aún después de que el Señor de la Guerra lo negó?

Loken no dijo nada debido a lo arraigado de la hermandad Astartes aunque contradeciera la evidencia de sus propios sentidos.

Todo lo que Erebus le decía reforzaba su convencimiento en la falsedad absoluta de la hechicería, los espíritus y demonios.

Sin embargo, no podía ignorar lo que sus instintos le gritaban: que Erebus le estaba mintiendo y la amenaza del Caos era horriblemente real.

Mitra Tull se había convertido en un enemigo y Erebus era un hermano Astartes, y Loken se sorprendió al descubrir que era más fácil creer al guerrero de los Interexianos.

—Como lo has descrito, no hay tal cosa como el Caos —prometió Erebus.

Loken asintió con la cabeza, pero se desesperó al darse cuenta de que nadie, ni siquiera el Interexiano, había dicho exactamente qué tipo de arma había sido robada de la Galería de los Artefactos.

—¿Estás enterado? —preguntó Ignacio Karkasy, apurando otro vaso de vino—. ¡Ella tiene acceso completo… al Señor de la Guerra! ¡Es una vergüenza! ¡Nosotros, rompiendonos la espalda para crear algo de arte digno de ese nombre, con la esperanza de llamar la atención de alguien lo suficientemente importante, y una poetisa insignificante sin siquiera molestarse va y obtiene una audiencia con el Señor de la Guerra!

—He oído que tiene conexiones —asintió con la cabeza Wenduin, una mujer pequeña con pelo rojo y una figura de reloj de arena que rumores por la nave como un pedo entre las sábanas. Karkasy había gravitado hacia ella tan pronto como se había dado cuenta de que estaba pendiente de cada palabra amarga suya. Se había olvidado exactamente qué era lo que hacía, a pesar de que recordaba vagamente algo sobre «las composiciones armónicas de luz y de sombra», lo que fuera que eso significara.

Honestamente, pensaba, que no van a permitir que nadie sea un rememorador en estos días.

El Retiro estaba, como siempre, lleno de rememoradores, poetas, dramaturgos, artistas y compositores, que le habían dado un ambiente bohemio, mientras que los oficiales del ejército fuera de servicio, marines y la tripulación eran impresionados por los civiles con cuentos de los libros publicados, ovaciones teatrales y excesos ocurridos en el detrás de escena.

Sin su público, el Retiro revelaba numerosos actos de vandalismo, un bar lleno de humo repleto de gente que no tenía nada mejor que hacer. Los jugadores habían raspado el revestimiento dorado de las columnas para hacer fichas de juego (de las cuales Karkasy ahora tenía un buen montón en su cabina) y los artistas habían blanqueado zonas enteras de las paredes para embadurnarlas con sus propios garabatos, la mayoría de los cuales eran lascivos o ridículos.

Hombres y mujeres llenaban todas las mesas disponibles, jugando manos de merci, mientras que algunos de los más rememoradores más entusiastas planeaban sus composiciones al lado. Karkasy y Wenduin se sentaron en una de las cabinas a lo largo de la pared; el murmullo de la conversación llenaba el Retiro.

—Conexiones —repitió Wenduin sabiamente.

—Eso es exactamente —dijo Karkasy, vaciando su vaso—. He oído que el Consejo de Terra y el Sigilita también.

—¡Por el Trono! ¿Cómo lo consiguió? —preguntó Wenduin—. Las conexiones, quiero decir.

Karkasy negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Tú también tienes tus conexiones. Podrías averiguarlo —señaló Wenduin al cabo, llenando su copa una vez más—. No sé qué te preocupa de todos modos. Tienes uno de los Astartes detrás de ti. Eres bastante bueno para lanzar difamaciones.

—Apenas —resopló Karkasy, golpeando la palma sobre la mesa—. Tengo que mostrarle todo lo que escribo. Es un censor, eso es lo que es.

Wenduin se encogió de hombros.

—Tal vez sea así, tal vez no, pero puedes ir al Consejo de Guerra ¿no es cierto? Te apuesto a que es un poco de censura que merece la pena.

—Tal vez —dijo Karkasy, reacio a sacar el tema de los eventos de Davin y su terror a la vista de un enfurecido Capitán Primero Abaddon intentando partirle la cabeza.

En todo caso, el Capitán Loken lo encontró más tarde, temblando y con miedo, en la carpa de la intendencia, incursionando en una botella de distilac. Había sido un poco ridículo en realidad. Loken había arrancado una página del Bondsman número 7 fiador y escribió algo en letras grandes antes de entregárselo.

—Éste es un juramento inmediato, Ignace —le había dicho Loken—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Creo que sí —le había respondido, leyendo las palabras Loken había escrito.

—Es un juramento que se aplica a una acción individual. Es muy específico y muy preciso —le explicó Loken—. Es común para un Astartes realizar un juramento antes de la batalla, donde se compromete para lograr un objetivo determinado o mantener un cierto ideal. En tu caso, Ignace, será para mantener lo que pasó aquí esta noche entre nosotros.

—Así lo haré, señor.

—También debes realizar el juramento, Ignace. Coloca tu mano sobre el libro y pronuncia las palabras.

Lo había hecho, poniendo una mano temblorosa sobre la página, sintiendo la

textura gruesa de la misma debajo de la palma sudorosa.

—Juro no decir a otro ser viviente lo que pasó entre nosotros —dijo.

Loken había asintió solemnemente y dijo:

—No lo tomes a la ligera, Ignace. Acabas de hacer un juramento con un Astartes y nunca debes romperlo. Eso sería un gran error.

Había asentido y se dirigió hacia el primer transporte que salía de Davin.

Karkasy sacudió la cabeza aclarando la memoria; el calor o cualquier comodidad que el vino le había proporcionado, había desaparecido dolorosamente.

—Hey —dijo Wenduin—. ¿Me estás escuchando? Parecías estar a un millón de kilómetros de distancia.

—Sí, lo siento. ¿Qué estabas diciendo?

—Me estaba preguntando si había alguna posibilidad de que pudieras hablarle bien de mí al Capitán Loken. Tal vez podrías contarle acerca de mis composiciones. Ya sabes, lo buenas que son.

—¿Composiciones?

¿Qué significaba eso? Él la miró a los ojos y vio la avaricia terrible que acechaba detrás de su fachada de interés; ahora veía realmente lo egoísta que era esta escaladora social. De repente todo lo que quería hacer era huir.

—¿Y bien? ¿Podrías hacerlo?

Se salvó de inventar una respuesta por la llegada de una figura a la cabina.

Karkasy la miró y dijo:

—¿Sí? Puedo ayudarte… —pero sus palabras se desvanecieron cuando finalmente reconoció a Euphrati Keeler. El cambio en ella desde la última vez que la había visto era notable. En lugar de su atuendo habitual de botas y uniforme, llevaba la túnica de color beige de una rememoradora femenina, y su largo cabello había sido cortado en un largo modesto.

Aunque, obviamente, más femenino, Karkasy se sintió decepcionado al descubrir que el cambio no era de su agrado, prefiriendo su estilo agresivo a la extrañeza asexuada que esa ropa le concedía.

—¿Euphrati? ¿Eres tú?

Ella simplemente asintió con la cabeza y dijo:

—Estoy buscando al Capitán Loken. ¿Lo has visto hoy?

—¿Loken? No, bueno, sí, pero no desde Davin. ¿No te gustaría unirte a nosotros? —dijo, haciendo caso omiso de la mirada viperina emitida por Wenduin en su

dirección.

Sus esperanzas de rescate se vieron frustradas cuando Euphrati negó con la cabeza y dijo:

—No, gracias. Éste lugar no es para mí.

—Ni el mío, pero aquí estoy —sonrió Karkasy—. ¿Estás segura de que no se te puede tentar con un poco de vino o una partida de cartas?

—Muy segura, pero de todas formas gracias. Hasta luego, Ignace, y que tengas una buena noche —dijo Keeler con una sonrisa de complicidad. Karkasy le dirigió una media sonrisa y la miró mientras se dirigía de una cabina a otra antes de salir del Retiro.

—¿Quién era esa? —preguntó Wenduin y a Karkasy le hizo gracia los celos profesionales que detectó en su voz.

—Ése era una muy buena amiga mío —dijo Karkasy, disfrutando del sonido de las palabras.

Wenduin asintió secamente.

—Escucha, ¿quieres ir a la cama conmigo o no? —preguntó ella, con toda pretensión de interés real en él descartada en favor de la ambición descarada.

Karkasy se echó a reír.

—Soy hombre. Por supuesto que sí.

—¿Y le hablarás al Capitán Loken de mí?

Si eres tan buena como dicen que eres, puedes apostar por ello, pensó.

—Sí, querida, por supuesto lo haré —dijo Karkasy, notando un pedazo de papel doblado en el borde de la cabina. ¿Había estado allí antes? No podía recordarlo. Como Wenduin salió de la cabina, tomó el papel y lo desdobló. En la parte superior había una especie de símbolo, una larga T mayúscula con un halo de estrellas en su centro. No tenía idea de lo que significaba y comenzó a pasar las palabras, pensando que podrían ser los desechados garabatos de algún rememorador.

Ésa impresión se desvaneció, sin embargo, al leer las palabras escritas en el papel.

El Emperador de la Humanidad es la Luz y el Camino, y todas sus acciones son en beneficio de la humanidad, que es su pueblo. El emperador es Dios y Dios es el Emperador, así ha sido enseñado en éste…

—¿Qué es eso? —preguntó Wenduin.

Karkasy la ignoró, deslizando el papel en su bolsillo y salió de la cabina. Miró a su alrededor y vio folletos idénticos en varias mesas alrededor de la habitación. Ahora

estaba convencido de que el papel no había estado en su mesa antes de la visita de Euphrati y comenzó a caminar alrededor de la barra, recogiendo la mayor cantidad de papeles manoseados que pudo encontrar.

—¿Qué estás haciendo? —vociferó Wenduin, mirándolo impaciente con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Vete a la mierda! —gruñó Karkasy, en dirección a la salida—. Buscar otro tonto para seducirlo. Yo no tengo tiempo.

Si no hubiera estado tan preocupado, hasta podría haber disfrutado de su mirada de sorpresa.

Unos minutos más tarde, Karkasy se detuvo delante del barracón de Euphrati Keeler, en las profundidades del laberinto formado por escaleras caracol y pasajes goteantes que componían la cubierta residencial. Se dio cuenta de que el símbolo del panfleto estaba grabado en el mamparo del barracón vecino. Golpeó el timbre con el puño hasta que por fin se abrió. El olor de las velas perfumadas flotó hacia el pasillo.

Ella sonrió, y él supo que había estado esperándolo.

—¿Lectitio Divinitatus? —dijo, sosteniendo la pila de folletos que había recogido del Retiro—. Tenemos que hablar.

—Sí, Ignace, tenemos que hacerlo —dijo, dándose vuelta y dejándolo de pie en el umbral.

Él entró tras ella.

Los aposentos de Horus eran sorprendentemente modestos, pensó Petronella, sencillos y funcionales, con sólo unos pocos elementos que podrían considerarse personales. No había esperado una ostentación lujosa, pero había esperado ver más de lo que podría encontrar en cualquier barracón de un soldado del ejército. Una pila de amarillentos papeles de juramentos llenaban un baúl contra una pared y algunos libros se apilaban en unos estantes situados junto a la cucheta, su longitud y anchura eran enormes para ella, pero probablemente apenas suficientes para un ser con la escala inhumana de un Primarca.

Ella sonrió ante la idea de un Horus dormido, preguntándose qué visiones poderosas de gloria y majestad podría tener uno de los hijos del Emperador. La idea de un Primarca dormido era claramente humanizadora, a pesar de que nunca había

pensado que alguien como Horus tuviera necesidad de descansar. Petronella había asumido que, así como no envejecían nunca, los primarcas no se cansaban. Ella decidió que la cama era una afectación, un recordatorio de su humanidad.

En deferencia a su primer encuentro con Horus, Petronella llevaba un sencillo vestido de color verde esmeralda, con faldas bordadas con plata y topacio, y una blusa roja con un escote escandaloso. Además llevaba una placa de datos y una mnemopluma de punta dorada en un recatado bolso con un cordón de oro colgado de un hombro y sus dedos repicaban ansiosos por comenzar su trabajo. Ella había dejado a Maggard fuera de la cámara, aunque ella sabía que la idea de perder la oportunidad de estar en la presencia de un guerrero tan sublime como Horus era mortificante para él. Estar tan cerca de los Astartes había sido intoxicante para su guardaespaldas, que se podría decir que los miraba como si se tratara de dioses. Compartía su satisfacción por estar entre estos poderosos guerreros tan agradables aunque silenciosos, pero el día de hoy quería al Señor de la Guerra para ella sola.

Pasó la mano por la superficie de madera del escritorio de Horus, ansiosa de comenzar la primera sesión de la entrevista con el Señor de la Guerra. La mesa era de proporciones tan amplias como las de su cama, y ella sonrió mientras se imaginaba el gran número de campañas que había planeado en ella, y los partes de guerra firmados en su superficie manchada y descolorida.

Habría escrito la orden concediéndole de la audiencia privada en esta misma mesa, se preguntó.

Recordó como había recibido la orden de presentarse ante el Señor de la Guerra de inmediato; rememoró su terror y la euforia con la que Babeth preparó rápidamente una media docena de cambios de vestuario para ella. Al final, ella se había decantado por algo elegante y recatado, un vestido crema con un corpiño con refuerzos de marfil que elevaban su pecho, y un collar con membranas de oro rojo que continuaba desde la nuca, rizándose hasta la frente en una cascada de gotas de perlas y zafiros. Evitando la costumbre terrana de empolvarse la cara, optó por una sutil mezcla de sulfuro de antimonio en polvo para oscurecer los bordes de los ojos y un brillo de labios policromado.

Horus había apreciado, obviamente, su moderación al vestir, con una amplia sonrisa mientras ella era conducida a su presencia. Su aliento, si no hubiera sido ya en gran parte robado por la constricción del corpiño, habría sido arrebatado por la gloria de la perfección física del Señor de la Guerra y su palpable carisma. Su cabello era

corto, y su cara descubierta y bien parecida, con los ojos deslumbrantes en una mirada que le dijo que era la cosa más importante para él ahora mismo. Se sentía mareada, como un debutante en su primer juego.

Llevaba una reluciente armadura de batalla del color de un cielo de invierno, con rebordes de oro batido y un breve texto en bajorrelieve llenando el interior de cada hombrera. Brillaba en la placa pectoral un ojo rojo, como una gota de sangre sobre la nieve virgen. Ella se sintió paralizada por su inquebrantable mirada.

Maggard estaba detrás de ella, resplandeciente en su armadura de oro pulido y correajes de plata. Por supuesto, no llevaba armas. Sus espadas y pistolas se hallaban en poder de los guardaespaldas de Horus.

—Mi señor —comenzó, inclinando la cabeza y haciendo un reverencia elaborada, su mano con la palma hacia abajo delante de él a la espera de un beso.

—¿Así que usted es de la Casa Carpinus? —inquirió Horus.

Ella se recuperó rápidamente, sin tener en cuenta el incumplimiento del Señor de la Guerra a la etiqueta al ignorar la mano y hacerle una pregunta antes de que las presentaciones formales se hubieran hecho.

—En verdad lo soy, mi señor.

—No me llames así —dijo el Señor de la Guerra.

—Oh… por supuesto… ¿cómo me dirijo a usted?

—Horus sería un buen comienzo —dijo, y ella miró hacia arriba para verlo sonriendo ampliamente. Los guerreros detrás de él trataron infructuosamente de ocultar su diversión y Petronella se dio cuenta de que Horus estaba jugando con ella. Se obligó a devolver la sonrisa, enmascarando su molestia con informalidad, y dijo:

—Gracias. Lo haré.

—¿Así que quieres ser mi documentalista, verdad? —le preguntó Horus.

—Si se me permite cumplir con esa función, sí.

—¿Por qué?

De todas las preguntas que había anticipado, ella no había esperado que le lanzara una pregunta tan simple tan abiertamente.

—Siento que este es mi vocación, mi señor —comenzó—. Es mi destino como heredero de la Casa Carpinus documentar grandes maravillas, y capturar la gloria de esta Guerra, el heroísmo, el peligro, la violencia y la furia de la batalla. Deseo…

—¿Alguna vez has visto una batalla, niña? —preguntó Horus de repente.

—Bueno, no. No como tal —dijo ella, sus mejillas ruborizadas de indignación por

el término «niña».

—Me imaginaba que no —dijo Horus—. Como aquellos que no han hecho nunca un disparo ni oído los gritos y gemidos de los moribundos que claman en voz alta por sangre, venganza y desolación. ¿Es eso lo que deseas? ¿Es esa tu «vocación»?

—Si eso es la guerra, entonces sí —dijo, dispuesta a no dejarse intimidar ante su comportamiento grosero—. Quiero verlo todo. Verlo todo y registrar la gloria de Horus para las generaciones futuras.

—La gloria de Horus —repitió el Señor de la Guerra, obviamente disfrutando de la frase.

Él la inmovilizó con su mirada y dijo:

—Hay muchas rememoradores en mi flota, señorita Vivar. Dígame por qué tengo que darle este honor.

Nerviosa por su franqueza una vez más, buscó palabras para responderle, y el Señor de la Guerra se rió entre dientes por su torpeza. Su irritación salió a la superficie otra vez y antes de que pudiera evitarlo dijo:

—Porque nadie más entre el grupejo de rememoradores que ha logrado acumular puede hacer un trabajo tan bueno como que yo quiero. Yo le inmortalizaría, pero si usted piensa que puede intimidarme con su mala educación y su ponderosa actitud, entonces puede irse al infierno… Señor.

Un silencio ensordecedor descendió sobre ellos.

Entonces Horus rió estruendosamente y ella supo que, con un estallido de ira había destruido sus posibilidades de poder cumplir con la tarea que se había asignado.

—Me gustas, Petronella Vivar de la Casa Carpinus —dijo—. Lo harás.

Su boca se abrió y su corazón se agitó en su pecho.

—¿En verdad? —preguntó, temerosa de que el Señor de la Guerra estuviera jugando con ella de nuevo.

—En verdad —estuvo de acuerdo Horus.

—Pero pensé…

—Escucha, niña, por lo general formo mi opinión acerca de una persona dentro de los diez segundos de conocerla y muy rara vez cambia. En el momento en que entraste, vi un luchador en ti. Hay algo de lobo en ti, niña y eso me gusta. Sólo una cosa…

—¿Sí?

—La próxima vez no tan formal —sonrió—. Somos una nave de guerra, no los

salones de Merica. Ahora me temo que debo disculparme, ya que tengo que encabezar el aterrizaje en Davin para un consejo de Guerra.

Y con eso, había sido nombrada.

Todavía le sorprendía lo fácil que había sido, a pesar de que significaba que la mayoría de los vestidos formales que había traído ahora parecían totalmente inapropiados, obligándola a vestirse con vestidos insoportablemente prosaicos, más apropiados en las casas de caridad de las torres de Gyptus. Las damas de la sociedad no la reconocerían ahora.

Sonrió al recordarlo mientras sus dedos llegaban al final del escritorio y tomaban un antiguo tomo encuadernado en una piel agrietada, con desvaídas letras doradas. Abrió el libro y descuidadamente pasó un par de páginas, deteniéndose en un diagrama astrológico complejo con las órbitas de los planetas y sus conjunciones, debajo del cual estaba la imagen de una bestia mítica, parte hombre, parte caballo.

—Mi padre me dio eso —dijo una voz poderosa detrás de ella.

Se volvió con aire de culpabilidad, retirando su mano del libro.

Horus estaba detrás de ella, su forma maciza revestida con la armadura de batalla. Como siempre, su presencia era casi abrumadora, intimidante física y masculinamente, y la idea de compartir una habitación con semejante muestra de masculinidad en ausencia de un acompañante le daba un dejo de culpabilidad delicioso.

—Lo siento —dijo ella—. Eso fue descortés de mi parte.

Horus agitó la mano.

—No te preocupes —dijo—. Si hubiera algo que yo no deseara que veas que no lo habría dejado fuera.

Con pasmosa tranquilidad, recogió el libro y la metió en los estantes de encima de su cama. Ella sintió una gran tensión en él y, aunque exteriormente parecía calmado, su corazón se aceleró al sentir su ira furiosa. Burbujeaba bajo su piel como el fuego de un volcán inactivo, a punto de desatar su furia terrible.

Antes de que pudiera decir nada en respuesta, dijo:

—Me temo que no puedo sentarme y hablar con usted hoy, señorita Vivar. Han surgido asuntos en la luna de Davin que requieren mi atención inmediata.

Ella trató de ocultar su decepción, diciendo:

—No importa, podemos volver a programar una reunión para cuando tenga más tiempo.

Él se rió con un sonido áspero y, ella pensó, demasiado triste para ser convincente.

—Eso puede ser por un largo tiempo —advirtió.

—Yo no soy alguien que se dé por vencido fácilmente —advirtió—. Puedo esperar.

Horus consideró sus palabras por un momento y luego sacudió la cabeza.

—No, eso no será necesario —dijo con una sonrisa—. ¿Usted dijo que quería ver la guerra?

Ella asintió con entusiasmo y él dijo:

—Entonces me acompañara a la cubierta de embarco y le voy a mostrar cómo los Astartes se preparan para la guerra.



CINCO
NUESTRA GENTE
UN LÍDER
PUNTA DE LANZA

El Puente de la *Espíritu Vengativo* bullía de actividad, el transporte de tropas y máquinas de guerra desde la superficie de Davin desde su órbita se había completado y ahora se elaboraban los planes para el exterminio de las fuerzas rebeldes de Eugan Temba.

Exterminio. Ésa fue la palabra que usaron, ni sometimiento, ni pacificación: exterminio.

Y la Legión estaba más que lista para llevar a cabo esa tarea.

Elegante y letales las naves de guerra se alejaron de la superficie de Davin bajo la atenta mirada del Maestro de la Flota, Boas Comnenus. Trasladar semejante flota en formación tan siquiera una corta distancia no era una empresa sencilla, pero los capitanes de las naves designados por él conocían su oficio y la retirada de Davin se llevó a cabo con la precisión de un cirujano empuñando un bisturí.

No toda la flota abandonó la órbita de Davin, pero si suficientes siguieron el curso de la *Espíritu Vengativo* para asegurarse de que nada sería capaz de enfrentarse a la punta de lanza Astartes.

El viaje fue afortunadamente muy corto; la luna de Davin era una mancha amarilla, sucia, a causa del reflejo del halo de luz del sol rojo lejano.

Para Boas Comnenus su destino parecía una pústula horrible, hinchada contra el cielo.

Una febril actividad llenaba la cubierta de embarque. Instaladores, marineros de cubierta y adeptos mechanicum realizaban los últimos controles a las Stormbirds, minutos antes del vuelo. El humo de los motores y efectos de luces estroboscópicas llenaban la cubierta de enormes dimensiones, con un pálido resplandor industrial. Las escotillas se cerraron de golpe, los pernos fueron retirados de las ojivas, y las líneas de combustible se desconectaron al rugir de los motores. Seis de las volantes monstruosidades voladoras se aposentaban al final de sus rieles de lanzamiento, las grúas descolgaban las últimas cargas de artillería, mientras que los servidores de artillería calibraban los cañones que colgaban debajo de la cabina.

Los capitanes y los guerreros elegidos para integrar la punta de lanza del Señor de la Guerra siguieron al personal de tierra alrededor de las Stormbirds, controlando y volviendo a inspeccionar sus máquinas. Sus vidas pronto dependerían de estas naves y nadie quería terminar muerto gracias a algo tan trivial como una falla mecánica. El Mournival, Luc Sedirae, Nero Vipus y Verulam Moy, junto a los escuadrones especializados de sus compañías, viajarían a la luna de Davin para luchar una vez más en nombre del Imperio.

Loken estaba listo. Su mente estaba llena de nuevos y perturbadores pensamientos, pero él los hizo a un lado en preparación para la lucha que se avecinaba. La duda y la incertidumbre nublaban la mente y un Astartes no podía permitirse ninguna de ellas.

—Por el Trono, estoy listo para esto —dijo Torgaddon, disfrutando claramente de la perspectiva de la batalla.

Loken asintió con la cabeza. Algo todavía se sentía terriblemente mal en él, pero también deseaba la pureza de combate real, la oportunidad de probar sus habilidades contra un oponente vivo. Aunque, si su inteligencia era correcta, a lo único que tendrían que hacer frente eran tal vez diez mil soldados del ejército rebelde. No era un número de adversarios suficientes para competir ni con la cuarta parte de esta fuerza de Astartes.

El Señor de la Guerra, sin embargo, había exigido la total destrucción de las fuerzas de Temba y cinco compañías de Astartes, un destacamento de Jenízaros Byzantinos de Varvarus y un grupo de batalla de titanes de la Legio Mortis desatarían su furia ardiente. El Prínceps Esau Turnet había desplegado al mismísimo *Dies Irae*.

—No había visto una reunión de fuerzas así desde Ullanor —dijo Torgaddon—. Los rebeldes ya pueden dares por muertos.

Rebeldes…

¿Quién hubiera pensado que escucharía una palabra semejante?

Enemigos sí, pero rebeldes… nunca.

El pensamiento agrió su anticipación de la batalla mientras se abrían camino hacia donde Aximand y Abaddon comprobaban el inventario de armas de su Stormbird, discutiendo sobre cuáles serían las municiones más adecuadas para la misión.

—Te digo que los proyectiles subsónicos son mejores —repetía Aximand.

—¿Y si tienen armas como las de aquellos bastardos Interexianos? —replicó Abaddon.

—Entonces usaremos los proyectiles de masa reactiva. ¡Díselo, Loken!

Abaddon se volvió hacia Loken y Torgaddon, saludando con un cabeceo lacónico.

—Aximand tiene razón —afirmó Loken—. Los proyectiles supersónicos atraviesan limpiamente a un hombre, los otros se aplanarán al abrirse paso por el cuerpo, creando una herida de salida mortal. Podrías atravesar a un objetivo con tres de esos y aún permanecería en pie.

—Ezekyle prefiere esos proyectiles porque los últimos combates han sido contra guerreros armados —dijo Aximand— pero yo le digo que esta batalla se luchará contra los hombres no más blindados que nuestros soldados del Ejército.

—Seamos sinceros —rió disimuladamente Torgaddon—. Ezekyle prefiere cualquier cosa que pueda destruir a un enemigo.

—Voy a acabar contigo, Tarik —dijo Abaddon, su aspecto sombrío finalmente desembocó en una sonrisa. El cabello del Primer Capitán estaba recogido hacia la parte posterior del cuero cabelludo, listo para ponerse el casco, y Loken podía ver que él también estaba esperando ansioso la llegada derramamiento de sangre.

—¿No les molesta algo? —preguntó Loken, incapaz de contenerse por más tiempo.

—¿Qué? —preguntó Aximand.

—Esto —dijo Loken, agitando un brazo alrededor de la cubierta hacia los preparativos para la guerra que se estaban realizando a su alrededor—. ¿No se dan cuenta de lo que vamos a hacer?

—Por supuesto que sí, Garvi —gritó Abaddon—. ¡Vamos a matar a un maldito tonto que insultó al Señor de la Guerra!

—No —dijo Loken—. Es más que eso, ¿no lo ves? Estas personas que vamos a matar, no son de un imperio xenos o un retazo perdido de humanidad que no quiere

ser incorporado al Imperio. Son nuestros, es nuestra gente la vamos a estar matando.

—Son traidores —dijo Abaddon, enfatizando la última palabra sin necesidad—. Eso es todo lo que hay que saber. Ellos han dado la espalda al Señor de la Guerra y al Emperador y por esa razón perderán sus vidas.

—Vamos, Garvi —dijo Torgaddon—. Te estás preocupando por nada.

—¿Seguro? ¿Qué hacemos si sucede otra vez?

Los otros miembros de la Mournival se miraron con perplejidad.

—¿Qué es lo que puede ocurrir de nuevo? —preguntó Aximand finalmente.

—¿Y si se rebela otro mundo a nuestro paso, luego otro y otro después de ese? Ahora es el Ejército, pero ¿qué pasa si los rebeldes son Astartes? ¿Lucharíamos contra ellos?

Los tres se rieron y Torgaddon le respondió.

—Posees un fino sentido del humor, mi hermano. Sabes que nunca podría suceder. Es impensable.

—E indecoroso —dijo Aximand, con rostro solemne—. Lo que sugieres puede ser considerado como traición.

—¿Qué?

—Podría informar al Señor de la Guerra de esta sedición.

—Aximand, tú sabes que yo nunca…

Torgaddon fue el primero en tentarse.

—¡Oh, Garvi, eres demasiado crédulo! —dijo, y todos rieron—. Incluso Aximand puede contigo ahora. ¡Por el Trono, estás un tanto confuso últimamente!

Loken forzó una sonrisa y dijo:

—Tienes razón. Lo siento.

—No lo sientas —dijo Abaddon—. Mejor prepárate para matar.

El Primer Capitán tendió la mano hacia el centro del grupo y dijo:

—Mata por los vivos.

—Mata por los muertos —dijo Aximand, poniendo la mano en la parte superior de Abaddon.

—Al diablo con los vivos y los muertos —dijo Torgaddon, siguiendo su ejemplo —. Mata por el Señor de la Guerra.

Loken sintió un gran amor por sus hermanos y asintió con la cabeza, poniendo la mano en el círculo, la cofradía de la Mournival lo llenó de orgullo y tranquilidad.

—Voy a matar por el Maestro de Guerra —prometió.

La escala de todo esto se le quitó el aliento. Su propia nave contaba con tres puentes de embarque, pero eran muy pobre en comparación con esta, capaz de manejar sólo naves pequeñas y lanzaderas.

Ver tanto poder militar desplegado era atemorizante.

Cientos de Astartes los rodeaban, de pie ante sus Stormbirds asignados, monstruosas ballenas con bastidores de misiles colgando debajo de cada ala y anchos cañones giratorios montados en la parte delantera. Los motores gruñeron cuando los ajustes de última hora se llevaron a cabo y cada grupo de guerreros Astartes, enormes y poderosos, comenzaron los controles de armas finales.

—Nunca soñé que sería así —dijo Petronella, viendo como la puerta gigantesca situada al otro extremo carriles de lanzamiento retumbó al abrirse con un sonido ensordecedor en preparación para el despegue. A través del brillante campo de integridad podía ver el resplandor leproso de la luna de Davin contra de un cúmulo de estrellas, cuando los ennegrecido deflectores de un reactor se elevaron con un silbidos de sus pistones neumáticos.

—¿Esto? —dijo Horus—. Esto no es nada. En Ullanor, seiscientas naves anclaron sobre el planeta de los pielesverde. Toda mi Legión fue a la guerra ese día, niña. Cubrimos la tierra con nuestros soldados: más de dos millones de soldados del Ejército, un centenar de titanes del Mechanicum y todos los esclavos liberados de los campos de trabajo pielesverde.

—Y todo dirigido por el Emperador —dijo Petronella.

—Sí —respondió Horus—. Todos los encabezados por el Emperador…

—¿Alguna otra Legión combatió en Ullanor?

—Guilliman y Khân con sus legiones ayudaron a despejar los sistemas exteriores con ataques de distracción, pero mis guerreros ganaron el día, los mejores de los mejores arrastrándose penosamente a través de sangre y suciedad. Fui yo quien dirigió la punta de lanza Justaerin a la victoria final.

—Debe haber sido increíble.

—Lo fue —estuvo de acuerdo Horus—. Sólo Abaddon y luchamos contra el señor de la guerra piel verde. Era un hijo de puta muy duro, pero yo lo fulminé y luego arrojé su cuerpo de la torre más alta.

—¿Eso fue antes de que el Emperador le concediera el título de Señor de la Guerra? —preguntó Petronella, su mnemo-pluma moviéndose frenéticamente tratando de mantener el ritmo de la rápida charla de Horus.

—Sí.

—Y dirigió la… ¿cómo dijo? ¿Punta de Lanza?

—Sí, punta de lanza. Un ataque de precisión para desgarrar la garganta del enemigo y dejarlo sin líder y a ciegas.

—¿Y la dirigirá de nuevo aquí?

—Así lo haré.

—¿No es eso un poco raro?

—¿Qué cosa?

—Que una persona de tan alto rango se sumerja en el campo de batalla.

—Tuve esa misma argum… discusión con el Mournival —dijo Horus, ignorando su mirada de confusión ante el término—. Yo soy el Señor de la Guerra y ese título no es suficiente para mantenerme lejos de la batalla. Los hombres que me siguen y obedecen mis órdenes, sin dudar como lo hacen los Astartes, deben ver que estoy ahí con ellos, compartiendo el peligro. ¿Cómo puede un guerrero confiar en mí cuando lo envío a la batalla si siente que todo lo que hago es firmar las órdenes, sin apreciar los peligros que deben enfrentar?

—Sin duda, llegará un momento en que la importancia de su rango necesariamente tiene que retirarlo del campo de batalla. Si fuera a caer…

—No lo haré.

—Pero si lo hiciera.

—No lo haré —repitió Horus y ella pudo sentir la fuerza de su convicción en cada sílaba. Sus ojos, siempre tan brillantes y llenos de poder se encontraron con los suyos y sintió que la luz de su fe en él se hinchaba hasta iluminar todo su cuerpo.

—Le creo —dijo.

—Dígame, ¿le gustaría conocer al Mournival?

—¿El qué?

Horus sonrió.

—Te lo mostraré.

—Otro maldito rememorador —se burló Abaddon, moviendo la cabeza al ver Horus y a una mujer enfundada en un vestido verde y rojo, entrando en la cubierta de embarque—. Ya es bastante malo tener una manada de ellos rondando a Loken, pero ¿el Señor de la Guerra? Es una vergüenza.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo? —le preguntó Loken.

—Así lo haré, no te preocupes —dijo Abaddon.

Aximand y Torgaddon no dijeron nada, sabiendo cuándo dejar al Primer Capitán con su cólera y cuándo retroceder. Loken, sin embargo, era todavía relativamente nuevo en el contacto regular con Abaddon y su pelea con él en su defensa de Erebus estaba todavía fresca.

—¿No crees que el programa rememorador tiene algún mérito?

—Bah, es una pérdida de tiempo cuidar a esos niños. ¿No decía Leman Russ que habría que darle a todos ellos un arma? A mí me parece que hay más sensibilidad en eso que escribir poemas tontos o pintar cuadros.

—No se trata de poemas e imágenes, Ezekyle, se trata de capturar el espíritu de la época. Se trata de la historia que estamos escribiendo.

—No estamos aquí para escribir la historia —respondió Abaddon—. Estamos aquí para hacerla.

—Exactamente. Y ellos la escribirán.

—Pues ¿qué nos importa a nosotros?

—Tal vez no es para nosotros —dijo Loken—. ¿Alguna vez pensaste en eso?

—Entonces, ¿para quién es? —inquirió Abaddon.

—Es para las generaciones que vendrán después de nosotros —dijo Loken—. Para el Imperio aún por venir. No te puedes imaginar la cantidad de información que están reuniendo los rememoradores: bibliotecas enteras con las crónicas de nuestros logros, galerías de arte y un sinnúmero de ciudades planificadas para la gloria del Imperio. Dentro de miles de años, la gente mirará hacia atrás en el tiempo y nos conocerá, y comprenderán la nobleza de lo que nos propusimos hacer. La nuestra será una era de iluminación y la gente lamentará el no haber sido parte de ella. Todo lo que hemos logrado hasta ahora se celebrará y la gente recordará a los Hijos de Horus como los fundadores de una nueva era de iluminación y de progreso. Piensa en ello, Ezekyle, la próxima vez que desestimes tan rápidamente a los rememoradores.

Cruzó miradas con Abaddon, desafiándolo a contradecirlo.

El Primer Capitán lo miró a su vez y se echó a reír.

—Tal vez debería tener uno también. No querrán que nadie se olvide de mi nombre en el futuro, ¿eh?

Torgaddon palmeó a los dos en los hombros y dijo:

—¿Quién querría saber de ti, Ezekyle? Es a mí a quien recordarán, al héroe de la Tierra de las Arañas que salvó a los Hijos del Emperador de una muerte segura a

manos de los megarácnidos. Ésa es una historia digna de ser contada dos veces, ¿eh, Garvi?

Loken sonrió, aliviado por la intervención de Tarik.

—Será una gran historia, Tarik.

—Me gustaría que tuviéramos que oírla solo dos veces —intervino Aximand—. He perdido la cuenta de cuántas veces escuchamos ese cuento. Puede llegar a ser tan malo como el chiste que cuentas sobre el oso.

—No —advirtió Loken, ya que Torgaddon estaba a punto de lanzarse a una versión del chiste.

—Había un oso, el oso más grande que puedas imaginar —comenzó Torgaddon —. Y un cazador…

Los otros no le dieron la oportunidad de continuar, lanzándose sobre él con gritos y chillidos de risa.

—Éste es el Mournival —dijo una voz potente y su juego cesó de inmediato.

Loken soltó a Torgaddon de una llave que le estaba haciendo y se irguió ante el sonido de la voz del Señor de la Guerra. El resto de la Mournival hizo lo mismo, con aire de culpabilidad, en posición de firmes ante el comandante. La mujer de tez oscura con el pelo negro y traje de fantasía estaba a su lado y, aunque era alta para ser una mortal, solo le llegaba a los bordes inferiores de la placa pectoral. Ella los miraba confusa, sin duda preguntándose lo que acababa de ver.

—¿Están sus compañías preparadas para la batalla? —preguntó Horus.

—Sí señor —corearon.

Horus se volvió hacia la mujer y dijo:

—Ésta es Petronella Vivar de la Casa Carpinus. Ella es mi documentalista y yo, imprudentemente parece, decidí de que era hora de que conociera al Mournival.

La mujer dio un paso hacia ellos y les hizo una elaborada y bastante incómoda reverencia, permaneciendo Horus un poco detrás de ella. Loken captó la diversión oculta detrás de su brusquedad y le dijo:

—Bueno, ¿vas a presentarnos, señor? ¿Acaso no puede documentarte sin tener que recurrir a nosotros?

—No, Garviel —sonrió Horus—. No me gustaría que las crónicas de Horus los excluyera a ustedes. Muy bien, este cachorro insolente es Garviel Loken, recientemente elevado a un puesto en el Mournival. Junto a él se encuentra Tarik Torgaddon, el hombre que trata de convertir todo en una broma, pero mayormente

falla. Aximand es el siguiente. «Pequeño Horus» le llamamos, ya que él tiene la suerte de compartir algunas de mis características más guapas. Y, por último, llegamos a Ezekyle Abaddon, el Capitán de mi Primera Compañía.

—¿El mismo Abaddon de la torre en Ullanor? —preguntó Petronella, y Abaddon se envaneció ante su reconocimiento.

—Sí, el mismo —respondió Horus— aunque no lo creas al verlo ahora.

—Y esto es el Mournival.

—Son ellos y, a pesar de sus malditos juegos bruscos, tienen un valor inestimable para mí. Son la voz de la razón en mi oído cuando todo a mi alrededor es confusión. Son tan queridos para mí como mis hermanos primarcas y valoro sus consejos sobre todos los demás. En ellos se mezclan la cólera, la flema, la melancolía y el ansia de sangre, mezclados en la cantidad exacta que necesito para mantenerme del lado de los buenos.

—¿Así que son sus asesores?

—Ése término es no alcanza a describir el lugar que ocupan en mi corazón. Aprende esto, Petronella Vivar, y tu tiempo conmigo no habrá sido en vano: sin el Mournival, el puesto del Señor de la Guerra sería verdaderamente algo sin sentido.

Horus se adelantó y sacó algo de su cinturón, algo con una larga tira de pergamino adosado a ella.

—Mis hijos —dijo Horus, cayendo sobre una rodilla y sosteniendo el pergamino lacrado ante el Mournival—. ¿Escucharán mi juramento inmediato?

Aturdidos por la magnanimidad de tal acto, nadie del Mournival se atrevía a moverse. Los otros Astartes situados en la cubierta de embarque vieron lo que estaba sucediendo y un deferente silencio se esparció por toda la cámara. Incluso el ruido de fondo de la cubierta parecía disminuir a la vista increíble del Señor de la Guerra de rodillas delante de sus hijos escogidos.

Finalmente, Loken estiró un guantelete tembloroso y tomó el sello de la mano del Señor de la Guerra. Miró a Torgaddon y a Aximand a cada lado de él, absolutamente pasmado por la humildad del Comandante.

Aximand asintió con la cabeza y dijo:

—Vamos a escuchar su juramento, Señor de la Guerra.

—Y seremos testigos del mismo —agregó Abaddon, desenvainando su espada y sosteniéndola ante el Señor de la Guerra.

Loken estiró el papel de juramento y leyó las palabras que el comandante había

escrito.

—¿Aceptas, Horus, tu papel en todo esto? ¿Vas a tomar su venganza a los que te desafían y se vuelven en contra de la gloria de todo lo que han ayudado a crear? ¿Juras que no dejarás con vida a los que están en contra del futuro de la humanidad y te comprometes a honrar a la Legión XVI?

Horus miró a los ojos de Loken y se quitó el guantelete, apretando el puño desnudo alrededor de la hoja que Abaddon le tendió.

—En este asunto y por esta arma, lo juro —dijo Horus, arrastrando su mano por la hoja de la espada y rasgando la carne de la palma de su mano. Loken asintió con la cabeza y entregó el sello de cera al Señor de la Guerra cuando se puso de pie.

La sangre brotó del corte y Horus mojó el papel de juramento en el líquido rojo antes de fijar el papel juramento a su coraza y sonrió ampliamente hacia todos ellos.

—Gracias, hijos míos —dijo, adelantándose para abrazar a todos ellos, uno por uno.

Loken sintió que su admiración por el Maestro de Guerra llenaba su corazón, todo el dolor por su exclusión de las deliberaciones en el camino a Davin fueron olvidados cuando él los estrechó cerca suyo.

¿Cómo podría alguna vez haber dudado de él?

—Ahora, tenemos una guerra que librar, mis hijos —gritó Horus—. ¿Ustedes que dicen?

—¡Lupercal! —gritó Loken, dando puñetazos al aire.

Los otros se le unieron y gritaron hasta que la cubierta de embarque reverberó con el ensordecedor rugido de los Hijos de Horus.

—¡Lupercal! ¡Lupercal! ¡Lupercal! ¡Lupercal!

Las Stormbirds se lanzaron en secuencia; la nave del Señor de la Guerra recorrió velozmente su carril de lanzamiento como un ave de presa. Cada Stormbird despegó a intervalos de siete segundos hasta que las seis fueron lanzadas. Los pilotos se mantuvieron cerca de la *Espíritu Vengativo*, esperando al resto de las embarcaciones de asalto que despegaban desde las otras cubiertas de embarque. Hasta ahora, no había ningún signo de la Gloria de Terra, buque insignia de Eugan Temba, o de cualquiera de los buques que habían dejado en Davin pero se tomaban todos los recaudos por si hubiera escuadrones o combatientes solitarios al acecho. Otras doce Stormbirds de los Hijos de Horus tomaron posición junto al escuadrón del Señor de la Guerra, así como

otras dos pertenecientes a los Portadores de la Palabra. La formación completa de naves Astartes viró drásticamente, alterando el rumbo que les llevaría a la superficie de la luna de Davin. Los flancos poderosos, de la nave insignia del Señor de la Guerra se abrieron y, como enjambres de insectos luminosos, cientos de naves de desembarco del Ejército se separaron de sus naves de transporte, cada uno con un centenar de hombres armados.

Pero los mayores de todos, eran los módulos de aterrizaje del Mechanicum.

Vastas estructuras monolíticas del tamaño de una manzana de una ciudad, asemejaban palanganas equipadas con una gran cantidad de tecnologías resistentes al calor y quemadores empotrados de desaceleración. Campos de amortiguación inercial preparados con cargas explosivas en andamiajes internos anti-movimiento, estaban listos para liberarse al impacto.

Inmediatamente después de los militares se pusieron en marcha fue la logística de una invasión, municiones, tanques de alimentos y de agua, transportes de combustible y una miríada de otros buques de apoyo esencial para el mantenimiento de las operaciones ofensivas.

Tal fue la proliferación de naves encaminándose hacia la superficie que no se pudo hacer un seguimiento de todas ellas, ni siquiera la tripulación del puente de Boas Comnenus, y por lo tanto el pequeño bote de aterrizaje dorado que se lanzó desde la bahía civil de la *Espíritu Vengativo* pasó desapercibido.

La flota de invasión se reunió en una órbita baja, vientos orbitales y gases atmosféricos, realizaban perezosos giros por debajo de los navíos.

Como siempre, los Astartes lideraban la invasión.

El descenso fue duro. Las perturbaciones atmosféricas y las tormentas sacudían los cielos y las Stormbirds Astartes se movían como hojas en un huracán. Loken sintió la nave vibrar violentamente en torno a él, agradecido por el arnés de sujeción que lo sujetaba a su asiento. Su bólter estaba estibado por encima de él y no había nada que hacer sino esperar hasta que el Stormbird tocara tierra y comenzara el ataque.

Redujo su respiración y aclaró su mente de todas las distracciones, sintiendo una energía caliente impregnar tanto sus miembros como sus armas preparando su metabolismo para la batalla inminente.

Los guerreros de la escuadra Locasta de Nero Vipus y de la Brakespur lo rodeaban inmóviles, representando la cima de la destreza marcial de la humanidad. Él los amaba

mucho y sabía que no le defraudarían. Su comportamiento en Murder y Xenobia había sido ejemplar y muchos de los novatos recién habían sido ascendidos en esos sangrientos campos de batalla.

Su compañía de batalla estaba testeada y segura.

—Garviel —dijo Vipus en el enlace entre la armadura—. Hay algo que debes escuchar.

—¿Qué es? —preguntó Loken, detectando un tono de advertencia en la voz de su amigo.

—Cambia al canal 7 —dijo Vipus—. Lo he aislado de los hombres, pero creo que deberías escuchar esto.

Loken cambió los canales internos, no oyendo nada excepto una mezcla de estática, ruidos y siseos. Explosiones y crepitaciones puntuaban el silbido, pero no podía oír nada más.

—No se oye nada.

—Espera. Ya verás —prometió Vipus.

Loken se concentró, tratando de oír lo que Nero estaba escuchando.

Y entonces lo oyó.

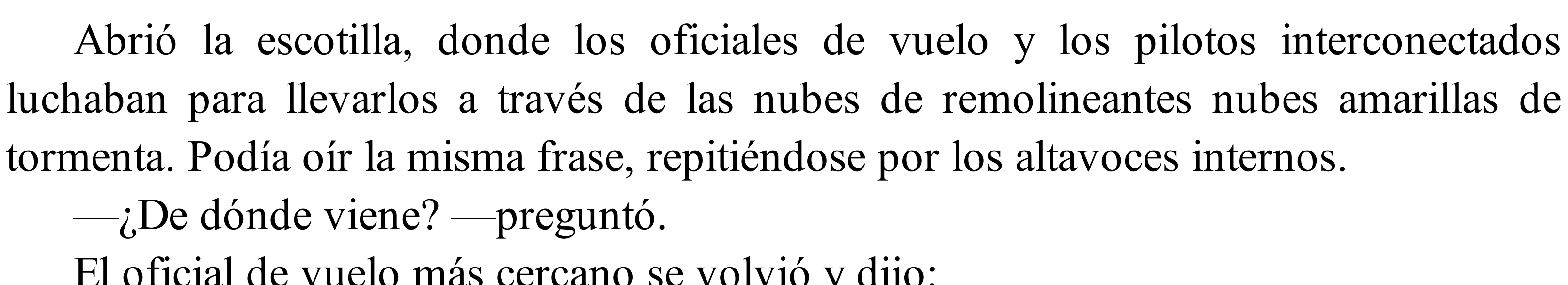
Débil, como si viniera de algún imposible lugar lejano, era una voz gorgotenate, como húmeda.

«… los caminos del hombre. Tonta… búsqueda… condena de todas las cosas. En la muerte y el renacimiento la humanidad vivirá para siempre…».

Aunque no estaba diseñado para sentir miedo, Loken, súbita y horriblemente, recordó la subida hacia las Cabezas Susurrantes cuando el aire se había engrosado con el silbido burlón de la cosa llamada Samus.

—¡Oh, no…! —susurró Loken cuando la voz aguada, áspera, llegó de nuevo—. Así renuncio a los caminos del Emperador y su lacayo el Señor de la Guerra por mi propia y libre voluntad. Si se atreve a venir aquí, morirá. Y en la muerte vivirá para siempre. Bendita sea la mano de Nurgh-Leth. Bendito sea. Bendito sea…

Loken golpeó el puño contra el perno de liberación de su asiento en la jaula y se puso de pie, balanceándose ligeramente al sentir un calambre extraño su vientre. Su cuerpo geneaumentado le permitió compensar el movimiento salvaje de la Stormbird y se dirigió con rapidez por la terraza acanalada hacia la cabina de pilotos, seguro de que no quería andar a ciegas con el mismo horror que había estado esperando por ellos en 63-19.


Abrió la escotilla, donde los oficiales de vuelo y los pilotos interconectados luchaban para llevarlos a través de las nubes de remolineantes nubes amarillas de tormenta. Podía oír la misma frase, repitiéndose por los altavoces internos.

—¿De dónde viene? —preguntó.

El oficial de vuelo más cercano se volvió y dijo:

—Es un vox, así de simple, pero…

—¿Pero?

—Proviene del vox de una nave —dijo el hombre, señalando a una onda oscilante verde en la pantalla cascada delante de él—. Por el patrón es una de los nuestras. Y de un poderoso transmisor diseñado para la comunicación interflota.

—¿Es una transmisión vox real? —inquirió Loken, aliviado. No era una charla de fantasmas como la voz de odio de Samus.

—Parece ser, pero la unidad vox de una nave de ese tamaño no debería transmitir desde algún lugar tan cercano a la superficie de un planeta. Los buques de ese tamaño no vienen hasta aquí abajo en la atmósfera. Al menos si quieren seguir volando, no lo hacen.

—¿Puede interferirla?

—Podemos intentarlo, pero como he dicho, es una señal de gran alcance, que podría pasar a través de nuestra interferencia con bastante rapidez.

—¿Puede identificar dónde se viene?

El oficial de vuelo asintió con la cabeza.

—Sí, no será ningún problema. Una señal tan potente deberíamos poder rastrearla desde la órbita.

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

—No estaba allí antes —protestó el funcionario—. Sólo comenzó una vez que golpeamos la ionosfera.

Loken asintió con la cabeza.

—Interfiérala lo mejor que pueda. Y encuentre la fuente.

Se volvió hacia el compartimento de la tripulación, incómodo por las extrañas similitudes entre esto y el camino hacia las Cabezas Susurrantes.

Demasiado similar para ser accidental, pensó.

Abrió un canal a los demás miembros del Mournival, recibiendo la confirmación de que la señal estaba siendo escuchada en toda la punta de lanza.

—No es nada, Loken —se oyó la voz del Señor de la Guerra desde la Stormbird a

la vanguardia de la punta de lanza—. Propaganda.

—Con todo respeto, señor, eso es lo que pensamos las Cabezas Susurrantes.

—Entonces, ¿qué está sugiriendo, Capitán Loken? ¿Dar la vuelta y regresar a Davin? ¿Que no haga caso de esta afrenta a mi honor?

—No, señor —contestó Loken—. Sólo que debemos tener cuidado.

—¿Cuidado? —rió Abaddon, su risa demoníaca se elevaba incluso sobre el vox —. Somos Astartes. Otros deben tener cuidado de nosotros.

—El Primer Capitán está en lo cierto —dijo Horus—. Vamos a bloquear esa señal y destruirla.

—Señor, eso podría ser exactamente lo que nuestros enemigos quieren que hagamos.

—Entonces, pronto se darán cuenta de su error —le espetó Horus, cerrando la conexión.

Momentos más tarde, Loken oyó las órdenes del Señor de la Guerra llegadas a través del vox y sintió el cambio de la cubierta debajo de él cuando las Stormbirds cambiaron de rumbo como una manada de aves de caza.

Hizo su camino de regreso a la jaula de su asiento jaula y se sujetó otra vez, seguro de repente de que se encaminaban hacia una trampa.

—¿Qué está pasando, Garvi? —preguntó Vipus.

—Vamos a destruir esa voz —dijo Loken, repitiendo las órdenes del Señor de la Guerra—. No es nada, sólo una transmisión de vox. Propaganda.

—Espero que solo sea eso.

Yo también, pensó Loken.

La Stormbird aterrizó con un duro golpe, dando tumbos cuando sus patines golpearon la tierra suave y lucharon para estabilizarse. Las restricciones del arnés se desengancharon y los guerreros de la Locasta se levantaron de sus asientos de la jaula y se volvieron para recuperar su armamento cuando la rampa cayó de la parte trasera de la Stormbird.

Loken condujo a sus hombres fuera del transporte, vapor caliente y humos tóxicos empañaron el aire y los motores de la Stormbird azul llenaron el aire con su ruido. Dio un paso desde metal duro de la rampa y aterrizó sobre la superficie pantanosa de la luna de Davin. Su cuerpo blindado se hundió hasta mitad de la pantorrilla, un hedor abominable se elevó de la tierra bajo los pies mojados.

Los Astartes de la Locasta y la Brakespur se dispersaron de la Stormbird con la eficiencia esperada, formando un perímetro y estableciendo vínculos con otros escuadrones de los Hijos de Horus.

El ruido de las Stormbirds disminuyó a medida que sus motores se apagaban y el resplandor azul desaparecía de debajo de sus alas. Las nubes de vapor se levantaron y empezaron a dispersarse; Loken tuvo su primera visión de la luna de Davin.

Desoladas colinas se extendían tan lejos como el ojo podía ver, lo cual no era muy lejano gracias a la rodadura de los bancos de niebla amarilla, baja y húmeda que reducía la visibilidad a menos de unos cientos de metros. Los Hijos de Horus se estaban formando en torno a la magnífica figura del Señor de la Guerra, listo para salir, y los puntos de luz en el cielo amarillo anunciaban la inminente llegada de las cápsulas de desembarco del Ejército.

—Nero, lleva algunos hombres adelante para explorar los bordes de la niebla —ordenó Loken—. No quiero nada se acerque a nosotros sin previo aviso.

Vipus asintió con la cabeza y se dedicó a establecer las partidas de exploración mientras Loken abría un canal hacia Verulam Moy. El capitán de la 19a Compañía le había ofrecido algunos de sus escuadrones de armas pesadas y Loken sabía que podía confiar en su pulso firme y cabeza fría.

—¿Verulam? Asegúrese de que sus Devastadores estén listos y tengan buenos campos de fuego. No tendrán advertencias a través de esta niebla.

—De hecho, Capitán Loken —respondió Moy— se están desplegando en estos momentos.

—Buen trabajo, Verulam —dijo, cerrando el vox y estudiando el paisaje con más detalle. Ciénagas y pantanos salpicaban el paisaje con un verde uniforme, amarronado y lodoso, con algún árbol ocasional marchito y negruzco recortada contra el cielo. Nubes de insectos zumbantes flotaban en enjambres espesos sobre las aguas negras.

Loken degustó la atmósfera a través de los sentidos externos de su armadura, asqueado por el hedor de los excrementos y la carne podrida. Los sensores en el casco de su armadura lo filtraron rápidamente pero la bocanada que había tomado le dijo que la atmósfera estaba contaminada con el residuo de materia en descomposición, como si el suelo debajo de él estuviera pudriendo poco a poco. Dio unos pocos pasos desgarbados a través de los terrenos pantanosos; cada paso que hacía provocaba una onda expansiva de eructos y siseos de gases nocivos.

A medida que el ruido de las Stormbirds se desvaneció, el silencio de la luna se

hizo evidente. Los únicos sonidos eran el chapoteo de las Astartes a través de las turberas pantanosas y el zumbido insistente de los insectos.

Torgaddon chapoteó hacia él con su armadura manchada de barro y lodo de los pantanos y, aunque su casco ocultaba sus rasgos, Loken podía sentir las molestias de su amigo en este lugar deprimente.

—Éste lugar huele peor que las letrinas de Ullanor —dijo.

Loken estuvo de acuerdo con él, la inspiración que había tomado antes de que su armadura le hubiera aislado de la atmósfera todavía permanecía en la parte posterior de la garganta.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Loken. Los informes no decían nada acerca de que la luna iba a ser así.

—¿Qué decían?

—¿No los has leído?

Torgaddon se encogió de hombros.

—Yo imaginé que vería qué tipo de lugar era una vez que aterrizara.

Loken negó con la cabeza, diciendo:

—Nunca serás un Ultramarine, Tarik.

—No hay peligro de eso —respondió Torgaddon—. Prefiero formar planes a medida que avanzo y mucho de lo planificado por Guilliman parece más almidonado que tú. Pero dejando mi actitud arrogante a un costado ¿Cómo se suponía que debía parecer este lugar según los informes?

—Se suponía que, climatológicamente, era similar a Davin, caliente y seco. Dónde estamos ahora debería estar cubierto de bosques.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Algo malo —dijo Loken, mirando hacia el fondo brumoso del paisaje pantanoso de la luna—. Algo muy malo.



SEGUNDA PARTE
LA LUNA DE LA PLAGA



SEIS
TIERRA PUTREFACTA
COSAS MUERTAS
GLORIA DE TERRA

Los Astartes se dispersaron a través de la niebla, moviéndose tan rápidamente como las condiciones pantanosas lo permitían, siguiendo la fuente de la señal de vox. Horus iba por delante, un dios viviente marchando a través de los lodazales y pantanos malolientes de la luna de Davin, sin preocuparse la atmósfera nociva. Despreciaba el uso del casco, su físico sobrehumano era capaz de resistir los venenos en el aire con facilidad.

Cuatro escuadras de Astartes marchaban en formación, entre la bruma, con cada miembro del Mournival, cerca de doscientos guerreros cada una. Detrás de ellos venían los soldados del ejército imperial, compañía tras compañía de guerreros de camisas rojas con pistolas láser y lanzas plateadas. Cada uno de ellos estaba equipado con aparatos de recirculación de aire, apenas se descubrió que sus constituciones mortales eran incapaces de soportar la atmósfera tóxica de la luna. Los desembarcos iniciales de blindados resultaron ser desastrosos, cuando los tanques se hundieron en el pantano y las naves de descenso se encontraron atrapadas en el lodo.

Empero las mayores máquinas de guerra fueron los que surgieron de las sondas del Mechanicum. Incluso los Astartes habían detenido su avance para ver el descenso de las tres naves monstruosas. Lentamente cayeron a través de los cielos amarillentos en desafío a la gravedad como gigantescos monolitos primitivos; los cascos ennegrecidos cabalgaron sobre humeantes columnas de fuego cuando sus colosales retroreactores lucharon por reducir la velocidad. Incluso con semejante

desaceleración, el suelo se estremeció con la rudeza del impacto. Géiseres de agua turbia se alzaron cientos de metros en el aire junto con cegadores nubes cuando los pantanos se convirtieron en vapor. Las escotillas volaron y los andamiajes anti-movimiento cayeron cuando los titanes de la Legio Mortis salieron de sus barcazas de desembarco a la superficie de la luna.

El *Dies Irae* lideraba a los Warlords Cabeza de la Muerte y Espada de Xestor, los largos pergaminos de honor aleteaban colgando de su tórax blindado. Cada paso atronador de los poderosos titanes enviaban ondas de choque a través de kilómetros de pantanos en todas direcciones, con los bastiones de sus piernas hundiéndose varios metros en el terreno pantanoso hasta la roca debajo del mismo. Sus pasos levantaban chorros enormes de lodo y agua; su aspecto imponente de dioses de la guerra anunciaba que venían a aplastar a los enemigos del Señor de la Guerra debajo de sus poderosas patas.

Loken observó la llegada de los Titanes con una mezcla de temor y malestar: respeto a la majestad de su aspecto colosal, malestar por el hecho de que el Señor de la Guerra sintiera la necesidad de desplegar tales máquinas de destrucción masiva.

El avance era penosamente lento, caminaban por el barro pegajoso y maloliente, hundidos en el agua salobre, a la vez que no podían ver mucho más allá de algunas decenas de metros. Los bancos de niebla amortiguaban el sonido de tal manera que algo cercano podía ser inaudible mientras Loken claramente podía escuchar el chapoteo de los guerreros de los hombres de Luc Sedirae, muy lejos a su derecha. Por supuesto que no podían ver a través de la niebla amarilla, por lo que cada escuadra se mantenía en contacto regular por vox para tratar de asegurarse de que no se separaban.

Loken no estaba seguro de que esto ayudara mucho, sin embargo. Extraños gemidos y silbidos, como el aliento expelido por un cadáver, burbujeaban desde la tierra y borrosas formas sombrías se movían en la niebla. Cada vez que levantaba su bólter para apuntar a un posible objetivo, la niebla se abría y una figura de blindada con el verde de los Hijos de Horus o el gris acero de los Portadores de la Palabra se revelaba. Erebus había conducido a sus guerreros a la luna de Davin en apoyo del Señor de la Guerra y Horus había acogido con beneplácito su presencia.

La niebla se espesaron a una velocidad inquietante, poco a poco los engulleron hasta que todas las figures que Loken pudo ver fueron los guerreros de su propia

compañía. Pasaron a través de un oscuro bosque de árboles sin hojas, muertos, de brillante corteza y aspecto húmedo. Loken hizo una pausa para examinar uno, presionó su guantelete contra la superficie del árbol e hizo muecas cuando su corteza se desprendió en pedazos húmedos. Gusanos retorcidos y criaturas reptantes se retorcían dentro de la albura podrida.

—Estos árboles… —dijo.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Vipus.

—Pensé que estaban muertos, pero no.

—¿No?

—Están enfermos. Podridos.

Vipus se encogió de hombros y siguió adelante, y una vez más Loken fue golpeado por la certeza de que algo terrible había sucedido aquí. Y mirando el corazón enfermo de la madera del árbol, no estaba seguro de que todo hubiera terminado. Se limpió el guantelete manchado en la pernera de la armadura y continuo detrás de Vipus.

La marcha continuó extrañamente silenciosa a través de la niebla y, con la asistencia de la musculatura de sus servoarmaduras, los Astartes rápidamente comenzaron a superar a los soldados del ejército imperial, que encontraban las cosas mucho más difíciles.

—Mournival —dijo Loken al enlace de su traje—. Tenemos que frenar nuestro avance. Estamos dejando una brecha demasiado grande entre nosotros y los destacamentos del Ejército.

—Entonces tendrán que coger el ritmo —respondió Abaddon—. No tenemos tiempo para esperar a esos hombrecitos. Estamos casi en la fuente del vox.

—Hombrecitos —dijo Aximand—. Ten cuidado, Ezekyle, que estás empezando a sonar un poco como Eidolon.

—¿Eidolon? Ése tonto he venido aquí por su cuenta para ganarse la gloria —gruñó Abaddon—. ¡No me compares con él!

—Mis disculpas, Ezekyle. Obviamente, no tienes nada que ver con él —dijo inexpresivamente, Aximand.

Loken escuchó con diversión las bromas de sus compañeros del Mournival que, junto con el silencio de la luna de Davin, comenzó a asegurarle que su preocupación por su despliegue aquí podría ser infundada. Levantó su bota blindada del barro y dio otro paso hacia adelante, esta vez sintiendo que algo se rompía bajo su paso. Miró

hacia abajo y vio algo redondo y verdoso agitarse en el agua.

Incluso sin llegar a volverlo pudo ver que era un cráneo, la palidez del hueso necrótico envuelto en tiras de carne podrida y músculo. Un par de hombros se levantaron desde el fondo seguidos de una columna vertebral expuesta debajo de una capa de carne hinchada de un color verdoso.

Los labios de Loken se curvaron con disgusto cuando el cadáver descompuesto rodó sobre su espalda, las cuencas de los ojos llenas de barro y maleza. Después de ver el primer cadáver podrido, más regresaron a la superficie, sin duda movidos de sus lugares de reposo en el fondo de los pantanos por las pisadas de los Titanes.

Dio la orden de alto y abrió el enlace a sus camaradas comandantes una vez más cuando todavía más cadáveres, cientos ahora, flotaron a la superficie del pantano. La carne gris y sin vida aún se aferraba a sus huesos y la impronta de las pisadas de los Titanes daba a sus miembros muertos una horrible animación.

—Aquí Loken —dijo—. He encontrado algunos cadáveres.

—¿Son los hombres de Temba? —inquirió Horus.

—No puedo asegurarlo, señor —contestó Loken—. Su estado de descomposición es demasiado avanzado. Es difícil de decir. Lo estoy comprobando ahora.

Se colgó su bólter del hombro y se inclinó hacia delante, agarrando el cadáver más cercano y lo levantó del agua. Su carne hinchada, estaba viva retorciéndose con el movimiento de los insectos carroñeros y las larvas que anidaban en su interior. Efectivamente, restos enmohecidos de un uniforme colgaban de él y Loken limpió una mancha de barro de su hombro.

Apenas legible por debajo de la escoria y la suciedad de los pantanos se encontró con un parche cosido con el número sesenta y tres estampado sobre el contorno de una cabeza de lobo gruñendo.

—Sí, la 63.ª Expedición —confirmó Loken—. Son de Temba, pero yo…

Loken nunca terminó la frase, porque el cuerpo hinchado de repente levantó la mano y posó sus huesudos dedos alrededor de su cuello, sus ojos llenos de un fuego verde ondulante.

—¿Loken? —dijo Horus, cuando el vínculo se cortó de repente—. ¿Loken?

—¿Algo anda mal? —preguntó Torgaddon.

—No lo sé todavía, Tarik —respondió el Señor de la Guerra.

De repente, estampidos de disparos de bólters y zumbidos de lanzallamas se oyeron provenientes de todas direcciones.

—¡Segunda Compañía! —gritó Torgaddon—. ¡Atención, armas preparadas!

—¿De dónde vienen? —gritó Horus.

—No puedo decirlo —respondió Torgaddon. La niebla está mandando al infierno la acústica.

—Averígualo —ordenó el Señor de la Guerra.

Torgaddon asintió con la cabeza, pidiendo lo reportes de todas las compañías. Confusos informes sobre cosas imposibles llegaron a través del enlace, junto con el ruido más alto del fuego de bólters pesados.

Los disparos sonaron a su izquierda y se dio la vuelta para hacerles frente, su bólter alzado ante él. No podía ver nada salvo los destellos de fuego y el estallido ocasional azul de un disparo de plasma. Incluso los sentidos externos de su armadura no podían penetrar en la espesa niebla.

—Señor, creo que…

Sin previo aviso el pantano explotó cuando algo enorme e hinchado emergió del agua delante de él. Un amasijo de carne gangrenada, podrida, se lanzó sobre él, su volumen suficiente para derribarlo de espaldas en el pantano.

Antes de hundirse en el agua oscura, Torgaddon tuvo la impresión fugaz de una boca abriéndose llena de cientos de colmillos y un único ojo glauco debajo de un cuerno de hueso amarillento.

—No lo sé. La red de comando simplemente se volvió loca —dijo el Moderati Primus Aruken en respuesta a la pregunta del Princeps Turnet. Los sensores externos de repente se encontraban cada vez más llenos de ecos que no habían estado allí hace un segundo y su princeps había exigido saber lo que estaba pasando.

—¡Averígualo, maldita sea! —ordenó Turnet—. El Señor de la Guerra se encuentra allí.

—Armas principales cargadas y listas para disparar —informó el Moderati Primus Titus Cassar.

—¡Necesitamos un objetivo maldita sea! ¡No voy a meterme en ese lío sin saber a lo que estoy disparando! —dijo Turnet—. Si se tratara del ejército me arriesgaría, pero no con los Astartes.

El puente del *Dies Irae* estaba bañado en una luz roja, los tres oficiales de comando sentados en sus asientos de control en un estrado, iluminados por el verde de la pantalla táctica. Con conexiones cableadas a la esencia misma del Titán, podían

sentir cada movimiento como si fuera el suyo propio.

A pesar de la poderosa máquina de guerra que tenía debajo de él, Jonah Aruken se sentía impotente ante este enemigo desconocido que se había alzado para destruir a los Hijos de Horus. Esperando una oposición blindada y un enemigo que podían ver, habían sido poco más que un punto de referencia para el reagrupamiento las fuerzas imperiales. Pese a la abrumadora superioridad del Titán en potencia de fuego, era poco lo que podía hacer para ayudar a sus camaradas.

—Conseguí algo —informó Cassar—. Una señal entrante.

—¿Qué es? ¡Necesito más información, maldita sea! —gritó Turnet.

—Contacto aéreo. Aumenta a cada momento. Se mueve rápido y se dirige hacia nosotros.

—¿Es una Stormbird?

—No, señor. Todas los Stormbirds se encuentran en la zona de despliegue y no estoy captando señales de transpondedores militares.

Turnet asintió con la cabeza.

—Entonces es hostil. ¿Tiene una solución, Aruken?

—Recibiendo ahora, Prínceps.

—Seiscientos metros y acercándose —dijo Cassar. Que el Dios-Emperador nos proteja, está viniendo hacia nosotros.

—¡Aruken! Está demasiado cerca, maldita sea, dispara bajo.

—Estoy trabajando en ello, señor.

—¡Trabaja más rápido!

Las densas nieblas hacían que mirar a través del parabrisas frontal careciera de sentido, sin embargo, había una fascinación irresistible en mirar un mundo alienígena, aunque no hubiera mucho que ver. Así, las primeras impresiones de Petronella desde la atmósfera superior eran decepcionantes, ya que esperaba paisajes exóticos de una extrañeza alienígena inimaginable.

En cambio, habían sido golpeados por los violentos vientos de la tormenta y no se podía ver nada excepto los cielos amarillos y los bancos de niebla que parecía reunirse alrededor de uno que otro parche de pantano marrón.

Aunque el Maestro de Guerra había cortés, pero firmemente, negado su solicitud para viajar a la superficie con los guerreros de la punta de lanza, había estado segura de que había un destello de picardía en sus ojos. Tomando esto como una señal de

aprobación tácita, había reunido inmediatamente a Maggard y a su tripulación en la bahía de la lanzadera a fin de prepararse para el descenso a la Luna. Su bote de aterrizaje dorado fue lanzado después de las naves del Ejército, perdiéndose en la masa de embarcaciones de asalto que partían hacia la superficie de la luna. Incapaces de mantener el ritmo de la fuerza de invasión, se habían visto obligados a seguir los rastros de emisiones y ahora se encontraban dando vueltas en una sopa de niebla impenetrable que convertía el suelo debajo en prácticamente invisible.

—Recibo algunos ecos más adelante, mi señora —dijo el primer oficial—. Creo que es la punta de lanza.

—Por fin —dijo—. Mantente lo más cerca que nos permitan. Quiero salir de esta niebla para que pueda ver algo digno de escribir.

—Sí, señora.

Petronella se acomodó en su asiento mientras el bote seguía un curso angular hacia la fuente de la emisión; irritada, alteraba la posición de su arnés de sujeción para tratar de evitar arrugar los pliegues de su vestido. Se dio por vencida y decidió que el vestido estaba más allá de cualquier arreglo y volvió su mirada hacia el parabrisas cuando el piloto dio un grito repentino de terror.

El miedo caliente bullía en sus venas cuando la niebla ante ellos se aclaró y se encontraron con un gigante mecánico enorme delante de ellos, de proporciones masivas, y completamente blindado. Baluartes serrados y torres llenaron su visión, cañones masivos y una cara terrible de hierro oscuro.

—¡Por el Trono! —gritó el piloto, tirando de los controles en una desesperada maniobra evasiva cuando una luz horriblemente brillante llenó el parabrisas.

El mundo de Petronella explotó en dolor y vidrios rotos cuando las armas de fuego del *Dies Irae* abrieron fuego hacia su bote desde los cielos amarillos.

Loken saltó hacia atrás por el horror y la repugnancia cuando el cadáver intentó estrangularlo con sus dedos viscosos. A pesar de ser algo tan aparentemente frágil como un cadáver descompuesto, estaba poseído de una fuerza temible y fue cayendo de rodillas debido al peso y a la potencia de la criatura.

Con un pensamiento, su metabolismo se inundó con drogas de batalla y nuevas fuerzas irrumpieron en sus extremidades. Agarró los brazos de su atacante y los arrancó de su tronco en un torrente de fluidos muertos y sangre corrompida. El fuego se apagó en los ojos de la cosa y se dejó caer sin vida al pantano.

Se puso de pie e hizo un balance de la situación, su formación Astartes suprimía cualquier noción de pánico o desorientación. A su alrededor, los cuerpos que había pensado hasta entonces sin vida se alzaban de las aguas oscuras y se lanzaban contra sus guerreros.

Las ráfagas de bólters desgarraban trozos de carne putrefacta de sus cuerpos o arrancaban miembros de las torsos podridos, pero aún seguían llegando, desgarrando a los Astartes con sus uñas enfermas, amarillentas. Más de esas cosas aparecían a su alrededor y Loken derribó tres con sendos disparos, reventando cráneos o desintegrando torsos con proyectiles de masa reactiva.

—¡Hijos de Horus, a mí! —gritó—. Fórmense a mi alrededor.

Los guerreros de la 10.ª Compañía calmadamente comenzaron a acercarse a su capitán, disparando mientras avanzaban a los horrores necróticos que surgían del pantano como las criaturas de sus peores pesadillas. Cientos de cuerpos los rodeaban, cadáveres hinchados y abominaciones, murmurando, cada uno con un solo ojo lechoso abierto y un cuerno escabroso brotando de su frente.

¿Qué diablos eran? ¿Monstruosas criaturas xenos con el poder de reanimar a carne muerta o algo mucho peor? Espesas nubes de moscas zumbaban en torno a ellos y Loken vio caer a un Astartes, con las aberturas de su casco tapadas por una espesa masa de insectos. El guerrero se arrancó frenéticamente el casco y Loken se horrorizó al ver su carne pudriéndose con una rapidez antinatural, su piel cayendo a pedazos, revelando debajo la licuefacción de sus tejidos.

Los estampidos de bólter lo centraron y volvió su atención a la batalla que se desplegaba ante él, después de vaciar cargador tras cargador en la masa vacilante de criaturas repugnantes delante de él.

—¡Disparen a la cabeza! —gritó mientras derribaba otra de las cosas muertas, el cráneo una ruina de los huesos ennegrecidos y supurar chapoteo. La marea de la batalla comenzó a cambiar a medida que más y más de los horrores cayeron definitivamente. Las cosas verdosas con el vientre hinchado grotescamente morían a raudales. A Loken le pareció ver que se disolvían en una materia hedionda, apenas caían al agua del pantano.

Nuevas formas se movían a través de la niebla cuando el rugido atronador de los cañones pesados llegó de detrás de ellos, seguido por el brillante destello de una explosión en el cielo. Loken levantó la vista a tiempo de ver un bote de aterrizaje dorado emergiendo de entre el fuego de la explosión, aunque no tuvo tiempo de

preguntarse qué había estado haciendo una embarcación civil en una zona de guerra ya que más de las cosas muertas emergieron del agua.

Demasiado cerca para el bólter, sacó su espada y trajo la monstruosa hoja dentada a la vida con una presión del montante de activación. Una cosa horrible de carne podrida se abalanzó hacia él y Loken su espada con las dos manos en dirección a su cráneo.

La hoja rugió al golpear; trocitos de carne húmeda y gris salpicaron su armadura cuando la espada cortó a través del cráneo hasta la ingle. Se volvió hacia otra criatura, el fuego verde de sus ojos titilaba cuando él lo cortó en dos. A su alrededor, los Hijos de Horus se enfrentaban con las criaturas terribles que habían sido miembros de la 63.ª Expedición.

Manos podridas sujetaron en su armadura por debajo del agua y Loken se sintió arrastrado hacia abajo. Rugió y cambió la dirección de la hoja de su espada y la enteró en forma recta en cráneos lascivos y cráneos podridos, pero increíblemente su fuerza era mayor y no pudo resistir su tracción.

—¡Garvi! —gritó Vipus, derribando enemigos a medida que se abría paso a través del pantano hacia él.

—¡Luc! ¡Ayúdame! —gritó Vipus, agarrando el brazo extendido de Loken. Loken se aferró a la mano de su amigo cuando sintió otras manos alrededor de su pecho que lo jalaban hacia atrás.

—¡Vamos, cabrones! —rugió Luc Sedirae, tirando con todas sus fuerzas.

Loken sintió como se elevaba y salía del pantano cuando las criaturas finalmente lo liberaron. Se volvió y se puso de pie. Juntos, él, Luc y Nero lucharon con ferocidad, aunque no había ninguna batalla ahora, si alguna lo vez había sido. No era nada más que el trabajo de un carnicero, que no requería destreza en el manejo de la espada, sólo la fuerza bruta y la determinación de no caer. Curiosamente, Loken se acordó de Lucius, el mejor espadachín de los Hijos del Emperador, y de cómo habría odiado esta forma poco elegante de guerra.

Loken volvió su atención a la batalla y, con Luc Sedirae y Nero Vipus en la lucha, fue capaz de ganar algo de espacio y tiempo para reorganizarse.

—Gracias, Nero, Luc. Les debo una —dijo en un momento de calma en el combate. Los Hijos de Horus bólter recargaban y limpiaban los trozos de carne muerta de sus espadas. Estallidos esporádicos de disparos aún sonaba desde el pantano y destellos estroboscópicos encendían la niebla como luciérnagas. Más a su izquierda

Loken vio una pira ardiente donde el bote había caído. Sus llamas actuaban como un faro en medio de la oscura niebla.

—No hay problema, Garvi —dijo Sedirae y Loken supo que estaba sonriendo bajo el casco—. Apuesto que podrás hacer lo mismo por mí antes de que estemos fuera de esta mierda de tormenta.

—Probablemente tengas razón, pero no perdamos a la esperanza.

—¿Cuál es el plan, Garvi? —preguntó Vipus.

Loken levantó la mano para pedir silencio cuando intentaba hacer contacto con sus hermanos del Mournival y el Señor de la Guerra, una vez más. Estática y gritos desesperados llenaban el vox, voces aterradas de soldados del ejército y las condenados voces gorgoteantes que decían:

—¡Bendito sea Nurgh-Leth …! —una y otra vez.

Entonces, una voz tronó en todos los canales y Loken casi gritó de alivio al escucharla.

—A todos los Hijos de Horus, este es el Señor de la Guerra. Converjan en esta señal. ¡Adelante, hacia el fuego!

El sonido de la voz del Señor de la Guerra, Llenó de energía los miembros cansados y los corazones de los Astartes, y se retiraron en orden hacia la columna de fuego procedente de la bote derribado que habían visto antes. Loken mató con una precisión metódica, cada disparo eliminaba un oponente. Comenzó a sentir que por fin le habían cogido el tranco a este enemigo grotesco.

Sea lo que fuere que daba energía a estas criaturas de pesadilla era claramente incapaz de darles mucho más que las funciones motoras básicas y una hostilidad sin tregua.

La armadura Loken estaba cubierta de estrías profundas y deseaba conocer cuántos hombres había perdido al hambre repugnante de las cosas muertas.

Prometió que este Nurgh-Leth pagaría un alto precio por cada una de sus muertes.

Ella apenas podía respirar, su pecho se hinchaba abruptamente cuando aspiraba grandes bocanadas del respirador que Maggard estaba empujando contra su cara. Los ojos le ardían a Petronella, lágrimas de dolor corrían por sus mejillas mientras ella trataba de sentarse.

Lo único que recordaba era un ruido furioso y una luz brillante, un chirrido metálico y un crujido de huesos cuando el bote se estrelló y se rompió en pedazos. La

sangre llenaba sus sentidos y sentía un dolor insoportable por todo su lado izquierdo. Las llamas saltaban a su alrededor y su visión estaba borrosa debido a la atmósfera y al humo.

—¿Qué pasó? —logró articular, con la voz ahogada por la boquilla del respirador.

Maggard no contestó, pero luego recordó que él no podía y torció la cabeza para obtener una mejor apreciación de su situación actual. Cuerpos rotos revestidos en su librea llenaban la tierra —los pilotos y la tripulación de vuelo de su bote— y una gran cantidad de sangre que cubría los restos. Incluso a través del respirador, podía oler la misma.

Bancos de neblina nauseabunda los rodeaban, aunque el calor de las llamas parecía aclararla un poco en su proximidad. Formas vacilantes los rodeaban y el alivio la inundó cuando se dio cuenta de que pronto sería rescatada.

Maggard giró, sacando su espada y la pistola, y Petronella intentó gritarle que debía retirarse, que se trataba de sus salvadores.

Entonces surgió la primera forma de entre el humo y ella gritó cuando vio la carne enferma y las entrañas podridas colgando de su vientre abierto. No obstante, no era la peor de las cosas que se aproxima. Un desfile de cadáveres con la carne hinchada, cuerpos rotos y putrefactos, chapoteaban entre el barro y los escombros dirigiéndose hacia ellos, las manos con las garras extendidas.

El fuego verde en sus ojos hablaba de un apetito monstruoso y Petronella sintió un terror desgarrador, mayor que cualquier cosa que ella había conocido.

Sólo Maggard se interponía entre ella y los cuerpos putrefactos, pero era tan solo un hombre. Ella lo había visto a entrenar en los gimnasios de Kairos muchas veces, pero nunca lo había visto sacar sus armas en un combate.

La pistola de Maggard ladró y cada disparo impactó en uno de los horrores, que cayeron a sus pies con limpios agujeros perforados en sus frentes. Disparó hasta que su pistola estuvo vacía y, a continuación, la enfundó y sacó un largo puñal, de hoja triangular.

A medida que la horda se acercaba, su guardaespaldas atacó.

Saltó, aterrizando sobre el cadáver más cercano y un cuello se quebró debajo del tacón de la bota. Maggard giró al aterrizar, su espada decapitó a un par de los monstruos y el puñal rasgó la garganta de otro. Su espada Kirlian se lanzó como una serpiente de plata, su borde brillante apuñalando y cortando a una velocidad increíble. Lo que sea que tocaba, al instante caía al suelo fangoso como un servidor con su

oblea doctrinaria arrancada.

Su cuerpo estaba siempre en movimiento, saltando, girando y esquivando lejos de las garras de sus atacantes enfermos. No había ningún patrón en su ataque, simplemente una montón de cosas muertas que buscan rodearlo. Maggard luchaba como nada de lo que había visto en su vida, sus músculos incrementados se movían a velocidad asombrosa mientras cortaba a sus enemigos con movimientos rápidos y letales.

No importa a cuántos matara, siempre había más criaturas y continuamente lo obligaban a retroceder un paso a la vez. La horda de criaturas comenzó a rodearlos y Petronella vio que Maggard vio que no podría contenerlos a todos. Se tambaleó hacia ella, sangrando por una veintena de heridas menores. Su carne se ampollaba y licuaba en torno a los cortes y había una palidez poco saludable en su piel, a pesar de su equipo respirador.

Ella lloró amargas lágrimas de horror al ver como los monstruos se acercaban, las mandíbulas ampliamente abiertas para devorar su carne, las garras listas para arrancar su piel perfecta y darse un festín con sus entrañas. No era así como se suponía que iba a ser. ¡La Gran Cruzada no debía terminar en el fracaso y la muerte!

Un cadáver con la piel carcomida se abalanzó sobre Maggard, que enterró su hoja en el vientre del gigante necrótico de piel verde llena de moscas.

Ella gritó al llegar ante ella.

Ensordecedoras explosiones sonaron detrás de ella y la criatura se desintegró en una explosión de carne húmeda y huesos. Petronella se tapó los oídos cuando el rugido atronador de los disparos se oyó de nuevo y sus atacantes fueron destruidos en una serie de explosiones, cayendo entre los restos ardientes del bote y ardiendo con llamas verdes malolientes.

Ella rodó a un costado llorando de dolor y miedo cuando las terrible descargas se acercaron, abriendo un camino para los guerreros blindados de los Hijos de Horus.

Un gigante se elevó por encima de ella, alzándola con su guantelete blindado.

No llevaba casco y su silueta se recortaba contra un terrible humo rojizo. Su mole imponente aureolada por las llamas y columnas de humo negro. Incluso a través de sus lágrimas, la belleza del Señor de la Guerra y su perfección física la dejaron sin habla. A pesar de la sangre y el lodo oscuro que cubrían su armadura y que su capa estaba rasgada y andrajosa, Horus se alzaba como un dios de la guerra desatada; su rostro era una máscara de poder aterrador.

La levantó tan fácilmente como se podría levantar un bebé en brazos, mientras sus guerreros continuaban masacrando a las cosas monstruosas. Cada vez más Hijos de Horus fueron convergiendo en el lugar del accidente, disparando sus armas de fuego para alejar al enemigo y formar de un cordón de protección alrededor del Señor de la Guerra.

—Señorita Vivar —exigió Horus—. En el nombre de Terra ¿qué está haciendo aquí? ¡Yo le ordené permanecer a bordo de la *Espíritu Vengativo*!

Se esforzó por pronunciar las palabras, aún conmocionada por su magnífica presencia. Él la había salvado. El Señor de la Guerra la había salvado personalmente y ella lloró al sentir su contacto.

—Yo tenía que venir. Tenía que ver.

—Su curiosidad casi la mata —terció Horus—. Si su guardaespaldas hubiera sido menos capaz, ya habría muerto.

Ella asintió con la cabeza sin decir nada, aferrándose a un mástil de metal retorcido para evitar el colapso cuando el Señor de la Guerra dio un paso entre los escombros hacia Maggard. El guerrero de la armadura dorada se mantenía erguido, a pesar del dolor de sus heridas.

Horus levantó el brazo armado de Maggard, examinando la hoja del guerrero.

—¿Cuál es tu nombre, guerrero? —preguntó el Señor de la Guerra.

Maggard, por supuesto, no contestó, mirando a Petronella para que le ayudara a hacerlo.

—Él no puede contestar, mi señor —dijo Petronella.

—¿Por qué no? ¿No habla Gótico Imperial?

—Él no habla en absoluto, señor. A los acompañantes de la Casa Carpinus les quitan sus cuerdas vocales.

—¿Por qué hacen eso?

—Él es un sirviente de la Casa Carpinus y un guardaespaldas no puede hablar en presencia de su señora.

Horus frunció el ceño, como si no estaba de acuerdo con esas cosas y le dijo:

—Entonces usted me dirá cuál es su nombre.

—Él se llama Maggard, señor.

—¿Y esta hoja que empuñas? ¿Cómo es que el más leve toque de su borde mata a una de estas criaturas?

—Es una espada Kirlian, forjada en la antigua Terra y se dice que es capaz de

romper la conexión entre el alma y el cuerpo, aunque nunca la he visto utilizar antes de hoy.

—Sea lo que sea, creo que le salvó la vida, señorita Vivar.

Ella asintió con la cabeza cuando el Señor de la Guerra se volvió hacia Maggard una vez más e hizo la señal de la aquila antes de decir:

—Luchaste con gran coraje, Maggard. Siéntete orgulloso de lo que hiciste hoy aquí.

Maggard asintió y se dejó caer de rodillas con la cabeza gacha, con lágrimas en sus ojos por haber sido tan honrado por el Señor de la Guerra.

Horus se inclinó hacia abajo y colocó la palma de su mano sobre el hombro del guardián, diciendo:

—Levántate, Maggard. Has demostrado ser un guerrero y ningún guerrero de semejante valor se pondrá de rodillas ante mí

Maggard se puso de pie; con suavidad dio la vuelta a su espada y ofreció la empuñadura al Señor de la Guerra.

El cielo amarillo se reflejó fríamente en sus ojos dorados y Petronella se estremeció al ver la devoción renovada en la postura de su guardaespaldas, una expresión de fe y orgullo que la aterraba por su intensidad.

El significado de su gesto estaba claro. Revelaba lo que Maggard no podía decir por sí mismo.

Estoy a tus órdenes.

Una vez reunidos, los Astartes hicieron un balance de su situación. Las cuatro falanges habían situado alrededor del lugar del accidente y el ataque de las cosas muertas cesado por el momento. La punta de lanza había sido detenida, pero seguía siendo una fuerza de combate impresionante y fácilmente capaz de destruir lo que quedaba de la insignificante fuerza de Temba.

Sedirae ofreció a sus hombres para asegurar el perímetro y Loken dio su consentimiento, a sabiendas de que Lucas tenía hambre de batalla y quería la oportunidad de brillar ante el Señor de la Guerra. Vipus volvió a formar las partidas de exploración y Verulam Moy estableció posiciones de fuego para sus Devastadores.

Loken sintió un gran alivio al ver que los cuatro miembros del Mournival habían sobrevivido a los combates, aunque Torgaddon y Abaddon habían perdido sus cascos en el fragor de la batalla. La armadura de Aximand estaba desgarrada y un toque de

rojo, sorprendentemente brillante contra el verde de su armadura, teñía su muslo.

—¿Estás bien? —le preguntó Torgaddon con su armadura manchada y ampollada, como si alguien hubiera derramado ácido sobre sus placas.

—Apenas —reconoció Loken—. ¿Y tú?

—Sí, aunque una de esas cosas me pasó cerca —admitió Torgaddon—. Ése bastardo me tenía bajo el agua y casi me ahoga. Me rompió el casco y creo que debo haber bebido más de un cubo de esa agua de pantano. Tuve que destriparlo con mi cuchillo de combate. Muy sucio.

El cuerpo mejorado genéticamente de Torgaddon no corría peligro por tragar el agua, sin importar la cantidad de toxinas que tuviera, pero fue una dura advertencia del poder de estas criaturas el que un guerrero tan temible como él pudiera verse superado. Abaddon y Aximand contaron similares encuentros y Loken deseó desesperadamente Loken que la lucha llegara a su fin. Cuanto más larga fuera la misión, más le recordaría al fallido primer ataque de Eidolon en Murder.

Cuando se restauraron las comunicaciones se reveló que los Jenízaros Byzantinos habían sufrido terriblemente en el asalto del pantano y se habían atrincherado en posiciones defensivas. Ni siquiera las electro-guadañas de sus maestros de la disciplina fueron capaces de obligarlos a seguir. El enemigo había desaparecido de nuevo en la niebla, pero nadie podía decir con certeza a donde se habían ido las criaturas.

Los titanes de la Legio Mortis se alzaban sobre los Astartes, el *Dies Irae* tranquilizaba a los guerreros reunidos por el mero hecho de su inmensidad.

Se encontraron con Erebus en el camino. Él y sus guerreros agotados se introdujeron en el círculo de luz que rodeaba al bote estrellado de Petronella Vivar. La armadura del primer capellán estaba manchada y maltratada, sus sellos y pergaminos de pureza, arrancados de ella.

—Señor de la Guerra, creo que hemos encontrado la fuente de las transmisiones —informó Erebus—. Es una… estructura más adelante.

—¿Dónde está y a que distancia? —preguntó el Maestro de Guerra.

—Tal vez un kilómetro al oeste.

Horus levantó su espada y gritó:

—Hijos de Horus, hemos sido groseramente agraviados aquí y algunos de nuestros hermanos están muertos. Es hora de que les hagamos justicia.

Su voz se transportó fácilmente sobre las aguas muertas del pantano; los guerreros

rugieron su consentimiento y siguieron al Señor de la Guerra. Junto a Erebus y al conjunto de Portadores de la Palabra, se internaron en la bruma.

Alimentados con furiosa energía, los Astartes se abrieron paso entre los cenagales, listos para esparcir la ira del Señor de la Guerra sobre el vil enemigo que había desatado tales horrores sobre ellos. Maggard y Petronella fue con ellos, ninguno de los Astartes dispuestos a retirarse y escolta de vuelta a las posiciones del Ejército. Boticarios Legión tendían sus heridas y les ayudó a través de lo peor del terreno.

Finalmente, la neblina comenzó a remitir y Loken pudo distinguir las figuras más distantes de los guerreros Astartes a través de los parches de niebla. Cuanto más adelantaban, más sólida se volvía la tierra bajo sus pies, y cuando Erebus encabezó la marcha, la niebla se hizo más delgada aún.

Entonces, así como un hombre puede pasar de una habitación a otra, estaban fuera de ella.

Detrás de ellos, los bancos de niebla se reunían en espiral, como una cortina de teatro a la espera de develar algún maravilloso secreto.

Ante ellos se encontraba la fuente de la transmisión vox, emergiendo de la llanura fangosa como una montaña de hierro colosal.

El buque insignia de Eugan Temba, la Gloria de Terra.



SIETE
CUIDEMOS NUESTRAS ESPALDAS
COLAPSO
EL TRAIDOR

Muerto y oxidado desde hacía casi seis décadas, el buque estaba destruido y medio enterrado en las marismas. Su casco, una vez poderoso, se encontraba tan desgarrado y torcido que estaba casi irreconocible. Sus imponentes torres góticas, como el recinto de una ciudad otrora poderosa, estaban caídas y de sus retorcidos arcos y contrafuertes, colgaban hojas en descomposición conformando la imagen de una gigantesca telaraña. Su quilla se había roto, como si se hubiera estrellado contra la superficie lunar y muchas de las superficies superiores se habían derrumbado, dejando las cubiertas a la intemperie.

Franjas de musgo verde cubrían el casco y la torre de comando aún se elevaba hacia el cielo; las aspas de disformidad y los altos mástiles vox doblados por la furia del viento.

Loken tuvo un pensamiento insoportablemente triste. Que este fuera el lugar de descanso final de esta magnífica embarcación, le parecía algo totalmente equivocado.

Piezas de escombros recubrían el paisaje: trozos retorcidos de metal oxidado o artículos personales que debían haber pertenecido a la tripulación del barco y que habían sido expulsados durante el impacto contra el suelo.

—Por el Trono… —dijo con dificultad, Abaddon.

—¿Qué es eso? —fue todo lo que Aximand pudo articular.

—Es la Gloria de Terra —dijo Erebus—. Reconozco la configuración de la matriz de disformidad de la cubierta de mando. Es el buque insignia de Temba.

—Entonces, Temba ya está muerto —dijo Abaddon con un dejo de frustración—. Nada podría haber sobrevivido a esa caída.

—Entonces, ¿de quién es esa señal de radio? —preguntó Horus.

—Podría haber sido algo automatizado —sugirió Torgaddon—. Tal vez ha estado haciéndolo durante años.

Loken negó con la cabeza.

—No, la señal comenzó una vez que entramos en la atmósfera. Alguien aquí la activó cuando se enteró que estábamos llegando.

El Señor de la Guerra se quedó observando la forma masiva de la nave destrozada, como si mirando lo suficiente pudiera penetrar en su casco y discernir lo que había dentro.

—Entonces debemos entrar —urgió Erebus—. Buscar al que esté dentro y matarlo.

Loken se acercó al Primer Capellán.

—¿Entrar ahí? ¿Estás loco? No tenemos ninguna idea de lo que podría estar esperándonos. Podría haber muchas más de esas… cosas en el interior, o algo aún peor.

—¿Qué sucede, Loken? —gruñó Erebus—. ¿Los Hijos de Horus le tienen miedo a la oscuridad?

Loken dio un paso hacia Erebus y dijo:

—¿Se atreve a insultarnos, Portador de la Palabra?

Erebus se colocó frente a Loken, pero el Mournival tomó posición detrás de su miembro más reciente y su presencia aplacó al Primer Capellán. En lugar de proseguir el asunto, Erebus inclinó la cabeza y dijo:

—Pido disculpas si he hablado fuera de lugar, Capitán Loken. Yo sólo buscaba borrar la mancha al honor de la Legión.

—La defensa del honor de la Legión es asunto nuestro, Erebus —dijo Loken—. No nos digas cómo debemos actuar.

Horus tomó una decisión antes de que el intercambio de palabras se volviera más duro.

—Entraremos —dijo.

La niebla ondulante seguía a los Astartes a medida que avanzaban hacia la nave estrellada con los titanes de la Legio Mortis detrás, sus piernas aún envueltas en las

brumas. Loken mantuvo su bólter listo, atento a los sonidos de salpicaduras de agua detrás de ellos, aunque se dijo que no eran más que los sonidos normales de este mundo, lo que sea que eso significara.

A medida que se acortaba la brecha, se emparejó con el Señor de la Guerra y dijo:

—Señor, sé lo que va a decir, pero faltaría a mi deber si no dijera nada.

—¿Decir que, Garviel? —preguntó Horus.

—Acerca de esto. Acerca de que nos lleva hacia lo desconocido.

—¿No lo he estado haciendo durante los últimos dos siglos? —le respondió Horus —. Todo el tiempo que hemos estado avanzando en el espacio ¿no lo hemos hecho para hacer retroceder a lo desconocido? Eso por eso que estamos aquí, Garviel, para hacer que lo que es desconocido sea conocido.

Loken detectó la conocida habilidad del comandante para desviar una conversación e insistió en el tema. El Señor de la Guerra tenía una manera fácil de dirigir las conversaciones fuera de las cuestiones que no quería hablar.

—Señor, ¿valora el consejo del Mournival? —preguntó Loken, tomando un rumbo diferente.

Horus detuvo en su avance y se volvió hacia Loken con el rostro serio.

—¿Acaso no oíste lo que le dije a la rememoradora en la cubierta de embarque? Valoro sus consejos sobre todas las cosas, Garviel. ¿Por qué haces tal pregunta?

—Debido a que a veces simplemente nos usan como perros de guerra, siempre en busca de sangre. Nos ponen en ese papel, en lugar de permitirnos velar por la verdad de la Cruzada.

—Entonces di lo que tengas que decir, Garviel y juro que te escucharé —prometió Horus.

—Con todo respeto, señor, usted no debería estar aquí dirigiendo la punta de lanza y no deberíamos entrar en ese buque sin un reconocimiento adecuado. Tenemos tres máquinas de las máquinas de guerra más grandes del Mechanicum detrás de nosotros. ¿No podemos al menos ablandar el objetivo con sus cañones?

Horus rió entre dientes.

—Hay un cerebro de pensador en ti, hijo mío, pero las guerras no se ganan con pensadores, son ganadas por los hombres de acción. Ha pasado mucho tiempo desde que empuñé una espada y luché en una batalla en contra de abominaciones que no buscaban otra cosa que nuestra destrucción total. Dije en Murder que sentía que si no podía estar en un campo de batalla de nuevo, habría rehusado al cargo de Señor de la

Guerra.

—El Mournival puede hacer esto por usted, señor —dijo Loken—. Defenderemos su honor.

—¿Crees que mis hombros tan estrechos que no pueden soportar este peso por sí mismos? —inquirió Horus y Loken se sorprendió al ver una ira genuina en su mirada.

—No, señor, todo lo que quiero decir es que no es necesario que lo soporte usted solo.

Horus se echó a reír y se rompió la tensión. Su enojo quedó olvidado.

—Tienes razón, por supuesto, hijo, pero mis días de gloria no se han acabado, puesto que aún me quedan muchos laureles por ganar.

El Maestro de Guerra partió una vez más.

—Recuerda mis palabras, Garviel Loken, todo lo logrado hasta ahora en esta Cruzada es insignificante en comparación con lo que me queda por hacer.

A pesar de la impaciencia del Señor de la Guerra por liderar el asalto de los Astartes, consintió el plan de Loken de permitir que los Titanes de la Legio Mortis bombardearan el objetivo. Las tres poderosas máquinas de guerra se prepararon y a la señal del Señor de la Guerra, desataron una andanada de misiles y fuego de cañones sobre la nave derruida. Brillantes flores de luz y grandes humaredas se expandieron a lo largo de la inmensidad de la nave, que se estremecía con cada nuevo impacto. Los incendios corrieron a lo largo del casco y los penachos de espeso humo se elevaron hacia el cielo como gigantescas radiobalizas, como si el buque estuviera tratando de enviar un mensaje a sus antiguos amos.

Una vez más, el Señor de la Guerra encabezó la marcha, mientras la niebla que los seguía como una capa de smog de color amarillo. Loken todavía podía oír ruidos detrás de él, pero con las pisadas atronadoras de los Titanes, el crepitar las llamas y el sonido de sus propios pasos, era imposible estar seguro de lo que estaba oyendo.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Torgaddon, mirando sobre su hombro y sintonizando con los pensamientos de Loken perfectamente.

—Sé lo que quieres decir.

—No me gusta la idea de ir allí, eso puedo asegurártelo.

—¿No tendrás miedo, no? —preguntó Loken, medio en broma.

—No seas frívolo, Garvi —dijo Torgaddon—. Por una vez creo que tienes razón. Hay algo que no está nada bien.

Loken vio verdadera preocupación en el rostro de su amigo, inquieto al ver al bromista Torgaddon, repentinamente serio. A pesar de su bravuconería, Tarik tenía buenos instintos que habían salvado la vida de Loken en más de una ocasión.

—¿Qué te está preocupando? —le preguntó.

—Creo que esto es una trampa —dijo Torgaddon—. Estamos siendo atraídos hacia aquí y siento que está dentro de esa nave.

—Le dije lo mismo al Señor de la Guerra.

—¿Y qué te dijo?

—¿Qué crees?

—¡Ah! —asintió Torgaddon—. Bueno ¿no habrás esperado en serio cambiar la opinión del Comandante?

—Pensé que podría haberle hecho reflexionar, pero es como si no nos escuchara más. Erebus ha hecho que el Comandante se enojara tanto con Temba que ni siquiera considera cualquier otra opción que entrar y matarlo con sus propias manos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Torgaddon, y una vez más, Loken se sorprendió.

—Cuidémonos las espaldas, mi amigo. Cuidémonos las espaldas.

—Buen plan —dijo Torgaddon—. No había pensado en eso. Y yo que estaba listo para entrar en una trampa potencial con la guardia baja.

Ése era el Torgaddon que Loken conocía y amaba.

La parte trasera de la Gloria de Terra se elevaba ante ellos, sus cubiertas de comando alzadas hacia arriba en ángulo, tapando el cielo enfermizo. La fría sombra proyectada por la embarcación los engulló y Loken vio que entrar en la nave no sería difícil. Los disparos de los Titanes habían arruinado secciones enteras del casco y pilas de escombros se habían derramado hacia el interior, formando grandes rampas de acero sujetas a las laderas rocosas como los muros de una fortaleza asediada.

El Señor de la Guerra hizo un alto y comenzó a impartir las órdenes.

—Capitan Sedirae, usted y su tropa de asalto formarán la vanguardia.

Loken casi podía sentir el orgullo de Luc ante semejante honor.

—El capitán Moy, que me acompañará. Sus unidades con lanzallamas y cañones de fusión serán de gran valor en caso de que tengamos que limpiar rápidamente un área o atravesar mamparos destruidos.

Verulam Moy asintió con la cabeza; su calmada reserva resultaba más digna que el afán de Luc de impresionar al Señor de la Guerra con su ardor.

—¿Cuáles son sus órdenes, Señor de la Guerra? —preguntó Erebus, los grises Portadores de la Palabra firmes detrás de su Primer Capellán—. Estamos listos para servirle.

—Erebus, lleva a tus guerreros al otro lado de la nave. Encuentra una manera de entrar y luego reúnete conmigo en el centro. Si ese hijo de puta de Temba trata de correr, quiero aplastarlo entre nosotros.

El Primer Capellán asintió con comprensión y condujo a sus guerreros a la sombra de la nave. Entonces el Señor de la Guerra se dirigió al Mournival.

—Ezekyle, utiliza la señal del localizador de mi armadura para formar escalones superpuestos en torno a mi izquierda. Pequeño Horus, forma a mi derecha. Torgaddon y Loken, cuiden la retaguardia. Aseguren esta zona y nuestra línea de retirada. ¿Entendido?

El Señor de la Guerra emitió las órdenes con su acostumbrada eficiencia, pero Loken se escandalizó por haberlo destinado a cubrir la retaguardia de su avance. Podía ver que el resto del Mournival, especialmente Torgaddon, se sorprendía de manera similar. ¿Era la manera en que el Señor de la Guerra lo castigaba por haberse atrevido a cuestionar sus órdenes o por sugerir que no debía liderar la punta de lanza? ¿Lo dejaba atrás?

—¿Entendido? —repitió Horus y los cuatro miembros del Mournival asintieron en señal de consentimiento.

—Entonces, vamos —gruñó el Maestro de Guerra—. Tengo que eliminar a un traidor.

Luc Sedirae lideró el asalto, sus voluminosos retroreactores lo llevaron fácilmente hacia los oscuros huecos en el costado de la nave. Como Loken esperaba, Luc fue el primero en penetrar en el interior, desapareciendo en la oscuridad con apenas una pausa. Sus guerreros lo siguieron y se perdieron muy pronto de la vista, mientras Abaddon y Aximand encontraban otras formas de llegar al interior, trepando por los escombros para llegar a los agujeros humeantes que los Titanes habían creado. Aximand le dedicó un rápido encogimiento de hombros antes de dar la orden de marcha a sus hombres y Loken lo vio alejarse, incapaz de asimilar que no iba a estar junto a sus hermanos mientras iban a la batalla.

El propio Señor de la Guerra se dirigió a los escombros amontonados con la misma facilidad que un hombre puede ascender una colina de suave pendiente,

Verulam Moy y sus especialistas lo siguieron.

En unos momentos, se quedaron solos en las marismas desoladas y Loken pudo sentir la confusión en sus guerreros. Se removían incómodos, a la espera de la orden que los enviarían a la batalla, pero él no tenía ninguna para darles.

Torgaddon lo sacó de su estupefacción, bramando las órdenes y hostigando a los Astartes que habían quedado atrás. Se extendieron formando un cordón alrededor de su posición, los exploradores Nero Vipus tomaron posición en el borde de la niebla y la Brakespur subió la cuesta para proteger los accesos a la Gloria de Terra.

—¿Qué le dijiste al Comandante? —preguntó Torgaddon, chapoteando en el barro de nuevo hacia él.

Loken repasó en su mente las palabras que habían intercambiado con el Señor de la Guerra desde que habían puesto un pie en la luna de Davin, buscando alguna ofensa que le podría haber hecho. No pudo encontrar nada lo suficientemente grave como para justificar su exclusión y la de Torgaddon de la batalla contra Temba.

—Nada —dijo—, sólo lo que te dije.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Torgaddon, tratando de limpiarse un poco de barro de la cara, pero sólo sirvió para una mayor dispersión sobre toda su fisonomía—. Es decir, ¿por qué nos dejan fuera de toda la diversión? Quiero decir, vamos, ¿Moy?

—Verulam es un oficial competente —dijo Loken.

—¿Competente? —se burló Torgaddon—. No me malinterpretes, Garvi, me encanta Verulam como hermano, pero él es un oficial de oficina. Tú lo sabes y yo lo sé, y si bien no hay nada de malo en ello y el Emperador sabe que necesitamos buenos oficiales de oficina, no es la clase que el Señor de la Guerra debería tener a su lado en un momento como este.

Loken no podía discutir con la lógica de Tarik, habiendo tenido la misma reacción al escuchar las órdenes del Señor de la Guerra.

—No sé qué decirte, Tarik. Tienes razón, pero el Comandante nos ha dado sus órdenes y nos hemos comprometido a obedecerle.

—¿Aún cuando sabemos que esas órdenes no tienen sentido?

Loken no tenía respuesta para eso.

El Señor de la Guerra y Verulam Moy condujeron la vanguardia de la punta de lanza por el interior oscuro y opresivo de la Gloria de Terra, sus pasillos abovedados

inclinados en un ángulo antinatural y sus mamparos deformados y oxidados. Agua salobre goteaba a través de las secciones abiertas a los elementos y un viento soplaba a través de los apestosos pasillos como el aliento de un cadáver. Enfermizas espirales de hongos negros y hojas colgantes de materia podrida les rozaban la cabeza y los cascos, dejándoles una estela viscosa de residuos pegajosos.

Los pisos perforados resultaban bastante traicioneros pero los Astartes hicieron buen tiempo, siempre moviéndose hacia arriba a través de los pasillos putrefactos hacia la cubierta de mando.

A ráfagas le llegaba el informe de la vanguardia de Sedirae, comunicándole sus progresos en la inspección de la nave, aparentemente sin vida y desierta. A pesar de que la vanguardia estaba relativamente cerca la voz Sedirae llegaba con interferencia, una de cada tres palabras era ininteligible.

A medida que más se internaban en la nave, peor se ponía el asunto.

—¿Ezekyle? —dijo el Señor de la Guerra, abriendo el micrófono vox en su gola —. Informe sobre la marcha.

La voz de Abaddon era apenas reconocible, un crepitar húmedo y sibilante la convertía en un balbuceo sin sentido.

—Moviendo… el… ghma… bajo… rata… cubiertas… mantener… Tenemos… flanqueados… señor.

Horus se tocó la gola.

—¿Ezekyle? Maldita sea.

Continuaba la estática, ininterrumpida solo por un hilo de voz:

—… almacén de municiones… lentamente… municiones. Asegurar… pero… hacer… progreso…

—Nada de Erebus —informó Moy— pero puede estar al otro lado de la nave en estos momentos. Si la interferencia que estamos teniendo entre nuestros propios guerreros continúa es poco probable que nuestros enlaces de las armaduras sean capaces de llegar a él.

—Maldita sea —repitió el Señor de la Guerra—. Bueno, vamos a seguir adelante.

—Señor —se atrevió a Moy—. ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Si es la de retirarnos, olvídalo, Verulam. Mi honor y el de la Cruzada ha sido cuestionados y nadie podrá decir que le di la espalda a semejante insulto.

—Ya lo sé, señor, pero creo que el capitán Loken estaba en lo correcto. Estamos tomando un riesgo innecesario aquí.

—La vida es un riesgo, mi amigo. Cada día que paso lejos de Terra es un riesgo. Cada decisión que tomo es un riesgo. No podemos evitar el riesgo, mi amigo, porque si lo hacemos, no llegaremos a nada. Si el objetivo más alto de un capitán fuera el de preservar su barco, lo mantendría en el puerto para siempre. Usted es un buen oficial, Verulam, pero no ve las oportunidades heroicas como lo hago yo.

—Pero, señor —protestó Moy— no podemos mantener el contacto con nuestros guerreros y no tenemos idea de lo que podría estar esperando por nosotros en esta nave. Perdonadme si hablo de más, pero internarnos en algo completamente desconocido como esto no es heroísmo. Parece más bien un juego de adivinanzas.

Horus se inclinó hacia Moy y dijo:

—Capitán, usted sabe tan bien como yo que todo el arte de la guerra consiste en adivinar lo que está en el otro lado de la colina.

—Entiendo, señor —empezó Moy, pero Horus no estaba de humor para interrupciones.

—Desde que el Emperador me nombró como Señor de la Guerra, la gente me ha estado diciendo lo que puedo y no puedo hacer, y te digo que estoy cansado de eso —le espetó Horus—. Si a la gente no le gusta mi opinión entonces, ese es su problema. Yo soy el Señor de la Guerra y he tomado una decisión. Continuamos.

Un chillido agudo de estática abruptamente cortó la oscuridad y la voz de Luc Sedirae llegó a través del enlace de la armadura con tanta claridad como si él estuviera de pie junto a ellos.

—¡Por el Trono! ¡Ya están aquí! —gritó Sedirae.

Entonces todo se volvió del revés.

Loken sintió a través de las suelas de sus botas como un gran ruido que parecía venir de las entrañas mismas de la luna. Se dio la vuelta con horror, oyendo el metal entrechocar con un chirrido ensordecedor y géiseres de barro elevándose hacia el cielo, cuando partes enterradas de la nave se arrancaron del barro con un ruido de succión. Las secciones superiores del buque se desplomaron hacia el suelo y toda la nave comenzó a volcarse, la sección trasera se arqueó hacia abajo con una terrible fatalidad.

—¡Todo el mundo retroceda! —gritó Loken cuando la caída del metal se aceleró.

Los Astartes se alejaron de la nave naufragada y Loken sintió su sombra masiva como un sudario, cuando todos los sensores de su armadura lo aislaron del estruendo

del derrumbe de la nave.

Miró hacia atrás a tiempo de ver los restos de la nave chocando contra el suelo con la fuerza de un ataque orbital, la superestructura arrugándose bajo el impacto de su propio peso, lanzando lagos de agua lodosa por el aire. Loken fue lanzado como una hoja por la onda de choque, cayendo en un charco de espuma verdosa y desapareciendo bajo la superficie.

Balanceándose sobre sus rodillas, vio los chorros de barro expulsados fuera de la nave y vio como decenas de sus guerreros caían enterrados bajo el lodo marrón. El poder de difusión del impacto de la nave se extendió desde el cráter en que había reposado durante tanto tiempo. Una lluvia de agua salobre y barro salpicado, manchó la visera de su casco y redujo su visibilidad a no más de unos pocos cientos de metros.

Loken se puso de pie, accionando su bólter al darse cuenta de que la onda de choque había dispersado la niebla sulfurosa que había sido su compañera constante desde el aterrizaje en esta luna maldita.

—¡Hijos de Horus, listos! —gritó, al ver lo que había más allá de la niebla.

Cientos de las cosas muertas marchaban sin descanso hacia ellos.

Ni siquiera la armadura de un Primarca podía resistir el impacto de una nave espacial que se venía abajo. Horus gruñó mientras sacaba un mástil de hierro retorcido que se había clavados en su pecho. La sangre pegajosa cubría su armadura, la herida se cerró casi tan pronto como él se hubo sacado la pieza de metal. Su cuerpo genéticamente aumentado fácilmente podía soportar un castigo trivial; a pesar de la tremenda caída a través de las cubiertas de la nave, permaneció orientado perfectamente y en equilibrio sobre la cubierta inclinada.

Recordó el sonido del metal desgarrado, el sonido metálico de la armadura y el chasquido de los huesos al romperse cuando los guerreros Astartes fueron arrojados a su alrededor como niños en una casa de la risa.

—¡Hijos de Horus! —gritó—. ¡Verulam!

Sólo un eco burlón le respondió y maldijo cuando se dio cuenta de que estaba solo. El micrófono vox en su boca se había hecho añicos, alambres de latón colgaban inertes del receptáculo vacío y, con enojo, se los arrancó de inmediato.

Verulam Moy no estaba por ningún lado y los miembros de su equipo estaban dispersados de manera similar, más allá de la vista. Rápidamente hizo un balance de

su entorno. Horus podía ver que estaba parcialmente enterrado entre escombros de metal en el vestíbulo del armorium, su techo derruido y agrietado. El agua helada caía en una lluvia fría e inclinó su cabeza hacia atrás para que se vertiera sobre su cara.

Estaba cerca del puente de la nave, suponiendo que no se había cortado por el impacto con el suelo, porque seguramente no podía haber otra explicación para lo que había sucedido. Horus se arrastró debajo de los escombros y se aseguró de que aún estaba armado, al encontrar la empuñadura de su espada que sobresalía de los escombros del vestíbulo.

Al sacar el arma, su hoja de oro capturó la poca luz que había y brilló como si un fuego interior ardiera dentro de su núcleo. Forjada por su hermano Ferrus Manus de la Décima Legión, los Manos de Hierro, había sido un regalo para conmemorar la investidura de Horus como Señor de la Guerra.

Sonrió al ver que el arma se mantenía intachable como el día en que Ferrus se la había ofrecido, a la luz de la adoración en sus ojos gris acero, y Horus nunca había estado más agradecido por la habilidad de su hermano en la forja.

La cubierta crujió bajo su peso, y de repente empezó a cuestionar la sabiduría de la dirección en este asalto. A pesar de ello, todavía hervía de rabia contra Eugan Temba, un hombre en cuyo carácter había creído, y cuya traición le cortó el corazón como un cuchillo abrasador.

¿Qué clase de hombre podía traicionar el juramento de lealtad al Imperio?

¿Qué clase de idiota se atrevería a traicionarlo?

Aunque la cubierta cambió de nuevo, Horus fácilmente compensó el movimiento tambaleante. Utilizó su mano libre para jalarse a sí mismo hacia la puerta abierta que llevaba al laberinto de callejones que llenaba una nave de este tamaño. Horus había estado en la Gloria de Terra sólo una vez antes, hacía casi setenta años, pero recordaba su trazado como si hubiera sido ayer. Más allá de este umbral se encontraban las grúas del pórtico superior del armorium y más allá, el pasillo central de la nave que llevaba a través de varios puntos defensivos hasta el puente.

Horus gruñó al sentir un fuerte dolor en el pecho y se dio cuenta de que el mástil de hierro le había desgarrado uno de sus pulmones. Sin dudarlo, cambió su patrón de respiración y siguió sin pausa, la vista fácilmente perforaba la oscuridad del interior del buque.

Tan cerca del puente, Horus podía ver los cambios terribles que se habían operado en la nave, sus paredes estaban recubiertas de baba nauseabunda bacteriana que

devoraba el metal como si fuera ácido. Goteantes racimos de organismos semejantes a sanguijuelas se nutrían de rezumantes pústulas de materia marrón verdosa y un olor pestilente flotaba en el aire.

Horus se preguntó qué había pasado con esta nave ¿Habían los pueblos de la luna desatado una especie de plaga mortal entre la tripulación? ¿Habían sido estos los medios de los que Erebus había hablado?

Podía sentir que el aire estaba lleno de bacterias letales y contaminantes biológicos, aunque ninguno de ellos poseía la virulencia suficiente para causar problemas a su increíble metabolismo. Con la luz dorada de su espada para iluminarlo, Horus realizó una caminata alrededor del pórtico, escuchando cuidadosamente para detectar cualquier señal de sus guerreros. El ruido ocasional de algún disparo lejano o el estruendo del metal le decía que no estaba completamente solo, pero el lugar de los combates era un misterio. La dañada estructura interior de la nave creaba ecos fantasmales lejanos y gritos a su alrededor, hasta que decidió ignorarlos y seguir adelante solo.

Horus pasó a través del armorium y en el pasillo central de la nave estelar, la cubierta se inclinaba y retorcía en un ángulo antinatural. Los globos luminosos parpadeaban y los conductos de alimentación chispeaban, iluminando el pasillo abovedado con un fuego azul eléctrico. Las puertas rotas chocaban contra sus marcos, con el balanceo de la nave, lo que hacía un sonido como de campanas fúnebres.

Más adelante pudo escuchar un gemido bajo y el arrastrar de pies callosos, los primeros sonidos que podía identificar con claridad. Provenían de más allá de una ancha escotilla de puertas de hojas dentadas que se abrían y cerraban como las fauces de una bestia monstruosa. Los escombros impedían que las puertas se cerraran por completo. Horus sabía que todo aquello que estuviera haciendo esos ruidos se interponía entre él y su destino final.

El parpadeo difuso de la luz estroboscópica lanzaba inquietas sombras a la boca de la escotilla; el parpadeo hacía de las imágenes bailaran en sus retinas como si la luz proviniera de un pictoproyector corriendo en cámara lenta.

La escotilla cerrada retumbó una vez más cuando una mano con garras apareció y agarró el metal manchado. Largas garras amarillas brotaron de la mano, la carne del brazo estaba carcomida por los gusanos y la lepra. Otra mano se sujetó al metal, desgarrando las puertas blindadas con una fuerza que contradecía la fragilidad de los brazos.

La sensación de miedo era totalmente ajena a Horus, pero cuando la fuente de los sonidos espeluznantes fue revelada, le surgió la convicción de que tal vez sus capitanes habían tenido razón después de todo.

Una multitud de seres renqueantes de carne podrida apareció detrás, su caminar de pies arrastrados los llevaban hacia adelante en una falange zumbante de corrupción. Una sensación progresiva de poder oculto impulsaba de sus cuerpos consumidos de barrigas hinchadas, y las nubes de moscas zumbaban rodeando sus ciclópeos cuernos en sus cabezas. Alguna clase de cántico se derramaba de sus labios hinchados, a pesar de que Horus no podía encontrar sentido a las palabras. Carne de color verdoso colgaba de los huesos expuestos y, aunque se trasladaban con la monotonía plomiza de las cosas muertas, Horus pudo notar la creciente fuerza de sus extremidades y un hambre terrible en los globos oculares manchados por las cataratas.

Las criaturas estaban a menos de una docena de metros de él, pero su imagen era borrosa y vacilante, como si las lágrimas nublaran su visión. Parpadeó rápidamente para clarificarla, y vio sus espadas, oxidadas y chorreantes de fluidos contagiosos.

—Pues no hay duda de que son ustedes un grupo muy mono —dijo Horus, levantando la espada y lanzándose hacia adelante.

Su dentada espada dorada hendió los monstruos como un cometa de fuego, cada golpe alcanzaba a una docena o más sin esfuerzo. Salpicaduras de carne enferma embadurnaban las paredes y el aire se espesaba con el olor de la materia fecal, ya que cada monstruo explotaba en fragmentos de carne podrida a cada golpe. Sucias garras se aferraban a Horus, pero cada uno de sus miembros era un arma. Su codo rompió cráneos, las rodillas y los pies destrozaron espinas, y su espada cercenó enemigos si fueran autómatas de las jaulas de entrenamiento.

Horus no sabía de qué clase de criaturas se trataba, pero obviamente nunca se habían enfrentado a un ser tan poderoso como un Primarca. Avanzó por el pasillo central de la nave, abriéndose camino a través de cientos de bestias despanzurradas. Tras quedaban las huellas de su paso destructor, carne desmenuzada que olía a corrupción y pestilencia. Ante él se extendían decenas más de esas criaturas y el puente de la Gloria de Terra.

Perdió la noción del tiempo, la brutalidad primitiva de la lucha capturaba la totalidad de su atención, su espada golpeaba con ataques mecánicos y contundentes. Nada podía resistir su avance y con cada golpe, el Señor de la Guerra se acercaba a su objetivo. El pasillo se ensanchaba a medida que empujaba a través de la masa

palpitante de monstruos ciclópeos. El brillo dorado de su espada y el parpadeo las luces del corredor hacían parecer sus enemigos eran cada vez menos sustanciales.

Su espada atravesó un vientre hinchado, abriéndolo de par en par en un chorro de líquido apestoso, pero en vez de estallar abiertamente, la carne de la criatura se desvaneció como humo grasiento en el viento. Horus dio otro paso adelante, pero en lugar de encontrarse con más enemigos, el pasillo se encontró de repente, inexplicablemente, vacío. Miró a su alrededor y donde antes había habido una gran cantidad de criaturas esperando por su turno de morir, ahora solo quedaban los restos de los cadáveres descuartizados.

Incluso estos se disolvían como la grasa en una plancha, desapareciendo en serpentinas de humo verde tan oscuro que era casi negro.

—Por el Trono —susurró Horus, asqueado ante la visión enfermiza de la licuefacción de la carne. Finalmente reconoció la corrupción dentro de la nave por lo que era: un osario de la disformidad, el germen del Immaterium.

Horus sentía crecer su resolución a medida que se acercaba a las puertas blindadas que protegían el puente, más seguro que nunca de que debía destruir a Eugan Temba. Esperaba legiones enteras de engendros de la disformidad, pero el camino estaba extrañamente tranquilo, el silencio sólo era interrumpido por el tableteo de más armas de fuego (que ahora estaba seguro de que provenía del otro lado del casco) y el golpeteo del agua en su armadura.

Horus se abrió paso con cautela, apartando los cables cortocircuitados de su camino cuando una a una, las puertas blindadas se abrieron lentamente ante su proximidad. Todo olía a trampa, pero nada podía negarle su venganza ahora por lo que siguió adelante.

Parado sobre el puente de la Gloria de Terra, Horus vio que su inmenso espacio había mutado de un lugar de mando a otra cosa. Carcomidas banderas colgaban de los niveles más altos, con largas hileras de cadáveres cosidos en la tela rasgada de cada una. Incluso desde aquí, Horus podía ver que llevaban los uniformes gris lobo de la 63.ª Expedición y se preguntó si estas pobres almas se habían mantenido fieles a sus juramentos de lealtad.

—Serán vengados, mis amigos —susurró mientras se adentraba más en el puente.

Las estaciones de trabajo estaban aplastadas o rotas, sus componentes internos arrancados y recableados de alguna extraña manera nueva. Manojos de cientos de cables se elevaban en espiral hacia la oscuridad del techo abovedado.

Latidos de la energía pulsaban de los cables y Horus dio cuenta de que estaba mirando a la fuente de la señal de vox que tanto había perturbado a Loken.

De hecho, le pareció que todavía podía oír las palabras de esa voz condenada susurrando en el aire como un secreto que dejaría tu lengua negra si fueras a contarlo.

Nurgh-Leth, siseaba una y otra vez.

Entonces se dio cuenta que no era algún tipo de eco proveniente del vox de la nave, sino el susurro de una garganta humana.

Los ojos de Horus se redujeron, mientras buscaba la fuente de la voz, sus labios se encresparon con repulsa al ver la figura hinchada de un hombre de pie ante el trono del capitán. Poco más que una masa palpitante de carne corpulenta, un hedor terrible de carne rancia se elevó de su inmensidad carnosa.

Cosas negras voladoras infestaban cada pliegue de su piel, y retazos de tela gris se aferraban a su carne gris verdosa; charreteras de oro brillante y alamares de plata colgaban lánguidamente sobre el vientre enorme.

Una mano reposaba en una herida infectada del pecho, mientras que la otra sostenía la espada con un brillo diamantino.

Horus se dejó caer de rodillas por la ira y la tristeza al ver el cadáver de un guerrero Astartes tendido ante el decadente resplandor de la figura hinchada.

Verulam Moy, con el cuello visiblemente roto, y sus ojos con la mirada fija en los cadáveres en descomposición que colgaban de las banderas.

Incluso antes de levantar la mirada hacia el asesino de Moy, Horus supo quien sería: Eugan Temba…

El Traidor.



OCHO
DIOS CAÍDO

Loken apenas podía recordar una pelea en la que él y sus guerreros hubieran gastado todas sus municiones. Cada Astartes llevaba cargadores suficientes para sostenerlos en la mayoría de tipos de enfrentamiento, donde ninguna munición se malgastaba y cada objetivo se eliminaba con un único disparo.

Las tolvas de munición se habían devuelto al lugar del aterrizaje y no había manera de que pudieran llegar hasta ellos. La firme resolución del Señor de la Guerra se había encargado de ello.

La mayoría de las rondas del bólter de Loken se habían acabado hacía tiempo y se encontraba agradecido por la insistencia de Aximand en las rondas subsónicas, ya que estas explotaban satisfactoriamente dentro de los cuerpos de las cosas muertas.

—Por el Trono, ¿es que alguna vez van a acabarse? —jadeó Torgaddon—. Debo haber matado a un centenar o más de esas condenadas cosas.

—Probablemente seguirás matando a los mismos —respondió Loken, agitando su espada cubierta de materia gris—. Si no destruyes la cabeza, se vuelven a levantar de nuevo. He aniquilado una media docena o más con heridas de bólter en ellos.

Torgaddon asintió con la cabeza y dijo:

—Espera, aquí vuelve la Legio.

Loken se aferró a una porción más o menos sólida de desechos en el momento en que los Titanes abrieron fuego contra la masa de monstruos putrefactos. Al igual que los gigantes monstruosos que rondan por las noches de Barbarus, los Titanes emergieron de la niebla entre puñetazos de truenos y fuego. Las explosiones proliferaron por el pantano arrojando cadáveres por los aires o bien eran enterrados

profundamente en el cieno del pantano bajo los poderosos pisotones de las gigantescas máquinas de guerra.

El mismo aire temblaba con las vibraciones del ataque de los titanes, las avalanchas de escombros y barro se deslizaban desde la Gloria de Terra con cada explosión o cada paso que daban los titanes. Las cosas muertas habían ganado las laderas de escombros que conducían a la nave por tres veces y por tres veces se las hizo retroceder, primero con las armas de fuego y, cuando la munición se agotó, con las espadas y la fuerza bruta. Cada vez habían derribado a cientos de sus enemigos, pero cada vez un puñado de Astartes caía y se hundía bajo las aguas del pantano.

En circunstancias normales, los Astartes no habrían tenido problemas para hacer frente a estas abominaciones, pero al desconocer la suerte del Señor de la Guerra se sentían desorientados, desamparados, incapaces de pensar o de pelear con su ferocidad habitual. Loken sabía exactamente lo que sentían, porque él también lo hacía.

Incapaces de comunicarse con el Señor de la Guerra, Aximand o Abaddon, los guerreros fuera del casco estaban paralizados y en desorden, sin su amado líder.

—Temba —dijo el Señor de la Guerra, poniéndose de pie y marchando hacia su antiguo gobernador planetario. A cada paso, veía una prueba más de la traición de Eugan Temba, la sangre coagulada en el filo de su espada y una sonrisa feroz de anticipación. Donde una vez hubo un fiel seguidor y un hombre recto, Horus ahora veía sólo un sucio traidor que merecía la más dolorosa de las muertes. La luz alrededor de Temba reveló aún más la corrupción de su carne y Horus supo definitivamente que nada de su antiguo amigo permanecía en la cáscara enferma que estaba delante de él.

Horus se preguntó si eso era lo que había experimentado Loken en las montañas de 63-19: el horror de ver como un antiguo compañero sucumbía a la disformidad. Horus tenía conocimiento de la animosidad entre Jubal y Loken y ahora comprendía que tal enemistad, por trivial que pareciera, había sido el punto flaco de Jubal por el cual la disformidad lo había poseído.

¿Qué error había sido la perdición Temba? ¿Orgullo, ambición, celos?

El monstruo hinchado que había sido Eugan Temba levantó la vista del cadáver de Verulam Moy y sonrió, completamente satisfecho con su trabajo.

—Señor de la Guerra —dijo Temba, cada sílaba glotal y húmeda, como si hablara

a través del agua.

—No te atrevas a hablarme de tal manera, abominación.

—¿Abominación? —siseó Temba, sacudiendo la cabeza—. ¿No me reconoces?

—No —dijo Horus—. No eres Temba, eres un inmundo engendro de la disformidad y yo estoy aquí para matarte.

—Estás equivocado, Señor de la Guerra —y se echó a reír—. Yo soy Temba. El llamado amigo que dejaste atrás. Soy Temba, el fiel seguidor de Horus que dejaste pudriéndose en este mundo atrasado, mientras ibas en busca de la Gloria.

Horus se acercó a la tarima del trono del capitán y arrastró los ojos desde Temba al cuerpo de Verulam Moy. La sangre manaba de una terrible herida en su costado, bombeada con energía en el suelo manchado del puente. La carne de su garganta variaba entre el púrpura y el negro, un trozo de hueso roto asomaba de la piel lastimada en el lugar donde su cuello se había roto.

—Es una lástima lo de Moy —dijo Temba—. Hubiera sido un buen converso.

—No digas su nombre —advirtió Horus—. No estás en condiciones de hablar por él.

—Si te sirve de consuelo, te fue leal hasta el final. Le ofrecí un lugar a mi lado, con el poder de Nurgh-Leth llenando sus venas con su necrosis inmortal, pero él se negó. Sintió la necesidad de matarme; un tonto de verdad. El poder de la disformidad me inunda por lo que no tenía ninguna oportunidad en absoluto, pero eso no lo detuvo. Lealtad admirable, aunque equivocada.

Horus puso un pie en el primer escalón del estrado, su espada dorada en alto, su rabia contra esta bestia ahogaba todas las demás preocupaciones. Todo lo que quería hacer era el acabar con la vida de este hijo de puta traidor con sus propias manos, pero mantuvo la cabeza lo suficientemente clara para saber que si Moy había sido asesinado con esa aparente facilidad, entonces sería un tonto si descartaba el arma.

—No tenemos por qué ser enemigos, Horus —dijo Temba—. No tienes ni idea del poder de la disformidad, viejo amigo. Es como nada que haya visto antes. Es realmente hermoso.

—Es un poder —estuvo de acuerdo Horus mientras subía un escalón más— elemental e incontrolable y por lo tanto no se puede confiar en él.

—¿Elemental? Tal vez, pero es mucho más que eso —dijo Temba—. Hierve con la vida, con la ambición y el deseo. Piensas que es un flujo de energía furiosa que puedes domeñar a voluntad, pero no tienes ni idea del poder que se encuentra allí, el

poder de dominar, controlar y gobernar.

—No tengo ningún deseo de eso —dijo Horus.

—Mientes —se rió Temba—. Lo puedo ver en tus ojos, viejo amigo. Tu ambición es muy grande, Horus. No tengas miedo de él. Abrázalo y no vamos a ser enemigos, vamos a ser aliados, embarcados en un viaje que nos convertirá en los amos de la galaxia.

—Ésta galaxia tiene ya un amo, Temba. Él es llamado el Emperador.

—Entonces, ¿dónde está? Se paseó por todo el cosmos a la manera de las tribus bárbaras de la antigua Terra, destruyendo a todo aquel que no se sometiera a su voluntad y luego los dejó a ustedes para recoger los pedazos. ¿Qué clase de líder es ese? Él no es más que un tirano con otro nombre.

Horus dio otro paso, ya casi estaba en la parte superior del estrado, casi a distancia de ataque del traidor que se atrevió a profanar el nombre del Emperador.

—Piensa en ello, Horus —lo instó Temba—. Toda la historia de la galaxia ha sido la realización gradual de eventos que no ocurren de una manera arbitraria, sino que reflejan un destino subyacente. Ése destino es el Caos.

—¿Caos?

—¡Sí! —gritó Temba—. Dilo otra vez, mi amigo. El Caos fue la primera potencia en el universo y será la última. Cuando el primer hombre mono desparramó los sesos de un semejante con el golpe de un hueso, o gritó a los cielos en la agonía de la peste, alimentó y engrandeció al Caos. La liberación del exceso de felicidad y la alegría de la intriga, todo es grano para moler en los molinos del alma del Caos. Mientras perdure el hombre, el Caos también lo hará.

Horus llegó a la parte superior de la tarima y quedó cara a cara con Temba, un hombre que había sido una vez su amigo y compañero en esta gran empresa. Aunque hablaba con la voz de Temba y sus características eran aún las de su compañero, no quedaba nada de ese buen hombre, sólo esta miserable criatura de la disformidad.

—Vas a morir —dijo Horus.

—No, porque ese no es el deseo de Nurgh-Leth —rió entre dientes Temba—. Nunca moriré.

—Pronto lo veremos —gruñó Horus, y hundió su espada en el pecho de Temba, la hoja dorada se deslizó fácilmente por las capas de grasa hacia el corazón del traidor.

Horas arrancó la espada liberando un baño de sangre y pus negra maloliente, el olor era demasiado fétido, incluso para lo que él podía soportar. Temba se echó a reír,

al parecer sin inmutarse por esa herida mortal, y levantó a su propia espada, de hoja fracturada como si estuviera tallada en obsidiana.

Llevó la hoja a sus labios azules y dijo:

—El Señor de la Guerra Horus.

Con una velocidad que no era natural en algo de su tamaño, la punta de la hoja buscó la garganta del Señor de la Guerra.

Horas levantó su espada, desviando el arma de Temba apenas un centímetro de su cuello y dio un paso hacia atrás cuando el traidor se tambaleó hacia él. Recuperado de la sorpresa del ataque, Horus agarró la espada con las dos manos, bloqueando cada golpe letal y embate que hacía Temba.

Horus luchó como nunca antes lo había hecho aunque todos sus movimientos eran de parada y defensa. Eugan Temba nunca había sido un espadachín por lo que Horus no tenía ni idea de cómo había adquirido esta súbita habilidad. Los dos hombres intercambiaron golpes en el puente de mando, la forma hinchada de Eugan Temba se movía con una velocidad y destreza bastante más allá de lo que debería haberle sido posible para alguien de esa corpulencia. De hecho, Horus tenía la clara impresión de que no era la habilidad de Temba con la espada, sino que la misma provenía de la hoja.

Se agachó para esquivar un mandoble dirigido a su cuello y se metió dentro de la guardia de Temba, introdujendo su espada a través del vientre de su oponente, derramando una papilla espesa de sangre infectada y de grasa sobre la cubierta. La hoja oscura contraatacó y golpeó la guarda de su hombro, arrancando un destello de chispas de color púrpura.

Horus retrocedió de nuevo por el golpe recibido a la vez que el retorno de la hoja pasaba por donde un instante antes había estado su cabeza. Cayó y rodó al tiempo que Temba volvía su cuerpo ensangrentado hacia él. Cualquier hombre normal habría muerto una docena de veces o más, pero Temba parecía no tener problemas por esas heridas mortales.

La cara de Temba brillaba de sudor y Horus parpadeó cuando el contorno del monstruo vaciló, como aquellos monstruos ciclópeos con los que había luchado en el pasillo central de la nave. Pudo ver algo profundamente dentro del cuerpo monstruosamente hinchado, la silueta de un hombre gritando, con las manos en las orejas y el rostro contraído en una mueca rictus de horror.

Arrastrando sus entrañas como cuerdas pegajosas, Eugan Temba descendió los

escalones de la tarima como un noble haciendo su entrada en una de las esferas Mericanas. Horus vio la maldita espada relucir con un hambre terrible, su hoja temblaba en la mano de Temba, como si ardiera de ganas de enterrarse en su carne.

—No tiene por qué terminar de esta manera, Horus —gorjeó Temba—. No tenemos por qué ser enemigos.

—Si —dijo Horus—. Debemos. Asesinaste a mi amigo y traicionaste al Emperador. No puede ser de otra manera.

Incluso antes de que las palabras salieran de su boca, la hoja gris se dirigió hacia él y Horus se echó hacia atrás cuando el borde afilado le rozó la coraza y cortó la Ceramita. Horus se alejó de Temba, mientras oía el ruido de los dos tobillos monstruosamente hinchados del traidor que por fin se rompían bajo su tremendo peso.

Horas vio como Temba se arrastraba hacia adelante, los extremos astillados de hueso que sobresalían de la carne sangrienta de sus tobillos. Ningún hombre normal podría soportar tanta agonía y Horus sintió un atisbo de compasión por su antiguo amigo que se rebelaba dentro de su pecho. Nadie merecía semejante situación y Horus se comprometió a terminar con el sufrimiento de Temba, viendo de nuevo la parpadeante imagen dentro de la carne disforme alienígena.

—Debería haberlo escuchado, Eugan —susurró.

Temba no respondió. La hoja resplandeciente tejió patrones brillantes en el aire, pero Horus la ignoró, siendo como era un guerrero avezado que no caería en un truco tan elemental.

Una vez más, la hoja Temba llegó hasta él, pero Horus fue tomando la medida de su capacidad de hacerle daño. Atacó sin pensarlo, sólo el deseo simple de destruirlo. Él giró su propia hoja trabando los gavilanes de la empuñadura de Temba y barrió el brazo en un movimiento de desarme, antes de acercarse para asestar el golpe mortal.

En lugar de liberar la hoja por temor a romperse la muñeca, Temba mantuvo su control sobre la espada, su punta se retorció en el aire y cayó hacia el hombro de Horus.

Las dos cuchillas atravesaron la carne en el mismo instante. Horus desgarro el pecho de su enemigo, atravesando el corazón y los pulmones, al mismo tiempo que Temba lo apuñalaba en el músculo del hombro, donde le había sido arrancada la armadura.

Horus gritó ante el súbito dolor, su brazo ardía por el corte de la espada

resplandeciente y reaccionó con toda la velocidad que el Emperador le había legado. Su espada dorada trazó un arco hacia afuera, cortando el brazo de Temba justo por encima del codo. La espada sonó al golpear contra la cubierta donde se estremeció con una repugnante vida propia aún sostenida por el brazo cortado.

Temba vaciló y cayó de rodillas con un grito de agonía mientras Horus se erguía ante él con la espada en alto. Aunque su hombro le dolía y sangraba profusamente la victoria era suya y rugió de ira, dispuesto a realizar su venganza.

A través de la niebla roja de ira y dolor, vio la patética, llorosa y sucia forma de Eugan Temba despojado del poder repugnante que la disformidad le había obsequiado. Aunque su cuerpo continuaba hinchado, la luz oscura de sus ojos había desaparecido, sustituida por las lágrimas y el dolor cuando la enormidad de la traición se desplomó sobre él.

—¿Qué he hecho? —preguntó Temba, con una voz que era poco más que un susurro.

La ira de Horus se esfumó en un instante y bajó su espada, arrodillándose junto al hombre moribundo que había sido su amigo de confianza.

Trepidantes sollozos de agonía y remordimiento recorrían el cuerpo Temba. Con la mano que le quedaba se aferró a la armadura del Señor de la Guerra.

—Perdóname, amigo mío —dijo—. Yo no lo sabía. Ninguno de nosotros.

—Calla, Eugan —lo tranquilizó Horus—. Fue la disformidad. Las tribus de la luna la han usado en tu contra. Ellos la llamaban magia.

—No… Lo siento mucho —lloró Temba, con los ojos apagados ante la inminencia de la muerte—. Nos mostraron lo que podían hacer y vi el poder de la misma. Vi más allá y me asomé a la disformidad. Vi los poderes que habitan allí y, el Emperador me perdone, aún sigo deseándolos.

—Ningún poder habita allí, Eugan —dijo Horus—, fuiste engañado.

—¡No! —dijo Temba, agarrando el brazo de Horus—. Yo era débil y caí de buen grado, hasta quedar convertido en esto. Existe un gran mal en la disformidad y deseo que conozcas la verdad del Caos antes de que la galaxia esté irremediablemente condenada.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que condenada?

—Pude verlo, Señor de la Guerra. La galaxia como un páramo, el Emperador muerto y la humanidad bajo el yugo de un infierno pesadillesco de burocracia y superstición. Todo es tinieblas y guerra. Sólo tú tienes el poder de detener ese futuro.

Debes ser fuerte, Señor de la Guerra. Nunca olvides que…

Horus quería preguntar más, pero vio impotente como la chispa de la vida huía de Eugan Temba.

Su hombro todavía quemaba. Horus se puso en pie y se dirigió hacia las consolas y al paquete palpitante de cables que llegaba hasta el techo de la cámara.

Con un rabioso grito de dolor por la pérdida, cortó los cables con un poderoso golpe de su espada. Se dejó caer y giró en el suelo mientras que chispas y líquido verde brotaban de los tubos internos y cables, y Horus pudo asegurar que la condenada transmisión vox hubo cesado.

Horus dejó caer su espada y agarrándose el hombro lesionado, se sentó en la cubierta junto al cuerpo muerto de Eugan Temba y lloró por su amigo perdido.

Loken deslizó su espada a través del cuello otro cadáver, arrojando al zombi carcomido a la pila que se formaba delante de él. Él y Torgaddon lucharon espalda con espalda, sus espadas cubiertas por la carne de las cosas muertas. Empero eran empujados más y más por las laderas de metal que llevaban al interior de la nave. Sus guerreros luchaban desesperadamente, dando golpes cada vez más débiles por el agotamiento. Los titanes de la Legio Mortis aplastaban lo que podían y ocasionalmente bañaban la base de los escombros con chorros de fuego, pero no podían detener a la horda.

Decenas de Astartes estaban muertos y aún no había noticias de las fuerzas que habían entrado en la Gloria de Terra. Transmisiones casi ilegibles por vox de los Jenízaros Byzantinos parecían indicar que finalmente avanzaban, pero nadie podía estar seguro por dónde estaban exactamente.

Loken luchó con movimientos robóticos, cada uno de sus golpes dado con regularidad mecánica en lugar de habilidad. Su armadura estaba abollada y rota en una docena de lugares, pero aún así luchó por la victoria, a pesar de la absoluta desesperación de su causa.

Eso era lo que hacían los Astartes: triunfar con todas las probabilidades en contra. Loken había perdido la noción del tiempo que había estado luchando, las sensaciones de este combate brutal cegaban sus sentidos a todo lo que no fuera el siguiente de sus atacantes.

—¡Tenemos que refugiarnos en la nave! —gritó.

Torgaddon y Nero Vipus asintieron con la cabeza, demasiado ocupados con sus

propias situaciones para responder verbalmente. Loken se volvió y comenzó a emitir órdenes a través del vox interpersonal, recibiendo reconocimientos de todos sus comandantes de pelotón de supervivientes.

Oyó un grito de ira y, reconociéndola como perteneciente a Torgaddon, se volvió con su espada en alto. Una multitud de cadáveres hediondos inundaban la parte superior de las laderas, sobrepasando a los Astartes allí reunidos en un frenesí de garras y mandíbulas. Torgaddon cayó a tierra, las bocas de los cadáveres se fijaron en su cuello y los brazos lo arrastraron hacia abajo.

—¡No! —gritó Loken mientras saltaba hacia lo más recio del combate. Cargó con el hombro contra ellos, enviando los cuerpos volando por las laderas. Sus puños aplastaron cráneos y su espada partió las cosas muertas en dos. Un puño enguantado empujó a través de la carne gris y el Astartes se agarró la mismo, sintiendo el peso de un guerrero blindado al final de él.

—¡Aguanta Tarik! —le ordenó, arrastrando del brazo a su amigo. A pesar de su fuerza, no podía liberar a Torgaddon y se sintió que algo se le envolvía en las piernas y la cintura. Golpeó con la mano libre, pero no pudo matar a bastantes de ellos. Las manos le desgarraron la cabeza, manchándole la visera con sangre, cegándolo mientras se sentía caer.

Loken golpeó en vano, arrancando trozos de cosas muertas, pero no pudo evitar que lo separaran de Torgaddon. Con fuerza no natural, las garras de sus enemigos arrancaron su armadura, penetraron su carne y drenaron su preciosa sangre. Un cráneo sonriente cayó sobre su pecho, se puso cara a cara con él, y sus mandíbulas se cerraron en la visera. No pudo penetrar el cristal blindado, pero arroyos de saliva fangosa borronearon su visión cuando las mandíbulas se abrieron y cerraron.

Loken decapitó a la cosa y rodó sobre su frente para ganar algo de espacio. Soltó la empuñadura de su espada y gritó con ira cuando finalmente comenzó a liberarse de su abrazo intolerable. Loken luchó con cada onza de su fuerza, ganando finalmente un respiro para poder ponerse de pie.

A su alrededor, los guerreros Astartes luchaban con las cosas muertas y supo que no tenían nada que hacer.

Entonces, de golpe, cada una de las cosas muertas cayó al suelo con un suave suspiro de liberación.

Donde segundos antes el área alrededor de la nave había sido un campo de batalla con guerreros acorralados entre la vida y la muerte, ahora era un cementerio

extrañamente silencioso. Desconcertados Astartes se levantaban y miraban a su alrededor los cuerpos sin vida que les rodeaban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nero Vipus, apareciendo de entre un montón de cadáveres apaleados—. ¿Por qué se han detenido?

Loken negó con la cabeza. No tenía una respuesta para darle.

—No lo sé, Nero. No tiene ningún sentido ¿Prefieres que tiene sigan atacando?

—No molestes. Sólo quiero decir que si alguien animaba a estas cosas, entonces ¿por qué parar ahora? Nos tenían.

Loken se estremeció. Alguien que poseyera el poder para derrotar a los Astartes era algo serio. Nunca antes en todo el tiempo que viajaron a través de la galaxia hubo nada que pudiera oponerse a ellos por mucho tiempo; eventualmente la voluntad del enemigo se rompía ante la superioridad abrumadora de los Marines Espaciales. ¿Qué sucedería cuando se encontraran con un enemigo con una voluntad tan implacable como la suya propia?

Se liberó de esos pensamientos tan sombríos y comenzó a emitir órdenes para disponer de los cadáveres. Comenzaron a destruir los restos, o separar las cabezas de los hombros para que no se reanimaran.

Con el tiempo Aximand y Abaddon sacaron a sus hombres de entre los restos de la nave, maltratados y ensangrentados aunque bastante ilesos. Erebus también regresó con sus Portadores de la Palabra algo maltratados pero también con pocas bajas.

Todavía no había señal de los hombres de Sedirae o del Señor de la Guerra.

—Vamos a regresar allí por el Señor de la Guerra —dijo Abaddon—. Yo iré al frente.

Loken estuvo a punto de protestar, pero asintió con la cabeza al ver la determinación inquebrantable en la cara de Ezekyle.

—Todos vamos a ir —dijo.

Encontraron a Luc Sedirae y sus hombres atrapados en una de las cubiertas inferiores, cercados por mamparos caídos y toneladas de escombros. Les tomó casi una hora el abrir un espacio lo suficientemente grande para liberar a la tropa de asalto de Luc. Apenas salido de su prisión, todo lo que pudo decir Sedirae fue:

—Estaban aquí. Monstruos con un solo ojo… Salieron de la nada, pero los matamos a todos. Ahora se han ido.

Luc había sufrido bajas, siete de sus hombres habían muerto y su sonrisa perpetua

había sido reemplazada por una expresión de venganza que le recordó a Loken un niño caprichoso. Negros residuos malolientes recubrían las paredes, y Sedirae tenía una mirada enloquecida que a Loken no le gustó en absoluto. Le recordó a Euphrati Keeler en el momento en que casi la mató aquella cosa disforme que había poseído a Jubal.

Con Sedirae y sus guerreros en el remolque, el Mournival siguió adelante con Loken liderando el camino, buscando entre los signos de la batalla dispersos por toda la nave, los impactos de bólter y los cortes de espada que llevaban inexorablemente hacia el puente de mando.

—Loken —susurró Aximand—. Temo por lo que podemos encontrar más delante. Debemos estar preparados para ese momento.

—No —dijo Loken—. Sé lo que sugieres, pero no voy a pensar en eso. No puedo.

—Tenemos que estar preparados para lo peor.

—No —dijo Loken, más fuerte de lo que había previsto—. Ya sabríamos si…

—¿Si qué? —preguntó Torgaddon.

—Si el Señor de la Guerra estuviera muerto —dijo finalmente Loken.

Un silencio espeso los envolvió a medida que luchaban por asimilar una idea tan horrible.

—Loken está en lo cierto —dijo Abaddon—. Sabríamos si el Señor de la Guerra hubiera muerto. Bien lo sabes. De todos nosotros, tú lo habrías sentido, Pequeño Horus.

—Espero que estés en lo cierto, Ezekyle.

—Basta ya de esa porquería —dijo Torgaddon—. Toda esa cháchara sobre la muerte y todavía no hemos encontrado ni un cabello del Señor de la Guerra. Guarda tus pensamientos sombríos para los muertos que ya conocemos. Además, todos sabemos que si el Señor de la Guerra estuviera muerto, el cielo se hubiera venido abajo ¿eh?

Eso aligeró un poco su estado de ánimo y siguió adelante, haciendo su camino a lo largo del corredor central de la nave, que pasaba a través de varios mamparos y corredores de luces parpadeantes, hasta que llegaron a las puertas blindadas que conducían al puente.

Loken y Abaddon iban en cabeza, con Aximand, Torgaddon y Sedirae en la retaguardia.

El interior estaba completamente a oscuras, solo la luz suave de las consolas

destruidas proporcionaban una tenue iluminación.

El Señor de la Guerra encontraba de espaldas a ellos, su gloriosa armadura abollada y sucia, sosteniendo algo vasto e hinchado en su regazo.

Loken se acercó al Señor de la Guerra, haciendo una mueca al ver una cabeza humana grotescamente hinchadas en el regazo de su comandante. Una gran grieta atravesaba la coraza del Señor de la Guerra y la sangre se filtraba desde una herida en su hombro, por la armadura de su brazo.

—¿Señor? —dijo Loken—. ¿Se encuentra bien?

El Señor de la Guerra no respondió, en lugar acunaba la cabeza de lo que Loken sólo podía asumir que era de Eugan Temba. Su masa era inmensa y Loken se preguntó cómo una criatura tan monstruosa podría haberse movido por sus propios medios.

El Mournival se unió a Loken, sorprendidos y horrorizados por la apariencia del Señor de la Guerra en este terrible lugar. Se miraron unos a otros con un creciente malestar, sin saber muy bien qué hacer ante una escena tan extraña.

—¿Señor? —dijo Aximand, de rodillas ante el sollozante Señor de la Guerra.

—Yo le fallé —dijo Horus—. A todos ellos. Debería haber escuchado, pero no lo hice y ahora están todos muertos. Es demasiado.

—Señor, vamos a salir de aquí. Las cosas han dejado de atacar. No sabemos cuánto tiempo va a durar, por lo que necesitamos salir de este lugar y reagruparnos.

Horus movió lentamente la cabeza.

—No nos van a atacar de nuevo. Temba está muerto y yo corté la señal del vox. No sé exactamente cómo, pero creo que era lo que animaba a esas pobres almas.

Abaddon corrió a Loken a un costado y susurró:

—Tenemos que sacarlo de aquí y no podemos permitir que nadie vea el estado en que se encuentra.

Loken sabía que Abaddon tenía razón. Ver así al Señor de la Guerra rompería el espíritu guerrero de todos los Astartes. El Señor de la Guerra era un dios invencible, una figura legendaria que nunca podría ser humillada.

Verlo así humillado sería un golpe para la moral del que la 63.ª Expedición nunca podría recuperarse.

Suavemente, colocaron el cuerpo de Eugan Temba lejos del Señor de la Guerra y ayudar a su comandante a ponerse de pie. Loken colocó el brazo del Señor de la Guerra por encima de su hombro, sintiendo contra su cara la humedad caliente de la sangre que aún goteaba del brazo de Horus.

Entre ellos, él y Abaddon sacaron al Señor de la Guerra del puente.

—Déjenme —dijo el Señor de la Guerra, con a voz débil, casi inaudible—. Voy a salir de este lugar por mi cuenta.

De mala gana lo dejaron ir y aunque se balanceó un poco, el Señor de la Guerra se mantuvo sobre sus pies, a pesar de la palidez de su rostro ceniciento y el dolor obvio que se reflejaba en él.

El Señor de la Guerra dedicó una última mirada a Eugan Temba y dijo:

—Recoged a Verulam y salgamos de aquí, mis hijos.

Maggard se desplomó contra la compuerta acerada de la Gloria de Terra, su espada cubierta de los negros fluidos de las cosas muertas. Petronella luchó por contener las lágrimas al pensar en lo cerca que habían estado todos a la muerte en esta sombría luna, abandonada del Emperador.

Escondida detrás de la mampara donde Maggard la había metido, había oído más que visto el conflicto desesperado que se desarrollaba afuera: los gritos de guerra, el sonido de las espadas sierra desgarrando la carne húmeda, las explosiones y el parpadeo lumínico de las armas de los Titanes.

Su imaginación llenaba los espacios en blanco y aunque un terror visceral la llenaba de pies a cabeza, se imaginaba gloriosos combates y duelos heroicos entre los imponentes gigantes Astartes y los enemigos corruptos que buscaban su destrucción.

Su respiración era entrecortada, convulsa, cuando se dio cuenta de que acababa de sobrevivir a su primera batalla. Con esa comprensión llegó una extraña calma, sus miembros dejaron de temblar y le entraron ganas de echarse a reír. Se pasó la mano por los ojos, corriéndose el kohl que se alineó en sus mejillas como pintura de guerra tribal.

Petronella miró a Maggard, viéndolo ahora como el gran guerrero que realmente era, bárbaro, sangriento y magnífico. Se puso de pie y se asomó más allá de su refugio en el campo para observar el campo de batalla a continuación.

Era como una escena de uno de los paisajes Keland Roget y la visión sublime le quitó el aliento. La niebla se había levantado y el sol estaba empezando a bañar el paisaje con su rojo resplandor rojizo. Los espejos de agua de los pantanos brillaban como fragmentos de vidrio roto propagándose a través del paisaje. Los tres magníficos titanes de la Legio Mortis sobrepasaban a los escuadrones de Astartes y, armados con lanzallamas, quemaban los cadáveres de las cosas muertas. Las piras de

monstruos caídos ardían con una luz verde azulada.

Ya estaba pensando en las metáforas y las imágenes que utilizaría: los guerreros del Emperador llevando su luz a los lugares más oscuros de la galaxia o quizá que los Astartes como Ángeles de la Muerte llevando su retribución a los injustos.

Las palabras tenían el justo tono épico, pero tenía la sensación de que a esas imágenes todavía les faltaba algo en verdad fundamental. Sin eso sonaban más a consignas de propaganda que otra cosa.

Esto era de lo que se trataba la Gran Cruzada y el miedo de las últimas horas fue reemplazado por una ola de admiración por los Astartes y los hombres y las mujeres de la 63.ª Expedición.

Se volvió al oír pisadas fuertes. Los oficiales del Mournival marchaban hacia ella, llevando una placa blindada con un cuerpo sobre sus hombros y la ligereza que había visto en ellos antes ahora estaba totalmente ausente. La cara de cada uno, incluso la del bromista Torgaddon, estaba seria y sombría.

La figura encapuchada del propio Señor de la Guerra iba detrás de ellos, y ella se sorprendió por rígido aspecto. Su armadura estaba rota y salpicada de inmundicia. Salpicaduras de sangre moteaban su cara y el brazo.

—¿Qué pasó? —preguntó al capitán Loken cuando pasó a su lado—. ¿De quién es ese cuerpo?

—Cállate —le espetó y se alejó.

—No —dijo el Señor de la Guerra—. Ella es mi documentalista y si eso significa algo, entonces ella debe ver lo peor y lo mejor de nosotros.

—Señor —empezó Abaddon y Horus le retira la palabra—. No voy a discutir sobre esto, Ezekyle. Ella viene con nosotros.

Petronella sintió que su corazón saltaba ante esta inclusión y se puso a caminar al lado del Señor de la Guerra, comenzando su descenso a la tierra.

—El cuerpo es el de Verulam Moy, el capitán de mi 19.ª compañía —dijo Horus, con la voz cansada y llena de dolor—. Cayó en el cumplimiento del deber y será honrado como héroe.

—Mis más profundas condolencias, mi señor —dijo Petronella, con el corazón dolorido por ver el dolor del Señor de la Guerra.

—¿Fue Temba Eugan? —preguntó ella, tomando su tabla de datos y la mnemopluma—. ¿Acaso mató al capitán Moy? —Horus asintió con la cabeza, demasiado cansado incluso para responder—. ¿Y Temba ha muerto? ¿Usted lo mató?

—Eugan Temba ha muerto —respondió Horus—. Creo que murió hace mucho tiempo. No sé exactamente lo que lo mató allí, pero no era él. No lo entiendo.

—No estoy seguro de lo que hice —dijo Horus, tropezando al llegar a la parte inferior de la pendiente de escombros. Ella extendió una mano para sostenerlo antes de darse cuenta lo ridícula que era esa idea. Su mano se mojó con sangre y vio que el Maestro de Guerra aún sangraba de una herida en el hombro.

—Terminé la vida de Eugan Temba, pero lloré por él después.

—¿Pero no era un enemigo?

—No tengo problemas con mis enemigos, señorita Vivar —dijo Horus—. Puedo encargarme de mis enemigos en una pelea. Pero mis llamados aliados, mis condenados aliados, ellos son los que me mantienen despierto durante la noche.

Los apotecarios de la legión se dirigieron hacia el Señor de la Guerra, mientras trataba de dar sentido a lo que estaba diciendo. Ella permitió que la memo-pluma para escribiera sus palabras de todos modos. Ella vio las miradas que recibía del Mournival, pero las ignoró.

—¿Habló con él antes de matarlo? ¿Qué dijo?

—Él dijo… que sólo yo tenía el poder… para detener el futuro… —dijo el Señor de la Guerra, con voz débil y con un tenue eco repentino, como si viniera del otro extremo de un largo túnel.

Desconcertada, miró hacia arriba a tiempo para ver como los ojos del Señor de la Guerra de ponían en blanco y sus piernas se plegaban debajo de él. Ella gritó, extendiendo la mano hacia él, sabiendo que era incapaz de ayudarle, pero que necesita tratar de evitar su caída.

Al igual que una avalancha en cámara lenta o un deslizamiento de montaña, el Señor de la Guerra se derrumbó.

La memo-pluma rascó los datos en la tabla y ella lloró mientras leía las palabras allí escritas.

Yo estuve allí el día en que Horus cayó.



NUEVE
TORRES DE PLATA
UN SANGRIENTO RETORNO
EL VELO SE VUELVE MÁS TENUE

De aquí, podía ver el techo piramidal del Athenaeum, el sol crepuscular se reflejaba sobre sus paneles dorados como si se tratara de llamas y, aunque Magnus sabía que había utilizado una colorida metáfora, la idea le daba una punzada de dolor. Imaginar que el gran repositorio de conocimiento se perdía en las llamas, era abominable y apartó su ciclópea mirada de la pirámide de cristal y oro.

Tizca, la llamada Ciudad de la Luz, se extendía ante él, sus columnas de mármol y amplias avenidas arboladas y pacíficas. Enormes torres de plata y oro se erigían por encima de la ciudad dorada de bibliotecas, museos y plazas dedicadas al aprendizaje. La mayor parte de la ciudad estaba construida en mármol blanco y ouslita, que brillaba como una corona de joyas al sol. Su arquitectura hablaba de un tiempo pasado, sus edificios construidos por artesanos que habían perfeccionado sus operaciones durante siglos bajo la tutela de los Mil Hijos.

Desde su balcón en la Pirámide de Photep, Magnus el Rojo, Primarca de los Mil Hijos, contemplaba el futuro de Próspero. Su cabeza aún le dolía por la ferocidad de la pesadilla y su ojo palpitaba dolorosamente en su cuenca ampliada. Agarró la balaustrada de mármol de la terraza, tratando de hacer desaparecer las visiones que le asaltaron en la noche y ahora lo perseguían a la luz del día. Los misterios de la noche se daban a conocer más fácilmente a la luz del día, pero estas visiones de la oscuridad no podían ser interpretadas tan fácilmente.

Desde que tuvo memoria Magnus había sido maldecido y bendecido con el don de

atisbar el futuro y su interpretación alegórica del Athenaeum en llamas le preocupaba más de lo que quería admitir.

Se sirvió un poco de vino de una jarra de plata, frotando con una mano de piel cobriza su melena de pelo rojo fuego. El vino le ayudó a calmar el dolor de su corazón y su cabeza, pero sabía que era sólo una solución temporal. Los eventos se encontraban en movimiento y aunque tenía el poder para darle forma y gran parte de lo que había visto era una locura sin sentido, conocía lo suficiente para saber que tenía que tomar una decisión pronto, antes de que los eventos entraran en una espiral incontrolable.

Magnus apartó la vista sobre Tizca e hizo su camino de regreso dentro de la pirámide, haciendo una pausa mientras veía su reflejo en los paneles de plata brillante. Enorme y de piel rojiza, Magnus era un gigante con una melena de cabello rojo brillante. Sus rasgos patricios eran nobles y justos, su único ojo dorado y salpicado de color carmesí. Donde debería asentarse el otro ojo el lugar se hallaba vacío, con una delgada cicatriz que iba desde el puente de la nariz hasta el extremo de su pómulo.

Magnus el Cíclope le llamaban, o algo peor. Desde su creación, los Mil Hijos habían sido vistos con sospecha por abrazar los conocimientos a los que los demás tenían miedo. Poderes que, debido a que no se entendían, eran rechazadas por ser de alguna forma impura; se rechazaban desde el Concilio de Nikea.

Magnus dejó caer su copa, enojado con el recuerdo de su humillación a los pies del Emperador, cuando había sido obligado a renunciar al estudio de la hechicería por temor a lo que pudiera aprender. Ésta idea era sin duda ridícula, ¿no estaba el reino de su padre basado en la razón y en la búsqueda del conocimiento? ¿Qué daño podía hacer el estudiar y aprender?

A pesar de que se habían retirado a Próspero y jurado a renunciar a tales actividades, el planeta de los hechiceros tenía un atributo esencial que hacía de él un lugar perfecto para estos estudios: se hallaba muy lejos de las miradas indiscretas de los que afirmaban que incursionaba con poderes más allá de su control.

Magnus sonrió ante la idea, deseando poder mostrar a sus detractores las cosas que había visto, las maravillas y la belleza de lo vivido más allá del velo de la realidad. Las nociones de bien y mal quedaban desfasadas al lado del poder que se asentaba en la disformidad, ya que eran los conceptos anticuados de una sociedad religiosa, hacía ya tiempo superada.

Se agachó para recuperar su copa y la llenó una vez más antes de regresar a su

despacho y tomar asiento en su escritorio. Dentro de ella estaba fresco y el olor de las tintas de varios pergaminos, le hizo sonreír. La cámara estaba amurallada con estanterías y vitrinas de cristal, llenas de curiosidades y los restos de conocimientos perdidos obtenidos de mundos conquistados. Magnus mismo había escrito muchos de los textos de esta sala, aunque otros habían contribuido a esta, la más personal de las bibliotecas: Phosis T'kar, Ahriman y Uthizzar por nombrar sólo algunos.

El conocimiento siempre había sido un refugio para Magnus, la emoción embriagadora de ahondar en lo desconocido hasta encontrar sus partes constituyentes y lograr hacerlo cognoscible. La ignorancia acerca del funcionamiento del universo había creado falsos dioses en el pasado del hombre y el conocimiento debería destruirlos. Tal era el noble objetivo de Magnus.

Su padre negó tales cosas, mantuvo su gente en la ignorancia de los verdaderos poderes que existían en la galaxia y, a pesar de que promulgó una doctrina basada en la ciencia y la razón, era nada más que una mentira, una manta reconfortante arrojada sobre la humanidad para protegerla de la verdad.

Magnus había mirado profundamente en la disformidad, sin embargo, y conocía la verdad.

Cerró su ojo, viendo de nuevo la oscuridad de la cámara corrupta, el brillo de la espada y el golpe que iba a cambiar el destino de la galaxia. Vio la muerte y la traición, héroes y monstruos. Vio a la lealtad puesta a prueba y como se faltaba a ella o se permanecía firme, en la misma medida. Un terrible destino aguardaba a sus hermanos y lo peor de todo, sabía que su padre era totalmente ignorante de la ruina que amenazaba la galaxia.

Hubo un suave golpear a su puerta y la figura enfundada en una armadura de color rojo de Ahriman entró, sosteniendo delante de él un largo bastón rematado con un solo ojo.

—¿Ha decidido ya, mi señor? —le preguntó su bibliotecario jefe, sin preámbulos.

—Lo he hecho, amigo mío —dijo Magnus—. Entonces ¿reúno el aquelarre?

—Sí —suspiró Magnus, en las catacumbas debajo de la ciudad—. Ordena que los esclavos monten el conjunto y yo estaré allí con vosotros.

—Como desees, mi señor —dijo Ahriman.

—¿Algún problema? —preguntó Magnus, detectando un tono de reticencia en la voz de su viejo amigo.

—No, mi señor, no soy quien para decirlo.

—Tonterías. Si tienes alguna preocupación te doy permiso para que la menciones.

—Entonces, ¿puedo hablar con libertad?

—Por supuesto —asintió Magnus—. ¿Qué tienes?

Ahriman dudó antes de contestar.

—Éste hechizo que usted propone es peligroso, muy peligroso. Ninguno de nosotros realmente entiende sus sutilezas y puede haber consecuencias aún no previstas.

Magnus se echó a reír.

—Es la primera vez que cuestionas un hechizo, Ahriman. Cuando el poder es de esta magnitud siempre habrá incógnitas, pero sólo esgrimiéndolo lo podremos controlar. Nunca hay que olvidar que somos los amos de la disformidad, mi amigo. Es fuerte, sí, y un gran poder vive dentro de ella, pero tenemos el conocimiento y los medios para someterla a nuestra voluntad ¿no es así?

—Lo tenemos, mi señor —asintió Ahriman—. ¿Por qué entonces no lo usamos para advertir al Emperador de lo que vendrá, más aún cuando se nos ha prohibido proseguir estos asuntos?

Magnus se levantó de su asiento, con su piel cobriza llameando de ira.

—¡Porque cuando mi padre vea que es nuestra magia que la ha salvado su reino, no podrá negar que lo que hacemos aquí es importante, más aún, vital para la supervivencia del Imperio!

Ahriman asintió con la cabeza, temeroso de la ira de su Primarca y Magnus suavizó su tono.

—No hay otra manera, mi amigo. En el palacio del Emperador se conjura contra el poder de la disformidad y sólo un conjuro de ese poder romperá esas objeciones.

—Entonces reuniré el aquelarre de inmediato —dijo Ahriman.

—Sí, reúnelos, pero esperan mi llegada antes de empezar. Horus aún puede sorprendernos.

Pánico, miedo, indecisión: tres emociones desconocidas se apoderaron de Loken cuando Horus cayó. El Señor de la Guerra se estrelló contra el suelo en cámara lenta, chapoteando en el lodo mientras su cuerpo quedaba completamente flácido. Se sucedieron los gritos de alarma pero la parálisis de la inacción se cebó en los más cercanos al Señor de la Guerra, como si el tiempo se había desacelerado.

Loken se quedó mirando el Señor de la Guerra en el suelo delante de él, inerte y

como muerto, sin poder creer lo que estaba viendo. El resto del Mournival estaba igualmente inmóvil, clavado en el suelo con incredulidad. Se sentía como si el aire se hubiera espesado, los gritos de temor del exterior eran ecos difusos y distantes, como si se tratara de una holopictografía funcionando demasiado lenta.

Sólo Petronella Vivar no parecía afectada por la inacción que se apoderó de Loken y sus hermanos. De rodillas en el barro junto al Señor de la Guerra, estaba llorando e intentaba hacerle recuperar la conciencia.

El reconocimiento de que su comandante estaba caído y que una mujer mortal había reaccionado antes que cualquiera de los Hijos de Horus, avergonzó a Loken motivándolo a la acción y se arrodilló junto a Horus.

—¡Apotecario! —gritó Loken y el tiempo se aceleró de vuelta con un cacofonía de gritos y lamentos.

El Mournival cayó al suelo junto a él.

—¿Qué tiene de malo? —exigió Abaddon.

—¡Comandante! —gritó Torgaddon.

—¡Lupercal! —exclamó Aximand.

Loken no les hizo caso y se obligó a concentrarse.

Se trata de una lesión en el campo de batalla y lo voy a tratar como tal, pensó.

Echó un vistazo el cuerpo del Señor la de Guerra a la vez que los otros ponían sus manos sobre él, alejando a la rememoradora. Cada uno luchó para despertar a su amo y señor. Demasiadas manos estaban interfiriendo y Loken gritó:

—¡Alto! ¡Atrás!

La armadura del Señor de la Guerra estaba abollada y rota pero Loken no veía otras violaciones evidentes de las placas blindadas salvo en el protector del hombro que había sido arrancado y donde la sangre manaba de una herida en su pecho.

—¡Ayúdenme a sacarle su armadura! —gritó.

El Mournival, unidos como hermanos, asintió y, agradecidos de tener un objetivo para sus esfuerzos, al instante obedecieron las órdenes de Loken. En momentos, le habían quitado la coraza, las hombreras y los correajes, dejando su hombre al descubierto.

Loken le arrancó el casco y lo arrojó a un lado, presionando su oreja contra el pecho del Señor de la Guerra. Podía oír el corazón de su Comandante, golpeando con un redoble mortalmente lento.

—¡Todavía está vivo! —exclamó.

—¡Fuera de mi camino! —gritó una voz detrás de él y se volvió para reprender a este recién llegado antes de ver el símbolo de la doble hélice del caduceo en las placas de su armadura. Otro apotecario se unió al primero y el Mournival fue empujado sin miramientos a un lado a medida que comenzaron a trabajar, con sus siseantes Nartheciums punzando la carne del Señor de la Guerra.

Loken observaba impotente como ellos luchaban para estabilizar al Señor de la Guerra. Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró a su alrededor en vano buscando algo que hacer, algo para hacerle sentir que estaba ayudando. No había nada, y sentía que ganas de gritar a los cielos por hacerlo tan poderoso y sin embargo tan inútil.

Abaddon lloraba abiertamente y ver el Primer Capitán tan conmocionado hizo que el miedo de Loken por el estado del Señor de la Guerra se hiciera aún más terrible. Aximand miraba a los apotecarios trabajar con un estoicismo sombrío, mientras que Torgaddon se mordía el labio inferior y mantenía a la rememoradora fuera del camino.

La piel del Maestro de Guerra estaba cenicienta, con los labios azules y sus piernas rígidas, y Loken supo que debían destruir el poder que había derribado a Horus. Se volvió y comenzó a marchar de nuevo hacia la Gloria de Terra, determinado a tomar la nave infestada, pieza por pieza si es necesario.

—¡Capitán! —lo llamó uno de los apotecarios, un guerrero que Loken conocía como Vaddon—. ¡Necesitamos Stormbird aquí ahora! Tenemos que llevarlo a la *Espíritu Vengativo*.

Loken se quedó inmóvil, atrapado entre su deseo de venganza y su deber para con el Señor de la Guerra.

—¡Ahora, capitán! —gritó el apotecario y el hechizo se rompió.

Él asintió con la cabeza sin decir nada y abrió un canal hacia los capitanes de las Stormbirds, agradecido de tener un propósito en este torbellino de confusión. En unos momentos, una de las naves médicas hizo su entrada y Loken observó, fascinado, como los apotecarios luchaban para salvar al Señor de la Guerra.

Podía ver en la naturaleza frenética de sus manipulaciones, que estaban luchando una batalla cuesta arriba, en sus Narthecium zumbaban las centrifugadoras de sangre en miniatura y le administraban parches de sinte-piel para tratar sus heridas. Sus conversaciones pasaban sobre él, pero captó una palabra familiar aquí y allá. «Células Larraman ineficaces…». «Envenenamiento hipóxico…».

Aximand apareció a su lado y le puso su mano sobre el hombro.

—No lo digas, Pequeño Horus —advirtió Loken.

—No iba a hacerlo, Garviel —dijo Aximand—. Va a estar bien. No hay nada en este lugar que pueda acabar con el Señor de la Guerra, ni lo detendrá por mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Loken, con voz quebrada.

—Sólo lo sé. Tengo fe.

—¿Fe?

—Sí —respondió Aximand—. Fe en que el Señor de la Guerra es demasiado fuerte y demasiado terco para ser humillado por algo como esto. Antes de que te des cuenta seremos sus perros de guerra una vez más.

Loken asintió con la cabeza en el momento en que una corriente de aire descendente provocada por la Stormbird le arrebató el aliento.

La nave sobrevolaba el lugar, levantando láminas circulares de agua en su descenso. Se desplegaron los patines de aterrizaje y la nave descendió en medio de un chorro de agua fangosa.

Antes de que hubiera aterrizado, entre el Mournival y los apotecarios levantaron a Horus. Sin esperar a que la rampa de asalto tocara tierra, corrieron al interior, colocando al Señor de la Guerra en una de las camillas al mismo tiempo en que los chorros de la Stormbird se dispararon para elevarla de la luna de Davin.

La rampa de asalto se cerró detrás de ellos y Loken sintió la sacudida de la aeronave cuando el piloto apuntó a los cielos. Los apotecarios engancharon al Señor de la Guerra a las máquinas medicae, agujas y tubos a sus brazos, y colocaron una mascarilla de oxígeno a la boca y a la nariz.

Súbitamente, Loken se dejó caer en uno de los asientos de blindados contra el fuselaje de la aeronave y sostuvo su cabeza entre las manos.

Frente a él, todos los del Mournival hicieron lo mismo.

Decir que Ignace Karkasy no era un hombre feliz era un eufemismo. Su comida estaba fría, Mersadie Oliton se había retrasado y el vino que bebía no era apto ni para lubricar los engranajes de un motor. Para colmo, su pluma garabateaba el papel grueso del Bondsman número 7 sin ningún tipo de inspiración. Había optado para evitar el Retiro, en parte por el temor de encontrarse con Wenduin otra vez, pero sobre todo porque sólo lo deprimía mucho. El vandalismo hacía que la barra presentara un aspecto muy triste y sombrío y, si bien algunos de los rememoradores necesitaban la miseria para inspirar su trabajo, Karkasy no era uno de ellos.

En su lugar, se relajó en la subcubierta donde la mayoría de los rememoradores se reunión para sus comidas, pero que estaba vacía durante la mayor parte del día. La soledad le estaba ayudando a hacer frente a todo lo que había sucedido desde que había desafiado a Euphrati Keeler acerca de su distribución de los folletos de la Lectitio Divinitatus, aunque ciertamente eso no lo estaba ayudando a componer poesía.

Ella se había arrepentido, cuando él la había enfrentado, instándolo a reunirse con ella en una oración al Dios-Emperador, ante una especie de santuario improvisado.

—No puedo —le había dicho—. Es ridículo, Euphrati, ¿no puedes ver eso?

—¿Qué es tan ridículo, Ig? —ella le había respondido—. Piensa en ello, hemos emprendido la mayor cruzada conocida por el hombre. ¡Una cruzada: una guerra motivada por las creencias religiosas!

—No, no —protestó él— no es eso en absoluto. Hemos ido más allá de la necesidad de la muleta de la religión, Euphrati y no salimos de Terra para dar un paso hacia atrás en tales conceptos religiosos anticuados. Es sólo disipando las nubes supersticiosas de la religión que se descubren la verdad, la razón y la moral.

—No es superstición creer en un dios, Ignacio —dijo Euphrati, sosteniendo otro de los folletos Lectitio Divinitatus—. Mira, lee esto y luego decide.

—No necesito leerlo —le espetó, lanzando el folleto a la cubierta—. Ya sé lo que va a decir y no me interesa.

—Pero no tienes idea, Ignace. Todo es tan claro para mí ahora. Desde esa cosa me atacó, me he estado escondiendo. En mi folleto y en mi cabeza, pero ahora me doy cuenta que todo lo que tenía que hacer era permitir que la luz del Emperador entre en mi corazón y pueda ser sanada.

—Mersadie ¿yo no tengo nada que ver con esa sanación? —se burló Karkasy—. ¿Y todas esas horas que pasamos llorando sobre nuestros hombros?

—Por supuesto que sí —sonrió Euphrati, adelantándose y poniendo sus manos en sus mejillas—. Es por eso que quería darte el mensaje y decirte lo que había comprendido. Es muy simple, Ignace. Creamos nuestros propios dioses y el bienaventurado Emperador es el Señor de la Humanidad.

—¿Crear nuestros propios dioses? —dijo Karkasy, alejándose de ella—. No querida, la ignorancia y el miedo crean a los dioses, el entusiasmo y el engaño los adornan, y la debilidad humana rinde les rinde culto. Ha sido lo mismo en toda la historia. Cuando los hombres destruyen sus antiguos dioses tienen que encontrar otros

nuevos para ocupar su lugar. ¿Qué te hace pensar que esto es diferente?

—Porque siento la luz del Emperador dentro de mí.

—Oh, bueno, no puedo discutir con eso, ¿no?

—Ahórrate tu sarcasmo, Ignace —dijo Euphrati, de repente hostil—. Pensé que podrías estar abierto a escuchar la buena palabra, pero puedo ver que eres más que un tonto de mente cerrada. ¡Fuera, Ignace, no quiero volver a verte!

Así despedido, se encontró a sí mismo solo, privado del único amigo que había logrado hacer. Ésa había sido la última vez que había hablado con ella. Él la había visto una sola vez desde entonces y había ignorado su saludo.

—¿Perdido en tus pensamientos, Ignace? —preguntó Mersadie Oliton y él la miró sorprendido, sacudido de su ensueño miserable por su repentina aparición.

—Lo siento, querida —dijo— no te he oído acercarte. Yo estaba a kilómetros de distancia; componiendo otro verso para el Capitán Loken lo malinterprete y Sindermann lo descarte.

Ella sonrió, levantando su ánimo al instante. Era imposible ser demasiado sensiblero en torno a Mersadie, ella tenía una manera de hacer dar cuenta a un hombre que era bueno estar vivo.

—La soledad te conviene, Ignace, estás mucho menos susceptibles a la tentación.

—Oh, ya no lo sé —dijo, levantando la botella de vino—. Siempre hay espacio en mi vida para la tentación. Para mí, es un mal día si no estoy tentado por una cosa u otra.

—Eres incorregible, Ignace —dijo riendo— pero basta de eso, ¿qué era tan importante para sacarme de mis transcripciones para encontrarnos aquí? Quiero estar al día para el momento en la punta de lanza regrese de la luna.

Nervioso por su franqueza, Karkasy no estaba seguro de por dónde empezar y por lo tanto optó por una suave, muy suave aproximación.

—¿Has visto a Euphrati últimamente?

—La vi ayer por la noche, justo antes de que se lanzaran las Stormbirds. ¿Por qué?

—¿Te parece a sí misma?

—Sí, creo que sí. Yo estaba un poco sorprendida por el cambio en su apariencia, pero es una imaginista. Supongo que es lo que hacen de vez en cuando.

—¿Ella trató de darte algo?

—¿Darme algo? No. Mira ¿qué es todo esto?

Karkasy deslizó un folleto maltratado a través de la mesa hacia Mersadie, observando el cambio en su expresión cuando ella lo leyó y lo reconoció como lo que era.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó cuando hubo terminado de leerlo.

—Euphrati me lo dio —respondió—. Al parecer, quiere difundir la palabra del Dios-Emperador a nosotros primero, porque la ayudó cuando ella necesitaba ayuda.

—¿Dios-Emperador? ¿Se ha vuelto loca?

—No sé, tal vez —dijo, sirviéndose una copa. Mersadie arrimó un vaso y lo llenó también—. No creo que fuera por su experiencia en las Cabezas Susurrantes, aunque eso la haya trastornado.

—Esto es una locura —dijo Mersadie—. Podrían revocarle su certificación. ¿Se lo dijiste a ella?

—Algo así —dijo Karkasy—. Traté de razonar con ella, pero ya sabes lo que pasa con los tipos religiosos, nunca aceptan una opinión disidente.

—¿Y?

—Y nada, ella me echó después de eso.

—Así que lo manejaste con tu tacto habitual, entonces.

—Tal vez podría haber sido más delicado —estuvo de acuerdo Karkasy—, pero estaba shockeado por enterarme que una mujer de su inteligencia podia estar en esa tontería.

—Entonces, ¿qué podemos hacer al respecto?

—Tú dímelo. No tengo ni idea. ¿Crees que debemos decirle a alguien lo de Euphrati?

Mersadie tomó un largo trago de vino y dijo:

—Creo que tenemos que hacerlo.

—¿Tienes idea de a quién?

—¿Sindermann, tal vez?

Karkasy suspiró.

—Tuve la sensación de que ibas a sugerirlo. No me gusta el hombre, pero es probablemente la mejor opción en estos días. Si alguien puede hablar Euphrati ese es un iterador.

Mersadie suspiró y se sirvió un par de bebidas.

—¿Quieres emborracharte?

—Ahora estás hablando mi idioma —dijo Karkasy.

Intercambiaron historias y recuerdos de tiempos menos complicados por una hora, terminando la botella de vino y enviando a un sirviente en busca de más cuando se agotó. En el momento en que habían vaciado la mitad de la segunda, ya estaban planeando una gran obra sinfónica de sus hallazgos documentales adornados con sus versos.

Se rieron y evitaron cualquier mención de Euphrati Keeler y a cómo iban a traicionarla.

Sus pensamientos se disiparon inmediatamente cuando sonaron las campanas de alarma y el corredor comenzó a llenarse de gente corriendo. Al principio, ignoraron el ruido, pero como el número de personas crecía más y más, decidieron averiguar qué estaba pasando. Recogieron la botella y los vasos, y ambos se dirigieron con paso inestable hacia la escotilla, donde vieron una escena de caos total.

Soldados y civiles, rememoradores y tripulación de la nave, se dirigían a las cubiertas de embarque con gran apuro. Vieron las caras surcadas de lágrimas y personas acurrucadas llorando, consolándose unas a otras en su miseria compartida.

—¿Qué está pasando? —gritó Karkasy, agarrando a un soldado que pasaba.

El hombre se volvió hacia él con enojo.

—¡Suéltame, viejo tonto!

—Yo sólo quiero saber lo que está pasando —dijo Karkasy, sorprendido por la furia del hombre.

—¿No lo has oído? —sollozó el soldado—. Por toda la nave.

—¿Qué pasó? —exigió Mersadie.

—El Señor de la Guerra…

—¿Qué pasa con él? ¿Está bien?

El hombre negó con la cabeza.

—¡Que el Emperador nos guarde, el Señor de la Guerra ha muerto!

La botella resbaló de las manos Karkasy, destrozándose contra el suelo, y quedó inmediatamente sobrio. ¿El Señor de la Guerra muerto? Sin duda, tenía que haber algún tipo de error. Sin duda, Horus estaba más allá de preocupaciones tales como la mortalidad. Se enfrentó a Mersadie y pudo ver exactamente que los mismos pensamientos atravesaban su cabeza. El soldado que había detenido se encogió de hombros y corrió por el pasillo, dejando a los dos de pie, horrorizados ante tamaña perspectiva.

—No puede ser verdad —susurró Mersadie— simplemente no puede ser.

—Lo sé. Debe haber algún error.

—¿Y si no lo es?

—No lo sé —dijo Karkasy— tenemos que averiguar más.

Mersadie asintió y esperó a que recogiera el Bondsman antes de unirse a la multitud que corría hacia las cubiertas de embarque. Ninguno de los dos habló durante el viaje, demasiado ocupados tratando de procesar el impacto de la muerte del Señor de la Guerra. Karkasy sentía la musa revolverse en su interior con urgencia y trató de no menospreciar el hecho de que llegaba en un momento tan terrible.

Vio el pasillo que conducía a la plataforma de observación junto al puerto de lanzamiento desde donde las Stormbirds se podían ver desplegando o regresando. Ella se resistió a su tirón hasta que le explicó su plan.

—No hay manera de que nos dejen entrar —dijo Karkasy, sin aliento por el esfuerzo—. Podemos ver llegar a las Stormbirds desde aquí y hay un pórtico que permite observar la propia cubierta.

Se separaron del río humano, haciendo su camino hacia la cubierta de embarco y siguieron el pasillo abovedado que conducía a la plataforma de observación. Dentro de la cámara, la pared de cristal blindado mostraba las manchas de luz de las estrellas y los cascos relucientes de los cruceros de mayor alcance que pertenecían al Ejército y al Mechanicum. Debajo de ellos quedaba la apertura de la cubierta de embarque, con sus luces intermitentes de localización parpadeando con un rojo furioso.

Mersadie atenuó la iluminación, y los detalles más allá del vidrio se hizo más claros.

El fondo amarillo-marrón de la luna de Davin se curvaba alejándose de ellos con su superficie sucia y manchada de nubes. Un halo de luz enfermiza rodeaba la luna y, desde aquí, se veía tranquila.

—No veo nada —dijo Mersadie.

Karkasy se apretó contra el vidrio para eliminar los reflejos y trató de ver algo distinto de sí mismo y Mersadie. Entonces la vio. Al igual que una luciérnaga, un punto distante de fuego se apartaba de la superficie de la luna y la partía hacia la *Espíritu Vengativo*.

—¡Allí! —dijo, señalando hacia la luz que se aproximaba.

—¿Dónde? Oh, espera, ¡ya lo veo! —dijo Mersadie, observando de repente la parpadeante imagen de la nave se aproximaba.

Karkasy vio como la luz se acercaba, hasta convertirse velozmente en la figura de

una Stormbird preparando el ángulo de entrada a la cubierta de embarque. A pesar de que Karkasy no era piloto, que daba cuenta de que su aproximación era imprudentemente rápida, doblando las alas de la nave en el último momento entrando casi en la abertura, fuertemente iluminada de rojo.

—¡Vamos! —dijo, tomando la mano de Mersadie y encarando el camino por las escaleras hacia el pórtico de observación. Los escalones eran empinados y estrechos por lo que Karkasy tuvo que detenerse para recobrar el aliento antes de llegar a la cima. En el momento en que llegaron al pórtico, la Stormbird ya se había ubicado y su rampa de asalto estaba descendiendo.

Una gran cantidad de Astartes se reunieron alrededor de la nave cuando la Campana del Retorno empezó a sonar y cuatro guerreros surgieron de ella, las placas de sus armaduras abolladas y manchadas de sangre. Entre ellos llevaban un cuerpo envuelto en una bandera de la Legión. Karkasy retuvo el aliento en la garganta y sintió que su corazón se volvía de piedra.

—El Mournival —dijo Mersadie—. ¡Oh, no…!

A los cuatro guerreros les seguía una enorme camilla sobre la que había un guerrero de talla magnífica, parcialmente cubierto por armadura.

Incluso desde ese lugar, Karkasy podía afirmar que la figura sobre la camilla era el Señor de la Guerra y, aunque las lágrimas saltaron espontáneamente a sus ojos al ver a un guerrero tan magnífico abatido, se alegró de que el cadáver amortajado no era el del Comandante. Oyó el parpadeo de Mersadie para tomar imágenes, aunque sabía que no tendría ningún sentido; tenía los ojos empañados por las lágrimas de manera similar. Detrás de la camilla venía la rememoradora Vivar, con su vestido desgarrado y ensangrentado. El barro manchada la fina tela, ahora andrajosa, pero Karkasy la apartó de su mente cuando vio a unos guerreros moverse deprisa hacia la camilla. Enfundados en una armadura blanca, rodearon el Señor de la Guerra mientras era llevado a través de la cubierta de embarque con gran prisa. El corazón de Karkasy pegó un salto cuando los reconoció como los Apotecarios de la legión.

—Todavía está vivo… —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Los apotecarios siguen trabajando en él —rió Karkasy, degustando el socorro como si fuera un dulce vino. Ellos se arrojaron en brazos uno del otro, abrazándose con el alivio de la mera supervivencia del Señor de la Guerra.

—Está vivo —sollozó Mersadie—. Yo sabía que no podía pasar. No puede estar

muerto.

—No —convino Karkasy—, no puede.

Se separaron y se apoyaron en la barandilla mientras los Astartes acompañaban al Señor de la Guerra sobre la cubierta. Al momento en que las puertas se abrieron, la masa de personas que se agolpaban fuera se aproximó como una gran ola. Sus gritos por el dolor de la pérdida eran audibles a través del cristal blindado de la grúa de observación.

—No —susurró Karkasy—, no, no, no.

Los Astartes no estaban de humor para ser frenados por esta masa de gente y brutalmente las apartaron a un lado, abriendo a un camino a través de la multitud. El Mournival llevó la camilla a través de la multitud, despejando un camino sangriento a través de la gente que se amontonaba ante ellos. Karkasy vio a hombres y mujeres humildes, pisoteados y sus gritos eran lamentable de escuchar.

Mersadie apretó su brazo mientras observaban como los Astartes se abrían camino a golpes desde la cubierta de embarque. Desaparecieron por la puerta blindada y se perdieron de vista a medida que se precipitaban hacia la cubierta médica.

—Ésa pobre gente… —exclamó Mersadie, cayendo de rodillas cuando miró hacia abajo hacia una escena que se parecía a las secuelas de una batalla: soldados heridos, rememoradores y civiles caídos, ensangrentados, quebrados, simplemente porque tuvieron la mala suerte de estar en el camino de los Astartes.

—No les importaban —dijo Karkasy, no pudiendo creer todavía las sangrientas escenas que había presenciado—. Han matado a esas personas. Era como si no les importara.

Aún en estado de shock por la facilidad con la que los Astartes habían vapuleado a la multitud, Karkasy se aferró a las barandillas, los nudillos blancos y su mandíbula apretada con indignación.

—¿Cómo se atreven? —siseó—. ¿Cómo se atreven?

Su enojo por las escenas de abajo todavía hervía cerca de la superficie, sin embargo, observe a una figura vestida con una túnica mientras hacía su camino a través de la carnicería, llegando a los heridos y aturdidos.

Sus ojos se estrecharon, pero reconoció las formas de Euphrati Keeler.

Ella estaba repartiendo panfletos Lectitio Divinitatus y no estaba sola.

Maloghurst observó la grabación de los sucesos de la cubierta de embarque con una

expresión triste, al ver como sus camaradas Hijos de Horus maltratan a la multitud que pululaba alrededor del cuerpo del Señor de la Guerra. La pictografía se repetía en el visor colocado en la mesa del santuario del Señor de la Guerra y cada vez que la veía, deseaba que la escena fuera diferente, pero cada vez, las imágenes parpadeantes se empeñaban en ser siempre las mismas.

—¿Cuántos muertos? —preguntó a Hektor Varvarus, de pie ante Maloghurst.

—No tengo las cifras definitivas todavía, pero por lo menos hay veintiún muertos y muchos más están gravemente heridos o están en coma.

Maldijo a Loken y a los otros por la violencia que demostraban al correr las imágenes de nuevo, pero suponía que no podía culparlos por su ardor. El Señor de la Guerra se encontraba en estado crítico y no se sabía si iba a vivir, por lo que su desesperación por llegar a la cubierta médica era perdonable, aunque muchos podrían decir que sus acciones no lo eran.

—Un mal asunto, Maloghurst —dijo Varvarus innecesariamente—. Los Astartes no van a salir de ese pozo.

Maloghurst suspiró y dijo:

—Ellos pensaban que el Señor de la Guerra se estaba muriendo y actuaron en consecuencia.

—¿Actuaron en consecuencia? —repitió Varvarus—. No creo que mucha gente acepte esa explicación amigo. Si una palabra de esto se sabe, será un golpe devastador para la moral.

—No se va a saber —aseguró Maloghurst—. Tengo controlados a todos los que estaban en ese piso y se ha cerrado todo el tráfico vox no oficial de la nave.

Alto y precisa, Hektor Varvarus tenía rasgos finos y angulares, y todos sus movimientos estaban calculados, rasgos que encajaban en su papel como Señor Comandante de las fuerzas del ejército de la 63.ª Expedición.

—Confía en mí, Maloghurst, se va a saber. De una forma u otra, se va a saber. Nada se mantiene en secreto para siempre. Tales cosas tienen el hábito de ser contadas y esto no será diferente.

—Entonces, ¿qué sugiere usted, señor comandante? —preguntó Maloghurst.

—¿Realmente me lo pregunta, Mal, o simplemente es observar una cortesía, porque estoy aquí?

—Yo realmente se lo estaba preguntando —dijo Maloghurst, sonriendo al darse cuenta de que hablaba en serio. Varvarus era un soldado astuto que entendía los

corazones y las mentes de los hombres mortales.

—Entonces debe decirle a la gente lo que pasó. Sea honesto.

—Las cabezas van a rodar —advirtió Maloghurst—. La gente va a demandar sangre como compensación.

—Entonces désela. Si eso es lo que se necesita, désela. Alguien tiene que pagar por esta atrocidad.

—¿Atrocidad? ¿Así es como lo llaman ahora?

—¿De qué otra manera pueden llamarlo? Los guerreros Astartes han cometido un asesinato.

La enormidad de lo que estaba sugiriendo Varvarus hizo tambalear a Maloghurst, y él se dejó caer lentamente en una de las sillas ante la mesa del Señor de la Guerra.

—¿Insinúas que entregue a un guerrero Astartes por esto? No puedo hacerlo.

Varvarus se inclinó sobre la mesa, las decoraciones y las medallas de su uniforme de gala se reflejaron como soles de oro en la superficie de color negro.

—Sangre inocente ha sido derramada y el hecho de que yo pueda entender las razones detrás de las acciones de sus hombres, no cambia nada.

—No puedo hacerlo, Hektor —dijo Maloghurst, sacudiendo la cabeza.

Varvarus se movió hasta situarse junto a él.

—Usted y yo juramos lealtad al Imperio, ¿o no?

—Lo hicimos, pero ¿eso qué tiene que ver?

El viejo general miró a Maloghurst a los ojos y dijo:

—Juramos que íbamos a defender los ideales de nobleza y justicia que representa el Imperio, ¿no?

—Sí, pero esto es diferente. De no mediar circunstancias atenuantes…

—Eso es irrelevante —contestó Varvarus—. El Imperio debe representar algo o no representa nada. Si nos apartamos de eso, entonces traicionaremos el juramento de lealtad. ¿Está dispuesto a hacerlo, Maloghurst?

Antes de que pudiera responder, se produjo un suave golpear en el cristal del santuario y Maloghurst se volvió para ver quien osaba molestarlos.

Ing Mae Sing, Señora de los Astrópatas, se presentó ante ellos como un fantasma esquelético vestido con una túnica blanca con capucha, las porciones superiores de la cara envueltas en sombras.

—Señora Sing —dijo Varvarus, haciendo una profunda reverencia hacia la telépata.

—Señor Varvarus —respondió ella, su voz suave como el roce de una pluma. Se volvió hacia la figura del señor comandante y, a pesar de su ceguera, inclinó la cabeza precisamente en la dirección correcta, un talento que nunca dejaba de poner nervioso a Maloghurst.

—¿Qué sucede, Señora Sing? —preguntó, aunque en verdad se alegraba de la interrupción.

—Traigo nuevas que le conciernen a usted, señor Maloghurst —dijo, volviendo la mirada ciega hacia él—. Los coros astropáticos permanecen inquietos. Ellos sienten un poderoso incremento en las corrientes de la disformidad, poderoso y en crecimiento.

—¿Qué significa eso? —le preguntó.

—Que el velo entre los mundos se vuelve más tenue —dijo Ing Mae Sing.



DIEZ
APOTECARION
PLEGARIAS
CONFESIÓN

Despojado de su armadura y vestido con una bata quirúrgica manchada de sangre, Vaddon estaba lo más cercanamente posible a la desesperación como no lo había estado nunca en su larga experiencia como apotecario de los Hijos de Horus. El Señor de la Guerra estaba tendido ante él en la camilla, su carne expuesta a sus escalpelos y a las sondas de las máquinas medicae. El oxígeno se introducía en el cuerpo del Señor de la Guerra a través de una máscara y la solución salina goteaba, mezclándose con los fluidos de su cuerpo en un intento de normalizar su presión arterial. Los servidores medicae traían sangre fresca para transfusiones inmediatas y todo el lugar bullía con la tensión y la actividad frenética.

—¡Lo estamos perdiendo! —gritó el apotecario Logaan, al ver el monitoreo del corazón—. ¡La presión arterial está disminuyendo rápidamente y tiene taquicardia! ¡Entrará en paro en cualquier momento!

—Maldita sea —maldijo Vaddon—. Tráeme más suero Larraman, que su sangre no se coagule, y ponle otra línea de fluidos.

Un narthecium quirúrgico se descolgó del techo, múltiples brazos articulados se movieron a la orden.

Vaddon gritó las órdenes. Células frescas Larraman se bombearon directamente en el hombro de Horus y el sangrado disminuyó, aunque Vaddon pudo apreciar que todavía no se detenía por completo. Gruesas agujas se clavaron en los brazos del Señor de la Guerra, llenándolo de sangre súper oxigenada, aunque su suministro

disminuía más rápido de lo que hubiera creído posible.

—Se estabiliza —respiró Logaan— disminuye la frecuencia cardiac aunque la presión arterial continua alta.

—Bien —dijo Vaddon—. Tenemos un respiro.

—Él no puede estar así por mucho tiempo —dijo Logaan—. Nos estamos quedando sin cosas que podamos hacer por él.

—No quiero escuchar eso en mi sala, Logaan —le espetó Vaddon—. No vamos a perderlo.

El pecho del Señor de la Guerra subió y bajaba mientras se aferraba a la vida, su respiración era entrecortada, la sangre aún manaba de la herida en el hombro.

De las dos heridas que el Señor de la Guerra había sufrido, al parecer era la menos grave, pero Vaddon sabía que era la que lo estaba matando. La herida punzante en el pecho ya se había sanado prácticamente, el ultrasonido mostraba que el pulmón se había aislado del sistema respiratorio, mientras se reparaba. Los pulmones secundarios del Señor de la Guerra le sostenían por ahora.

El Mournival observaba expectante, como padres primerizos, a los apotecarios trabajar más de lo que había trabajado nunca. Vaddon nunca había esperado que el Señor de la Guerra fuera su paciente. La biología del Primarca estaba incluso más allá de la de un guerrero normal Astartes como la suya propia lo estaba de un hombre ordinario y Vaddon sabía que estaba fuera de su alcance. Sólo el Emperador tenía el conocimiento para incursionar en el cuerpo de un Primarca con seguridad, y la enormidad de lo que estaba ocurriendo lo abrumaba. Una luz verde parpadeó en el narthecium y comenzó a enviar datos hacia una pantalla de superficie plateada. Números y texto se desplegaron en toda su superficie brillante y aunque muchos de ellos no tenía sentido para él, sintió que decaía su espíritu a medida que comenzaba a interpretarlos.

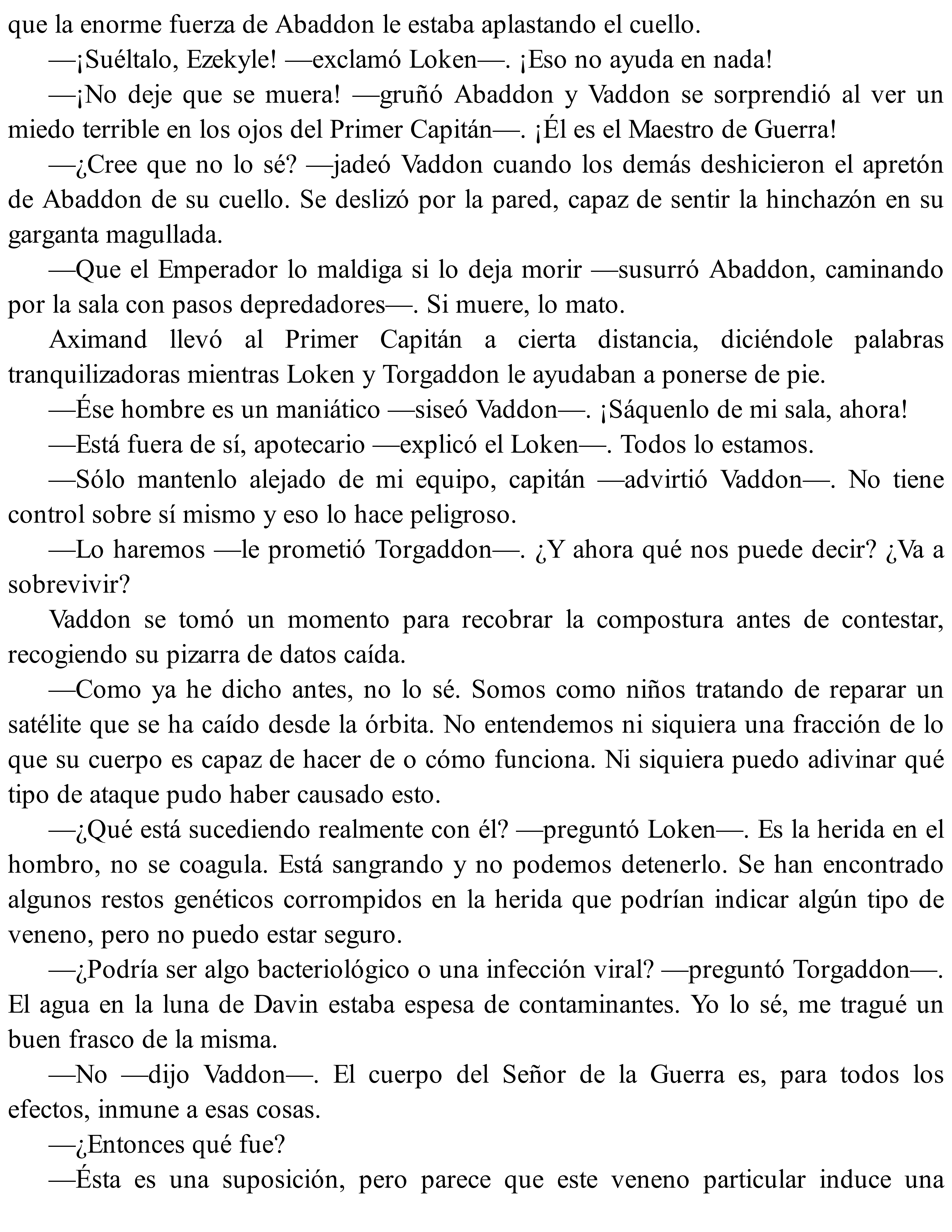
Al ver que el Maestro de Guerra se mantenía estable, rodeó la mesa de operaciones y se unió al Mournival, deseando tener mejores noticias para ellos.

—¿Qué pasa con él? —exigió Abaddon—. ¿Por qué está todavía inconsciente?

—Honestamente, Primer Capitán, no lo sé.

—¿Qué quiere decir con «No lo sé»? —gritó Abaddon, agarrando Vaddon y golpeándolo contra la pared de la sala. Bandejas de plata cargadas de bisturíes, sierras y pinzas cayeron al suelo de baldosas—. ¿Por qué no lo sabes?

Loken y Aximand agarraron al Primer Capitán cuando Vaddon comenzó a sentir


que la enorme fuerza de Abaddon le estaba aplastando el cuello.

—¡Suéltalo, Ezekyle! —exclamó Loken—. ¡Eso no ayuda en nada!

—¡No deje que se muera! —gruñó Abaddon y Vaddon se sorprendió al ver un miedo terrible en los ojos del Primer Capitán—. ¡Él es el Maestro de Guerra!

—¿Cree que no lo sé? —jadeó Vaddon cuando los demás deshicieron el apretón de Abaddon de su cuello. Se deslizó por la pared, capaz de sentir la hinchazón en su garganta magullada.

—Que el Emperador lo maldiga si lo deja morir —susurró Abaddon, caminando por la sala con pasos depredadores—. Si muere, lo mato.

Aximand llevó al Primer Capitán a cierta distancia, diciéndole palabras tranquilizadoras mientras Loken y Torgaddon le ayudaban a ponerse de pie.

—Ése hombre es un maniático —siseó Vaddon—. ¡Sáquenlo de mi sala, ahora!

—Está fuera de sí, apotecario —explicó el Loken—. Todos lo estamos.

—Sólo mantenlo alejado de mi equipo, capitán —advirtió Vaddon—. No tiene control sobre sí mismo y eso lo hace peligroso.

—Lo haremos —le prometió Torgaddon—. ¿Y ahora qué nos puede decir? ¿Va a sobrevivir?

Vaddon se tomó un momento para recobrar la compostura antes de contestar, recogiendo su pizarra de datos caída.

—Como ya he dicho antes, no lo sé. Somos como niños tratando de reparar un satélite que se ha caído desde la órbita. No entendemos ni siquiera una fracción de lo que su cuerpo es capaz de hacer de o cómo funciona. Ni siquiera puedo adivinar qué tipo de ataque pudo haber causado esto.

—¿Qué está sucediendo realmente con él? —preguntó Loken—. Es la herida en el hombro, no se coagula. Está sangrando y no podemos detenerlo. Se han encontrado algunos restos genéticos corrompidos en la herida que podrían indicar algún tipo de veneno, pero no puedo estar seguro.

—¿Podría ser algo bacteriológico o una infección viral? —preguntó Torgaddon—. El agua en la luna de Davin estaba espesa de contaminantes. Yo lo sé, me tragué un buen frasco de la misma.

—No —dijo Vaddon—. El cuerpo del Señor de la Guerra es, para todos los efectos, inmune a esas cosas.

—¿Entonces qué fue?

—Ésta es una suposición, pero parece que este veneno particular induce una

forma de hipoxia anémica. Una vez que entra en el torrente sanguíneo, es absorbido en forma exponencial por las células rojas de la sangre, en lugar del oxígeno. Con el metabolismo acelerado del Señor de la Guerra, la toxina se infiltró de manera eficiente en todo su sistema, dañó las células de los tejidos a su paso, por lo que fueron incapaces de funcionar adecuadamente por el reducido contenido de oxígeno.

—Así que ¿de dónde salió? —preguntó Loken— creí que había dicho que el Señor de la Guerra era inmune a tales cosas.

—Y así es él, pero esto es como nada que haya visto antes… es como si hubiera sido específicamente diseñado para matarlo. Tiene exactamente el camuflaje genética que le permite engañar a sus defensas biológicas mejoradas y para poder hacer la máxima cantidad de daño posible. Es pura y simplemente un asesino de Primarcas.

—Entonces, ¿cómo detenerlo?

—Esto no es un enemigo que puede liquidar con un bólter o una espada, Capitán Loken. Es un veneno —dijo—. Si supiera el origen de la intoxicación, podría ser capaz de hacer algo.

—Entonces, si encontramos el arma que hizo esto, ¿sería de alguna ayuda? —preguntó Loken.

Al ver la desesperada esperanza en los ojos del capitán, Vaddon asintió con la cabeza.

—Tal vez. Por la forma de la herida, parece hecha por un arma blanca, tal vez una espada. Si se puede recuperar la hoja, entonces tal vez podamos hacer algo por él.

—La voy a encontrar —juró Loken. Se apartó de Vaddon y se dirigió hacia la puerta de la sala.

—¿Vas a volver allí? —preguntó Torgaddon, corriendo para ponerse a la par de él.

—Sí, y no trates de detenerme —advirtió Loken.

—¿Cómo que detenerte? —dijo Torgaddon—. No te hagas la reina del drama, Garvi. Voy a ir contigo.

Recuperar un Titán después de la acción en el campo de batalla era un proceso largo y difícil, lleno de dificultades logísticas, técnicas y manuales. Toda una flota de naves descendió desde la órbita, portando gigantescas grúas, enormes excavadoras y otras máquinas de carga. Las naves de carga tuvieron que excavar en los cráteres de impacto y un ejército de servidores del Mechanicum fueron necesarios para facilitar el proceso.

Titus Cassar estaba agotado. Había pasado la mayor parte del día preparando al Titán para su recuperación y todo estaba listo para su regreso a la flota. Hasta que no se embarcaran, no había mucho que hacer, salvo esperar y eso se había convertido en la parte más difícil para todos los hombres abandonados en la luna de Davin.

Con el tiempo de la espera hubo mucho tiempo para pensar, y con tiempo para pensar, la mente humana podía conjurar todo tipo de cosas en lo más profundo de su imaginación. Titus todavía no podía creer que Horus hubiera caído. Un ser de tal poder, semejante a un Titán, no estaba destinado a caer en la batalla. Era invencible, el hijo de un dios.

A la sombra del *Dies Irae*, Titus sacó su librito Lectitio Divinitatus y, una vez que se aseguró de estar completamente solo, comenzó a leer las palabras allí escritas. La escritura mal impresa le dio consuelo, volcando su mente a la gloria del divino Emperador de la Humanidad.

—Oh emperador, señor y dios por encima de todos nosotros, óyeme en esta hora de necesidad. Tu siervo se encuentra con el toque frío de la muerte sobre él y te pide que vuelvas tu benéfica Mirada hacia él.

Sacó un colgante de debajo de su chaqueta de uniforme mientras leía. Era algo delicado labrado en plata y oro que uno de los servidores de rostro inexpresivo había hecho para él. Una T capital de plata con un destello de oro en su centro, representando la esperanza y la promesa de un futuro mejor.

La estrechó contra su pecho a la vez que recitaba varias de las palabras del Lectitio Divinitatus, sintiendo que un calor familiar lo inundaba mientras repetía las palabras.

Titus sintió la presencia de otras personas detrás de él. Un segundo demasiado tarde y se volvió para ver Jonah Aruken y un grupo de la tripulación del Titán.

Al igual que él, estaban sucios y cansados después de la pelea contra los monstruos, pero a diferencia de él, no tenían fe.

Sintiéndose culpable, cerró su librito y esperó la pulla inevitable de Jonah. Nadie dijo nada y, al mirar más de cerca, vio un atisbo de tristeza y la necesidad de consuelo en los rostros de los hombres ante él.

—Titus —dijo Jonah Aruken—. Nosotros… uh… es por… el Señor de la Guerra. Nos preguntábamos si…

Titus sonrió en señal de bienvenida al comprender para que habían venido.

Abrió su librito de nuevo y dijo:

—Oremos, hermanos.

La cubierta médica estaba esterilizada, relucientes paredes de azulejos y muebles de acero pulido, un laberinto de habitaciones de vidrio impersonales y laboratorios. Petronella había perdido por completo todo sentido de la dirección, desconcertada por la convocatoria precipitada, que la había traído desde la superficie de la luna de regreso a la *Espíritu Vengativo*.

Pasando a través de la ensangrentada cubierta de embarque, vio que los niveles superiores de la nave estaban sumidos en el caos desde que el rumor de la muerte del Señor de la Guerra se había extendido de nave a nave con la rapidez de una epidemia.

Maloghurst el Retorcido había emitido un comunicado por toda la flota negando que el Señor de la Guerra estuviera muerto, pero la histeria y la paranoia tenía una ventaja firme sobre sus palabras. Disturbios habían surgido a bordo de varias naves y los demagogos habían surgido proclamando que llegaban los últimos tiempos. Unidades del Ejército habían reprimido despiadadamente a los descontentos, pero surgían tan rápido que no podían detenerlos.

Habían pasado escasas horas desde la caída del Señor de la Guerra, pero la 63.ª Expedición ya se estaba empezando a desmoronar sin él.

Maggard siguió a Petronella, sus heridas selladas con sinte-piel por un apotecario de la Legión en el viaje de regreso a la nave insignia del Señor de la Guerra de. Su piel todavía tenía una palidez malsana y su armadura estaba abollada y rota, pero estaba vivo y se veía magnífico. Maggard era sólo un sirviente, pero la había impresionado y ella decidió que lo trataran con el respeto que merecía su talento.

Un guerrero Astartes con casco colocado la llevó a través del laberinto de la cubierta medicae. A su debido tiempo le indicó que debía entrar en una puerta blanca marcada con un bastón alado envuelto en un par de serpientes torsionadas.

Maggard abrió la puerta y ella entró en una brillante sala de operaciones, sus paredes circulares estaban cubiertas, hasta la altura de la cintura, con azulejos esmaltados en color verde. Gabinetes plateados y máquinas de bombeo rodeaban al Señor de la Guerra que yacía sobre la mesa de operaciones con una maraña de tubos y cables conectados a su cuerpo. Un taburete de metal brillante se situaba junto a la mesa.

Servidores Medicae acechaban alrededor de la circunferencia de la sala, colocados en nichos alrededor de la pared y una máquina de gorgoteante suspendida sobre sus cabezas introducía fluidos y sangre en el cuerpo del Señor de la Guerra.

Sus ojos se nublaron al ver al Señor de la Guerra tan indefenso y las lágrimas

fluyeron ante esta violación del orden natural de las cosas. Un gigantesco guerrero Astartes vestido con una túnica con capucha quirúrgica se le acercó y le dijo:

—Soy el Apotecario Vaddon, Señorita Vivar.

Se pasó las manos por los ojos, consciente de cómo debía verse, el vestido desgarrado y cubierto de barro, con los ojos ennegrecidos manchados de maquillaje. Ella empezó a levantar la mano para que se la besara pero se dio cuenta de lo tonto que resultaría así que simplemente asintió con la cabeza.

—Soy Petronella Vivar, —respondió ella—. Yo soy la documentalista del Señor de la Guerra.

—Ya lo sé —dijo Vaddon—. Él mencionó su nombre —la esperanza repentina estalló en el pecho—. ¿Está despierto? —Vaddon asintió con la cabeza—. Así es. Si por mí fuera, usted no estaría aquí ahora, pero no puedo desobedecer la palabra del comandante y él desea hablar con usted.

—¿Cómo está? —preguntó ella.

El apotecario negó con la cabeza.

—Se desvanece por momentos y está lúcido solo a ratos, así que no esperes demasiado de él. Si decido que es hora de que te vayas, debes irte. ¿Me entiendes?

—Lo haré —dijo—, pero por favor, ¿puedo hablar con él ahora?

Vaddon parecía reacio a dejarla a solas con el Señor de la Guerra, pero se corrió a un costado para dejarla pasar. Ella asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y dio un paso vacilante hacia la mesa de operaciones, deseosa de ver el Señor de la Guerra, pero tenía miedo de lo que podría encontrar.

Petronella se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación involuntaria en cuanto lo vio de cerca. Las mejillas del Señor de la Guerra estaban hundidas, sus ojos sin brillo. Carne grisácea colgaba de su cráneo, arrugada y avejentada, sus labios tenían el tono azul de un cadáver.

—¿Me veo tan mal? —preguntó Horus, con voz rasposa y distante.

—No —balbuceó ella— no, en absoluto, yo…

—No me mienta, Señorita Vivar. Si va a documentar mi despedida a continuación, no debe haber engaño entre nosotros.

—¿Despedida? ¡No! No lo haré. Tiene que vivir.

—Créame, nada me gustaría más —jadeó él— pero Vaddon me dice que no hay muchas posibilidades de que eso suceda y no tengo intención de dejar esta vida sin un legado adecuado: una grabación de las cosas debo decir antes del fin.

—Señor, sus obras serán un legado eterno, por favor, no me pida eso.

Horus tosió una espuma sanguinolenta, reuniendo fuerzas antes de hablar una vez más, y su voz era la fuerte y poderosa que ella recordaba.

—Usted me dijo que era su sueño era inmortalizarme, registrar la gloria de Horus para las generaciones futuras, ¿no?

—Lo hice —sollozó.

—Entonces haga esta última cosa para mí, señorita Vivar —dijo.

Ella tragó saliva y luego sacó la tabla de datos y mnemo-pluma de su bolso, antes de sentarse en el taburete junto a la mesa de operaciones.

—Muy bien —dijo al fin—. Vamos a empezar desde el principio.

—Fue demasiado —comenzó Horus—. Le prometí a mi padre no cometer errores y ahora hemos llegado a esto.

—¿Errores? —preguntó Petronella, aunque sospechaba que ya sabía lo que quería decir el Señor de la Guerra.

—Temba: dejarlo a cargo de Davin —dijo Horus—. Él me rogó que no lo dejara, afirmó que era demasiado para él. Yo debería haberlo escuchado pero estaba demasiado ansioso por dirigirme hacia la próxima conquista.

—La debilidad de Temba no es su culpa, señor, —dijo.

—Es muy amable al decir eso, señorita Vivar, pero yo lo nombré —dijo Horus—. La responsabilidad recae sobre mí. ¡Por el Trono! Guilliman se reirá cuando se entere de esto. Él y Lion, ambos. Ellos decían que no era apto para ser el Señor de la Guerra porque no podía leer los corazones de los hombres.

—¡Nunca! —exclamó Petronella—. No se atreverían.

—Oh, ellos lo harán, niña, créeme. Somos hermanos, sí, pero como todos los hermanos peleamos y tratamos de superarnos unos a otros.

Petronella no podía pensar en nada que decir, la idea de primarcas sobrehumanos peleando entre ellos estaba mucho más allá de ella.

—Estaban celosos, todos ellos —continuó Horus—. Cuando el Emperador me nombró Señor de la Guerra, al final algunos de ellos evitaron felicitarme. Angron sobre todo, es un salvaje, e incluso ahora apenas puedo mantenerlo bajo control. Guilliman no es mucho mejor. Me di cuenta de que él pensaba que debía haber sido él.

—¿Estaban celosos de ti? —preguntó Petronella, incapaz de creer lo que el Señor

de la Guerra le estaba diciendo, la mnemo-pluma arañaba la tabla de datos en respuesta a sus pensamientos.

—Sí —asintió Horus amargamente—. Sólo unos pocos de mis hermanos tuvieron la amabilidad de inclinar la cabeza a modo de reconocimiento. Lorgar, Mortarion, Sanguinius, Fulgrim y Dorn; ellos son verdaderos hermanos. Recuerdo haber visto la Stormbird del Emperador dejando Ullanor y llorando al verlo partir, pero sobre todo recuerdo los cuchillos que sentí en mi espalda mientras se iba. Yo podía oír sus pensamientos con tanta claridad como si hablaran en voz alta: ¿por qué yo, Horus, era nombrado Señor de la Guerra, cuando había otros más dignos de semejante honor?

—Usted fue investido Señor de la Guerra porque era el más digno, señor —dijo Petronella.

—No —dijo Horus—. Yo no lo era. Yo era simplemente el que más encarnaba la necesidad del Emperador en ese momento. Verás, durante las tres primeras décadas de la Gran Cruzada que combatí junto al Emperador, yo sólo sentía el peso de su ambición de gobernar la galaxia. Me contagió esa visión y yo la llevé conmigo en mi corazón mientras forjamos nuestro camino a través de las estrellas. Fue una gran aventura, sistema tras sistema junto al Señor de la Humanidad. No te puedes imaginar lo que era vivir en esos tiempos, señorita Vivar.

—Suena magnífico.

—Lo fue —dijo Horus—. Lo fue, pero no podía durar. Pronto llegamos a otros mundos donde descubrimos a mis hermanos primarcas. Nos habían dispersado por toda la galaxia no mucho después de nuestro nacimiento y, uno a uno, el Emperador nos recuperó a todos.

—Debe haber sido algo extraño reunirse con hermanos que nunca había conocido.

—No es tan extraño como podría pensarse. Tan pronto como conocí a cada uno de ellos, tuve una afinidad inmediata, un vínculo que ni siquiera el tiempo o la distancia habían roto. No voy a negar que algunos eran más difíciles de tratar que otros. Si alguna vez conoces al Acechante Nocturno entenderás lo que quiero decir. Un bastardo temperamental, pero muy útil en una situación difícil cuando necesitas que algún imperio alienígena se cague en los pantalones antes de atacarlo. Angron no es mucho mejor. Tiene un temperamento como nunca has visto. ¿Crees conocer la ira? Te aseguro que no la conoces hasta que has visto a Angron perder los estribos. Y ni hablar de Lion.

—¿De los Ángeles Oscuros? La suya es la Primera Legión ¿no?

—Lo es —respondió Horus— y le encanta recordarnos eso a todos. Pude ver en sus ojos que él pensaba que debería haber sido el Señor de la Guerra, porque su Legión fue la primera. ¿Sabías que había crecido viviendo como un animal, poco más que una fiera salvaje? Te pregunto: ¿es el tipo de hombre que desearías como tu Señor de la Guerra?

—No, el no —dijo Horus, respondiendo a su propia pregunta.

—Entonces ¿a quién habría escogido para ser el Señor de la Guerra, si no a usted? —preguntó Petronella.

Horus pareció estar momentáneamente perturbado por su pregunta, pero dijo:

—Sanguinius. Debería haber sido él. Él tiene la visión y la fuerza para llevarnos a la victoria, y la sabiduría para gobernar una vez que la victoria se haya obtenido. A pesar de su imagen fría y distante, sólo él tiene el alma del Emperador en la sangre. Cada uno de nosotros lleva una parte de nuestro padre dentro suyo, su hambre de batalla, su talento psíquico o su determinación de tener éxito. Sanguinius lo tiene todo. Debería haberlo sido…

—¿Y qué parte del Emperador le corresponde, señor?

—¿Yo? Llevo su ambición de gobernar. Mientras que la conquista de la galaxia se extendía ante nosotros eso era suficiente, pero ahora estamos llegando al final. Hay un proverbio kretense que afirma que la paz está siempre «más allá»; eso ha cambiado: ya está a nuestro alcance. El trabajo está casi hecho y ¿qué le resta a un hombre ambicioso cuando el trabajo ha terminado?

—Usted es la mano derecha del Emperador, señor —protestó Petronella— su hijo favorito.

—Ya no más —dijo Horus con tristeza—. Funcionarios menores y administradores me han suplantado. El Consejo de Guerra no existe más y ahora recibo mis órdenes del Consejo de Terra. Una vez todo en el Imperio estuvo orientado hacia la guerra y la conquista, pero ahora estamos cargados con exactores, escribas y notarios que exigen saber el costo de todo. El Imperio está cambiando y yo no estoy seguro de saber cómo cambiar con él.

—¿De qué manera está cambiando el Imperio?

—La burocracia y la oficialidad se están apoderando de él, señorita Vivar. Los burócratas, los administradores y los empleados están sustituyendo a los héroes de antaño y, a menos que cambiemos nuestras costumbres y nuestra dirección, nuestra grandeza como imperio pronto será una nota al pie en los libros de historia. Todo lo

que hemos logrado será un lejano recuerdo de la antigua gloria, perdido en las brumas del tiempo, como todas las civilizaciones de la antigua Terra, recordado amablemente por su noble pasado.

—Pero sin duda, la Cruzada no era sino el primer paso hacia la creación de un nuevo Imperio de la Humanidad para gobernar la galaxia. En tal galaxia necesitaremos administradores, leyes y escribas.

—¿Y qué hay de los guerreros que lo conquistaron? —gruñó Horus—. ¿Qué será de nosotros? ¿Vamos a ser carceleros y fiadores de la paz? Fuimos criados para la guerra y para matar. Eso es para lo que fuimos creados, pero nos hemos convertido en mucho más que eso. Soy mucho más que eso.

—El progreso es difícil, mi señor, y la gente siempre tiene que adaptarse a los nuevos tiempos —dijo Petronella, inquieta por este cambio de humor en el Señor de la Guerra.

—Es habitual confundir el cambio con el progreso, señorita Vivar —dijo Horus—. Fui criado con poderes maravillosos codificados en mi propia carne, pero no me imaginaba como el hombre que soy actualmente. Me forjé a mí mismo en el yunque de la batalla y la conquista. Todo lo que he logrado en los últimos dos siglos se regalará a hombres y mujeres débiles que no estuvieron aquí para derramar su sangre junto a nosotros en los rincones más oscuros de la galaxia. ¿Dónde está la justicia en eso? Hombres comunes gobernarán lo que he conquistado, pero ¿cuál será mi recompensa una vez que la lucha se acabe?

Petronella desvió la mirada hacia el apotecario Vaddon, pero él simplemente observaba impasible como ella asimilaba las palabras de Horus. Se preguntó brevemente si estaba tan incómodo como ella ante la ira del Señor de la Guerra.

Aunque se hallaba profundamente conmovida, su ambicioso corazón se dio cuenta de que estaba realizando la rememorización más sensacional imaginable, una que disiparía para siempre el mito de la Cruzada como un grupo unido de hermanos forjando su destino entre las estrellas. Las palabras de Horus pintaban un cuadro de desconfianza y desunión que nadie había imaginado.

Al ver su expresión, Horus levantó una mano temblorosa y le tocó el brazo.

—Lo siento, señorita Vivar. Mis pensamientos no son tan claros como deberían ser.

—No —dijo ella—, creo que son más claros que nunca.

—Creo que la he shockeado. Lo siento si he echado por tierra sus ilusiones.

—Admito que estoy… sorprendidas por gran parte de lo que está diciendo, señor.

—Pero te agrada, ¿no? Es lo que viniste a hacer aquí.

Ella trató de negarlo, pero la vista del Primarca moribundo le dio un instante y ella asintió.

—Sí —dijo ella— es para lo que he venido aquí. ¿Va a decirme todo?

Miró hacia arriba y se encontró con su mirada.

—Sí —dijo—. Así lo haré.



ONCE
RESPUESTAS
UN NEGOCIO DEMONÍACO
ANATEMA

Con sus flancos blindados la Thunderhawk no era tan elegante como la Stormbird, pero era más funcional y los llevaría de regreso a la luna de Davin más rápidamente que la otra embarcación más grande. Tecnoservidores y la tripulación de vuelo del Mechanicum la prepararon para su lanzamiento, apurados por la voluntad de Loken. Cada segundo que pasaba ponía al Señor de la Guerra más cerca de la muerte y él no iba a permitir que eso sucediera.

Varias horas habían pasado desde que habían traído el Señor de la Guerra, pero no había limpiado su armadura o sus armas, prefiriendo volver de la misma manera en que habían salido, aunque habían repuesto su suministro de municiones. La cubierta estaba resbaladiza por la sangre de los que habían maltratado y sólo ahora, con tiempo para reflexionar sobre lo que habían hecho, Loken sintió vergüenza.

No podía recordar ninguna de las caras, pero se acordó del sonido de los cráneos al partirse y de los gritos de dolor. Todos los nobles ideales de los Astartes… ¿Qué es lo que querían significar cuando podían ser desechados tan fácilmente? Kyril Sindermann tenía razón: la decencia común y el comportamiento cívico son sólo una fina capa sobre el núcleo del animal que se escondía en los corazones de todos los hombres… incluso de los Astartes.

Si las costumbres del comportamiento civilizado podían ser fácilmente olvidadas ¿qué otra cosa podía ser traicionada fácilmente en circunstancias difíciles?

Mirando alrededor de la cubierta, Loken pudo sentir una diferencia apenas

perceptible. Aunque todavía se oía el golpe de los martillos o de las escotillas y carros cargados de municiones maniobraban través de los espacios de la cubierta, había una atmósfera tenue en la cubierta de embarque, como si el recuerdo de lo que había sucedido aún persistiera en el aire.

Las puertas blindadas de la cubierta estaban cerradas, pero Loken todavía podía oír los gritos apagados y los cantos de la multitud reunida afuera.

Cientos de personas mantenían una vigilia con velas en los pasillos que rodeaban la cubierta de embarque y llenaban la plaza de observación. Unas tres veintenas le observaban desde la ventana por encima del pórtico. Llevaban ofrendas votivas y documentos inscritos con plegarias para la supervivencia del Señor de la Guerra, simples garabatos azarosos o manifestaciones de sus sentimientos.

A quién estaban dirigidas estas plegarias era un verdadero misterio, pero parecían dar a la gente un propósito y Loken sabía apreciar el valor de un propósito en estas horas de oscuridad.

Los hombres de la Locasta ya estaban a bordo, a pesar de que su paso a través de la cubierta de embarque casi había provocado una estampida de personas aterrorizadas. La memoria de la última vez que los Astartes habían marchado a través de la misma todavía estaba fresca y sangrienta.

Torgaddon y Vipus efectuaron los últimos controles antes del lanzamiento de sus hombres. Todo lo que le restaba por hacer era dar la orden.

Oyó unos pasos detrás de él y se volvió para ver la figura de Tybalt Marr, el capitán de la 18.ª Compañía, acercándose a él. Se lo conocía como «el Uno” debido a su extraño parecido con Verulam Moy, que era conocido como “el Otro», moldeado tan firmemente a imagen del Señor de la Guerra que el aliento de Loken se le atoró en la garganta. Hizo una reverencia cuando su compañero capitán llegó hasta él.

—Capitán Loken —dijo Marr, devolviendo la atención—. ¿Puedo tener una palabra con usted?

—Por supuesto, Tybalt —dijo—. Siento lo de Verulam. Era un hombre valiente.

Marr asintió secamente y Loken apenas pudo imaginar el dolor que debía estar sufriendo.

Loken había llorado a sus hermanos caídos, pero Moy y Marr habían sido inseparables, disfrutando de una relación simbiótica, no muy diferente de los gemelos idénticos. Como amigos y hermanos, habían luchado mejor en pareja, pero una vez más, Moy había tenido la suerte de ganar un lugar en la punta de lanza, y Marr no.

Ésta vez Moy había pagado la suerte con su vida.

—Gracias, Capitán Loken. Agradezco el sentimiento —dijo Marr.

—¿Había algo que quería decirme, Tybalt?

—¿Va a regresar a la luna? —le preguntó Marr. Loken sabía exactamente por qué Marr estaba aquí. Él asintió con la cabeza—. Lo haremos. Puede haber algo allí que ayude al Señor de la Guerra. Si existe, lo encontraremos.

—¿Está en el lugar donde Verulam murió?

—Sí —dijo Loken—. Creo que sí.

—¿Tienen lugar para otra espada? Quiero ver donde… donde sucedió.

Loken vio el dolor en los ojos de Marr y dijo:

—Por supuesto que lo tenemos.

Marr asintió con agradecimiento y marcharon hasta la rampa de asalto cuando los motores de la Thunderhawk se encendieron con un chillido como llanto de un alma en pena.

Aximand vio como Abaddon golpeaba el hombro del servidor de combate, arrancando el brazo de la espada antes de acercarse para aplicar una serie de rápidos golpes de martillo a su torso. La carne se derrumbó bajo el asalto, el hueso y el acero se rompieron y el servidor se derrumbó en un lío astillado de carne y metal.

Era el tercer servidor que Abaddon había destruido en los últimos treinta minutos. Ezekyle siempre había mitigado su angustia con los puños y esta vez no era diferente. La violencia y la matanza eran aquello para lo que el Primer Capitán había sido criado al punto de que se habían convertido en una forma de vida para él. Eran la única manera que conocía para expresar sus frustraciones.

Aximand había desmantelado y vuelto a montar su bólter seis veces, repasando lenta y metódicamente cada parte con un paño embebido en aceite antes de limpiarlo minuciosamente. Así como Abaddon expresaba su dolor a través de la violencia, Aximand prefería nublar su mente a través de las rutinas familiares. Impotentes para hacer algo constructivo para ayudar al comandante, ambos se habían retirado a las cosas que mejor conocían.

—El Maestro de la Armería pedirá tu cabeza por la destrucción de sus servidores —dijo Aximand, mirando como Abaddon golpeaba lo que quedaba del servidor hasta su destrucción total.

Agitado, Abaddon salió de la jaula de entrenamiento, el sudor corría por su cuerpo

en líneas brillantes y por los cabellos de su coleta plateada. Parecía un gigante, incluso para ser un Astartes, musculoso y sólido como una piedra. Torgaddon a menudo se burlaba afirmando que Abaddon le había dejado el liderazgo de la Justaerin a Falkus Kibre porque era demasiado grande para caber en una armadura de exterminador.

—Es para lo que están hechos —le espetó Abaddon.

—No por eso deberías ser tan rudo con ellos.

Abaddon se encogió de hombros, levantó una toalla de su cámara de armas y la colgó alrededor de sus hombros.

—¿Cómo puedes estar tranquilo en un momento como este?

—Créeme, no estoy tranquilo, Ezekyle.

—Te ves calmado.

—El hecho de que no esté rompiendo las cosas con mis puños, no quiere decir que no esté inquieto.

Abaddon cogió un pedazo de su armadura y la empezó a pulir, antes de lanzarla a un lado con un gruñido de rabia.

—Mantén el equilibrio, Ezekyle —le aconsejó Aximand—. No es bueno estar fuera de balance, podrías no recuperarlo.

—Lo sé —suspiró Abaddon— pero me siento colérico, melancólico, taciturno, todo ello al mismo tiempo. No puedo quedarme quieto ni un segundo. ¿Y si no lo logra, Pequeño Horus? ¿Y si se muere?

El Primer Capitán se levantó y se paseó por las cámaras de armas, retorciéndose las manos. Aximand podía ver como se enrojecían sus mejillas mientras la ira y la frustración crecían en su interior una vez más.

—No es justo —gruñó Abaddon— no debería ser así. El Emperador no permitiría que esto sucediera. No debe permitirlo.

—El Emperador no ha estado por aquí durante largo tiempo, Ezekyle.

—¿Acaso siquiera sabe lo que ha pasado? ¿Acaso le importa?

—No sé qué decirte, amigo mío —dijo Aximand, recogiendo su bólter una vez más y presionando la empuñadura que liberaría el cargador, viendo que Abaddon tenía un nuevo objetivo para su rabia e impotencia.

—No ha sido el mismo desde que nos dejó en Ullanor —se lamentó Abaddon—. Nos dejó para limpiar lo que él no se molestaría en acabar y ¿para qué? ¿Algún maldito proyecto en Terra es más importante que nosotros?

—Cuidado, Ezekyle —le advirtió Aximand—. Estás en territorio peligroso.

—¿Acaso no es así? No me digas que no sientes lo mismo, sé que lo haces.

—Es… diferente ahora, sí —admitió Aximand.

—Estamos aquí luchando y muriendo para conquistar la galaxia para él y ni siquiera se une a nosotros en la frontera final. ¿Dónde está su honra? ¿Dónde está su orgullo?

—¡Ezekyle! —dijo Aximand, arrojando su bólter y poniéndose de pie—. Basta. Si fuera cualquier otra persona, lo golpearía por esas palabras. El Emperador es nuestro amo y señor. Estamos juramentados a obedecerlo.

—Estamos comprometidos con el comandante. ¿No recuerdas tu juramento del Mournival?

—Lo recuerdo bastante bien, Ezekyle —replicó Aximand— mejor de lo que pareces hacerlo tú, ya que también juramos al Emperador sobre todos los primarcas.

Abaddon dio media vuelta y se aferró a la malla de alambre de la jaula de entrenamiento, sus músculos abultados y su cabeza inclinada. Con un grito de rabia animal, rasgó el panel de malla de la jaula y lo lanzó a través de las salas de entrenamiento, donde aterrizó a los pies blindados de Erebus, que estaba apoyado en la puerta.

—Erebus —dijo Aximand con sorpresa—. ¿Cuánto tiempo has estado allí?

—Lo suficiente, Pequeño Horus, el tiempo suficiente.

Aximand sintió un puñal de malestar hundirse en su corazón y dijo:

—Ezekyle estaba enojado y molesto. Su humor está desbalanceado. No…

Erebus agitó la mano restando importancia a las palabras de Aximand, la luz tenue se reflejaba de las placas de acero bruñido de su armadura.

—No temas, amigo, sabes que todo quedará entre nosotros. Todos somos miembros de la Logia. Si alguien me preguntara por lo que he oído hoy aquí, ya sabes lo que les diría, ¿no?

—No puedo decir nada.

—Exactamente —sonrió Erebus, pero lejos de quedarse tranquilo, Aximand de repente se sintió en deuda con el Primer Capellán de los Portadores de la Palabra, como si el silencio fuera una especie de moneda de cambio.

—¿Has venido para algo, Erebus? —exigió Abaddon, con su cólera a todo vapor.

—De hecho si lo hice —asintió con la cabeza Erebus, extendiendo su mano para revelar su medalla plateada de la Logia—. La condición del Señor de la Guerra se está deteriorando y Targost ha convocado a una reunión.

—¿Ahora? —preguntó Aximand—. ¿Por qué?

Erebus se encogió de hombros.

—No puedo decir nada.

Se reunieron una vez más en la bodega de popa del buque insignia, viajando por las solitarias escaleras de servicio de la cubierta más profunda de la *Espíritu Vengativo*. El camino se estrechaba cada vez más y la iluminación se volvía más tenue. Aximand se encontró desesperado por acabar con esto. ¿El Señor de la Guerra se estaba muriendo y se celebraba una reunión?

—¿Quien se acerca? —preguntó una figura encapuchada en la oscuridad.

—Tres almas —respondió Erebus.

—¿Cuáles son sus nombres? —preguntó la figura.

—¿Es necesario preocuparse por eso ahora? —interrumpió Aximand—. Ya sabes que somos nosotros, Sedirae.

—¿Cuáles son sus nombres? —repitió la figura.

—No puedo decirlo —dijo Erebus.

—Pasen, amigos.

Entraron en la bodega de popa, Aximand le asestó una mirada venenosa a la capucha de Luc Sedirae, que simplemente se encogió de hombros y los siguió. Las velas iluminaban el vasto andamiaje de la zona enmarcada como de costumbre, pero en lugar de las bromas animadas de los guerreros, una atmósfera solemne envolvía la bodega. Todos los sospechosos de siempre estaban ahí: Serghar Targost, Luc Sedirae, Kalus Ekaddon, Falkus Kibre y muchos oficiales y soldados que sabía conocía o al menos reconocía… y Maloghurst el Retorcido.

Erebus abrió el camino a la bodega, ubicándose en el centro del grupo cuando Aximand asintió con la cabeza hacia el palafrenero del Señor de la Guerra.

—Ha pasado tiempo desde que lo he visto en una reunión —dijo Aximand.

—En efecto —estuvo de acuerdo Maloghurst—. He abandonado mis deberes como miembro de la Logia, pero hay cuestiones ante nosotros que demandan mi asistencia.

—Hermanos —dijo Targost, iniciando la reunión—. Vivimos en una época sombría.

—Ve al grano, Serghar —gruñó Abaddon—. No tenemos tiempo para esto.

El maestro de la Logia fulminó con la mirada Abaddon pero sintió la furia apenas

contenida del Primer Capitán y asintió con la cabeza en lugar de enfrentarse a él. En cambio, hizo un gesto hacia Erebus y se dirigió a la Logia en su conjunto:

—Nuestro hermano de la Legión XVII quiere hablar con nosotros. ¿Vamos a escucharlo?

—Lo haremos —entonaron los Hijos de Horus.

Erebus se inclinó y dijo:

—El Hermano Ezekyle está en lo cierto, no tenemos tiempo para gastar en el ceremonial así que voy a ser franco. El Señor de la Guerra se está muriendo y el destino de la Cruzada se encuentra en el filo de la navaja. Sólo nosotros tenemos el poder para salvarla.

—¿Qué significa eso, Erebus? —preguntó Aximand.

Erebus paseaba alrededor de la circunferencia del círculo mientras hablaba.

—Los apotecarios no pueden hacer nada por el Señor de la Guerra. A pesar de su dedicación, no pueden curarlo de esta enfermedad. Todo lo que pueden hacer es mantenerlo con vida, y no pueden hacer eso por mucho más tiempo. Si no actuamos ahora, será demasiado tarde.

—¿Qué es lo que propones, Erebus? —preguntó Targost.

—Las tribus de Davin —dijo Erebus.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó maestro de la Logia.

—Ellos son un pueblo salvaje, controlado por las castas guerreras, eso todos lo sabemos. Nuestra propia organización lleva el sello de sus logias guerreras en su estructura y prácticas. Cada uno de sus logias venera a uno de los depredadores autóctonos de sus tierras y acá es donde nuestro orden es diferente. En mi tiempo en Davin durante su pacificación, estudié sus logias y sus maneras de buscar la corrupción o la blasfemia religiosa. No he encontrado nada de eso, pero en una logia en particular encontré lo que creo que podría ser nuestra única esperanza de salvar al Señor de la Guerra.

A pesar de sí mismo, Aximand se vio envuelta por las palabras Erebus, su oratoria digna de un iterador, con la modulación precisa del tono y el timbre de la voz para encantar a su audiencia.

—¡Cuéntanos! —gritó Luc Sedirae.

La Logia al completo repitió el grito hasta que Serghar Targost se vio obligado a restaurar el orden vociferando.

—Debemos llevar al Señor de la Guerra al Templo de la Logia Serpiente de Davin

—declaró Erebus—. Los sacerdotes de allí son expertos en las artes místicas de sanación, y creo que ofrecen la mejor oportunidad de salvar al Señor de la Guerra.

—¿Artes místicas? —preguntó Aximand—. ¿Qué significa eso? Suena como hechicería.

—No creo que lo sea —dijo Erebus, un poco dubitativo—. ¿Pero y si lo fuera, Hermano Horus? ¿Le negarían su ayuda? ¿Permitirían que muera el Señor de la Guerra a morir solo para sentirse puros? ¿La vida del Señor de la Guerra no merece correr el riesgo?

—Arriesgarse, si. Pero esto parece un tremendo error.

—El error sería no hacer todo lo que pudimos para salvar el comandante —dijo Targost.

—¿Incluso si eso significa mancharnos a nosotros mismos con la magia impura?

—No lo pongas de esa manera, Aximand, —dijo Targost—. Esto lo hacemos por la Legión. No hay otra opción.

—Entonces ¿está decidido ya? —exigió Aximand, empujando a Erebus para pasar al centro del círculo—. Si es así, entonces ¿por qué esta farsa del debate? ¿Por qué molestarse siquiera en convocarnos aquí?

Maloghurst se acercó cojeando a un lado de Targost y sacudió la cabeza.

—Todos debemos estar de acuerdo aquí, Hermano Horus. Ya sabes cómo funciona la Logia. Si no estás de acuerdo con esto, entonces no vamos a continuar con esto y el Señor de la Guerra se quedará aquí. Morirá si no hacemos nada. Sabes que eso es verdad.

—No me pueden pedir esto a mí —declaró Aximand.

—Tengo que hacerlo, mi hermano —dijo Maloghurst—. No hay otra manera.

Aximand sentía la responsabilidad de la decisión que recaía sobre él, aplastándolo contra el suelo cuando todos los ojos en la cámara se volvieron hacia él. Sus ojos se encontraron con los de Abaddon y vio que Ezekyle estaba claramente a favor de hacer lo que fuera para salvar al Señor de la Guerra.

—¿Qué hay de Torgaddon y Loken? —preguntó Aximand, tratando de ganar algo de tiempo para pensar—. No están aquí para hablar.

—¡Loken no es uno de nosotros! —gritó Kalus Ekaddon, el Capitán de los escuadrones Reaver—. Él tuvo la oportunidad de unirse a nosotros, pero le dio la espalda a nuestra petición. En cuanto a Tarik, el seguirá nuestro ejemplo en esto. No hay tiempo para buscarlos.

Aximand miró a los rostros de los hombres que lo rodeaban y se dio cuenta no tenía otra opción. Nunca la había tenido desde el momento en que había entrado en la habitación.

Lo que fuera necesario; el Señor de la Guerra tenía que vivir. Era así de simple.

Él sabía que habría consecuencias. Siempre que se pactara con el Diablo las habría pero cualquier precio valía la pena ser pagado si se salvaba el comandante.

Estaría condenado si era recordado después de su muerte como el guerrero que dejó morir al Señor de la Guerra.

—Muy bien —dijo al fin—. Dejemos que la Logia Serpiente haga lo que pueda.

Las diferencias que encontró en la luna de Davin en las pocas horas pasadas desde que la hubo pisado por última vez, son increíbles, pensó Loken. La molesta niebla había desaparecido y el cielo iba desde un amarillo almizclado al blanco puro. El olor continuaba allí, pero también estaba disminuido, ahora sólo era desagradable en lugar de abrumador. ¿La muerte de Temba había puesto fin a algún tipo de poder que tenía la luna encerrada en un ciclo perpetuo de descomposición?

A medida que la Thunderhawk se desplazaba en vuelo rasante por los pantanos, Loken pudo apreciar que los bosques enfermos habían desaparecido, sus troncos se habían colapsado sin la corrupción que los mantenía enteros. Sin el camuflaje de la niebla, era fácil de encontrar la Gloria de Terra, aunque por suerte ahora no se oían esos fúnebres mensajes en el vox como la última vez.

Apenas aterrizaron Loken asumió el mando de la escuadra Locasta; Torgaddon, Vipus y Marr aceptaron su liderazgo de manera natural. Aunque Torgaddon y Marr había llegado a la capitanía antes que Loken, por instinto se la otorgaban a él por esta misión.

—¿Qué esperas encontrar aquí, Garvi? —preguntó Torgaddon, entrecerrando los ojos ante el casco de la nave derruida. No se había molestado en encontrar un nuevo casco por lo que arrugaba la nariz ante el hedor del lugar.

—No estoy seguro —respondió—. Respuestas, tal vez; algo para ayudar al Señor de la Guerra.

Torgaddon asintió con la cabeza.

—Suena bien para mí. ¿Y tú, Marr? ¿Qué estás buscando?

Tybalt Marr no respondió, estiró la corredera de su bólter y marchó hacia la nave estrellada. Loken lo alcanzó y lo agarró del hombro.

—Tybalt, ¿me va a traer algún tipo de problemas?

—No. Sólo quiero ver el lugar dónde Verulam murió —dijo Marr—. No será real hasta que haya visto el lugar. Sé que lo vi en la morgue, pero no vi a un hombre muerto. Era como mirarse en un espejo. ¿Lo entiende?

Loken no lo hizo, pero asintió con la cabeza de todos modos.

—Muy bien, toma posición en la fila.

Marcharon hacia la nave destruida, trepando por las rampas dejadas por la acumulación de escombros para introducirse por los huecos a los lados del casco.

—Maldita sea, siento como que hace una vida que luchamos aquí —dijo Torgaddon.

—Fue hace sólo tres o cuatro horas, Tarik —señaló Loken.

—Lo sé, pero…

Finalmente llegaron a la cima de la rampa y penetraron en la oscuridad de la nave. El recuerdo de la última vez que había hecho esto y lo que había encontrado al final del viaje aún estaba fresco en la mente de Loken.

—Manténgase alerta. No sabemos qué más podría quedar aquí.

—Deberíamos haberlo bombardeado desde la órbita —murmuró Torgaddon.

—¡Silencio! —siseó Loken—. ¿No escuchaste lo que dije?

Tarik levantó las manos a modo de disculpa y siguieron adelante a través de los restos del naufragio a lo largo de pasillos oscuros, tambuchos desencajados y malolientes corredores oscuros. Vipus y Loken abrían el camino, con Torgaddon y Marr guardando la retaguardia. Las cubiertas abandonadas no habían perdido ni un ápice de su poder perturbador aunque los afloramientos orgánicos desagradables que cubrían toda su superficie con brillante humedad, parecían estar muriendo, agrietándose y convirtiéndose en polvo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Torgaddon—. Éste lugar era como el paraíso de la hidroponía hace unas horas atrás. Ahora está…

—Muerto —completó Vipus—. Al igual que los árboles que vimos antes.

—Más que muerto —dijo Marr, arrancando uno de los crecimientos de la pared.

—No toques nada —advirtió Loken—. Algo en esta nave tiene la capacidad de dañar al comandante y hasta que no sepamos lo que es, que nada te toque.

Marr arrojó los restos y se limpió la mano en la pierna mientras se internaban más profundamente en la nave. La memoria de Loken de la ruta anterior era impecable y pronto llegaron al corredor central y la ruta hacia el puente.

Rayos de luz se filtraban a través de los agujeros del casco y motas de polvo flotaban en el aire como una pared brillante. Loken encabezaba la marcha, agachándose por debajo de los mamparos y las chispas que saltaban de los cables cortados, cuando llegaron a su destino final.

Loken pudo oler a Eugan Temba mucho antes de verlo. El hedor de su putrefacción era insoportable, incluso más allá del puente. Hicieron su camino con cautela a través del puente y Loken envió a sus guerreros para asegurar todo el perímetro con leves movimientos de su mano.

—¿Qué vamos a hacer con esos hombres ahí arriba? —preguntó Vipus, señalando a los soldados muertos cosidos a las banderas que colgaban del techo—. No podemos dejarlos así.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada por ellos ahora —dijo Loken—. Cuando destruyamos este casco, van a descansar en paz.

—¿Es él? —le preguntó Marr, señalando al cadáver hinchado.

Loken asintió con la cabeza, levantando su bólter y avanzando hacia el cuerpo. Un movimiento ondulante alzaba la piel del cadáver y el vientre voluminoso de Temba se contorsionó con el movimiento interno. Su carne se extendió con tanta fuerza sobre su cuerpo que los contornos de los gusanos y larvas podían ser vistos bajo la piel apergaminada.

—Por el Trono, es asqueroso —dijo Marr—. Y esto… ¿mató a Verulam?

—Supongo que sí —contestó Loken—. El Señor de la Guerra no lo dijo exactamente, pero no hay nada más aquí ¿verdad?

Dejó a Marr con su pesar y se dirigió a sus guerreros diciendo:

—Sepárense y busquen algo, cualquier cosa que pueda darnos alguna pista sobre lo que pasó aquí.

—¿No tienes idea de lo que estamos buscando? —preguntó Vipus.

—No, no realmente —admitió Loken—. Podría ser un arma.

—Vamos a tener que revisar a ese bastardo grasoso ¿no? —señaló Torgaddon—. ¿Quién será el suertudo tenga que hacer eso?

—Pensé que sería algo que podrías disfrutar, Tarik.

—Oh no, no voy a poner ni un dedo cerca de esa cosa.

—Yo lo haré —dijo Marr, mientras se arrodillaba y quitaba los restos de la ropa empapada de la carne de Eugan Temba.

—¿Ves? —dijo Torgaddon, retrocediendo—. Tybalt quiere hacerlo. Se lo dejo a él.

—Muy bien. Tenga cuidado, Tybalt —dijo Loken antes de dar vuelta lejos de la vista desagradable de Marr rebuscando entre el cadáver de Temba.

Sus hombres comenzaron a buscar en el puente y Loken subió los escalones del trono del capitán, mirando a lo largo de las fosas de la tripulación, ahora llenas de toda clase de excrecencias viles y suciedad. Loken no podía explicar cómo una gloriosa nave y un hombre de carácter supuestamente intachable pudieron llegar a un final tan despreciable.

Le dio la vuelta al trono, haciendo una pausa cuando su pie chocó contra algo sólido.

Se inclinó y vio una caja de madera pulida. Sus superficies eran lisas y limpias, y estaba claramente fuera de lugar en esta tumba humeante. Tal vez de la longitud y grosor del brazo de un hombre, la madera de color café con extraños símbolos tallados en toda su longitud. La tapa se abría sobre unas bisagras doradas y Loken liberó la delicada cerradura que la mantenía cerrada.

La pequeña caja estaba vacía, forrada interiormente de terciopelo rojo. Mientras la miraba, Loken se dio cuenta de lo inconsciente que había sido al abrir la misma. Pasó los dedos a lo largo de la caja siguiendo el contorno de los símbolos ya familiares en su elegante letra cursiva.

—¡Por aquí! —gritó uno de la Locasta. Loken, rápidamente, recogió la caja y se dirigió hacia la fuente de la llamada. Mientras Tybalt Marr continuaba revisando el cuerpo putrefacto del traidor, los guerreros Astartes rodearon algo que brillaba en la cubierta.

Loken vio que era el brazo cortado de Eugan Temba, los dedos todavía cerrados alrededor de la empuñadura de una extraña y brillante espada con una hoja que parecía de piedra gris.

—Es el brazo derecho de Temba —dijo Vipus, que se agachó para levantar la espada.

—No la toques —dijo Loken—. Si le hizo daño al Señor de la Guerra, no quiero saber lo que nos podría hacer a nosotros.

Vipus retrocedió ante la espada como si fuera una serpiente.

—¿Qué es eso? —preguntó Torgaddon, señalando el ataúd.

Loken se acuclilló, colocando la caja ataúd junto a la espada, sorprendido cuando vio que la espada encajaría perfectamente en su interior.

—Creo que alguna vez contuvo la espada.

—Parece bastante nueva —dijo Vipus—. ¿Y qué es eso a un costado? ¿Escritura?

Loken no contestó, liberando la presa de los dedos muertos de Temba de la empuñadura de la espada. Aunque sabía que era absurdo, hizo una mueca ante cada dedo que separaba, esperando que la mano cobrara vida y lo atacara.

Finalmente, la espada estuvo libre y Loken levantó el arma con cautela.

—Cuidado —dijo Torgaddon.

—Gracias, Tarik, y yo que estaba a punto de tirarla.

—Lo siento.

Loken colocó lentamente la espada en la caja. El mango se estremeció y sintió una sensación muy curiosa cuando pronunció el nombre de Tarik, sintiendo el daño monstruoso el arma podía infligirle. Cerró la tapa, dejando escapar un suspiro de alivio.

—En el nombre de Terra ¿cómo hizo alguien como Temba para apoderarse de un arma como esa? —preguntó Torgaddon—. Ni siquiera parece fabricada por manos humanas.

—No lo es —dijo Loken, cuando la familiaridad con los símbolos en un lado del ataúd cayó horriblemente en su lugar—. Es kinebrach.

—¿Kinebrach? —preguntó Torgaddon—. Pero ellos no se…

—Sí —dijo Loken, levantando con cuidado la caja—. Éste es el anatam que fue robado de la Sala de los artefactos en Xenobia.

Corrió la voz por toda la *Espíritu Vengativo* a la velocidad del pensamiento, hombres y mujeres llorando a lo largo de la ruta. Cientos llenaban cada corredor cuando los Astartes llevaban al Señor de la Guerra en un féretro adornado con escudos en forma de cometa. Vestido con su armadura ceremonial de invierno, blanca con adornos de oro bruñido y el ojo rojo deslumbrante. Las manos del Señor de la Guerra estaban cruzadas sobre su espada de oro y una corona de laureles de plata se asentaba sobre su noble frente.

Abaddon, Aximand, Luc Sedirae, Serghar Targost, Falkus Kibre y Kalus Ekaddon lo llevaban en andas y detrás del Señor de la Guerra iban Hektor Varvarus y Maloghurst. Cada uno de ellos llevaba una armadura brillante y sus capas flotaban detrás de ellos mientras caminaban. Heraldos y pregoneros anunciaban la ruta del cortejo por lo que no hubo repetición de las escenas sangrientas en la cubierta de embarque cuando los Astartes marcharon lentamente con su amado líder, que había

luchado junto a ellos desde los primeros días de la Cruzada. Lloraban mientras marchaban, cada uno dolorosamente consciente de que este podría ser el último viaje del Señor de la Guerra.

En lugar de flores, la gente arrojaba trozos de papel mojados con sus lágrimas, cada uno con palabras de esperanza y de amor escritas en ellos. Una vez que vieron que el Señor de la Guerra aún vivía, las personas quemaban hierbas de propiedades curativas, colgándolas de incensarios a lo largo de la ruta. En algún lugar una banda tocaba la Marcha de la Legión.

Las velas ardían con un olor dulzón y los hombres y las mujeres, soldados y civiles, se desgarraban a sí mismos, demostrando su dolor. Banderas del ejército se alineaban en la ruta como muestra de respeto hacia el Maestro de Guerra y los cánticos devocionales seguían la procesión, hasta que por fin llegaron a la cubierta de embarque. Su gran puerta de entrada estaba envuelta en pergaminos, cada centímetro cuadrado de sus cierres recubierto con mensajes para el Señor de la Guerra y sus hijos.

Aximand se encontraba maravillado por la efusión de dolor y de amor por el Señor de la Guerra. Las demostraciones de dolor de la gente se hallaban más allá de toda experiencia. Para él, el Señor de la Guerra era la magnificencia personificada, pero ante todo, era un guerrero, un líder de hombres y uno de los elegidos del Emperador.

Para estos mortales, era mucho más que eso. Para ellos, el Señor de la Guerra era un símbolo de algo noble y heroico más allá de lo que jamás podrían aspirar, un símbolo de la nueva galaxia que se forjaría a partir de las cenizas de la Era de los Conflictos.

La existencia misma de Horus prometía poner fin al sufrimiento y a la muerte que habían acosado a la humanidad durante siglos.

La Noche Vieja estaba llegando a su fin, y gracias a los héroes como el Señor de Guerra, los primeros rayos de un nuevo amanecer aparecían en el horizonte.

Todo eso estaba bajo amenaza ahora y Aximand comprendió que había tomado la decisión correcta al permitir que los demás llevaran a Horus a la luna de Davin. La Logia de la Serpiente sanaría al Señor de la Guerra, y si es que los poderes involucrados una vez fueron condenados, entonces que así sea.

La suerte estaba echada y todo lo que quedaba era aferrarse a la esperanza de que el Señor de la Guerra les sería devuelto. Sonrió al recordar algo que el Señor de la

Guerra le había dicho sobre el tema de la fe. Típico en el Señor de la Guerra era el entregar sus palabras de sabiduría en un momento totalmente inapropiado: justo antes de saltar desde el interior de una Stormbird a la ciudad piel verde en Ullanor.

—Cuando has llegado hasta el borde de todo lo conocido y estás a punto de saltar hacia la oscuridad de lo desconocido, la fe es saber que una de dos cosas va a suceder —le había dicho el Señor de la Guerra.

—¿Y cuáles son? —le había preguntado.

—Que habrá algo sólido donde pararse o que uno sabe volar —se rió Horus mientras saltaba.

El recuerdo le hizo aflorar las lágrimas cuando la gran puerta de hierro de la cubierta de embarque se cerró detrás de ellos y los Astartes marcharon hacia la Stormbird que esperaba al Señor de la Guerra.



DOCE
PROPAGANDA
HERMANADOS EN LA SOSPECHA
SERPIENTE Y LUNA

Deslizándose a través de la página como una serpiente, la punta de la pluma de Ignace Karkasy se movía como si tuviera una mente propia. Como sus pensamientos conscientes se hallaban muy lejos de las palabras, bien podría tenerla. La musa se había apoderado verdaderamente con él por lo que su corriente de conciencia fluía en un río de sangre en el momento en que contaba los hechos catastróficos en la cubierta de embarque. La métrica se reproducía en su cabeza como una sinfonía, cada estrofa de cada canto acomodándose en su lugar como si no pudiera haber otro ordenamiento posible en el verso.

Desde sus días de gloria de los Poemas Oceánicos o Reflexiones y Odas que no se había sentido tan inspirado. De hecho, ahora que los recordaba, los odiaba por su vana palabrería, su inconsciente autocomplacencia y su irrelevancia para la galaxia en su conjunto. Estas palabras, estos pensamientos que ahora se apoderaban de él, eso era lo que importaba y maldijo el tiempo que había tardado en descubrirlo.

La verdad era lo único que importaba. El Capitán Loken le había dicho lo mismo, pero él no lo había oído, no realmente. Los versos que había escrito desde que Loken había comenzado patrocinarlo eran cosas miserables, indignas del hombre que había ganado el Lauro Etiópico, pero eso estaba cambiando ahora.

Después del baño de sangre en la cubierta de embarque, había regresado a sus cuarteles, agarrado una botella de vino Terrano y se había dirigido a la plataforma de observación. La encontró atestada de locos llorosos por lo que se había dirigido al

Retiro, a sabiendas de que estaría vacío.

Las palabras habían brotado él en un arranque de indignación, sus metáforas audaces y su lírica inquebrantable, surgían de la espantosa brutalidad que había presenciado. Había utilizado ya tres páginas del Bondsman, sus dedos estaban manchados de tinta y su alma de su poeta estaba en llamas.

—Todo lo que he hecho antes fue un prólogo para esto —susurró mientras escribía.

Karkasy hizo una pausa en su trabajo mientras reflexionaba sobre el dilema: la verdad era inútil si nadie pudiera oírla. Las instalaciones de la rememoradores incluía una prensa donde podrían presentar sus trabajos para su distribución a gran escala. Era bien sabido que mucho de lo que pasaba a través de la misma era controlado y censurado por lo que pocos hacían uso de ella. Karkasy ciertamente no podía, teniendo en cuenta el contenido de su nueva poesía.

Una leve sonrisa curvó sus labios cuando metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó una hoja arrugada de papel —uno de los folletos de Euphrati Keeler de la Lectitio Divinitatus— y lo extendió sobre la mesa delante de él con la palma de su mano.

La tinta se había corrido y el papel olía a amoníaco, claramente el trabajo de una impresora mecánica barata de algún tipo. Si Euphrati podía obtener el uso de una, entonces también él podría hacerlo.

Loken permitió que Tybalt Marr prendiera fuego al cuerpo de Eugan Temba antes de salir del puente. Su compañero capitán compañeros, manchado de sangre y suciedad, apuntó el lanzallamas sobre el cadáver monstruoso hasta que se convirtió en poco más que huesos y cenizas. Era una pequeña satisfacción por la muerte de un hermano, no suficiente, pero tendría que bastar. Dejaron atrás los restos humeantes y volvieron sobre sus pasos a través de la Gloria de Terra.

La luz se desvanecía de la luna de Davin en el momento en que salieron el exterior, el planeta sobre ellos era una esfera de color amarillo pálido colgando en el cielo oscuro. Loken llevaba el anatam en su caja de madera brillante. Sus guerreros le seguían desde los restos del naufragio en complete silencio.

Un gran estruendo se apoderó de la luna cuando un trío de enormes columnas de luz y humo se elevaban hacia el cielo desde la zona de despliegue imperial donde esta aventura desafortunada había comenzado. Loken observó el increíble espectáculo de

las máquinas de guerra de la Legio Mortis regresar a sus puestos de atraque blindados en órbita y, en silencio, agradeció a sus tripulaciones por su ayuda en la lucha contra las cosas muertas.

Pronto, lo único visible de las compañías de los Titanes era un resplandor difuso en el horizonte y sólo el ondear del agua y el gruñido de los motores de la Thunderhawk perturbaban el silencio. Las marismas desoladas estaban vacías en kilómetros a la redonda y mientras Loken se abría camino por la ladera de escombros, se sentía como el hombre más solo de la galaxia.

A pocos kilómetros de distancia, se podían ver manchas de luz azul que seguían a las compañías de Titanes. El Ejército trasladaba a los últimos soldados restantes de vuelta en sus transportes.

—Volvemos pronto, ¿eh? —dijo Torgaddon.

—Supongo —estuvo de acuerdo Loken—. Cuanto antes, mejor.

—¿Cómo se supone que esa cosa llegó aquí?

Loken no respondió a la pregunta de su hermano y sacudió la cabeza. Todavía no estaba preparado para compartir sus sospechas con Torgaddon. Por mucho que lo amara, Tarik tenía una boca grande y Loken no quería mostrar sus cartas aún.

—No lo sé, Tarik —dijo Loken mientras hacían su camino hacia la rampa de la Thunderhawk—. Creo que nunca lo sabremos.

—¡Vamos, Garvi, soy yo! —rió Torgaddon—. El ser tan ciclotímico te convierte en un mentiroso realmente terrible. Sé que tienes una idea de lo que pasó. Así que vamos, escúpelo.

—No puedo, Tarik, lo siento —dijo Loken—. No al menos de momento. Confía en mí. Yo sé lo que estoy haciendo.

—¿De verdad?

—No estoy seguro —admitió Loken—. Creo que sí. Por el Trono, desearía que el Señor de la Guerra estuviera aquí para preguntarle.

—Bueno, él no lo está —afirmó Torgaddon— por lo que confía en mí.

Loken subió a la rampa, agradecido de estar fuera de la superficie pantanosa de la luna, y se volvió hacia Torgaddon.

—Tienes razón, te lo diré y lo haré pronto. Sólo necesito tiempo para encajar algunas piezas.

—Mira, no soy estúpido, Garvi —dijo Torgaddon, acercándose para que ninguno de los otros pudiera oírlo—. Sé que la única manera en que esto podría haber llegado

hasta aquí es si alguien en la expedición lo trajo. Tuvo que haber estado aquí antes de nuestra llegada. Eso significa que sólo había una persona que estuvo con nosotros en Xenobia y podría haber llegado antes que nosotros. Ya sabes de quién estoy hablando.

—Sé de quién estás hablando —estuvo de acuerdo Loken, tirando Torgaddon hacia sí cuando el resto de los guerreros se embarcó en la Thunderhawk—. Lo que no puedo entender es ¿por qué? ¿Por qué tantos problemas para robar esta cosa y luego traerla aquí?

—Voy a partir en dos a ese hijo de puta si tuvo algo que ver con lo que le pasó al Señor de la Guerra —gruñó Torgaddon—. La Legión tendrá su piel.

—No —susurró Loken— todavía no. No hasta que nos enteramos de que va todo esto y si alguien más está involucrado. No puedo creer que alguien se atreviera a actuar contra el Señor de la Guerra.

—¿Crees que eso es lo que está pasando, un golpe de estado? ¿Acaso crees que otro de los primarcas quiere el papel del Señor de la Guerra?

—No lo sé, todo suena demasiado descabellado. Suena como algo sacado de uno de los libros de Sindermann.

Ninguno de los dos dijo nada. La idea de que uno de la hermandad eterna de primarcas podría estar intentando usurpar el lugar de Horus era increíble, indignante e inconcebible ¿no?

—Hey —los llamó Vipus desde el interior de la Thunderhawk—. ¿Qué están tramando los dos conspiradores?

—Nada —dijo Loken con aire de culpabilidad—. Estábamos hablando.

—Terminen. Tenemos que irnos ¡Ahora!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Loken mientras subía a bordo.

—El Señor de la Guerra —dijo Vipus—. Lo van a llevar a Davin.

La Thunderhawk estuvo en el aire momentos después de despegar entre chorros de agua turbia y una llamarada de fuego azul. La cañonera de combate rodeo la enorme nave en ruinas, ganando altitud y velocidad a medida que se volvía hacia el cielo.

El piloto aceleró los motores y la cañonera rugió hacia la oscuridad.

El gran orbe rojo del sol se hundía en el horizonte y los vientos cálidos y secos soplaban en las llanuras bajas lo que hizo su viaje lleno de turbulencias, cuando entraron en la atmósfera de Davin. La masa continental aumentó a través del cristal

blindado de la cabina, polvorienta, marrón y seca. Loken se sentó en la cabina con los pilotos y miró el panel de la aviónica cuando el eco del rojo que representaba la ubicación de la Stormbird el Señor de la Guerra se acercaba cada vez más.

Muy por debajo de ellos, se podía ver las brillantes luces de la zona de despliegue imperial, donde habían aterrizado por primera vez en Davin, un amplio círculo de luces voltaicas, plataformas de aterrizaje improvisadas y posiciones defensivas. El piloto los llevó en un ángulo empinado, la velocidad era más importante para Loken que cualquier noción de un vuelo seguro, pasando en vuelo rasante sobre las señales dejadas y rayas por otras barcazas de desembarco en su camino hacia la superficie.

—¿Por qué hay tantas? —preguntó Loken cuando su vuelo se niveló y pasaron más allá del ancho círculo de luz, observando cómo soldados y servidores trabajaban duramente para acelerar el acercamiento de otras barcazas de desembarco.

—No tengo idea —dijo el piloto— pero hay cientos de ellas llegando de la flota. Parece que mucha gente quiere ver Davin.

Loken no respondió, mas la presencia de tantas barcazas de desembarco en el camino a Davin era otra pieza del rompecabezas que él no entendía. Las redes vox estaban abarrotadas de conversaciones, voces llorosas y grupos que afirmaban que el final estaba cercano, mientras que otros daban gracias al divino Emperador porque su campeón elegido pronto se levantaría de su lecho de muerte.

Nada de eso tenía sentido. Había tratado de hacer contacto con el Mournival, pero nadie contestaba y un terrible presentimiento se apoderó de él cuando tampoco pudo contactar a Maloghurst en la *Espíritu Vengativo*.

Su vuelo pronto los llevó más allá de la posición imperial y Loken vio una cinta de luz que se extendía hacia el norte desde la zona de aterrizaje. Una gran cantidad de puntos de luz atravesaban la oscuridad. Loken ordenó al piloto volar más bajo y con la velocidad reducida.

Una larga columna de vehículos: tanques, camiones de abastecimiento, gabarras de transporte e incluso algo de tráfico civil, maniobraba sobre la dura de polvo, cada uno abarrotado de gente. Se dirigían hacia las montañas lo más rápido que sus motores podrían llevarlos. La Thunderhawk se abrió paso a través de la luz mortecina del día, antes de perder de vista la columna de vehículos que se dirigía en la misma dirección.

—¿Cuánto tiempo falta para llegar a la posición del Señor de la Guerra? —preguntó.

—A la velocidad actual, tal vez diez minutos —contestó el piloto.

Loken trató de ordenar sus pensamientos, pero hacía tiempo que se habían descarrilado en medio de toda esta locura. Desde que salieron del sistema Interexiano, su mente había sido un torbellino, sorbiendo cada pensamiento al azar y devolviéndolo con dardos de sospecha. ¿Podría ser que todavía sufría las secuelas de lo que había sucedido a Jubal? ¿Podría el poder, Escondido debajo de las Cabezas Susurrantes, contaminarlo tanto que veía sombras donde no las había?

Podría haber sido capaz de creer eso sin la presencia de la anatam y su certeza de que el Primer Capellán Erebus le había mentido en el viaje a Davin.

Karkasy había dicho que Erebus quería que Horus fuera a la luna de Davin y su indudable complicidad en el robo de la anatam podía conducir a una sola conclusión: Erebus había querido que Horus muriese en este lugar.

Eso no tenía ningún sentido tampoco. ¿Por qué ir a extremos tan complicados sólo para matar al Señor de la Guerra? Sin duda tenía que haber algo más que eso…

Los hechos se iban acumulando lentamente, pero ninguna de ellos encajaba, y todavía no tenía idea de por qué esto estaba sucediendo. Sólo tenía esta acumulación de eventos y la certeza de que correspondían a los designios humanos. Lo que sea que estuviera pasando, iba a descubrir la conspiración y hacer pagar a sus participantes con sus vidas.

—Estamos llegando a la Stormbird del Señor de la Guerra —le avisó el piloto.

Loken salió de su ensueño emponzoñado. No había sido consciente del paso del tiempo, pero inmediatamente volvió su atención a lo que había más allá del cristal blindado de la cabina.

Estaban rodeados por altos picos de montaña, dentados acantilados de piedra roja, veteada con brillantes capas de oro y cuarzo. Siguieron el curso de una antigua calzada a lo largo del valle, sus piedras cuarteadas y las losas agrietadas por el paso de los siglos. Las estatuas de reyes muertos hacía mucho tiempo se alineaban en la forma de procesión y las columnas derruidas, vigilaban la carretera olvidada como guardianes caídos. Las sombras sondeaban las profundidades del valle por el que volaban y en un hueco por delante, pudieron ver un resplandor reflejado en el cielo de bronce.

El piloto redujo su velocidad y la cañonera voló a hasta llegar a un cráter colosal que se elevaba del paisaje como un enorme cuenco de fondo plano. Los lados del enorme cráter se elevaron por encima de ellos, con sus miles de metros de diámetro.

Un enorme edificio de piedra se situaba en su centro, tallado en la roca misma de las montañas y bañado por la luz de mil antorchas. La Thunderhawk circunvaló la

estructura y Loken vio que era un edificio octogonal gigante, cada esquina con la forma del bastión de una fortaleza. Ocho torres rodeadas de una ancha cúpula en su centro y llamas que ardían en la parte de arriba.

Loken podía ver la Stormbird de Señor de la Guerra por debajo de ellos, una multitud de portadores de antorcha la rodeaba, cientos, quizás miles de personas. Un camino se extendía desde la Stormbird hasta el arco ciclópeo que llevaba al edificio. Loken vio la forma inconfundible del Señor de la Guerra llevada a cuestas por los Hijos de Horus hacia el mismo.

—Llévanos hacia abajo ¡Ahora! —gritó Loken. Se levantó, se dirigió de nuevo a la cabina y sacó su bólter de la parrilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Vipus—. ¿Problemas?

—Podría ser —dijo Loken, dirigiéndose a todos los guerreros a bordo de la cañonera—. Apenas desembarquemos, sigan mi ejemplo.

Sus guerreros se prepararon para un desembarco de combate y Loken sintió el cambio del movimiento cuando la Thunderhawk desaceleró y llegó a tierra. La luz interior cambió de rojo a verde y la nave se posó con fuerza en el suelo. La rampa de asalto cayó y Loken encabezó la salida, marchando con confianza hacia el edificio.

La noche había caído, pero el aire era caliente y las fragancias de las flores amargas llenaban el aire con un aroma seductor. Llevó a sus hombres con una marcha rápida. Muchos de los portadores de antorchas se volvieron hacia ellos con curiosidad y recién ahí Loken notó que se trataba de los habitantes indígenas de Davin.

Los Davinitas eran más enjutos que la mayoría de los mortales, altos y peludos con extremidades delgadas y moños elaborados en un estilo similar al de Abaddon. Vestían largas capas con estampados de escamas brillantes, armaduras de places alargadas —algunas con escamas lacadas— y la mayoría estaban armados con puñales y pistolas primitivas de pólvora, que llevaban en cinturones cruzados. Se separaron ante el avance de los Astartes, inclinando la cabeza en señal de súplica. Loken comprendió entonces cuan cerca de la desviación se encontraban los nativos.

No había prestado mucha atención a la Davinitas la primera vez que había aterrizado. Él era capitán de un escuadrón más preocupado por obedecer órdenes y completar las tareas que le asignaban que prestar atención a los lugareños. Incluso en esta ocasión, su atención estaba en otro lugar y la apariencia casi bestial de los Davinitas había escapado a su atención.

Rodeado de cientos de habitantes del planeta, sus diferencias en relación con el

genoma humano era inconfundibles y Loken se preguntó cómo habían evitado el exterminio hacía seis décadas, tomando en cuenta de que habían sido los Portadores de la Palabra los que había hecho el primer contacto con Davin, una legión no se destacaba por su tolerancia a nada más allá de la norma.

Loken se acordó de acalorada discusión entre Abaddon y el Señor de la Guerra sobre la cuestión de los Interexianos. El primer capitán demandaba que hicieran la guerra contra ellos por su intolerancia hacia las razas xenos. Davin era un caso que debería haber requerido de una solución más radical, pero de alguna manera eso no había sucedido.

Los Davinitas tenían claramente de genes humanos en principio, pero esta rama de la humanidad se había separado hasta casi conformar una especie diferente. El amplio espaciamiento de sus rasgos, los oscuros ojos sin pupilas y el volumen excesivo, casi simiesco de pelo grueso en la cara y en los brazos, recordaban a Loken los mutantes estables empleados por algunos regimientos del Ejército Imperial. Eran criaturas simples, con la inteligencia para blandir una espada o disparar torpemente un rifle, pero no mucho más.

Loken no estaba de acuerdo con la práctica y, aunque los habitantes de Davin tenían claramente un mayor nivel de inteligencia que las bestias, su apariencia no lo tranquilizaba en cuanto a lo que estaba pasando.

Sacó a los Davinitas de su mente mientras se acercaba a un enorme conjunto de escalones tallados en la roca y adornados con serpientes enroscadas y braseros ardientes. Tres estrechos canales llenos de agua dividían las escaleras, uno a cada lado y uno en el centro.

El Señor de la Guerra y sus portadores estaban fuera de la vista en el siguiente nivel y Loken condujo a sus guerreros por las escaleras procesionales, subiéndolos de a tres a la vez, hasta que oyeron un monstruoso chirrido más adelante. La imagen de unas puertas vastas, monolíticas apareció espontáneamente en su mente y dijo:

—Tenemos que apurarnos.

Loken se acercaba a la parte superior de la escalera donde los braseros de carbón emitían un resplandor rojizo arrancando reflejos luminosos de las escamas de las serpientes y de los ojos tallados en cuarzo. Los últimos rayos del sol moribundo iluminaban las serpientes talladas alrededor de los pilares, lo que hacía que parecerlas vivas, como si lentamente descendieran al nivel del suelo. El efecto era inquietante y Loken abrió el comunicador de su traje nuevamente.

—¿Abaddon, Aximand? ¿Puede alguno de ustedes oírme? Respondan.

Su auricular silbó con estática, pero su saludo no recibió ninguna respuesta por lo que aceleró el ritmo.

Finalmente llegó a la cima, surgiendo a una explanada de la luz de la luna bañaba más estatuas serpentinas sobre pilares que se alineaban en una carretera que conducía a una gigantesca puerta arqueada en el frente del enorme edificio. Amplias puertas de bronce batido con una brillante superficie espiralada. Loken sintió la piel de gallina a la vista del horripilante portal donde la oscuridad albergaba la promesa de un poder antiguo, primordial.

Pudo ver a un grupo de guerreros Astartes parado delante de él, observando la monstruosa puerta. Loken no pudo ver señal alguna del Señor de la Guerra.

—Apuren el paso, marcha de batalla —ordenó él, y comenzó a trotar a paso firma, paso que adoptaban los Astartes cuando no había apoyo de un vehículo. Marchar a esta velocidad era sostenible a través de distancias enormes y todavía permitía a un guerrero luchar al final de la misma. Loken rezó para que no estuviera obligado a luchar al final de esta marcha.

A medida que se acercaba a las puertas vio que, lejos de estar grabada con espirales, cada una estaba tallada con todo tipo de imágenes y escenas. Serpientes retorcidas entrelazadas, otras en círculos tragándose sus colas y emparejadas como si estuvieran en el apareamiento.

Sólo cuando la puerta se cerró con un sonido metálico atronador vio la imagen completa. A diferencia del comandante, Loken no era estudiante de arte, sin embargo, estaba impresionado por el impacto de las imágenes trabajadas en la puerta de entrada. Ocupando el lugar central se hallaba un gran árbol con las ramas extendidas, con frutas colgantes de todo tipo. Sus tres raíces se extendían más allá de la base de las puertas y terminaban en una amplia piscina circular que alimentaba a los ríos que corrían a lo largo de la explanada, antes de caer por las escaleras.

Las serpientes se enroscaban en espiral alrededor del árbol, con las cabezas entrelazadas en las ramas superiores. Loken se sintió sorprendido por su similitud con el símbolo de las hombreras de los apotecarios de la Legión.

Siete guerreros se situaban en el borde de la piscina, ante la gigantesca entrada. Estaban armados con el verde de los Hijos de Horus. Loken los encontró a todos: Abaddon, Aximand, Targost, Sedirae, Ekaddon, Kibre y Maloghurst.

Ninguno llevaba puesto el casco y cuando se dieron la vuelta, vio que cada uno

tenía el mismo aire de desesperación impotente. Había estado en el infierno con estos guerreros una y otra vez y ver a sus hermanos con estas expresiones en sus rostros, mitigó su ira, dejándolo vacío y desconsolado.

Redujo su marcha cuando se encontró cara a cara con Aximand.

—¿Qué han hecho? —le preguntó—. Oh, hermanos míos ¿qué han hecho?

—Lo qué debíamos hacer —dijo Abaddon, cuando Aximand no respondió.

Loken ignoró al Primer Capitán y dijo:

—¿Pequeño Horus? Dime lo que han hecho.

—Es como Ezekyle dijo. Hicimos lo que debía hacerse —dijo Aximand—. El Señor de la Guerra se estaba muriendo y Vaddon no podía salvarlo. Así que lo trajimos a Delphos.

—¿Delphos? —preguntó Loken.

—Es el nombre de este lugar —dijo Aximand—. El Templo de la Logia de la Serpiente.

—¿Templo? —preguntó Torgaddon—. Horus, ¿trajiste al Señor de la Guerra a un templo? ¿Estás loco? El comandante nunca habría estado de acuerdo con esto.

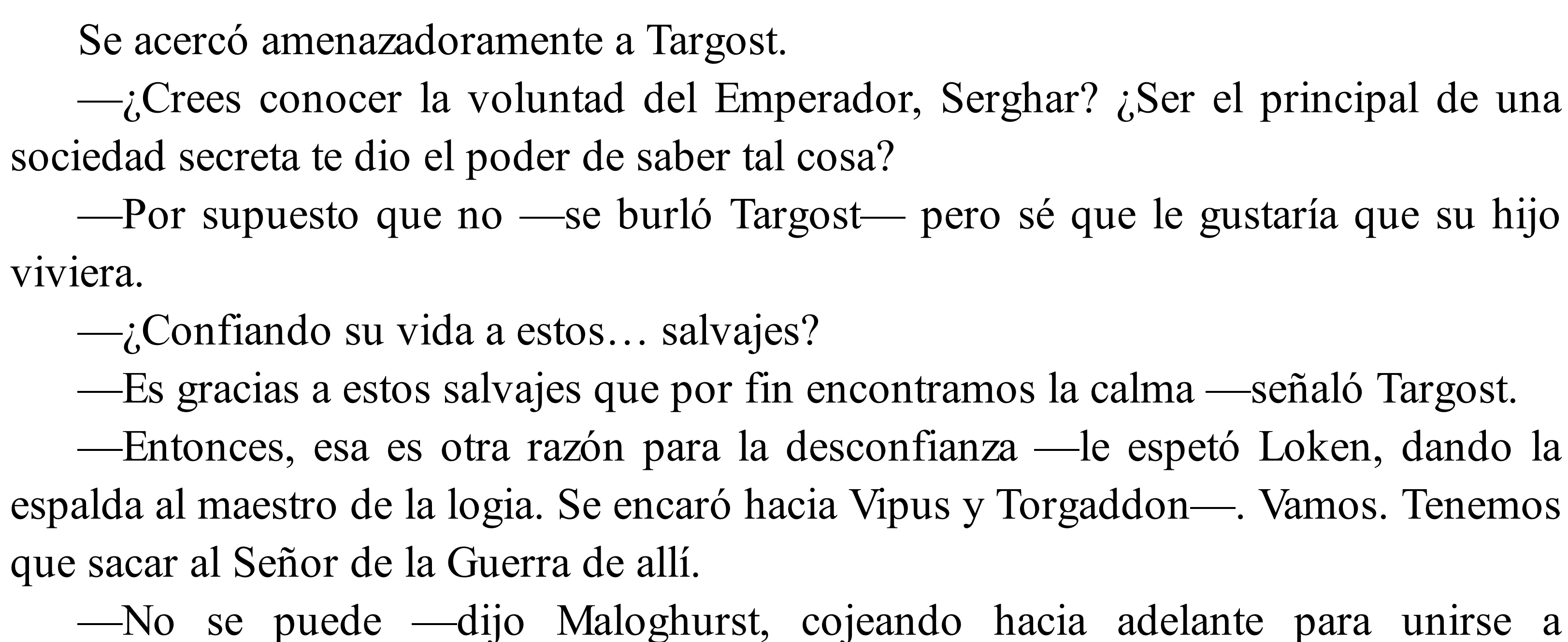
—Tal vez no —respondió Serghar Targost, dando un paso adelante para estar al lado de Abaddon— pero al final no podía ni siquiera hablar. Él habló con esa maldita rememoradora durante horas antes de que perdiera la conciencia. Tuvimos que colocarlo en un campo de estasis para mantenerlo con vida el tiempo suficiente para traerlo aquí.

—¿Tiene razón Tarik? —preguntó Loken—. ¿Esto es un lugar de culto?

—Lugar de culto, templo, Delphos, casa de curación, llámalo como quieras —se encogió de hombros Targost—. Con el Señor de la Guerra a las puertas de la muerte, ni la religión ni su negación parece ya muy significativo. Era la única esperanza que nos quedaba y ¿qué teníamos que perder? Si no hacíamos nada, El Señor de la Guerra se moría. Al menos de esta manera tiene una oportunidad.

—Y ¿a qué precio vamos a comprar su vida? —exigió Loken—. ¿Por traerlo a una casa de dioses falsos? El Emperador afirmó que la civilización sólo alcanzaría la perfección cuando la última piedra de la última iglesia caiga sobre el último sacerdote; y ustedes traen aquí al Señor de la Guerra. Esto va en contra de todo por lo que hemos luchado en estos dos últimos siglos. ¿No ves eso?

—Si el Emperador estuviera aquí, haría lo mismo —dijo Targost. Loken sintió que su cólera afloraba ante tal arrogancia.



Se acercó amenazadoramente a Targost.

—¿Crees conocer la voluntad del Emperador, Serghar? ¿Ser el principal de una sociedad secreta te dio el poder de saber tal cosa?

—Por supuesto que no —se burló Targost— pero sé que le gustaría que su hijo viviera.

—¿Confiando su vida a estos… salvajes?

—Es gracias a estos salvajes que por fin encontramos la calma —señaló Targost.

—Entonces, esa es otra razón para la desconfianza —le espetó Loken, dando la espalda al maestro de la logia. Se encaró hacia Vipus y Torgaddon—. Vamos. Tenemos que sacar al Señor de la Guerra de allí.

—No se puede —dijo Maloghurst, cojeando hacia adelante para unirse a Abaddon. Loken tuvo la clara impresión de que sus hermanos estaban formando una barrera entre él y la pasarela.

—¿Qué quieres decir?

—Se dice que una vez que la puerta de Delphos se ha cerrado, no hay manera de abrirla excepto desde el interior. Un hombre necesitado de curación es introducido allí y dejado al arbitrio de los espíritus de las cosas muertas. Si es su destino es vivir, podrá abrir la puerta por sí mismo, si no, se abre en nueve días y sus restos son quemados antes de ser echados a la piscina.

—¿Así que han dejado al Señor de la Guerra en el interior? Para lo que le podría hacer, bien podían haberlo mantenido igual en la *Espíritu Vengativo*. «Espíritus eternos de las cosas muertas» ¿qué significa eso? Esto es una locura. ¿No lo ven?

—Permanecer junto a él y verlo morir sin hacer nada era una locura —dijo Maloghurst—. Nos juzgas por un acto de amor. ¿No ves eso?

—No, Mal, no puedo —respondió tristemente Loken—. ¿Cómo se les ocurrió traerlo aquí? ¿Es algún maldito conocimiento que solo tu logia posee?

Ninguno de sus hermanos habló. Loken buscó en sus rostros alguna respuesta; de repente, la verdad del asunto quedó horriblemente clara para él.

—Erebus les contó de este lugar ¿no?

—Sí —admitió Targost—. Él sabe hace mucho de estas logias y ha visto el poder de sus casas de curación. Si el Señor de la Guerra sale con vida deberías agradecerle ese conocimiento.

—¿Dónde está? —exigió Loken—. Él me responderá por esto.

—No está aquí, Garvi —dijo Aximand—. Esto era algo que solamente los Hijos de

Horus podían hacer.

—Entonces, ¿dónde está ahora, aún en la *Espíritu Vengativo*?

Aximand se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Por qué es importante para ti?

—Creo que todos ustedes han sido engañados, mis hermanos —dijo Loken—. Sólo el Emperador tiene el poder de curar al Señor de la Guerra. Todo lo demás es mentira y el dominio de inmundos murmuradores de cadáveres.

—El Emperador no está aquí —dijo Targost sin rodeos—. Tomamos la ayuda que pudimos.

—¿Qué hay de ti, Tarik? —dijo Abaddon—. ¿Vas a darles la espalda a tus hermanos del Mournival, como Garviel? ¿Verdad? Quédate con nosotros.

—Garvi puede ser un culo almidonado, Ezekyle, pero tiene razón y no puedo estar con ustedes en este caso. Lo siento culo —dijo Torgaddon mientras él y Loken se apartaban de la puerta.

—¡Has olvidado tu juramento del Mournival! —gritó Abaddon mientras se marchaban—. Juraron lealtad al Mournival hasta el final de sus vidas. ¡Son unos perjuros!

Las palabras del Primer Capitán golpearon a Loken con la fuerza de una ronda de bólter y se detuvo en seco. Perjuros… La idea era horrible.

Aximand llegó por detrás de él, agarrando su brazo y señalando hacia la piscina de agua. El agua negra se movía quietamente y Loken pudo ver el reflejo curvado amarillo de luna de Davin en su superficie.

—¿Ves? —dijo Aximand—. La luna brilla sobre el agua, Loken. La marca de la media luna… Está marcada en nuestros cascos desde nuestro juramento en el Mournival. Es un buen presagio, mi hermano.

—¿Presagio? —escupió Loken, retirando su brazo escupió—. ¿Desde cuándo ponemos nuestra fe en los presagios, Horus? El juramento del Mournival es una pantomima, pero esto es ritual. Esto es hechicería. Te dije entonces que no iba a ceder ante cualquier fantasma o espíritu. Ya te dije que yo sólo poseía la claridad empírica de la Verdad Imperial y me atengo a esas palabras.

—Por favor, Garvi —suplicó Aximand—. Estamos haciendo lo correcto.

Loken negó con la cabeza.

—Creo que todos lamentaremos el día que trajimos aquí al Señor de la Guerra.



TERCERA PARTE
LA CASA DE LOS DIOSES FALSOS



TRECE
¿QUIÉN ERES?
RITUAL
VIEJO AMIGO

Horus abrió los ojos, sonriendo al ver el cielo azul por encima de él. Nubes de color rosa y anaranjado flotaban lentamente a través de su campo de visión, apacibles y relajantes. Él las observó por unos momentos y luego se sentó, sintiendo la humedad del rocío por bajo sus manos cuando se empujó a sí mismo a la posición vertical. Notó que estaba desnudo y mientras inspeccionaba su entorno, levantó la mano a la cara, oliendo el dulce aroma de la hierba y la frescura cristalina del aire.

Tenía por delante una vista de belleza sin igual, imponentes montañas cubiertas de nieve envuelta en un chal de pinos y abetos, franjas magníficas de bosques verde esmeralda hasta donde el ojo podía ver y un ancho río de espuma con agua helada. Cientos de peludos herbívoros pastaban en la planicie las aves planeaban en amplios círculos, ruidosamente por encima de su cabeza. Horus se sentó en las laderas bajas de la colina al pie de las montañas, el sol calentándole la cara y la hierba maravillosamente suave debajo de él.

—Así es entonces —se dijo con calma a sí mismo—. Estoy muerto.

Nadie le respondió, pero ya lo había esperado. ¿Era esto lo que ocurría cuando una persona moría? Recordaba vagamente que alguien le había enseñado las antiguas nociones de «cielo" e "infierno», palabras sin sentido que prometían una recompensa por la obediencia y el castigo por la maldad.

Respiró hondo, oliendo el aroma de la buena tierra: los perfumes de un mundo salvaje y de los seres vivos que cubrían el paisaje. Podía saborear el aire y quedó

sorprendido por su pureza. Su frescura le llenaba los pulmones como el vino dulce, pero ¿cómo había llegado aquí y… dónde era aquí?

Había sido… ¿dónde? No podía recordar. Sabía que su nombre era Horus, pero más allá de eso, tenía sólo fragmentos y recuerdos tenues que incluso ahora se debilitaban y se volvían insustanciales por más que trataba de aferrarse a ellos.

La decisión de tratar de averiguar más sobre su entorno, lo puso en pie, haciendo una mueca cuando sintió un tirón en el hombro y vio una mancha de sangre que atravesaba el manto de lana blanca que se encontró usando. ¿No había estado desnudo hacía un segundo?

Horus lo apartó de su mente y se echó a reír.

—Puede no haber infierno, pero esto se siente como el cielo.

Su garganta estaba seca y partió hacia el río, sintiendo la suavidad de la hierba a través de los pies calzados con sandalias nuevas. Estaba más lejos de lo que pensaba; el viaje le llevaría más de lo esperado, pero él no le importaba. La belleza del paisaje valía la pena disfrutarse y, aunque algo insistente le molestaba en el inconsciente, no le hizo caso y siguió adelante.

Las montañas parecían llegar a las mismas estrellas, sus picos se perdían entre las nubes y expulsaban vapores nocivos en el aire mientras miraba hacia ellos. Horus parpadeó; la imagen residual del humo oscuro envolviendo colinas de hierro y cemento se coló en sus retinas como una breve interferencia en una ventana mental. La tomó como otra novedad de su entorno y se dirigió a través de la llanura de hierba alta, sintiendo los huesos y el paso de incontables siglos de industrias crujiendo bajo sus pies.

Horus sentía cenizas en la garganta, necesitando una bebida más que nunca. El olor de los productos químicos empeoraba con cada paso. Pudo saborear benceno, cloro, ácido clorhídrico y grandes cantidades de monóxido de carbón —toxinas letales para cualquier otro que no fuera él— y brevemente se preguntó cómo sabía estas cosas. El río estaba justo por delante y entró en su cauce salpicando a través de las aguas poco profundas, disfrutando el frío penetrante de la corriente. Se agachó y recogió un puñado de agua en la palma de la mano ahuecada.

El agua helada le quemó la piel, goteando escoria fundida en chorros cáusticos por entre sus dedos, y lo dejó caer de nuevo al río, limpiándose las manos en la túnica, que estaba manchada de hollín y desgarrada. Miró hacia arriba y vio que las montañas de cuarzo brillante se habían convertido en enormes torres de bronce y de hierro,

hiriendo el cielo con portales como gigantescas fauces que podían tragar y vomitar ejércitos enteros. Corrientes de suciedad y tóxicos se vertían desde las torres y envenenaban el río. El paisaje alrededor de él, se marchitaba y moría en un instante.

Confundido, Horus corrió a trompicones desde el río, luchando por mantenerse en la exuberancia verde que lo había rodeado y que le obstruía la visión de esa tierra oscura y sombría, de ruina y desesperación. Se volvió hacia la montaña oscura con sus laderas de hierro ennegrecido y oxidado, su parte superior oculta por las nubes y su base ceñida con piedras y calaveras.

Cayó de rodillas, esperando la suavidad de la hierba, pero el aterrizó duramente en una capa dura formada por cenizas y hierro, entre remolinos de polvo elevados por grandes tormentas.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Horus, volteándose boca arriba y gritando a un cielo contaminado, estriado con horrible bandas de ocre y morado. Se levantó y salió corriendo. Corrió como si su vida dependiera de ello. Corrió a través de un paisaje que saltaba intermitentemente de una embriagadora belleza a una siniestra pesadilla en el espacio de un latido del corazón. Sus sentidos lo confundían de un segundo a otro.

Horus se encontró con el bosque. Los troncos ennegrecidos de los árboles se quebraban ante su furiosa carrera, las ramas le azotaban el rostro, altas torres de acero y cristal, grandes ruinas de catedrales y palacios corrompidos, se derrumbaban ante sus ojos agobiados por el paso de los siglos.

Aullidos bestiales comenzaron a escucharse a través del paisaje. Horus hizo una pausa en su loca carrera cuando el sonido penetró en la niebla de sus pensamientos. Muy en el fondo de su mente tuvo la sensación de que esos sonidos constituían algo importante.

Los aullidos tristes ser extendían por toda la tierra, el coro de voces llegó hasta él y Horus los reconoció como aullidos de lobos. Sonrió al oírlos, cayendo de rodillas y agarrando su hombro cuando una ráfaga de dolor se extendió a través de su brazo y el pecho. Con el dolor llegó la claridad y se aferró a ella, obligándose a recordar mediante la pura fuerza de voluntad.

Los aullidos de los lobos recobraron intensidad, mientras él gritaba a los cielos.

—¿Qué me está pasando?

Los árboles a su alrededor explotaron con el movimiento cuando un centenar lobos saltaron de la maleza que lo rodeaba, con sus dientes al descubierto y sus grandes ojos. La espuma hervía en torno a los colmillos expuestos y cada lobo llevaba

una marca extraña en su piel, el de un águila negra, de dos cabezas. Horus se apretó el hombro, su brazo estaba entumecido, lo sentía muerto, como si ya no fuera parte de él.

—¿Quién eres tú? —preguntó el lobo más cercano. Horus parpadeó rápidamente a medida que su imagen se difuminaba como la estática, y vio las curvas de una armadura y un solo ojo que lo observaba.

—Yo soy Horus —dijo.

—¿Quién eres tú? —repitió el lobo.

—¡Yo soy Horus! —gritó—. ¿Qué quieres de mí?

—No tengo mucho tiempo, hermano —dijo el lobo mientras la manada comenzaba a rodearlo—. Debes recordar antes de que él venga por ti. ¿Quién eres tú?

—¡Yo soy Horus y si estoy muerto, entonces déjame! —gritó, poniéndose de pie y corriendo hacia las profundidades de la selva.

Los lobos le siguieron, galopando de su lado con ritmo constante mientras se tambaleaba al azar a través de la penumbra. Una y otra vez los lobos aullaban la misma pregunta hasta que Horus perdió todo sentido de la orientación y el tiempo.

Horus corrió ciegamente hasta que finalmente salió de la línea de árboles por encima de un ancho cráter, de paredes empinadas con su fondo cubierto de oscuras aguas quietas.

El cielo estaba negro y sin estrellas, una luna del blanco más puro brillaba como un diamante en el firmamento. Él parpadeó y levantó una mano para protegerse los ojos contra su brillo, con vistas sobre las aguas del cráter negro, seguro de que algún horror indescriptible se escondía en las profundidades de la helada.

Horus miró hacia atrás para ver si los lobos le habían seguido desde los árboles y siguió corriendo cuando sus aullidos lo siguieron hasta el borde del cráter. Mucho más abajo, el agua estaba inmóvil y plana como un espejo negro y la imagen de la luna llenaba de su visión.

El lobo volvió a aullar. Horus sintió el ligero llamado del agua, su atracción era inevitable. Vio la luna y oyó a la manada de lobos aullar la pregunta una última vez antes de que se lanzara al vacío.

Cayó en el aire, su visión daba volteretas al igual que su memoria.

La luna, los lobos, Lupercal.

Lobos… Lunares…

Todo encajó en su lugar y gritó:

—Yo soy Horus de los Lobos Lunares, Señor de la Guerra y regente del Emperador. ¡Y estoy vivo!

Horus golpeó las aguas que explotaron como fragmentos de vidrio negro…

Una vacilante luz llenaba la cámara con un resplandor frío, las paredes de piedra se encontraban agrietadas por el accionar de las heladas y el aliento de los miembros del culto se enroscaba en el en el aire. Akshub había pintado un círculo, con ocho puntas alrededor de su circunferencia, sobre las losas de cal viva. El cadáver mutilado de uno de los acólitos de la sacerdotisa Davinita yacía despatarrado en su centro.

Erebus observaba cuidadosamente como la sacerdotisa ubicaba a unos esclavos repartidos por todo el círculo, garantizando que todas las fases del ritual se cumplieran con un cuidado meticuloso. Fallar ahora, después de haber invertido tanto esfuerzo en llevar al Señor de la Guerra a este punto, sería desastroso, aunque Erebus sabía que su papel en su caída no era sino uno de un millón de eventos puestos en movimiento miles de años atrás.

Éste momento en el tiempo era la culminación de miles de millones de eventos encadenados aparentemente sin relación con las circunstancias que lo habían conducido a este mundo atrasado del que nadie había oído hablar.

Erebus sabía que todo estaba a punto de cambiar. Davin pronto se convertiría en un lugar legendario.

La cámara secreta en el corazón de la Delphos estaba oculta a miradas indiscretas por potente hechicería y sofisticada tecnología recibida de descontentos adeptos mechanicum, quienes daban la bienvenida al conocimiento que los Portadores de la Palabra podrían darles, conocimiento que les había sido prohibido por el Emperador.

Akshub se arrodilló y cortó el corazón del acólito muerto, la sacerdotisa de la logia quitó el órgano todavía caliente del pecho de su antiguo dueño con mano experta. Ella le dio un mordisco antes de entregárselo a Tsepha, su acólito sobreviviente.

Pasaron el corazón alrededor del círculo, cada uno de los cultistas probó un bocado de la carne roja. Erebus tomó los espantosos restos del corazón y devoró el último trozo, sintiendo correr la sangre por su barbilla y las memorias finales del desventurado acólito cuando la hoja traicionera hubo terminado con su vida. Aquella traición había sido una ofrenda para el Arquitecto del Destino, el derramamiento de sangre para el Dios de la Sangre y el desagradable acoplamiento del acólito condenado con un cerdo enfermo había atraído los poderes del Príncipe Oscuro y del Señor de la

Descomposición.

La sangre se acumulaba debajo del cadáver, goteando por los canales cortados en el suelo antes de drenar en un cenote en el centro del círculo. Erebus sabía que siempre había sangre, que era la fuente de la vida y vibraba con el poder de los dioses. ¿Qué mejor forma de aprovechar ese poder que con la sustancia vital que portaba su bendición?

—¿Está hecho? —preguntó Erebus.

Akshub asintió con la cabeza, levantando el cuchillo que había cortado el corazón del cadáver.

—Así es. El poder de Los Que Moran Más Allá está con nosotros, aunque tenemos que ser rápidos.

—¿Por qué debemos apresurarnos, Akshub? —preguntó, poniendo la mano sobre su espada—. Esto debe ser hecho correctamente o nuestras vidas no valdrán nada.

—Lo sé —dijo la sacerdotisa—. Hay otra presencia cercana, un fantasma de un solo ojo que camina entre los mundos y trata de devolver el hijo a su padre.

—Magnus, vieja serpiente —rió entre dientes Erebus, mirando hacia el techo de la cámara—. No nos detendrás. Estás demasiado alejado y Horus ya se ha ido demasiado lejos. Lo he estado observando.

—¿Con quién hablas? —preguntó Akshub.

—El fantasma de un solo ojo. Dijiste que había otra presencia cerca.

—Cerca, sí —dijo Akshub— pero no aquí.

Cansado de las respuestas crípticas de la anciana sacerdotisa, Erebus le espetó:

—Entonces, ¿dónde está?

Akshub extendió la mano y se golpeó la cabeza con el plano de su espada.

—Trata de hablar con el hijo, aunque aún no puede llegar a él plenamente. Puedo sentir su fantasma arrastrándose alrededor del templo, tratando de romper la magia con todos sus poderes.

—¿Qué? —exclamó Erebus.

—No tendrá éxito —dijo Akshub, caminando hacia él con el cuchillo extendido—. Nuestros espíritus han caminado por el reino del más allá durante miles de años y su conocimiento es insignificante al lado del nuestro.

—Por tu bien, más vale que sea, Akshub.

Ella sonrió y levantó el cuchillo.

—Tus amenazas no significan nada aquí, guerrero. Podría hervirte la sangre en las

venas con una sola palabra, o voltear tu cuerpo de adentro hacia afuera con un pensamiento.

—Me necesitas para enviar tu alma al mundo del más allá, pero ¿cómo vas a regresar si yo muero? Tu alma se mantendrá a la deriva en el vacío para siempre y no estás lo suficientemente lleno de ira para no temer a ese destino.

A Erebus no le gustaba ese tono de autoridad en su voz, pero sabía que ella tenía razón y decidió que la mataría una vez que su propósito se cumpliera. Se tragó su ira y dijo:

—Entonces vamos a empezar.

—Muy bien —asintió la sacerdotisa, mientras Tsepha se adelantaba y ungía la cara de Erebus con antimonio cristalino—. ¿Esto es para el velo?

—Sí —dijo Akshub—. Confundirá sus sentidos y no verá tu semejanza. Verá una cara conocida y querida para él.

Erebus sonrió ante la deliciosa ironía de la idea y cerró los ojos cuando Tsepha le embadurnó los párpados y las mejillas con el polvo de la picadura, de color blanco plateado.

—El hechizo que te permitirá pasar al vacío requiere una última cosa —dijo Akshub.

—¿Qué cosa? —preguntó Erebus preguntó, sospechando repentinamente.

—Tu muerte —dijo Akshub, introduciéndole su cuchillo en la garganta.

Horus abrió los ojos, sonriendo al ver el cielo azul por encima de él. Nubes de color rosa y anaranjado flotaban lentamente a través de su campo de visión, apacibles y relajantes. Él las observó por unos momentos y luego se sentó, sintiendo la humedad del rocío por bajo sus manos cuando se empujó a sí mismo a la posición vertical. Notó que estaba desnudo y mientras inspeccionaba su entorno, levantó la mano a la cara, oliendo el dulce aroma de la hierba y la frescura cristalina del aire.

Tenía por delante una vista de belleza sin igual, imponentes montañas cubiertas de nieve envuelta en un chal de pinos y abetos, franjas magníficas de bosques verde esmeralda hasta donde el ojo podía ver y un ancho río de espuma con agua helada. Cientos de peludos herbívoros pastaban en la planicie las aves planeaban en amplios círculos, ruidosamente por encima de su cabeza. Horus se sentó en las laderas bajas de la colina al pie de las montañas, el sol calentándole la cara y la hierba maravillosamente suave debajo de él.

—¿Al diablo con esto? —dijo mientras se puso de pie—. Sé que no estoy muerto, así que, ¿qué está pasando?

Una vez más, nadie le contestó, aunque esta vez había esperado una respuesta. El mundo todavía olía dulce y fragante, pero con el recuerdo de su identidad llegó el conocimiento de su falsedad. Nada de esto era real, ni las montañas, ni el río, ni los bosques que cubrían el paisaje, aunque había algo extrañamente familiar en ellos.

Recordó el telón de hierro oscuro que había detrás de esta ilusión y se dio cuenta de que si se esforzaba, podía atisbar la visión de pesadilla detrás de la belleza del mundo puesta ante él.

Horus recordaba haber pensado —hace toda una vida, al parecer— que tal vez este lugar podría haber estado entre el cielo y el infierno, pero ahora se rió de la idea. Hacía tiempo que había aceptado el principio de que el universo era simplemente materia y lo que no era materia no era nada. El universo era todo, y por lo tanto no podría existir nada más allá del mismo.

Horus tenía el conocimiento para apreciar por qué algunos teólogos antiguos había afirmado que la disformidad era, de hecho, el infierno. Él entendía el razonamiento, pero sabía que el Empíreo no era una dimensión metafísica, sino que era simplemente un eco del mundo material, donde existían azarosos vórtices de energía y razas de extrañas criaturas y xenos malignos.

Resultaba un axioma placentero pero todavía respondía a la pregunta de dónde estaba.

¿Cómo había llegado a este lugar? Su último recuerdo era el de hablar con Petronella Vivar en el Apotecarion, contándole su vida, sus esperanzas, sus decepciones y sus temores por la galaxia, consciente de que le había dicho esas cosas incendiarias como despedida.

No podía cambiar eso, pero seguramente podría llegar al fondo de lo que le estaba pasando ahora. ¿Era un sueño febril provocado por lo que lo había herido? ¿La espada Temba lo había envenenado? Rechazó ese pensamiento de inmediato, ningún veneno podía hacerle daño. Reconociendo su entorno, no podía ver ni rastro de los lobos que le habían perseguido a través de los oscuros bosques, pero de pronto recordó una forma familiar detrás de la cara del líder de la manada. Por un breve instante, le había parecido Magnus, pero seguro que estaba de vuelta en Próspero lamiendo sus heridas después de que el Concilio de Nikea.

Algo le había sucedido a Horus en la luna de Davin, pero no tenía idea qué. Su

hombro le dolía y lo rotaba dentro de la armadura para aflojar el músculo, pero el movimiento sólo servía para agravarlo. Horus partió en la dirección del río, una vez más, todavía sediento a pesar de saber que deambulaba por un reino ilusorio.

Coronó la cima de la colina para luego comenzar a descender suavemente hacia el río, Horus se detuvo bruscamente al ver algo sorprendente: un guerrero Astartes flotando boca abajo en el agua. Enclavado en las aguas poco profundas de la orilla del río, el cuerpo subía y bajaba con el oleaje del agua y Horus rápidamente se dirigió hacia él.

Ingresó en el río para aferrar los bordes de las hombreras de la figura, girando el cuerpo con una gran salpicadura.

Horus quedó sin aliento al notar que el hombre estaba vivo y que era alguien que conocía.

Un hombre hermoso como Loken lo había descrito, un hombre hermoso que había sido adorado por todos los que lo conocieron. El más noble héroe de la Gran Cruzada había sido otro de sus apodos.

Hastur Sejanus.

Loken se marchó del templo, enojado por lo que sus hermanos habían hecho y furioso consigo mismo, debía haber supuesto que Erebus habría tenido planes que iban más allá del simple asesinato del Señor de la Guerra.

Sus venas bullían con la necesidad de violencia pero Erebus no estaba aquí y nadie podía decirle a Loken donde estaba. Torgaddon y Vipus marcharon junto a él e, incluso a través de su ira, Loken pudo sentir el asombro de sus amigos ante lo que había sucedido frente a la gran puerta de la Delphos.

—Por el Trono, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Vipus al llegar a la parte superior de las escaleras procesionales—. Garvi, ¿qué está pasando? ¿El Primer Capitán y Pequeño Horus son nuestros enemigos ahora?

Loken negó con la cabeza.

—No, Nero, son nuestros hermanos, simplemente los están utilizando. Eso es lo que creo.

—¿Por Erebus? —preguntó Torgaddon.

—¿Erebus? —dijo Vipus—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Garviel cree que Erebus está detrás de lo que le sucedió al Señor de la Guerra —dijo Torgaddon.

Loken le disparó una mirada exasperada.

—¿Estás bromeando?

—No esta vez, Nero —dijo Torgaddon.

—Tarik —le espetó Loken—. Baja la voz o todo el mundo va a escuchar.

—¿Y qué si lo hacen, Garvi? —siseó Torgaddon—. Si Erebus está detrás de esto, entonces todo el mundo debería saber sobre él. Debemos desenmascararlo.

—Y lo haremos —prometió Loken, viendo como los faros del vehículo aparecían en la desembocadura del valle desde el que habían llegado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Vipus.

Ésa era la pregunta, se dio cuenta Loken. Necesitaban más información antes de que pudieran actuar y la necesitaban ahora. Luchó contra la ira para poder pensar con más claridad.

Loken quería respuestas, pero tenía que saber qué preguntas hacer en primer lugar. Sólo había un hombre que siempre había sido capaz de clarificar su confusión y dirigirlo en la dirección correcta.

Loken volvió sobre sus pasos, de regreso hacia la Thunderhawk. Torgaddon, Vipus y los guerreros de la Locasta le siguieron. Al llegar al pie de la escalera, se volvió hacia ellos y les dijo:

—Necesito que ustedes dos permanezcan aquí. Mantengan un ojo en el templo y asegúrense de que nada malo ocurre.

—Define «malo» —dijo Vipus.

—No estoy seguro —dijo Loken—. Sólo… mal, ¿entiendes? Y pónganse en contacto conmigo si saben algo de Erebus.

—¿A dónde vas? —preguntó Torgaddon.

—¡Regreso a la *Espíritu Vengativo*!

—¿Para qué?

—Para obtener algunas respuestas —dijo Loken.

—¡Hastur! —gritó Horus, levantando a su amigo caído del agua. Sejanus se desplomó en sus brazos pero Horus se dio cuenta de que vivía por el pulso en la garganta y el color en sus mejillas. Horus arrastró a Sejanus por el agua, preguntándose si su presencia podría ser otra de las ilusiones del reino extraño o si su viejo amigo, de hecho, podría ser una amenaza para él.

El pecho de Sejanus subió convulsivamente cuando exhale una bocanada de agua.

Horus lo rodó sobre su costado, a sabiendas de que el físico augmentado de un guerrero Astartes hacía casi imposible que se ahogara.

—Hastur, ¿realmente eres tú? —preguntó Horus, sabiendo que en este lugar era una pregunta probablemente sin sentido pero feliz de ver a su amado Sejanus vivo de nuevo. Recordó el dolor que sintió cuando su hijo más favorecido había caído sobre el piso de ónix del palacio del falso emperador de 63-19. La belicosidad Cthonica había exigido una venganza de sangre.

Sejanus lanzó un último chorro de agua y se apoyó sobre el codo, aspirando grandes bocanadas de aire. Su mano se aferró a su garganta como si buscara algo y pareció aliviado al ver que no estaba allí.

—Mi hijo —dijo Horus cuando Sejanus se volvió hacia él. Estaba exactamente como Horus lo recordaba, perfecto en cada detalle: el noble rostro, los ojos separados y firmes, la nariz recta, lo hacían un espejo para el propio Señor de la Guerra.

Cualquier idea de que Sejanus podría ser una amenaza se desvaneció al ver el brillo plateado de sus ojos y supo definitivamente que era Hastur Sejanus. Cómo era eso posible estaba más allá de su comprensión, pero no puso en duda este milagro por temor a que pudiera serle arrebatado de nuevo.

—Comandante —dijo Sejanus, levantándose para abrazar a Horus.

—Maldita sea, muchacho, es bueno verte —dijo Horus—. Parte de mí murió cuando te perdí.

—Lo sé, señor —respondió Sejanus cuando se fundieron en un aplastante abrazo —. Sentí su dolor.

—Eres un regalo para la vista, hijo mío —dijo Horus, dando un paso hacia atrás para admirar a su guerrero más perfecto—. Se alegra mi corazón al verte, pero ¿cómo puede ser esto? Te vi morir.

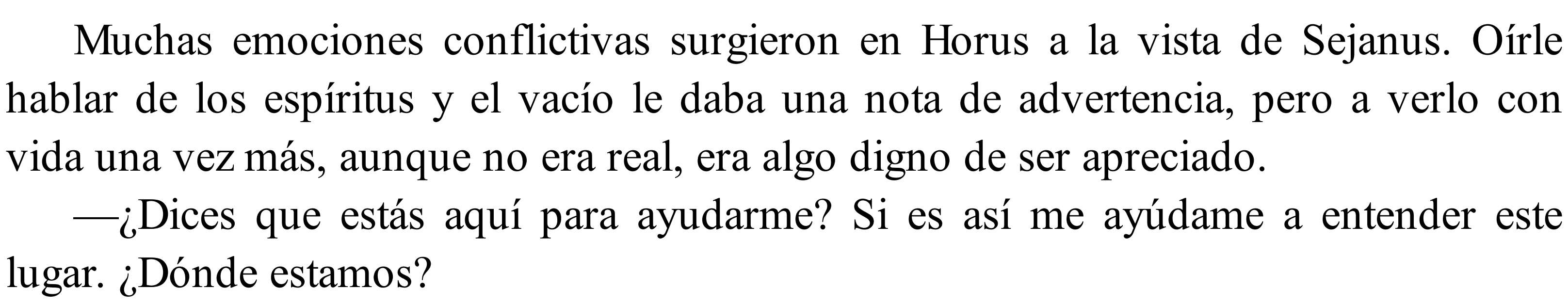
—Sí —estuvo de acuerdo Sejanus—. Usted lo hizo, pero, en verdad, mi muerte fue una bendición.

—¿Una bendición? ¿Cómo?

—Me abrió los ojos a la verdad del universo y me liberó de los grilletes de la estrechez del conocimiento de los vivos. La muerte ya no es un lugar desconocido, mi señor. He regresado de ese lugar.

—¿Cómo es posible tal cosa?

—Me enviaron a usted —dijo Sejanus—. Mi espíritu estaba perdido en el vacío, solo y moribundo, pero he vuelto para ayudarle.



Muchas emociones conflictivas surgieron en Horus a la vista de Sejanus. Oírle hablar de los espíritus y el vacío le daba una nota de advertencia, pero a verlo con vida una vez más, aunque no era real, era algo digno de ser apreciado.

—¿Dices que estás aquí para ayudarme? Si es así me ayúdame a entender este lugar. ¿Dónde estamos?

—No tenemos mucho tiempo —dijo Sejanus, subiendo la pendiente que daba a las llanuras y los bosques y mirando detenidamente alrededor—. Él estará aquí pronto.

—No es la primera vez que he oído eso recientemente —dijo Horus.

—¿Dónde más lo ha escuchado? —exigió Sejanus, volviéndose hacia él con una expresión seria. Horus fue sorprendido por la vehemencia de la cuestión.

—Un lobo me lo dijo —dijo Horus—. Lo sé, lo sé, suena ridículo, pero te juro que realmente me habló.

—Yo le creo, señor —dijo Sejanus—. Es por eso que tenemos que seguir adelante.

Horus detectó la evasión, un rasgo que nunca había conocido en Sejanus hasta ahora y dijo:

—Estás evitando mi pregunta, Hastur, ahora dime dónde estamos.

—No tenemos tiempo, mi señor —lo instó Sejanus.

—Sejanus —dijo Horus. Su voz era otra vez la del Señor de la Guerra—. Dime lo que quiero saber.

—Muy bien —dijo Sejanus— pero rápidamente, porque su cuerpo se halla al borde de la muerte dentro de los muros de Delphos, en Davin.

—¿Delphos?

—Nunca he oído hablar de ese lugar y esto no se parece a Davin.

—Delphos es un lugar sagrado para la Logia de la Serpiente —dijo Sejanus—. Un lugar de sanación. En las lenguas antiguas de la Tierra su nombre significa «la matriz del mundo», donde un hombre puede ser sanado y renovado. Su cuerpo yace en la cámara Axis Mundi, pero su espíritu ya no está atado a su carne.

—¿Así que no estamos realmente aquí? —inquirió Horus—. ¿Éste mundo no es real?

—No.

—Entonces estamos en la disformidad —dijo Horus aceptando finalmente lo que había empezado a sospechar.

—Sí. Nada de esto es real —dijo Sejanus, abarcando todo el paisaje con un

movimiento de su mano—. Todo esto no es más que fragmentos de su voluntad sobre el sustrato de su memoria que han dado forma a la energía informe de la urdimbre.

Horus, de repente, supo dónde había visto antes de esta tierra, recordando el mapa maravilloso mapa geofísico de Terra que habían encontrado a diez kilómetros por debajo de un mundo muerto, hacía casi una década. No era la Terra de su tiempo sino mucho más Antigua, con verdes campos, mares claros y aire limpio.

Miró hacia el cielo, esperando ver gigantesco rostros curiosos mirando hacia él desde arriba como unos estudiantes observando una colonia de hormigas, pero el cielo estaba vacío, aunque se oscurecía a un ritmo antinatural. El mundo que le rodeaba estaba cambiando ante sus ojos desde la Tierra que había existido una vez a la tierra estéril de Terra.

Sejanus siguió su mirada y le dijo:

—Es el comienzo.

—¿Qué pasa? —preguntó Horus.

—Su mente y su cuerpo están muriendo y este mundo está empezando a colapsarse en el Caos. Es por eso que me mandaron de vuelta, para que lo guiara a la verdad que le permitirá regresar a su cuerpo.

Mientras Sejanus hablaba, el cielo comenzó a ondular y pudo ver el oleaje del mar tormentoso del Immaterium hirviendo detrás de las nubes.

—Continúas hablando de que «ellos” —dijo Horus—. ¿Quiénes son “ellos» y por qué se interesan en mí?

—Grande inteligencias habitan en la disformidad —explicó Sejanus, echando miradas cautelosas hacia el cielo moribundo—. Ellos no se comunican como lo hacemos nosotros y esta era la única manera de alcanzarlo.

—No me gusta cómo suena eso, Hastur —le advirtió Horus.

—No hay malicia en este lugar. Hay poder y potencial, sí, pero sin malicia, simplemente el deseo de existir. Eventos en nuestra galaxia están destruyendo este reino y estos poderes lo han elegido para ser su emisario en sus relaciones con el mundo material.

—¿Y si no quiero ser su emisario?

—Entonces morirá, —dijo Sejanus—. Sólo ellos son lo suficientemente poderosos como para salvar su vida ahora.

—Si son tan poderosos, ¿por qué me necesitan?

—Ellos son poderosos, pero no pueden existir en el universo material y deben

trabajar a través de emisarios —respondió Sejanus—. Usted es un hombre fuerte y ambicioso y saben que no hay otro ser en la galaxia lo suficientemente poderoso, o lo suficientemente digno de hacer lo que debe hacerse.

A pesar de su satisfacción por cómo estaba siendo descrito, a Horus no le gustaba lo que estaba oyendo. No sentía ningún engaño en Sejanus, aunque una voz de alerta en su cabeza le recordó que el guerrero de ojos color plata parado ante él realmente podría no ser su camarada.

—Ellos no tienen ningún interés en el universo material, es anatema para ellos. Simplemente desean preservar su propio reino de la destrucción —continuó Sejanus mientras retornaba el olor químico del mundo más allá de la ilusión y se levantaba un viento apestoso—. A cambio de su ayuda, pueden otorgarle una parte de su poder y por ende, los medios para realizar todas sus ambiciones.

Horus vio el mundo de hierro volverse más insustancial cuando la disformidad y la trama de la realidad comenzaron a ceder bajo sus pies. Las grietas de la luz oscura brillaban a través de las divisiones de la tierra y Horus podía oír el sonido de lobos aullando cerca.

—¡Tenemos que movernos! —gritó Sejanus como la manada de lobos surgió de entre un bosquecillo semidesintegrado. A Horus, sus gritos le sonaban a un llamado desesperado por su nombre.

Sejanus corrió hacia el río y un rectángulo brillante de la luz se levantó del agua hirviendo. Horus oyó susurros y murmullos extraños que venían de más allá, y un sentido de oscura premonición se apoderó de él cuando él cambió su mirada de la extraña luz a los lobos.

—No estoy seguro acerca de esto —dijo Horus cuando el cielo derramó gotas de grasientas de lluvia ácida.

—¡Vamos, el portal es nuestra única salida! —exclamó Sejanus, dirigiéndose hacia la luz—. Como un gran hombre dijo una vez: «Los genios colosales desdeñan los senderos trillados, en cambio eligen las regiones hasta ahora inexploradas».

—¿Estás citando mis palabras? —dijo Horus mientras el viento soplaba en ráfagas aullantes.

—¿Por qué no? Sus palabras se citarán en los siglos venideros.

Horus sonrió, gustándole la idea de ser citable, y partió tras Sejanus.

—¿A dónde nos lleva esta puerta? —gritó Horus para hacerse oír por sobre el viento y el aullido de los lobos.

—A la verdad —respondió Sejanus.

El cráter acabó llenándose con cientos de vehículos de todo tipo, que finalmente completaban su viaje desde la zona de despliegue imperial hasta este lugar de peregrinación. Los Davinitas vieron la llegada de estos convoyes con una mezcla de sorpresa, confusión e incredulidad. Cada vehículo era abandonado y sus pasajeros se dirigían hacia Delphos.

En pocas horas, miles de personas se habían reunido, y más llegaban a cada minuto. La mayoría de los recién llegados se arremolinaban en una masa sin dirección hasta que los Davinitas comenzaron a circular entre ellos, ayudando a encontrar algún lugar en el que los recién llegados pudieran acomodarse y armar una precaria vivienda para protegerse de la fuerte lluvia que empezaba a caer.

Las luces de los faros se extendían hasta el final de la calzada que corría por el valle hasta las llanuras de abajo. Cuando cayó la noche sobre Davin, las canciones en alabanza del Señor de la Guerra llenaron el aire y el resplandor parpadeante de miles de velas se unió a la luz de las antorchas doradas de Delphos.



CATORCE
EL OLVIDADO
MITO VIVIENTE
PRIMOGÉNESIS

Pasar por la puerta de luz fue semejante a la intensificación del paso de una habitación a otra. Donde una vez hubo un mundo al borde de la disolución, Horus se encontró de pie en medio de una masa palpitante de personas, en una enorme plaza circular rodeada de torres y edificios magníficamente edificados en mármol. Miles de personas llenaban la plaza y, como era el doble de alto que el más alto, Horus pudo ver que cientos de personas más esperaban para entrar a partir de nueve avenidas arteriales.

Curiosamente, ninguna de estas personas advirtió la aparición repentina de dos guerreros gigantes en medio de ellos. Un conjunto de estatuas se situaba en el centro de la plaza y los cantos zumbaban desde los altavoces corroídos situados los edificios, mientras la masa humana marchaba en procesión alrededor de ellos. Un estruendoso repique de campanas sonaba en cada edificio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Horus preguntó, mirando a las grandes aquilas de las fachadas de los edificios, sus agujas de oro y sus enormes rosetones acristalados. Cada estructura competía con su vecina por la supremacía en altura y ostentación. La vista de Horus para la proporción arquitectónica y la elegancia los vio como expresiones vulgares de devoción.

—No sé el nombre de este palacio —dijo Sejanus—. Sólo sé lo que he visto aquí, pero creo que es una especie de mundo santuario.

—¿Un mundo santuario? ¿Un santuario para qué?

—No es para qué —dijo Sejanus, apuntando a las estatuas en el centro de la plaza

—. ¿Quién?

Horus miró más de cerca las estatuas enormes, rodeado por la multitud. Las estatuas del anillo exterior estaban talladas en mármol blanco y cada guerrero brillante estaba vestido con una armadura completa de batalla Astartes. Rodeaban a la figura central, que estaba vestida también con una armadura dorada que brillaba y centelleaba con piedras preciosas. Ésta figura llevaba una antorcha encendida en alta y su luz lo iluminaba todo a su alrededor. El simbolismo estaba claro: la figura central llevaba su luz al pueblo y sus guerreros estaban allí para protegerlo.

El guerrero dorado era claramente un rey o un héroe de algún tipo, sus características regias, aunque el escultor las había exagerado a proporciones ridículas. Las proporciones de las estatuas que rodeaban a la figura central eran igualmente grotescas.

—¿De quién es la estatua de oro? —preguntó Horus.

—¿No lo reconoce? —preguntó Sejanus.

—No. ¿Debería?

—Vamos a echar un vistazo más de cerca.

Horus siguió a Sejanus adentrándose en la multitud, acercándose más hacia el centro de la plaza. La multitud se separó ante ellos sin siquiera inmutarse.

—¿Éstas personas nos ven? —le preguntó.

—No —dijo Sejanus—. O puede que si pero nos olvidan en un instante. Nos movemos entre ellos como fantasmas y no nos recordarán.

Horus se detuvo frente a un hombre vestido con un raído escapulario, que rondaba en torno a las estatuas con sus pies ensangrentados. Tenía el pelo tonsurado y agarraba un puñado de huesos tallados atados con una cuerda. Un vendaje ensangrentado le cubría un ojo y una larga tira de pergamino adherido al escapulario colgaba hasta el suelo.

Con apenas una pausa, el hombre lo rodeó, pero Horus alargó el brazo e impidió su avance. Una vez más, el hombre intentó pasar a Horus, pero de nuevo le fue impedido.

—Por favor, señor —dijo el hombre sin levantar la vista—. Tengo que seguir adelante.

—¿Por qué? —le preguntó Horus—. ¿Qué estás haciendo?

El hombre se quedó perplejo, como si luchara por recordar lo que estaba haciendo.

—Tengo que seguir adelante —dijo de nuevo.

Exasperado por las respuestas inútiles del hombre, Horus hizo a un lado para dejarlo pasar. El hombre bajó la cabeza y dijo:

—El Emperador lo observa, señor.

Horus sintió un escalofrío a lo largo de su espina dorsal con sus palabras. Se abrió paso entre la multitud sin encontrar resistencia hacia el centro de la plaza a medida que una terrible sospecha comenzó a formarse en sus entrañas. Alcanzó a Sejanus, que se erguía sobre un pedestal al pie de las estatuas, donde un enorme par de aquilas de bronce formaban el telón de fondo para un gigantesco atril.

Un funcionario gordo, embutido en una casulla dorada, con una mitra de oro y seda leía en voz alta de un libro grueso, encuadernado en cuero. Sus palabras llegaban a la multitud a través de trompetas de plata portadas por lo que parecían niños alados que flotaban por encima de él.

Cuando Horus se acercó, vio que el oficial era un ser humano sólo desde la cintura para arriba. Una compleja serie de sibilantes pistones y barras de bronce componían su mitad inferior fundida con el atril, que estaba montado en una base con ruedas.

Horus no le hizo caso, mirando a las estatuas, finalmente reconociéndolas como lo que eran.

Aunque sus rostros eran irreconocibles para alguien que los conocía como Horus, sus identidades eran inconfundibles.

La más cercana era la de Sanguinius, sus alas extendidas como las alas de las aquilas que adornaban todas las estructuras que rodeaban la plaza. A un lado del Señor de los Ángeles estaba Rogal Dorn, las alas desplegadas rodeando su cabeza como un halo. Al otro lado se hallaba alguien que sólo podía ser Leman Russ, con el pelo tallado para parecerse a una melena salvaje y con una capa de pieles de lobo situada en torno a sus enormes hombros.

Horus caminó alrededor de las estatuas, viendo las otras imágenes familiares: Guilliman, Corax, el León, Ferrus Manus, Vulkan y, finalmente, Jaghatai Khân.

Ahora no podía haber duda de la identidad de la figura central y Horus miró a la cara tallada del Emperador. Sin duda, los habitantes de este mundo pensaban que era magnífica, pero Horus sabía que esto era una obra pésima, fallando en capturar el dinamismo y fuerza de la personalidad del Emperador.

Con la altura adicional que ofrecía el pedestal de las estatuas, Horus veía a la masa

circulante de personas y se preguntó quienes creían que hicieron este lugar.

«Peregrinos», pensó Horus. La palabra saltó espontáneamente a su mente.

Junto con la ostentación y adornos vulgares que vio en los edificios circundantes, Horus supo que no era simplemente un lugar de devoción, sino que era mucho más.

—Éste es un lugar de culto —dijo mientras Sejanus se unía a él a los pies de la estatua de Corax. El mármol frío capturaba perfectamente la tez pálida de su taciturno hermano.

Sejanus asintió con la cabeza y dijo:

—Es todo un mundo dedicado a la alabanza del Emperador.

—¿Pero por qué? El emperador no es dios. Pasó siglos liberando a la humanidad de las cadenas de la religión. Esto no tiene sentido.

—No en su propio tiempo, pero este es el Imperio que lo sucederá si los acontecimientos siguen su curso actual —dijo Sejanus—. El Emperador tiene el don de la presciencia y ha previsto este tiempo futuro.

—¿Con qué propósito?

—El de destruir las viejas creencias para que un día su culto sustituya más fácilmente a todos ellos.

—No —dijo Horus—, yo no creo eso. Mi padre siempre rechazó cualquier idea de divinidad. Él dijo una vez que en la antigua Tierra había antorchas, que eran los maestros, pero también extintores, que eran los sacerdotes. Él nunca hubiera tolerado esto.

—Todo este mundo es su templo —dijo Sejanus—, y no es el único.

—¿Hay más mundos como éste?

—Cientos —asintió con la cabeza Sejanus—, probablemente, incluso miles.

—Pero el emperador censuró a Lorgar por un comportamiento de este tipo —protestó Horus—. La Legión de los Portadores de la Palabra planeó grandes monumentos al Emperador y persiguió a toda una población por su falta de fe, pero el Emperador no lo toleró y le dijo que le avergonzaba Lorgar por tales hechos.

—Él no estaba preparado para el culto en ese momento, no tenía el control sobre toda la galaxia. Es por eso que lo necesita a usted.

Horus se apartó de Sejanus y miró al rostro dorado de su padre, desesperado por refutar las palabras que estaba escuchando. En cualquier otro momento, habría golpeado Sejanus por semejante sugerencia, pero la evidencia estaba allí ante él.

Se volvió hacia Sejanus.

—Estos son algunos de mis hermanos, pero ¿dónde están los otros? ¿Dónde estoy yo?

—No lo sé —respondió Sejanus—. He caminado por este lugar muchas veces, pero nunca he visto sus imágenes.

—¡Yo soy su regente elegido! —exclamó Horus—. He luchado en mil batallas por él. La sangre de mis guerreros está en sus manos y él hace caso omiso de mí como si no existiese.

—El emperador lo ha olvidado, Señor de la Guerra —dijo Sejanus—. Pronto le va a dar la espalda a su gente para ganar su lugar entre los dioses. Él se preocupa sólo por sí mismo y de su poder y gloria. Nos engañó a todos. No tenemos lugar en su gran plan y, cuando llegue el momento, nos despreciará a todos y ascenderá a la divinidad. A pesar de que estábamos luchando una guerra tras otra en su nombre, él estaba construyendo en secreto su poder en la disformidad.

El canto monótono de los oficiales —un sacerdote, advirtió Horus— continuó mientras los peregrinos mantenían la lenta procesión en torno a su dios. Las palabras de Sejanus martillaban contra su cráneo.

—Esto no puede ser verdad —dijo Horus en voz baja.

—¿Qué hace un ser de la magnitud del Emperador hacer después de haber conquistado la galaxia? ¿Qué le resta sino la divinidad? ¿De qué le sirven aquellos a los que deja tras de sí?

—¡No! —gritó Horus, dando un paso hacia el ingenio y arrojando al sacerdote al suelo. El predicador híbrido augmentado se rompió por la cintura, separándose del púlpito y se puso a gritar en un charco de sangre y petróleo. Sus gritos se esparcieron por toda la plaza mediante las trompetas de los niños flotantes, aunque nadie de la multitud parecía dispuesto a ayudarlo.

Horus se adentró en la plaza lleno de una furia ciega, dejando detrás a Sejanus en el pedestal de las estatuas. Una vez más, la multitud se separó ante él, tan indiferente a su salida como lo había sido a su llegada. En momentos llegó a la orilla de la plaza y se dirigió hasta el más cercano de los bulevares arteriales. La gente llenaba la calle, pero no le hizo caso cuando se abrió paso a través de ellos, cada cara extasiada en la imagen del Emperador.

Sin Sejanus junto a él, Horus se dio cuenta de que estaba completamente solo. Oyó el aullido de un lobo a la distancia, una vez más su grito sonaba como si le llamara. Se detuvo en el centro de una calle llena de gente, escuchando el aullido de

los lobos de nuevo, pero se silenciaron tan repentinamente como había llegado.

La multitud corría a su alrededor a medida que escuchaba y Horus vio que una vez más, nadie le prestaba la más mínima atención. Nunca desde que Horus se había separado de su padre y sus hermanos se había sentido tan aislado. De repente sintió el dolor de verse enfrentado a la escala de su propia vanidad y orgullo al darse cuenta de lo mucho que dependía de la adoración de los que le rodean.

En cada rostro, veía la misma devoción ciega que él había presenciado en la masa que rodeaba las estatuas, un amor reverencial por un hombre al que llamaba padre. ¿Acaso estas personas no se daban cuenta que las victorias que habían ganado su libertad se habían ganado con la sangre de Horus?

¡Debía haber una estatua de Horus rodeado de sus hermanos primarcas, no del Emperador!

Horus se apoderó del devoto más cercano y lo sacudió violentamente por los hombros, gritando:

—¡Él no es un dios! ¡Él no es un dios!

El cuello del peregrino se quebró con un crujido audible y Horus sintió los huesos astillados del hombre aplastados por su mano de hierro. Horrorizado, soltó al muerto y corrió adentró más en el laberinto del mundo santuario, dando vueltas al azar, mientras buscaba perderse en sus calles llenas de gente.

Cada cambio de dirección lo llevaba a lo largo de avenidas atestadas de fieles y maravillas dedicadas a la gloria del Dios-Emperador: calles en las que cada adoquín estaba inscrito con oraciones, kilométricos osarios de huesos enchapados en oro y bosques de columnas de mármol con innumerables santos representados en ellas.

Al azar los demagogos recorrían las calles, una fanática mortificaba su carne con un flagelo, mientras que otro levantaba dos prendas de tela de color naranja por las esquinas y gritaba que no iba a usarlas. Horus no le encontraba sentido a nada de eso.

Gigantescas naves de oración recorrían esta parte de la ciudad santuario, zepelines monstruosamente hinchados con las velas broncíneas de barrido y enormes motores de hélice. Largos banderas con oraciones colgaban de sus cascos plateados y los himnos sonaban desde altavoces colgantes en forma de cráneos de ébano.

Horus pasó ante un gran mausoleo donde bandadas de ángeles de piel marfileña, con alas de plumas de bronce, que volaban desde los arcos oscuros y descendían ante la multitud reunida frente al edificio. Los ángeles solemnes se abalanzaban sobre las masas gimoteantes de vez en cuando para arrancar algún alma extática de entre los

peregrinos y los gritos de adoración y de alabanza seguían a cada suplicante cuando eran llevados a través de los portales tenebrosos del mausoleo.

Horus vio que la muerte se venera en el cristal coloreado de cada ventana, que se celebraba en las tallas en todas las puertas y se veneraba en las endechas fúnebres que se hacían eco en las trompetas de los niños con alas que se reían como aves de rapiña. Banderas aleteaban con estruendo de huesos y el viento silbaba a través de las órbitas de calaveras puestas en ataúdes santuario en los postes de bronce. La morbilidad colgaba como un velo sobre este mundo y Horus no podía conciliar la solemnidad oscura, gótica de esta nueva religión con la fuerza dinámica de la verdad, la razón y la confianza que había impulsado la Gran Cruzada de las estrellas.

Templos y santuarios sombríos pasaban ante él en un instante. Cenobitas y predicadores arengaban a los peregrinos en todas las esquinas al son del repique de las campanas agoreras. Hacia cualquier parte que Horus mirara, veía las paredes decoradas con frescos, pinturas y bajorrelieves de caras familiares: sus hermanos y el propio Emperador.

¿Por qué no había ninguna representación de Horus?

Era como si nunca hubiera existido. Cayó de rodillas, levantando los puños hacia el cielo.

—Padre, ¿por qué me has abandonado?

La *Espíritu Vengativo* le pareció vacía a Loken y sabía que era algo más que simplemente la ausencia de personas. La presencia sólida y tranquilizadora del Señor de la Guerra, siempre presente, ahora estaba dolorosamente ausente. Los pasillos de la nave estaban vacíos, pareciendo aún más huecos, como si se tratara de un arma despojada de sus municiones, una vez poderosa, pero ahora simplemente un metal inerte.

Aunque partes del buque seguían llenos de personas reunidas en grupos pequeños, todos con velasen sus manos, había un vacío en el lugar que dejaba a Loken una similar sensación de vacuidad.

Cada grupo le preguntaba algo al pasar. El respeto normal debido a un guerrero Astartes quedaba olvidado en su desesperación por conocer la suerte del Señor de la Guerra. ¿Estaba muerto? ¿Estaba vivo? ¿El Emperador vendrá de Terra para salvar a su amado hijo?

Loken pasaba a través de los grupos, empujando a través de ellos sin responder a

sus preguntas mientras se abría camino hacia la Cámara de Archivos Número Tres. Sabía que Sindermann estaría allí —siempre estaba allí en estos días— investigando y estudiando detenidamente sus libros como un poseso. Loken necesita respuestas sobre la Logis de la Serpiente y las necesitaba ahora.

El tiempo era esencial y ya había hecho una parada en la cubierta médica a fin de entregar el anatam al apotecario Vaddon.

—Tenga mucho cuidado, apotecario —le advirtió Loken, colocando reverentemente la caja de madera en la losa de acero que se situaba entre ellos—. Ésta es un arma kinebrach llamada anatam. Fue forjada en un metal xeno-sensible y es absolutamente letal. Creo que es la fuente de la enfermedad del Señor de la Guerra. Haga lo que sea necesario para averiguar qué ha ocurrido, pero pronto.

Vaddon había asentido con la cabeza, estupefacto porque Loken había regresado con algo que podría utilizar realmente. Levantó el anatam por la empuñadura de oro tachonado y lo colocó dentro de una cámara espectrográfica.

—No puedo prometerle nada, Capitán Loken —dijo Vaddon—, pero haré lo que esté a mi alcance para encontrar una respuesta.

—Eso es todo lo que le pido, pero cuanto antes mejor. Y no le diga a nadie que tiene esta arma.

Vaddon asintió con la cabeza y volvió a su trabajo, dejando a Loken que buscara a Kyril Sindermann en los archivos de la poderosa embarcación. La impotencia que se había apoderado de él anteriormente, había desaparecido ahora que tenía un propósito. Estaba tratando de salvar al Señor de la Guerra y ese conocimiento le dio nuevas esperanzas de que todavía podría haber una manera de traerlo de vuelta sano y salvo en cuerpo y espíritu.

Como siempre, los archivos estaban en silencio, pero ahora había un sentido más profundo de la desolación. Loken se esforzó por escuchar algún sonido; finalmente oyó el rasguido de una pluma detrás de unas pilas de libros. Rápidamente se dirigió hacia el sonido, saber antes de llegar a la fuente que era su antiguo mentor. Sólo Kyril Sindermann rayaba la página con semejantes trazos intensos.

Efectivamente, Loken encontró a Sindermann sentado en su mesa de siempre y al verlo, Loken supo con absoluta certeza que no se había movido de ese lugar desde la última vez que habían hablado. Botellas de agua y paquetes descartables de comida estaban esparcidos alrededor de la mesa. Un macilento Sindermann lucía ya un crecimiento de pelo fino de color blanco en las mejillas y la barbilla.

—Garviel —dijo Sindermann sin levantar la vista—. Has vuelto. ¿Ha muerto el Señor de la Guerra?

—No —contestó Loken—. Por lo menos yo no lo creo. No todavía.

Sindermann levantó la vista de sus libros, pilas al azar que amenazaban con caerse al suelo.

—¿No lo crees?

—No lo he visto desde que se lo llevaron de la mesa de operaciones —confesó Loken.

—¿Entonces por qué estás aquí? Seguramente no puede ser para una lección sobre los principios y la ética de la civilización. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —admitió Loken—. Algo malo, creo. Necesito su conocimiento de… cosas esotéricas, Kyril.

—¿Cosas esotéricas? —repitió Sindermann, dejando su pluma—. Ahora estoy intrigado.

—La Legión ha llevado al Señor de la Guerra al Templo de la Logia Serpiente de Davin. Lo han colocado en un templo que ellos llaman el Delphos y dicen que los «espíritus eternos de las cosas muertas» salvarán al enfermo.

—¿Logia de la Serpiente? —preguntó Sindermann, tomando unos libros, aparentemente al azar, de los montones desordenados sobre el escritorio—. Serpientes… ahora se pone interesante.

—¿Qué pasa?

—Serpientes —repitió Sindermann—. Desde el mismo comienzo de los tiempos, en todos los continentes donde la humanidad adoraba a los dioses, la serpiente ha sido reconocida y aceptada como una divinidad. Desde las selvas vaporosas de las islas Afrique hasta las heladas inmensidades de Alba, las serpientes han sido veneradas, temidas y adoradas en partes iguales. Creo que el mito de la serpiente es probablemente la más extendida mitología que conoce la humanidad.

—Entonces, ¿cómo llegó a Davin? —preguntó Loken.

—No es difícil de entender —explicó Sindermann—. Los mitos no se expresaban inicialmente en forma verbal o por escrito, porque el lenguaje se consideró inadecuado para transmitir la verdad expresada en las historias. Los mitos no se propagan con palabras escritas, Garviel sino con narradores y donde encuentre gente, no importa cuán primitiva o lejanamente haya sido separada de la cuna de la humanidad, siempre encontrará narradores. La mayoría de estos mitos fueron

propagados probablemente, bailando o cantando, la mayor parte de las veces en estados hipnóticos o alucinatorios. Debe haber sido todo un espectáculo, pero de todos modos, este método de recuento se decía que permitía que las energías creativas y las relaciones detrás del mundo natural pudieran ser introducidas en el ámbito consciente. Los pueblos antiguos creían que los mitos habían creado un puente entre el mundo de la metafísica y la realidad.

Sindermann hojeaba las páginas de lo que parecía un libro nuevo encuadernado en cuero rojo y volvió el libro para Loken lo pudiera ver.

—Aquí, puede verlo claramente.

Loken miró las fotos, apreciando las imágenes de salvajes desnudos bailando con palos largos coronados con serpientes, así como reptiles espiralados pintados en cerámica primitiva. Otras fotografías mostraban vasos con serpientes gigantescas rodeando soles, lunas y estrellas, al tiempo que mostraban más serpientes que aparecían por debajo de plantas que crecían en espiral o por encima de los vientres de mujeres embarazadas.

—¿Qué estoy viendo exactamente? —le preguntó.

—Artefactos recuperados de una docena de mundos diferentes durante la Gran Cruzada —dijo Sindermann, golpeando con el dedo las imágenes—. ¿No lo ve? Llevamos nuestros mitos con nosotros, Garviel, no los reinventamos.

Sindermann dio vuelta la página para mostrar más imágenes aún de las serpientes y dijo:

—Aquí la serpiente es el símbolo de la energía, la energía espontánea, creadora… y de la inmortalidad.

—¿La inmortalidad?

—Sí, en la antigüedad, los hombres creían que la capacidad de la serpiente de despojarse de su piel y así renovar su juventud la hacían guardiana de los secretos de la muerte y el renacimiento. Ellos veían en la luna, creciente y menguante, esta misma capacidad y, por supuesto, el ciclo lunar tiene un antiguo vínculo con el ritmo creador de la vida de la hembra. La luna se convirtió en la señora de los misterios gemelos del nacimiento y de la muerte, y la serpiente era su contraparte terrenal.

—La luna… —dijo Loken.

—Sí —continuó Sindermann, ahora bien entrado en el tema—. En los ritos de iniciación temprana en la que se ve al aspirante morir y renacer, la luna era la diosa madre y la serpiente divina el padre. No es difícil ver por qué la conexión entre la

serpiente y la curación se convierte en un aspecto permanente del culto serpentino.

—¿Es eso lo que es? —resopló Loken—. ¿Un rito de iniciación?

Sindermann se encogió de hombros.

—No podría asegurarlo, Garviel. Necesito averiguar más.

—Dígame —gruñó Loken—. Tiene que decirme todo lo que sabe.

Sorprendido por la insistencia de Loken, Sindermann se acercó varios libros más, hojeando algunos de ellos mientras el capitán de la 10.ª Compañía se cernía sobre él.

—Sí, sí… —murmuró, hojeando rápidamente las páginas muy manoseadas—. Sí, aquí está. Ah… sí. Una palabra para serpiente en una de las lenguas perdidas de la vieja Tierra era «nahash» que aparentemente significaba «adivinar». Parece que fue traducido posteriormente, pasando a significar una serie de cosas diferentes, dependiendo de la raíz etimológica que se emplee.

—¿Pero cuál es su significado? —preguntó Loken.

—Su primera interpretación podría ser «enemigo» o «adversario», pero parece haber sido más popularmente traducido como «Seytan».

—Seytan —dijo Loken—. He oído ese nombre antes.

—Nosotros… ah, hablamos de ello en el episodio de la Cabezas Susurrantes —dijo Sindermann en voz baja, mirando a su alrededor como si alguien pudiera estar escuchando—. Se dice que era una fuerza de maligna oscuridad, abatida por un héroe dorado de la Tierra. Como sabemos ahora, el espíritu de Samus era probablemente el equivalente local de los habitantes de 63-19.

—¿Usted lo cree así? —preguntó Loken—. ¿Samus era un espíritu?

—De alguna forma, sí —dijo honradamente Sindermann—. Creo que lo que vi debajo de las montañas era más que un simple xeno de algún tipo, no importa lo que diga el Señor de la Guerra.

—¿Y esta serpiente sería Seytan?

Sindermann, encantado de tener un tema sobre el que podía iluminar, sacudió la cabeza y dijo:

—No. Si lo examinamos más detenidamente, la palabra «serpiente” tiene su origen en las lenguas Olympicas como “drakon», la serpiente cósmica que era vista como un símbolo del caos.

—¿Caos? —exclamó Loken—. ¡No!

—Sí —continuó Sindermann vacilante, señalando un pasaje de texto de otro de sus libros—. Éste es el «caos” o “serpiente», que debe ser superada para crear orden y

mantener la vida de una manera significativa. Éste dragón serpiente era una criatura de gran poder y sus años sagrados eran tiempos de gran ambición y riesgo increíble. Se decía que los acontecimientos que ocurren en un año del dragón se multiplican por tres en intensidad.

Loken trató de ocultar su horror ante las palabras de Sindermann, el significado ritual de la serpiente y su lugar en la mitología cimentaban su convicción de que lo que estaba sucediendo en Davin estaba horriblemente mal. Miró hacia el libro delante de él y dijo:

—¿Qué es esto?

—Un pasaje del Libro de Atum —dijo Sindermann, como si temiera decirlo en voz alta—. Yo sólo lo encontré hace poco, te lo juro. No pensé que tuviera nada que ver, yo todavía no me… Después de todo, es sólo un galimatías ¿no?

Loken se obligó a mirar el libro, sintiendo que su corazón se aceleraba con cada palabra que leía en sus páginas amarillentas.

Yo soy Horus, forjado por los más antiguos dioses,
Yo soy el que dio paso hacia el Kaos
Yo soy el gran destructor de todo.
Yo soy el que hizo lo que me parecía bien,
Y estableció la destrucción en el palacio por mi voluntad.
El mío es el destino de aquellos que se desplazan a lo largo de
Éste camino serpenteante.

—No soy un estudioso de la poesía —le espetó Loken—. ¿Qué significa?

—Es una profecía —dijo Sindermann vacilante—. Habla de un momento en que el mundo volverá a su caos original y los aspectos ocultos de los dioses supremos se convertirán en la serpiente nuevamente.

—No tengo tiempo para metáforas, Kyril —advirtió Loken.

—En su nivel más básico —dijo Sindermann—, habla sobre la muerte del universo.

Sejanus lo encontró en las escaleras de la basílica abovedada, su ancha puerta, flanqueada por altísimos esqueletos envueltos en ropas fúnebres con incensarios ceremoniales delante de ellos. A pesar de que la oscuridad había caído, las calles de la ciudad todavía estaban atestadas de fieles, cada uno con una vela encendida o una linterna para iluminar el camino.

Horus levantó la vista cuando se acercó Sejanus, pensando que las procesiones de luz a través de la ciudad le hubieran parecido hermosas en cualquier otro momento. El

boato y la pompa de los palanquines y los altares llevados a lo largo de las calles anteriormente le hubieran irritado, si la procesión fuera en su honor, pero ahora los añoraba.

—¿Ha visto todo lo que necesita ver? —le preguntó Sejanus, sentándose a su lado en los escalones.

—Sí —respondió Horus—. Quiero salir de este lugar.

—Podemos dejarlo cuando quiera, sólo dígalo —dijo Sejanus—. Ya no hay más que ver de todos modos y nuestro tiempo no es infinito. Su cuerpo se está muriendo y usted debe hacer su elección antes de que esté más allá de la ayuda de los poderes que moran en la disformidad.

—Ésta elección, —preguntó Horus—. ¿Significa lo que yo creo?

—Sólo usted puede decidirlo —dijo Sejanus cuando las puertas de la basílica se abrieron detrás de ellos.

Horus miró sobre su hombro, viendo un rectángulo familiar de luz, donde había esperado ver un vestíbulo oscuro.

—Muy bien —dijo de pie y girando hacia la luz—. Entonces, ¿a dónde vamos ahora?

—Al principio —respondió Sejanus.

Avanzando a través de la luz, Horus se encontró de pie en lo que parecía ser un laboratorio colosal, sus paredes cavernosas formadas por paneles de acero blanco y plata. El aire tenía un regusto estéril y Horus podía aseverar que la temperatura del aire estaba a punto de congelación. Cientos de figuras en trajes blancos totalmente cerrados sobre con visores dorados reflectantes llenaban el laboratorio, trabajando en filas y filas de máquinas, sentados encima de bancos largos de acero.

Bocanadas de vapor surcaban el aire con arremolinándose sobre la cabeza de cada trabajador y largos tubos en espiral surgían de las piernas y los brazos de los trajes blancos antes de conectarse a engorrosas mochilas. Aunque ninguna palabra no era pronunciada, había una sensación de grandes proyectos en el aire. Horus vagó a través de la instalación, sus habitantes hacían caso omiso de él tan completamente como los del mundo santuario. Por instinto, sabía que él y Sejanus estaban muy por debajo de la superficie de cualquier mundo al que habían viajado.

—¿Dónde estamos ahora? —le preguntó—. ¿En qué época estamos?

—Terra —dijo Sejanus—, en los albores de una nueva era.

—¿Qué significa eso?

En respuesta a su pregunta, Sejanus señaló a la pared del fondo del laboratorio donde un campo de energía brillante protegida una puerta de acero. El signo del aquila estaba grabado en el metal, junto con extraños símbolos místicos que estaban fuera de lugar en un laboratorio dedicado a la búsqueda de la ciencia. Con sólo mirar a la puerta Horus se sintió incómodo, como si todo lo que hubiera más allá fuera de alguna manera una amenaza para él.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —Horus preguntó, retrocediendo ante el portal de acero.

—Verdades que no quiere ver —respondió Sejanus—, y respuestas que no quiere oír.

Horus sentía una sensación extraña, desconocida, revolviéndole el vientre y luchó para eliminarla al darse cuenta de que, a pesar de que lo habían creado para no sentirla, la sensación era miedo. Nada bueno podía vivir detrás de esa puerta. Sus secretos mejor debían ser olvidados y todo conocimiento que había más allá, debía permanecer oculto.

—No quiero conocerlas —dijo Horus, dando la espalda a la puerta—. Es demasiado.

—¿Le teme a las respuestas? —lo acusó airadamente Sejanus—. Ése no es el Horus que seguí a la batalla durante dos siglos. Ése Horus sabía que no debía eludir verdades incómodas.

—Tal vez no, pero todavía no quiero verla —dijo Horus.

—Me temo que no tiene una elección, amigo mío —dijo Sejanus. Horus levantó la mirada y se paró frente a la puerta. Ráfagas de aire helado surgieron de una rendija cuando esta se levantó lentamente y disipó el campo de energía. Luces amarillas intermitentes se encendieron a ambos lados de la puerta, pero nadie en el laboratorio prestó atención cuando la puerta se deslizó hacia arriba en la pared de paneles de madera.

Más allá reposaba algún conocimiento oscuro, de eso Horus estaba seguro, tan cierto como que sabía que no podía ignorar la tentación de descubrir los secretos que escondía. Debía saber lo que se ocultaba allí. Sejanus estaba en lo cierto, no estaba en su naturaleza alejarse de cualquier cosa, sea lo que fuera. Él se había enfrentado a todos los terrores que la galaxia tenía para mostrar y no se había amilanado. Éste no sería diferente.

—Muy bien —dijo—. Muéstrame.

Sejanus sonrió y golpeó su mano contra la hombrera de Horus, diciendo:

—Sabía que podíamos contar con usted, amigo. Esto no será fácil pero sé que no nos mostrarían esto a menos que fuera necesario.

—Haz lo que debas —dijo Horus, sacudiendo la mano. Por un breve instante, el reflejo de Sejanus apareció como una máscara borrosa en el metal brillante de la puerta y Horus creyó ver una sonrisa reptiliana en el rostro de su amigo—. Hagámoslo.

Caminaron juntos a través de la niebla helada, pasando por un amplio corredor, de paredes de acero que conducía a una puerta idéntica, que también se deslizó hacia el techo cuando se acercaron.

La cámara se extendía hasta un tamaño más allá de la mitad del que ocupaba el laboratorio. Sus paredes eran prístinas y estériles y estaba vacía de técnicos y científicos. El suelo era de cemento liso y la temperatura fresco, no fría.

Una pasarela central elevada corría a lo largo de la cámara cilíndrica con diez grandes tanques del tamaño de torpedos acostados a ambos lados de la misma, con largos números de serie estampados en sus flancos. Un vapor se elevaba desde la parte superior de cada tanque como aliento. Por debajo de los números de serie se hallaban estampados los mismos símbolos místicos que había visto en la puerta que conduce a este lugar.

Cada tanque estaba conectado a una colección de extrañas máquinas, cuyo propósito Horus no podía no siquiera imaginar. Su tecnología se diferencia de todo lo que había visto en su vida, su construcción estaba incluso más allá de su intelecto increíble.

Subió las escaleras de metal que llevaban a la pasarela, escuchando sonidos extraños, como puños que golpeaban sobre metal, cuando llegó a la cima. Ahora en lo alto de la pasarela, pudo ver que en cada tanque había una escotilla ancha en su extremo, con una rueda en su centro y una gruesa capa de cristal blindado por encima de ella.

Una luz brillante parpadeaba detrás de cada bloque de vidrio y el aire vibraba con potencial. Algo de todo esto le parecía terriblemente familiar a Horus y sintió un deseo irresistible de saber lo que había dentro de los tanques, al mismo tiempo temiendo lo que pudiera ver.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó al oír que Sejanus subía detrás de él.

—No me sorprende que no recuerde. Han pasado más de doscientos años.

Horus se inclinó hacia delante y limpió con su guante el cristal empañado de la escotilla del tanque más cercano. Entornó los ojos contra el brillo, esforzándose para ver qué había dentro. La luz era cegadora, pero a pesar de ello pudo ver un borrón de movimiento, como humo negro en el viento.

Algo le vio. Algo se acercó a él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Horus, fascinado por la extraña, informe figura que nadaba a través de la luz del tanque. Su acercamiento era lento y se convirtió en una silueta que a medida que se acercaba al cristal, su forma resuelta en algo más sólido.

El tanque zumbaba con el poder, como si el metal fuera apenas capaz de contener la energía generada por la criatura que contenía.

—Estas son las más secretas geno-bóvedas del Emperador debajo de los picos del Himalaya —dijo Sejanus—. Aquí es donde fueron creados.

Horus no estaba escuchando. Estaba mirando a través del cristal con asombro a un par de ojos acuosos que eran el espejo de los suyos propios.



QUINCE
REVELACIONES
DISIDENCIA
DISPERSIÓN

En los dos días transcurridos desde la partida del Señor de la Guerra, la *Espíritu Vengativo* se había convertido en una nave fantasma: la poderosa nave sufría una sangría de Landers, transportes, botes y cualquier otra nave capaz de seguir a Horus hasta la superficie de Davin.

Esto convenía a Ignace Karkasy mientras marchaba con nuevo propósito, con despreocupación a través de las cubiertas de la nave, con una bolsa de lona colgada sobre un hombro. Cada vez que pasaba por un área pública de la nave se fijaba que nadie estuviera mirando y generosamente difundía una serie de hojas de papel alrededor de mostradores, mesas y sofás.

El dolor en el hombro disminuía a medida que distribuía más copias de La Verdad es Todo lo Que Tenemos. Cada una traía tres de las que consideraba sus obras más potentes hasta la fecha. Dioses Indiferentes era su favorita, donde comparaba de forma desfavorable a los guerreros Astartes con los Titanes del mito antiguo. Era una pieza poderosa que él sabía que era digna de un público más amplio.

Sabía que tenía que tener cuidado con esas obras, pero la pasión se encendió en él demasiado brillante como para ser contenida.

Había conseguido una impresora barata a granel con una facilidad ridícula, adquirida a un vendedor callejero, el primero que había abordado con no más de unos minutos de búsqueda. No era una máquina de buena calidad, ni siquiera se hubiera dignado mirarla en Terra, pero aun así le había costado la mayor parte de sus

ganancias en el merci. Era una cosa mala, pero hacía el trabajo, a pesar de que el panfleto aún olía a tinta de imprenta.

Tarareando en voz baja para sí mismo, Karkasy continuó a través de las cubiertas de civiles, llegando por fin al Retiro, con cuidado ahora que se introducía en las zonas donde era conocido y donde habría otros a su alrededor.

Sus temores eran infundados porque el Retiro estaba vacío, por lo que aún estaba más deprimente que de costumbre. Uno nunca debería ver a un establecimiento de bebidas bien iluminado, pensó, sólo lo hacía ver aún más triste. Hizo su camino a través del Retiro, colocando un par de hojas en cada mesa.

Karkasy se congeló al oír el tintineo de una botella al golpear un vaso, con la mano extendida sobre otra mesa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó una culta, pero claramente borracha, voz femenina.

Karkasy se volvió y vio a una mujer desaliñada desplomada en una de las cabinas del otro extremo del Retiro, lo que explicaba por qué no la había visto. Ella estaba en la sombra, pero inmediatamente reconoció a Petronella Vivar, documentalista del Señor de la Guerra, aunque su aspecto era muy distinto de cuando él la había visto por última vez en Davin.

No, eso no era correcto, que él recordó. La había visto en la cubierta de embarque cuando los Astartes habían regresado con el Señor de la Guerra.

Obviamente, la experiencia había dejado su huella en ella.

—Esos papeles —dijo—. ¿Qué son?

Karkasy, sintiéndose culpable, soltó las hojas que había estado dejando por las mesas y volvió a colgar la mochila en su espalda.

—Nada realmente —dijo él, pasando por la fila de cabinas hacia ella—. Sólo algunos poemas que me gustaría que la gente lea.

—¿Poesía? ¿Es buena? Me vendría bien algo positivo —sabía que debía dejarla regodearse en su soledad sensiblera, pero el egoísta en él no podía dejar de responderle.

—Creo que son lo mejor que he escrito.

—¿Puede leerme algunos?

—No ahora, querida —dijo—. No, si usted está buscando algo ligero. Son un poco oscuros.

—Un poco oscuros —se rió con un sonido áspero y feo—. No tienes ni idea de lo

que es eso.

—¿Es así, Vivar? —preguntó Karkasy, acercándose a ella—. Ése es tu nombre ¿no?

Ella levantó la vista y Karkasy, un experto en medir los niveles de embriaguez en otros, vio que estaba borracha hasta el punto de la insensibilidad. Había tres botellas vacías sobre la mesa y una cuarta estaba en pedazos en el suelo.

—Sí, esa soy yo, Petronella Vivar —dijo—. Palatina Majoria de la Casa Carpinus, escritora y un fraude… y, creo, muy borracha.

—Puedo ver eso, pero ¿qué quiere decir con fraude?

—Fraude —dijo arrastrando las palabras y tomando otra copa—. He venido aquí para contar la gloria de Horus y la hermandad de los espléndidos primarcas, ¿sabes? Le dije a Horus cuando lo conocí que si él no me dejaba hacerlo podía irse al infierno. Pensé que había perdido mi oportunidad allí mismo, ¡pero él se rió!

—¿Se echó a reír?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, se echó a reír, pero me dejó hacerlo de todos modos. ¿Crees que podría haber pensado que sería divertido tenerme a mano o algo así? Pensé que estaba lista para cualquier cosa.

—¿Y ha resultado ser todo lo que esperabas que fuera, mi querido Petronella?

—No, en realidad, si soy honesta. ¿Quieres un trago? Te lo contaré.

Karkasy asintió con la cabeza y fue a buscar él mismo una copa en el bar antes de sentarse frente a ella. Ella le sirvió un poco de vino, más en la mesa que en el cristal.

—Gracias —dijo—. ¿Por qué no es lo que pensabas que sería? Más de un rememorador podría pensar que tal posición sería el sueño de un documentalista. Mersadie Oliton habría matado por un papel como ese.

—¿Quién?

—Una amiga mía —explicó Karkasy—. Ella también es una documentalista.

—Ella no lo querría, confía en mí —dijo Petronella y Karkasy pudo ver que la hinchazón alrededor de los ojos se debía tanto a las lágrimas como al alcohol—. Algunas ilusiones se mantienen mejor. Todo lo que yo creía que sabía… era al revés. ¡Así de simple! Confía en mí, ella no querría esto.

—Oh, creo que si lo haría —dijo Karkasy, tomando una copa.

Ella negó con la cabeza y le echó un vistazo más de cerca, como si lo viera por primera vez.

—¿Quién eres? —le preguntó de repente—. No te conozco.

—Mi nombre es Ignace Karkasy —dijo, hinchando el pecho—. El ganador del Lauro Etiópico.

—¿Karkasy? Conozco ese nombre… —dijo, frotándose la palma contra la sien mientras intentaba recordarlo—. Espera, eres un poeta ¿no?

—Ése soy en verdad —dijo—. ¿Conoces a mi trabajo?

Ella asintió con la cabeza.

—Escribe poesía. Mala poesía me parece, no me acuerdo.

Herido por el desprecio casi casual de su trabajo, recurrió a la petulancia y dijo:

—Bueno, ¿qué has escrito que sea increíblemente grandioso? No puedo decir que recuerde haber leído algo de lo que has escrito.

—¡Ja! ¡Recordará lo que voy a escribir, se lo anuncio ahora!

—¿En serio? —bromeó Karkasy, señalando las botellas vacías sobre la mesa—. ¿Y qué podría ser? ¿Memorias de una «Socialite» Ebria. Espíritus Vengativo de la *Espíritu Vengativo*?

—Te crees tan inteligente, ¿no?

—Tengo mis momentos —dijo Karkasy, sabiendo que no había reto alguno en sumar puntos por una mujer ebria, pero no por ello dejaba de disfrutarlo. De todos modos, sería agradable ganarse a esta chica rica mimada que se quejaba acerca de la mayor ruptura de su vida— y bajarle los humos.

—No sabes nada —le espetó ella.

—¿No? —le preguntó—. ¿Por qué no me ilumina, entonces?

—¡Muy bien! Lo haré.

Y ella le contó a Ignace Karkasy la historia más increíble que había oído en toda su vida.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó Horus, retrocediendo ante el depósito plateado. Los ojos del otro lado del cristal lo miraban con curiosidad, claramente conscientes de él, en un modo que todos los demás que habían encontrado en esta extraña odisea no. A pesar de que sabía con certeza absoluta a quien pertenecían los ojos, no podía aceptar que esta cámara estéril muy por debajo de la tierra era el lugar donde la su vida gloriosa había comenzado.

Se había criado en Cthonia bajo el smog negro de las fundiciones. Ése había sido su hogar, sus primeros recuerdos eran un torbellino de imágenes confusas y

sentimientos. Nada en su memoria recordaba este lugar o la conciencia de haber crecido dentro de…

—Ha visto el fin último del Emperador —dijo Sejanus—. Ahora es el momento de que vea cómo comenzó su búsqueda de la divinidad.

—¿Con los primarcas? —dijo Horus—. Eso no tiene sentido.

—Tiene un perfecto sentido. Serían sus generales. Como a dioses, cabalgarían sobre los planetas y recuperarían la galaxia para él. Ustedes eran un arma, Horus, un arma para ser dejada de lado una vez embotada y más allá de toda utilidad.

Horus siguió a Sejanus y marcharon a lo largo del pasillo, deteniéndose periódicamente para mirar a través del cristal de los tanques. Veía algo diferente en cada uno de ellos, luz y formas indistinguibles, estructuras orgánicas, ojos y ruedas girando en círculos de fuego. Un poder como nunca había conocido animaba la maquinaria y podía sentir potentes descargas energéticas circundando y la protegiendo a los tanques, ondulando a través de su piel, como ondas en el aire.

Se detuvo ante el tanque con el número XI estarcido sobre él y puso su mano contra el acero suave, sintiendo las glorias desconocidas que podrían haber esperado a quien crecía en su interior, a sabiendas de que nunca llegarían. Se inclinó para mirar dentro.

—¿Conoce lo que sucedió aquí, Horus? —dijo Sejanus—. No estaremos mucho tiempo en este lugar.

—Sí —dijo Horus—. Hubo un accidente. Estábamos perdidos, dispersos por las estrellas hasta que el Emperador nos descubrió.

—No —dijo Sejanus—. No fue un accidente.

Horus se volvió hacia su compañero, confundido.

—¿Qué estás diciendo? Por supuesto que sí. Fuimos alejados de Terra como hojas en una tormenta. Llegué a Cthonia, Russ a Fenris, Sanguinius a Baal y los otros a los mundos donde fueron encontrados.

—No, me entiende mal. Quise decir que no fue accidental —dijo Sejanus—. Mire a su alrededor. Usted sabe hasta qué profundidad estamos por debajo de la tierra, vio las protecciones talladas en las puertas que nos trajeron hasta aquí. ¿Qué clase de accidente cree que podría suceder en este establecimiento y lograr esa dispersión a través de la galaxia? ¿Y cuáles eran las posibilidades de que todos fueran a terminar en mundos natales antiguos de la humanidad?

Horus no tenía ninguna respuesta para él y se apoyó en la barandilla de la pasarela


respirando profundamente cuando Sejano se le acercó.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Yo estoy sugiriendo nada. Le estoy diciendo lo que pasó.

—¡No me estás diciendo nada! —rugió Horus—. Me llenas la cabeza con especulaciones y conjeturas, pero no me dices nada concreto. Tal vez estoy siendo estúpido, no sé, así que explícame qué quieres decir con palabras bien sencillas.

—Muy bien —asintió con la cabeza Sejanus—. Le contaré de su creación.

Nubes de tormenta rugían sobre la cumbre del Delphos y Euphrati Keeler tomó un par de pictografías rápidas de la inmensidad de la estructura, recortada contra los haces de iluminación púrpura. Sabía que las pictografías no eran nada especial, la composición banal y remanida, pero de todos modos las hizo a sabiendas de que cada instante de este momento histórico tenía que ser registrado para las generaciones futuras.

—¿Está hecho? —le preguntó Titus Cassar, que estaba un poco detrás de ella—. La reunión de la oración es en un momento y no quiero llegar tarde.

—Lo sé, Titus, deje de quejarse.

Había conocido a Titus Cassar el día después de haber llegado al valle de Delphos, siguiendo los símbolos secretos Lectitio Divinitatus a una reunión de oración clandestina que había organizado a la sombra del poderoso edificio. Se había sido sorprendido por el número de personas que formaban parte de su congregación, casi sesenta personas, todos con sus cabezas inclinadas y recitando oraciones al Divino Emperador de la Humanidad.

Cassar la había acogido en su rebaño. Rápidamente, la gente había gravitado a sus oraciones diarias y sermones, prefiriéndolas a las de él. A pesar de su fe, Cassar no era orador y su discurso torpee incómodo, dejaba mucho que desear. Él tenía fe, pero no era un iterador, eso era seguro. Ella se había preocupado porque él sintiera usurpada su posición dentro del grupo, pero la había aceptado, a sabiendas de que él era un seguidor, no un líder.

En verdad, ella no era un líder tampoco. Al igual que Cassar, tenía fe, pero se sentía incómoda de pie frente a grandes grupos de personas. La multitud de fieles no parecía darse cuenta, mirándola con adoración mientras predicaba la palabra del Emperador.

—No estoy inquieto, Euphrati.

—Sí que lo estás.

—Bueno, tal vez lo estoy, pero tengo que volver al *Dies Irae* antes de que me echen de menos. El Prínceps Turnet querrá mi piel si se entera de lo que he estado haciendo aquí.

Los poderosos motores de la guerra de la Legio Mortis montaban guardia sobre el Señor de la Guerra, en la desembocadura del valle, su volumen era demasiado enorme para que pudieran entrar. El cráter parecía más un campamento militar que una reunión de peregrinos y suplicantes: tanques, camiones, plataformas y vehículos móviles de comando parecían haber llevado a miles de personas a este lugar durante los últimos siete días.

Junto con los lugareños de aspecto extraño, una gran parte de la flota expedicionaria llenaba el cráter con campamentos improvisados en todo el Delphos. La gente, en una maravillosa efusión de sentimiento espontáneo, se había dirigido a donde estaba el Señor de la Guerra y la escala de esa movilización aún le quitaba el aliento. Los escalones del templo estaban cubiertos de ofrendas al Señor de la Guerra. Ella sabía que muchas de aquellas personas le habían dejado todo lo que tenían con la esperanza de que podrían acelerar su recuperación de alguna manera.

Keeler sentía una nueva pasión en su vida, pero en el fondo todavía era una imaginista. Algunas de los pictografías que había tomado aquí se encontraban entre sus mejores trabajos.

—Sí, tienes razón, hay que ir —dijo ella dijo, doblando su pictógrafo y colgándolo alrededor de su cuello. Ella se pasó la mano por el pelo. Todavía no se acostumbraba a tenerlo corto, pero le gustaba la forma en que la hacía sentir.

—¿Has pensado en lo que vas a decir esta noche? —le preguntó Cassar mientras se abrían camino hacia el sitio de la reunión de oración.

—No, en realidad no —respondió ella—. Nunca lo planifico. Sólo dejo que la luz del Emperador me llene y hablo desde el corazón.

Cassar asintió con la cabeza, atento a cada palabra suya. Ella sonrió.

—Sabe, hace seis meses, me habría reído si alguien hubiera dicho cosas como esas a mi alrededor.

—¿Qué cosas? —preguntó Cassar.

—Sobre el Emperador —dijo ella, jugueteando con el aquila de plata en una cadena que mantenía escondida debajo de su túnica de rememoradora—. Pero creo que muchas cosas pueden sucederle a una persona en un solo instante.

—Supongo que sí —asintió Cassar, dando paso a un grupo de soldados del

Ejército—. La luz del Emperador es una fuerza poderosa, Euphrati.

Cuando Keeler y Cassar pasaron entre unos soldados, un hombre de cuello grueso como un toro con la cabeza rapada, golpeó el hombro de Cassar y lo lanzó al suelo.

—Hey, mira a dónde vas —gruñó el soldado, que se cernía sobre Cassar.

Keeler agachó junto al caído Cassar y gritó:

—¡Vete a la mierda, cretino, le pegaste!

El soldado se volvió, estrellando el puño contra la mandíbula de Euphrati y ella cayó al suelo, más sorprendida que lastimada. Luchó por levantarse a medida que la sangre le llenaba la boca, pero un par de manos la agarraron por los hombros y la sujetaron firmemente a la tierra. Dos soldados la sujetaban mientras los demás comenzaban a dar patadas a Cassar.

—¡Suéltenme! —gritó.

—¡Cállate, perra! —dijo el primer soldado—. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? ¿Oraciones y cosas para el Emperador? Es a Horus al que debes dar gracias.

Cassar se puso de rodillas, bloqueando las patadas lo mejor que pudo, pero se enfrentaba a tres soldados entrenados y no podía bloquearlas todas. Golpeó a uno en la ingle y se balanceó lejos de una bota de suela gruesa destinada a su cabeza, agarrando sus pies pero una mano lo golpeó a un lado del cuello.

Keeler le daba problemas a sus captores, pero eran demasiado fuertes. Un hombre se agachó para arrancarle el pictógrafo de alrededor de su cuello y le mordió la muñeca, cuando la puso al alcance de sus dientes. Él gritó y le arrancó el pictógrafo mientras que otro le sostenía la cabeza hacia atrás agarrándola del cabello.

—¡No te atrevas! —gritó, luchando aún más cuando el soldado agarró el pictógrafo por la correa y la rompía en pedazos contra el suelo. Cassar estaba de rodillas, la cara ensangrentada y con rabia. Liberó la pistola de su funda, pero una rodilla se estampó en su cara y lo dejó sin sentido, la pistola cayó al suelo a su lado.

—¡Titus! —gritó Keeler, peleando como un gato montés y, finalmente, logrando liberar un brazo.

Se volvió sobre su espalda y arañó la cara del hombre que la sujetaba. Él gritó y perdió su control sobre ella. Se revolvió y se arrodilló ante la pistola caída.

—¡Agárrala! —gritó alguien—. ¡Bruja amante del Emperador!

Alcanzó la pistola, al tiempo que oía el ruido de impactos fuertes, y rodó sobre su espalda. Sostuvo el arma delante de ella, dispuesto a matar al siguiente hijo de puta que se le acercaba.

Entonces vio que no tendría que matar a nadie.

Tres de los soldados estaban muertos, uno corría por su vida a través del camping y el último se debatía en el puño de hierro de un guerrero Astartes. Los pies del soldado se agitaban a un metro del suelo mientras el Astartes lo sostenía del cuello con una mano.

—Cinco a uno, no parece muy deportivo ¿no es así? —preguntó el guerrero. Keeler vio que era el capitán Torgaddon, uno de los Mournival. Recordó algunas imágenes de Torgaddon tomadas en la *Espíritu Vengativo* y pensó que era el más guapo de los Hijos de Horus.

Torgaddon le arrancó la tarjeta de identificación con el nombre y la unidad del soldado, antes de dejarlo caer y dijo:

—Vas a tener noticias de los Maestros de Disciplina. Ahora sal de mi vista antes de que te mate.

Keeler dejó caer la pistola y se deslizó hacia su pictógrafo, maldiciendo al ver que las imágenes contenidas en él probablemente se habían arruinado. Revolvió entre los restos y sacó la bobina de memoria. Si pudiera colocarla en la máquina de edición que tenía guardada con la suficiente rapidez, tal vez podría salvar algunas de las imágenes.

Cassar gemía de dolor y sintió una punzada momentánea porque había por su pictógrafo antes de ir a ver cómo se encontraba él, pero pasó pronto.

—¿Eres Keeler? —preguntó Torgaddon mientras ella deslizaba la bobina de memoria entre sus ropas.

Ella levantó la vista, sorprendida de que él supiera su nombre, y dijo:

—Sí.

—Bien —dijo, tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Quieres decirme de que iba todo esto? —le preguntó.

Ella vaciló, no quería decirle a un guerrero Astartes la verdadera razón del ataque.

—Creo que les gustaron las imágenes que estaba tomando —dijo.

—Todo el mundo es un crítico, ¿eh? —rió Torgaddon, pero pudo sentir que él no le creía.

—Sí, pero tengo que volver a la nave para recuperarlas.

—Bueno, eso es una feliz coincidencia —dijo Torgaddon.

—¿Qué quiere decir?

—Me han pedido que te llevará de vuelta a la *Espíritu Vengativo*.

—¿Usted? ¿Por qué?

—¿Importa? —preguntó Torgaddon—. Te vienes conmigo.

—¿Al menos puede decirme quien me quiere de regreso?

—No, es alto secreto.

—¿En serio?

—No, en realidad no, es Kyril Sindermann.

La idea de que Sindermann enviara a un guerrero Astartes para buscarla parecía ridícula. Sólo podía haber una razón por la cual el venerable iterador querría hablar con ella. Ignace o Mersadie debían haberle contado acerca de su nueva fe. Ella sintió que su ira crecía ante su falta de voluntad para entender la verdad recién descubierta.

—¿Así que ahora los Astartes están a entera disposición de los iteradores? —le espetó.

—Casi —dijo Torgaddon—. Es un favor a un amigo y creo que podría estar interesada en volver.

—¿Por qué?

—Tiene un montón de preguntas, señorita Keeler —dijo Torgaddon— y aunque ese es un rasgo que probablemente la haga una mejor rememoradora, podría ser mejor para usted que se callara y escuchara por un momento.

—¿Estoy en problemas?

Torgaddon apartó los restos destrozados de su pictógrafo con su bota y le dijo:

—Podríamos decir que alguien quiere darle algunas lecciones de pictografía.

—El Emperador sabía que iba a necesitar a los mejores guerreros para liderar a sus ejércitos —comenzó a Sejanus—. Para encabezar a guerreros como los Astartes necesitaría dioses como comandantes. Los comandantes serían prácticamente indestructibles y podrían comandar a guerreros sobrehumanos. Ellos serían creados para ser líderes de hombres, señores de la guerra poderosos cuya destreza marcial sería sólo igualada por el Emperador, cada uno con sus propias habilidades particulares.

—Los Primarcas.

—En efecto. Sólo con seres de tal magnitud podría incluso pensar en la conquista de la galaxia. ¿Se imagina la arrogancia necesaria incluso para imaginar tal esfuerzo? ¿Qué clase de hombre podría incluso considerarlo? ¿Quién sino a un Primarca podía confiar una tarea tan monumental? Ningún hombre, ni siquiera el Emperador, podría alcanzar semejante objetivo en solitario. De ahí que fueron creados ustedes.

—Para conquistar la galaxia para la humanidad —dijo Horus.

—No, no para la humanidad, para el Emperador —dijo Sejanus—. Usted ya sabe en su corazón lo que les espera cuando la Gran Cruzada haya terminado. Se convertirán en los carceleros que guardarán las políticas del régimen del Emperador, mientras él asciende a la divinidad y los abandona a todos. ¿Qué tipo de recompensa es que para alguien que conquistó la galaxia?

—Eso no nos contentará a todos —gruñó Horus, golpeando su mano un lado del depósito plateado delante de él. El metal se abolló y una pequeña fisura se formó en el vidrio templado. Pudo oír un golpeteo desesperado desde el interior y el silbido de un escape de gas se oyó desde el panel de helado del tanque.

—Mire a su alrededor, Horus —dijo Sejanus—. ¿Cree acaso que la ciencia del hombre por sí sola podría haber creado un ser como un Primarca? Si esa tecnología existiera, ¿por qué no crear un centenar de Horus, miles? No, el negocio se cerró cuando usted fue creado. Lo sé, porque los amos de la Disformidad son tanto tus padres como lo es el Emperador.

—¡No! —gritó Horus—. No lo creo. Los Primarcas son mis hermanos, hijos del Emperador, creados a partir de su propia carne y sangre y cada parte de él.

—Cada parte de él, sí, pero ¿de dónde vino ese poder? Él negoció con los dioses de la Disformidad por una medida de su poder. Eso es lo que invirtió en usted, no su insignificante poder humano.

—¿Los dioses de la Disformidad? ¿De qué estás hablando, Sejanus?

—Las entidades cuyo reino está siendo destruido por el Emperador —dijo Sejanus —. Inteligencias, criaturas xenos, dioses ¿Importa la terminología que usamos para ellos? Ellos tienen un poder tan increíble que bien podrían ser dioses por su cuenta. Conocen los secretos de la vida y de la muerte y todo lo que se encuentra en medio. La experiencia, el cambio, la guerra y la decadencia, todos ellos son parte del interminable ciclo de existencia y los dioses de la Disformidad dominan sobre todos ellos. Su poder fluye a través de sus venas y le otorga increíbles habilidades. El Emperador los conoce desde hace mucho tiempo y estableció contacto con ellos hace muchos siglos, ofreciéndoles amistad y devoción.

—¡Él nunca haría tal cosa! —negó Horus.

—Subestima su lujuria por el poder —dijo Sejanus, mientras hacían su camino de regreso hacia la escalera que llevaba hasta el piso del laboratorio—. Los dioses de la urdimbre son poderosos pero ellos no entienden este universo material y el emperador

fue capaz de traicionarlos, robando su poder para sí mismo. Cuando lo creó, le transmitió una parte pequeña de ese poder.

Horus sentía que se le entrecortaba la respiración. Quería negar las palabras de Sejanus, pero parte de él sabía que no era mentira. Como cualquier hombre, su futuro era incierto, pero su pasado siempre le había pertenecido. Había forjado su vida y sus triunfos con sus propias manos, pero ahora, le estaba siendo despojado por la traición del Emperador.

—Así que estamos contaminados —reflexionó Horus en voz baja—. Todos nosotros.

—Contaminados, no —dijo Sejanus, sacudiendo la cabeza—. El poder de la Disformidad, simplemente es. Utilizado de manera adecuada y por un hombre poderoso puede ser un arma sin igual. Puede ser dominado y puede ser una poderosa herramienta para alguien con la voluntad de usarlo.

—Entonces ¿por qué no el Emperador no lo usa bien?

—Porque es débil —dijo Sejanus, acercándose a Horus—. A diferencia suya, le falta la voluntad para dominarlo y los dioses de la urdimbre no ven con buenos ojos a aquellos que los traicionan. El Emperador había tomado una medida de su poder para sí mismo, pero ellos le devolvieron el golpe.

—¿Cómo?

—Ya lo verá. Con el poder que les robó, era demasiado poderoso para que lo atacaran directamente, pero tenían un atisbo de sus planes y dieron el golpe en lo que más necesitaba para llevar a cabo sus planes.

—¿Los Primarcas?

—Los Primarcas —estuvo de acuerdo Sejanus, volviendo a lo largo del camino. Horus oyó sonar las sirenas distantes y sintió el aire dentro de la cámara cada vez más agitado, como si una helada corriente eléctrica pasara de molécula a molécula.

—¿Qué está pasando? —preguntó, cuando las sirenas sonaron más fuerte.

—Justicia —dijo Sejanus.

Las superficies reflectantes de los tanques se encendieron cuando una luz actínica azul apareció por encima de ellos y Horus levantó la vista para ver una mancha remolineante de luz sucia surgía a la existencia justo debajo del techo. Como una galaxia en miniatura, colgaba por encima de los tanques de incubación, cada vez más grande con cada segundo que pasaba. Un poderoso viento tiró de Horus que quedó colgado de la barandilla aullando sobre el sonido de la vorágine que se difundía por

encima de él.

—¿Qué está pasando? —gritó, abriéndose camino agarrado de la baranda hacia las escaleras.

—Sabe lo que es, Horus —dijo Sejanus.

—Tenemos que salir de aquí.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Sejanus, tomándolo el brazo con una presa de hierro.

—Quítame la mano de encima, Sejanus —advirtió Horus—, o como te llames. Sé que no eres Sejanus, por lo que puedes dejar de fingir.

Incluso mientras hablaba, vio a un grupo de guerreros armados corriendo a través de la puerta de la cámara hacia ellos. Había seis de ellos, cada uno con la constitución de un Astartes, pero sin armadura de places, un poco menos voluminosos pero aún gigantescos. Llevaban fabulosas corazas doradas decoradas con águilas y relámpagos y cada uno llevaba un casco broncíneo, rematado con un penacho de crin roja. Capas escarlata volaban detrás de ellos en el ciclón que azotó a la cámara. Largas lanzas con bólters adosados, de hojas crepitantes fueron dirigidas hacia él. Reconoció de inmediato a los guerreros por lo que eran: Adeptos Custodios, los pretorianos del Emperador.

—¡Alto, demonios y enfrenten su juicio! —gritó el jefe de los guerreros, apuntando su lanza hacia el corazón de Horus. Aunque el guerrero llevaba un yelmo cerrado, Horus habría reconocido sus ojos y su voz en cualquier lugar.

—¡Valdor! —exclamó Horus—. Constantin Valdor. Soy yo, Horus.

—¡Silencio! —gritó Valdor—. ¡Pon fin a esta conjuración ahora!

Horus levantó la vista hacia el techo, sintiendo que la energía contenida dentro de ese remolino tiraba de él, como la llamada de un amigo perdido hace mucho tiempo. Expulsó de su mente la extraña llamada, se dejó caer al suelo de la cámara y dio un paso hacia adelante.

Explosiones de luz surgieron de las lanzas de los Custodios y Horus fue obligado a arrodillarse por los impactos de sus proyectiles. El viento aullante se tragó el ruido de los disparos. Horus gritó, no de dolor, sino por la desazón de que los guerreros del Imperio habían disparado sobre él.

Más explosiones lo golpearon, arrancando grandes trozos de su armadura, pero ninguno fue capaz de atravesar su protección. Los Custodios avanzaban en filas disciplinadas, abriendo fuego sobre él, impidiéndole moverse. Sejanus se agachó

detrás de las escaleras. Chispas y trozos de humeantes de metal volaron a su alrededor como consecuencia de los disparos.

Horus rugió de ira y se levantó. Todos sus pensamientos restrictivos fueron hechos a un lado cuando se sintió él mismo en el centro de la tormenta ensordecedora. Un proyectil golpeó su gola y casi le dio la vuelta, pero no fue suficiente para detenerlo. Arrancó la lanza del Custodio más cercano y redujo su cráneo a astillas de un solo golpe de su puño.

Él cambió la dirección de la lanza y dividió al siguiente Custodio desde la clavícula hasta la ingle, las dos mitades fueron barridas por los vientos huracanados y desaparecieron en el torbellino crepitante. Otro Custodio murió cuando Horus empujó la lanza a través de su pecho y lo partió en dos.

Una hoja alanceó su cabeza, pero la rompió con un golpe de su puño y arrancó el brazo de su atacante con desenvoltura. Otro Custodio murió cuando Horus arrancó su cabeza con un puñetazo poderoso, la sangre brotó de la nuca, como un géiser, mientras la cabeza cortada caía a un lado.

Sólo Valdor se mantenía en pie y Horus gruñó mientras rodeaba al Custodio Jefe. Una llama de luz surgió del cañón de lanza de Valdor. Horus aguantó los impactos y levantó el puño para golpear Valdor, al tiempo que oyó un chirrido metálico cuando la fuerza del huracán que se extendía desde el vértice anterior, finalmente logró su objetivo.

Horus detuvo su ataque, súbitamente aterrorizado por la suerte de los que estaban dentro de los tanques. Se volvió y vio a un tanque arrojando gases y gritos cuando fue arrancado de la tierra, siguiéndole los otros, arrancadas de sus amarres y barridos hacia las alturas.

Luego el tiempo se detuvo y una luz cegadora llenó la cámara.

Horus sintió como si flotara en un flujo de la miel caliente y se volvió hacia la fuente de la luz: un gigante dorado brillante de majestad y belleza inimaginables.

Horus se dejó caer de rodillas en éxtasis por la visión. ¿Quién no adoraría a un ser tan perfecto? Potencia y seguridad fluían de la figura, el misterio secreto de la creación en sus manos, las respuestas a cualquier pregunta que se pudiera hacer y el conocimiento y la sabiduría para saber cómo usarlas.

Llevaba una armadura de oro con un brillo perfecto, sus rasgos imposibles de aprehender y su gloria y potencia sin igual en ningún otro ser de la creación.

El guerrero dorado se movía como en cámara lenta, levantando la mano para

detener la locura de la vorágine con un gesto. El remolino fue silenciado, los tanques de incubación quedaron en suspensión en el aire.

La figura dorada se volvió hacia un desconcertado Horus.

—¿Te conozco? —dijo. Horus lloró al escuchar una sinfonía perfecta de sonido.

—Sí —dijo Horas, en un susurro, incapaz de alzar la voz.

El gigante inclinó la cabeza hacia un lado y dijo:

—Destruyes mi más grande obra, pero no tendrás éxito. Te lo ruego, apártate de este camino o todo se perderá.

Horus se acercó hacia el guerrero dorado mientras fijaba su triste mirada en las cámaras de incubación inmóviles por encima de él, sopesando las consecuencias de los acontecimientos futuros en un abrir y cerrar de ojos.

Horus podía ver la decisión en los ojos maravillosos de la figura y gritó:

—¡No!

La figura pasó sobre él y el tiempo avanzó de nuevo en su flujo prescrito.

El aullido ensordecedor de la urdimbre volvió con la fuerza de un huracán y Horus escuchó los gritos de sus hermanos en medio de las estridencias metálicas de sus tanques de incubación.

—¡Padre, no! —gritó—. ¡No debes permitir que esto suceda!

El gigante dorado se alejaba, dejando una carnicería en su camino, sin preocuparse de la vida que él había forjado. Horus sintió que el odio se hinchaba brillante y fuerte en su pecho.

La fuerza del viento se apoderó de él y dejó que lo llevara, girando en el aire. Horus abrió los brazos cuando se reunió una vez más con sus hermanos.

El abismo del vórtex de la urdimbre se abrió por encima de él como un gran ojo de terror y la locura.

Se entregó a su poder y dejo que lo tomara en su abrazo.



DIECISÉIS
LA VERDAD ES TODO LO QUE TENEMOS
ARCHIPROFETA
HOGAR

Por una única vez Loken se inclinó a estar de acuerdo con Iacton Qruze cuando dijo:

—No es como solía ser, muchacho. No era como que solía ser —estaban de pie en la cubierta del strategium, mirando hacia el resplandor fantasmal de Davin, que colgaba en el espacio como una joya desvaída—. Recuerdo la primera vez que vinimos aquí, parece que fue ayer.

—Más bien hace una vida —dijo Loken.

—Tonterías, joven —dijo Qruze—. Cuando tengas tantos años como yo, aprenderás una cosa o dos. Cuando llegues a mi edad vas a percibir realmente el paso del tiempo.

Loken suspiró, no realmente ofuscado por los divagues de Qruze, sino ligeramente condescendiente ante sus historias de «los buenos viejos tiempos».

—Sí, Lacton, ya lo veremos.

—No me subestimes, muchacho —dijo Qruze—. Puedo ser viejo, pero no soy estúpido.

—Nunca quise decir que lo eras —dijo Loken.

—Entonces préstame atención ahora, Garviel, —dijo Qruze, acercándose a él—. Crees que no sé nada, pero yo sí se.

—¿Saber acerca de qué?

—Acerca de eso del «que se oye a medias» —susurró Qruze, en voz baja para que nadie de la tripulación de cubierta podía oír—. Yo sé bien por qué me llaman así y no

es porque hablo en voz baja, es porque nadie le presta atención a lo que yo digo.

Loken miró largamente a Qruze, el rostro curtido, su piel arrugada con pliegues y dobleces. Sus ojos, normalmente encapuchados y medio cerrados ahora intensas y penetrantes.

—Lacton —empezó Loken, pero Qruze lo cortó.

—No te disculpes, no lo sientas.

—No sé qué decir —dijo Loken.

—Ach… no digas nada. ¿Qué es lo que tengo que decir que alguien quiera escuchar de todos modos? —Qruze suspiró—. Sé lo que soy, muchacho, una reliquia del pasado de nuestra querida Legión. Sabes que yo recuerdo cuando luchamos sin el Señor de la Guerra, ¿te imaginas una cosa así?

—Puede que no lo tengamos en breve, Iacton. Es casi la hora de que se abra el Delphos y no ha habido ni una noticia. El apotecario Vaddon no está más cerca de averiguar qué pasó con el Señor de la Guerra, incluso con el anatam.

—¿El qué?

—El arma que hirió al Señor de la Guerra —dijo Loken, deseando no haber mencionado el arma kinebrach frente Qruze.

—Oh, debe ser un arma muy poderosa —dijo Qruze sabiamente.

—Quería volver a bajar a Davin con Torgaddon —dijo Loken, cambiando de tema —, pero yo tenía miedo de lo que pudiera hacer si veo a Pequeño Horus o a Ezekyle.

—Ellos son tus hermanos, chico —dijo Qruze—. Pase lo que pase, nunca lo olvides. Si rompemos ese lazo es por nuestra cuenta y riesgo. Cuando le damos la espalda a un hermano, lo hacemos a todos ellos.

—¿Incluso cuando han cometido un terrible error?

—Aún así —estuvo de acuerdo Qruze—. Todos cometemos errores, muchacho. Tenemos que apreciarlos por lo que son: lecciones que sólo se pueden aprender a la manera difícil. A menos que sea un error fatal, por supuesto, pero en ese caso al menos otra persona puede aprender de eso.

—No sé qué hacer —dijo Loken, apoyado en la barandilla del strategium—. No sé qué está pasando con el Señor de la Guerra y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—Sí, es un tema espinoso, hijo —estuvo de acuerdo Qruze—. Sin embargo, como solíamos decir en mis días: Cuando no hay nada que podamos hacer al respecto, no nos preocupemos.

—Las cosas deben haber sido más simples en tus días, Iacton —dijo Loken.

—Lo fueron, chico, eso es seguro —respondió Qruze sin notar el sarcasmo de Loken—. No había ninguno de estos sinsentidos. ¿Crees acaso que teníamos a un advenedizo como Varvarus en busca de sangre? ¿O que teníamos rememoradores en nuestra nave ensangrentada, escribiendo traicioneras poesías sobre nosotros diciendo que es la pura verdad? Yo me pregunto, ¿dónde está el maldito respeto que se tenía a los Astartes? Los tiempos cambian, joven, los tiempos cambian.

Loken entrecerró los ojos cuando Qruze habló.

—¿De qué estás hablando?

—He dicho que todo ha cambiado desde que…

—No —dijo Loken—, acerca de Varvarus y los rememoradores.

—¿No has oído? No, supongo que no —dijo Qruze—. Bueno, parece que a Varvarus no le gustó demasiado que el Mournival volviera a la *Espíritu Vengativo* con el Señor de la Guerra. El tonto piensa que deben rodar cabezas por las muertes que causaron. Él ha estado exigiendo por vox diariamente a Maloghurst exigiendo que digamos a toda la flota lo sucedido, compensemos a las familias de los muertos y luego castiguemos a todos.

—¿Castigarnos?

—Eso es lo que estoy diciendo —asintió Qruze—. Sus reclamos lograron que Ing Mae Sing despachara un comunicado al Consejo de Terra sobre el desastre que causaron. Apenas un incidente un poco sangriento si me preguntas. No tenemos por que aguantar esto, llegamos, ustedes lucharon y sangraron, y si la gente se puso en el camino, mala suerte.

Loken se horrorizó ante las palabras de Qruze. Una vez más sentía la vergüenza de sus acciones en la cubierta de embarque. Las muertes de inocentes permanecerían con él hasta su último día, pero lo hecho, hecho estaba y no quería perder el tiempo en lamentarlo. Para los simples mortales el decretar la muerte de un Astartes era impensable, sin embargo los hechos habían sido lamentables.

Aunque Varvarus resultaba problemático, era un problema para Maloghurst, pero algo en las palabras de Qruze le sonó muy familiar.

—¿Has dicho algo sobre rememoradores?

—Sí, como si no tuviéramos suficientes quebraderos de cabeza.

—Iacton, no me des vueltas. Dime lo que está pasando.

—Muy bien, aunque no sé cuál es la prisa —respondió Qruze—. Parece que hay

algunos rememoradores anónimos en la nave, repartiendo propaganda anti-Astartes, poesía o alguna tontería similar. Los tripulantes han encontrado folletos en todo la nave. Uno llamado «la verdad es todo lo que tenemos» o algo tan pretencioso como eso.

—La verdad es todo lo que tenemos —repitió Loken.

—Sí, creo que sí.

Loken giró sobre sus talones y salió del strategium sin decir una palabra.

—No perece que fuera como en mis días —suspiró Qruze después de que saliera Loken.

Era tarde y estaba cansado, pero Ignace Karkasy estaba satisfecho con la labor de la semana pasada. Cada vez que había hecho un viaje clandestino a través de la nave para distribuir su poesía radical, había regresado horas más tarde para encontrarse con todos los ejemplares habían sido llevados. Aunque la tripulación de la nave sin duda había decomiso algunos, él sabía que otros debían haber encontrado su hogar en manos de aquellos que necesitaban escuchar lo que tenía que decir.

La bajada estaba tranquila, pero siempre era en estos días. La mayoría de los que celebraban vigilias por el Señor de la Guerra lo hacían bien en Davin o en los espacios más grandes de la nave. Un aire de abandono se cernía sobre la *Espíritu Vengativo*, como si incluso los servidores que la limpiaban y mantenían, habían detenido en sus funciones a la espera de los resultados de los acontecimientos en el planeta.

Mientras caminaba de regreso a su alojamiento, Karkasy vio el símbolo de la Lectitio Divinitatus rayado en mamparos y corredores, una y otra vez. Tenía la clara impresión de que si los siguiera, lo llevarían a un grupo de los fieles.

Los fieles. Todavía sonaba extraño pensar en tal término en estos tiempos ilustrados. Se recordó de pie en el templo de 63-19 preguntándose si la creencia en lo divino era una falla en el carácter inmutable de la humanidad. ¿Era la necesidad del hombre de creer en algo un truco para llenar algún terrible vacío en su interior?

Un hombre sabio de la Vieja Tierra había declarado una vez que la ciencia podría destruir a la humanidad, no a través de sus armas de destrucción masiva, sino demostrando finalmente que no había ningún dios. Ése conocimiento, según él, quemaría la mente del hombre y lo dejaría farfullante y loco por el conocimiento de que estaba completamente solo en un universo indiferente.

Karkasy sonrió al pensar qué hubiera dicho ese viejo si hubiese visto la verdad del

Imperio iluminar con su luz secular hasta los extremos confines de la galaxia. Por otra parte, tal vez este culto Lectitio Divinitatus era la reivindicación de sus palabras, la prueba de que, frente a ese vacío, el hombre había elegido inventar nuevos dioses para reemplazar a los que se habían esfumado de la historia.

Karkasy no creía que el Emperador se había transubstanciado de hombre a Dios, pero la literatura de la secta, que aparecía con la misma regularidad que sus propias publicaciones, afirmaba que ya estaba más allá de las preocupaciones mortales.

En el interior, su cubículo era un desastre, a pesar de que era un lío de su propia creación en lugar que del de cualquier intruso. De espaldas a él y llenando el pequeño espacio con su masa corporal estaba, como él ya lo esperaba, el Capitán Loken.

—Hola, Ignace —dijo Loken, dejando uno de los Bondsman número 7. Karkasy había llenado dos de ellos con anotaciones al azar y pensamientos, y sabía que Loken no estaría contento con lo que tenía que haber leído. No hacía falta ser un estudioso de la literatura para entender la virulencia de lo escrito allí.

—Capitán Loken —respondió Karkasy—. Me gustaría preguntarle a qué debo el placer de esta visita, pero ambos sabemos por qué está aquí, ¿no?

Loken asintió con la cabeza. Karkasy sentía su corazón latiendo con fuerza dentro el pecho, viendo al Astartes como apenas podía mantener su ira bajo control. Ésta no era la furia atroz de Abaddon, pero era una rabia fría que podría acabar con él sin un momento de pausa o arrepentimiento. De repente Karkasy se dio cuenta de cuan peligrosa que era su musa recién descubierta y lo estúpido que había sido al pensar que su accion quedaría sin descubrir por mucho tiempo. Curiosamente, ahora que se desenmascaró, sintió que su desafío a sofocar el fuego de su miedo, y sabía que él había hecho lo correcto.

—¿Por qué? —siseó Loken—. Yo lo avalaba rememorador. Puse mi buen nombre en juego por usted y ¿así es como soy pagado?

—Sí, capitán —dijo Karkasy—. Usted respondió por mí. Usted me hizo jurar decir la verdad y eso es lo que he estado haciendo.

—¿La verdad? —rugió Loken. Karkasy se acobardó ante su ira, recordando la facilidad con que los puños del capitán habían aporreado a la gente hasta la muerte—. ¡Ésa no es la verdad, esto es basura calumniosa! Tus mentiras ya se están extendiendo al resto de la flota. Debería matarte por eso, Ignace.

—¿Matarme? ¿Así como mató a toda esa gente inocente en la cubierta de embarque? —gritó Karkasy—. ¿Es eso lo que significa la justicia Astartes ahora?

¿Alguien se interpone en su camino o dice algo que no está de acuerdo con ustedes y lo matan? Si eso es lo que nuestro glorioso Imperio ha llegado a ser, no quiero tener nada que ver con eso.

Él vio como la ira de Loken se diluía y sintió una punzada de tristeza momentánea, pero que anuló al recordar la sangre y los gritos de los moribundos. Levantó una colección de poemas y los mantuvo ante Loken.

—De todos modos, se trata de lo que usted quería.

—¿Acaso piensas que yo quería esto? —dijo Loken, lanzando los folletos por todo el camarote y cerniéndose sobre él—. ¿Estás loco?

—Nada de eso, mi querido capitán —dijo Karkasy, afectando una calma que no sentía—. Tengo que darle las gracias por esto.

—¿A mí? ¿De qué estás hablando? —preguntó Loken, obviamente confundido. Karkasy podía ver un resquicio de duda en la bravata de Loken. Le ofreció la botella de vino, pero el guerrero gigante negó con la cabeza.

—Usted me dijo que siguiera diciendo la verdad por fea y desagradable que pudiera ser —dijo Karkasy, vertiendo un poco de vino en una jarra de estaño, agrietada y sucia—. La verdad es que todo lo que tenemos, ¿recuerda?

—Recuerdo —suspiró Loken, sentándose en la cucheta de Karkasy con un crujido.

Karkasy dejó escapar un suspiro al darse cuenta de que el peligro inmediato había pasado y tomó un largo trago de vino. Era una mala cosecha y había estado abierta por mucho tiempo pero ayudó a calmar sus nervios. Sacó una silla de respaldo alto de su escritorio y se sentó delante de Loken, que extendió su mano hacia la botella.

—Tiene razón, Ignace, yo le dije que hiciera esto, pero nunca me imaginé que nos llevaría a este lugar —dijo Loken, tomando un trago de la botella.

—Ni yo, pero aquí estamos —respondió Karkasy—. La pregunta ahora es ¿qué va a hacer al respecto?

—No lo sé, Ignace —admitió Loken—. Creo que está siendo injusto con el Mournival, dadas las circunstancias en las que nos encontramos. Todos nosotros.

—No —lo interrumpió Karkasy—, no lo soy. Los Astartes están por encima de los mortales en todos los sentidos y merecen nuestro respeto, pero que el respeto tiene que ser ganado. Se requiere cierta ética sin lugar a dudas. No solo tienen que conocer la línea entre el bien y el mal, también deben tener bien claro las áreas grises que hay en el medio.

Loken rió, ahora sin ironía.

—Pensé que era asunto de Sindermann todo lo concerniente a la enseñanza de la ética.

—Bueno, nuestro querido Kyril no se ha hecho ver mucho últimamente, ¿verdad? —dijo Karkasy—. Admito que soy algo así como un recién llegado a las filas de los justos, pero sé que lo que estoy haciendo es lo correcto. Más que eso, ¡sé que es necesario!

—¿No tienes dudas sobre eso?

—No, capitán. Me siento más seguro de lo que he estado nunca.

—¿Seguirá publicando esto? —le preguntó Loken, levantando un montón de notas garabateadas.

—¿Quiere una respuesta honesta a esa pregunta, capitán? —preguntó Karkasy.

—Sí, respóndame honestamente.

—Si me lo permite —dijo Karkasy—, si.

—Nos traerá problemas a ambos, Ignace Karkasy —dijo Loken—, pero si no tenemos la verdad, entonces no somos nada. Y si le impido hablar, no soy mejor que un tirano.

—¿Así que no va a impedir que escriba o enviarme de vuelta a Terra?

—Debería hacerlo, pero no lo haré. Debe ser consciente de que sus poemas le han hecho poderosos enemigos, Ignace, enemigos que demandarán su regreso, o algo peor. A partir de este momento, sin embargo, está bajo mi protección —dijo Loken.

—¿Cree que voy a necesitar esa protección? —preguntó Karkasy.

—Definitivamente —dijo Loken.

—Me han dicho que me quería ver —dijo Euphrati Keeler—. ¿Podría decirme por qué?

—Ah, mi querida Euphrati —dijo Kyril Sindermann, levantando la vista de su comida—. Entra.

Ella lo había encontrado en la subcubierta del comedor después de andar buscándolo por los pasajes polvorientos de la Cámara de Archivo número tres por más de una hora. De acuerdo con los iteradores que habían quedado en la nave, el anciano había pasado casi todo su tiempo allí, faltando a sus conferencias —aunque no hubiera estudiantes a los que darle una conferencia en este momento— y haciendo caso omiso de las peticiones de sus compañeros para unirse a ellos en las comidas.

Torgaddon la había dejado sola en la tarea de encontrar a Sindermann, su deber simplemente consistía en traerla de regreso a la *Espíritu Vengativo*. Luego se había ido en busca del Capitán Loken, para viajar de regreso a Davin con él. Keeler estaba segura de que él le transmitiría lo que había visto en el planeta, pero ya no le importaba lo que pudiera opinar de sus creencias. Sindermann tenía un aspecto terrible, con los ojos ojerosos y grises, su rostro pálido y demacrado.

—No se ve bien, Sindermann —dijo.

—Yo podría decir lo mismo de usted, Euphrati —dijo Sindermann—. Ha perdido peso. Eso no la favorece.

—La mayoría de las mujeres estaría agradecida por ello, pero no mandó a uno de los Astartes para traerme de vuelta aquí para hablar sobre mis hábitos alimenticios, ¿verdad?

Sindermann se echó a reír, dejando a un lado el libro, que había estado estudiando, y le dijo:

—No, tienes razón, no lo hice.

—¿Entonces por qué lo hizo? —preguntó ella, sentada frente a él—. Si es por algo le ha dicho Ignace, mejor ahorre el aliento.

—¿Ignace? No, no he hablado con él desde hace algún tiempo —respondió Sindermann—. Fue Mersadie Oliton que vino a verme. Ella me dijo que te has convertido en toda una agitadora de esa secta Lectitio Divinitatus.

—No es una secta.

—¿No? Entonces ¿cómo la llaman?

Ella lo pensó por un momento y luego respondió:

—Una nueva fe.

—Una respuesta astuta —dijo Sindermann—. Si me lo permite, me gustaría saber más sobre eso.

—¿Lo haría? Creí que me trajo de vuelta para tratar de enseñarme lo erróneo del camino que hemos escogido, para usar artimañas de iterador para tratar de apartarme de mis creencias.

—No, en absoluto, querida —dijo Sindermann—. Usted puede pensar que su homenaje lo guarda en secreto en lo más recóndito de su corazón, pero se exterioriza. Somos una especie curiosa cuando se trata de la adoración. Las cosas que dominan nuestra imaginación determinan nuestras vidas y nuestro carácter. Por lo tanto, nos conviene tener cuidado con lo que adoramos, por lo que estamos adorando a que nos

estamos convirtiendo.

—¿Y qué cree usted que adoramos?

Sindermann miró furtivamente alrededor de la cubierta y sacó una hoja de papel que ella reconoció de inmediato como uno de los panfletos Lectitio Divinitatus.

—Eso es con lo que quiero que me ayudes. Lo he leído varias veces y debo admitir que estoy intrigado por las cosas que postula. Verás, desde los… eventos de las Cabezas Susurrantes, yo… No he estado durmiendo muy bien y vine a sumergirme en mis libros. Pensé que si podía entender lo que nos pasó allí, entonces yo podría racionalizarlo.

—¿Y lo logró?

Sonrió, pero podía ver el cansancio y la desesperación tras el gesto.

—¿La verdad? No, en realidad, cuanto más leía, más veía lo lejos que habíamos llegado desde los días en los sermones religiosos de un sacerdote autocrático. De la misma manera, cuanto más leía más me daba cuenta que había un patrón emergente.

—¿Un patrón? ¿Qué tipo de patrón?

—Mire —dijo Sindermann, llegando a la mesa para sentarse junto a ella, y alisando el folleto ante ella—. Su Lectitio Divinitatus cuenta cómo el emperador se ha movido entre nosotros desde hace miles de años, ¿no?

—Sí.

—Bueno, en los textos antiguos, basura en su mayoría, historias y cuentos espeluznantes de barbarie y derramamiento de sangre, he encontrado algunos temas recurrentes: un ser de luz dorada aparece en varios de los textos y, por mucho que cueste admitirlo, suena muy parecido a lo que se describe en ese trabajo. No sé cuál es la verdad en esta vía de investigación, pero me gustaría saber más de él, Euphrati. —Ella no supo qué decir.

—Mire —dijo, arrojando el libro por ahí y encarándose a ella—. Éste libro está escrito en una derivación de una lengua humana antigua, una que no he visto antes. Puedo entender ciertos pasajes, creo, pero es una estructura muy compleja y sin algunas de las raíces de las palabras para hacer las correctas conexiones gramaticales, se vuelve muy difícil de traducir.

—¿Qué libro es?

—Creo que es el Libro de Lorgar, aunque no he podido hablar con el Primer Capellán Erebus para verificar este hecho. Si es así, puede ser una copia entregada al Señor de la Guerra por el mismísimo Lorgar.

—¿Por qué es eso tan importante?

—¿No recuerdas los rumores sobre Lorgar? —preguntó Sindermann.

—¿El hecho de que también adoraban al Emperador como un dios?

—Se dice que su Legión devastó mundo tras otro por no mostrar la devoción debida al Emperador y luego levantó monumentos para él.

—Recuerdo los rumores, sí, pero eso es todo lo que son, ¿verdad?

—Probablemente, pero ¿si no lo son? —dijo Sindermann, con los ojos encendidos con la posibilidad de echar luz sobre esos acontecimientos—. ¿Qué pasaría si un Primarca, uno de los hijos del Emperador, estuviera al tanto de algo que nosotros como simples mortales aún no estamos listos para conocer? Si mi trabajo hasta la fecha es correcto, entonces este libro habla de dar a luz la esencia de Dios. ¡Tengo que saber lo que eso significa!

A su pesar, Euphrati comenzó a sentir que su carrera tomaría un renovado impulso con este conocimiento potencial. Una prueba innegable de la divinidad del Emperador procedente de Kyril Sindermann elevaría al Lectitio Divinitatus muy por encima de su condición humilde y lo convertiría en un fenómeno que podría extenderse de un lado de la galaxia al otro.

Sindermann vio que la realización en su rostro y dijo:

—Miss Keeler, he pasado toda mi vida adulta la promulgando la verdad del Imperio y estoy orgulloso del trabajo que he hecho, pero ¿si estamos enseñando el mensaje equivocado? Si usted tiene razón y el Emperador es un dios, entonces lo que hemos visto debajo de las montañas de 63-19 representa un peligro más terrible de lo que podemos imaginar. Si en verdad era un espíritu del mal, entonces necesitamos un ser divino como el Emperador, más que nunca. Sé que las palabras no pueden mover montañas, pero pueden movilizar a la multitud, lo hemos demostrado una y otra vez. La gente está más dispuesta a luchar y morir por una palabra que por otra cosa. Las palabras moldean el pensamiento, remueven los sentimientos y accionan las fuerzas. Matan y reviven, corrompen y curan. Si ser un iterador me ha enseñado algo, es que los oradores, ya sean sacerdotes, profetas o intelectuales, han jugado un papel más decisivo en la historia que ningún líder militar o de Estado. Si podemos demostrar la existencia de Dios, entonces yo le prometo que los iteradores gritaran la verdad en las torres más altas de la tierra.

Euphrati miró, con la boca abierta, como Kyril Sindermann volvía el mundo al revés ¿este archiprofeta de la verdad secular habla de dioses y la fe? Lo miró a los

ojos y vio la desesperante inseguridad y la crisis de identidad a la que estaba sometido desde lo que había pasado y había visto, la comprensión de cómo una gran parte de él mismo se había perdido en los últimos días, y cuánto había ganado.

—Déjeme ver —dijo y Sindermann empujó el libro hacia ella.

La escritura cuneiforme era angular, corriendo arriba y abajo de la página en lugar de a lo largo de ella. De inmediato se dio cuenta de que no sería de ayuda en la traducción, aunque algunos elementos del escrito le parecieron algo familiares.

—No puedo leerlo —dijo—. ¿Qué dice?

—Bueno, ese es el problema, no lo sé exactamente —dijo Sindermann—. Puedo traducir algunas palabras, pero es difícil hacerlo sin las claves gramaticales.

—He visto esto antes —dijo, recordando de pronto por qué la escritura le resultaba familiar.

—No lo creo, Euphrati —dijo Sindermann—. Éste libro ha estado en la cámara de archivo durante décadas. No creo que nadie lo haya leído desde que fue puesto allí.

—No sea condescendiente, Sindermann, definitivamente he visto esto antes —insistió.

—¿Dónde?

Keeler metió la mano en el bolsillo y se apoderó de la bobina de la memoria de su pictógrafo destrozado. Se levantó de su asiento y dijo:

—Reúna sus notas y lo veré en la cámara de archivo en treinta minutos.

—¿A dónde vas? —preguntó Sindermann, recogiendo el libro.

—A conseguir algo que va a querer ver.

Horus abrió los ojos para ver un cielo con nubes gruesas de polución, el gusto de los químicos en el aire y el estancamiento.

Olía familiar. Olía a casa.

Se quedó en una meseta desigual de polvo negro frente al túnel de una mina a largamente abandonada, sintiendo el dolor de la nostalgia al darse cuenta de esto era Cthonia.

La contaminación de las distantes fundiciones y el martilleo incesante de la minería del núcleo profundo llenó el cielo con las partículas en suspensión, y sintió el dolor de la soledad por los tiempos más simples que había pasado aquí.

Horus miró a su alrededor buscando a Sejanus, pero fuese lo que fuese el remolino debajo de Terra, evidentemente no había arrastrado a su antiguo compañero

en su furia.

Su viaje hasta aquí no había sido tan silencioso e instantáneo como sus viajes anteriores a través de este reino extraño y desconocido. Los poderes que habitaban en la Disformidad le habían mostrado una visión del futuro. Un lugar desolado por cierto. Asquerosas razas xenos dominaban enormes extensiones de la galaxia y un manto de desesperanza se apoderaba de los hijos del hombre.

El poder de los ejércitos gloriosos de la humanidad se había roto, las legiones destrozadas y reducidas a fragmentos de lo que habían sido: burócratas, escribientes y oficiales en un régimen infernal donde los hombres llevaban una vida sin Gloria, sin logros, sin ambición.

En ese futuro sombrío, la humanidad no tenía la fuerza para desafiar a los amos, para luchar contra las amenazas ante las que el Emperador los había abandonado. Su padre se había convertido en un dios carroña que no sentía el dolor de sus súbditos ni le importaba su destino.

En verdad, la soledad de Cthonia era bienvenida. Sus pensamientos fluían por su cabeza en un loco torbellino de ira y resentimiento. El Emperador jugó con poderes mucho más allá de sus posibilidades y había fracasado en controlarlos. Había negociado con sus hijos por la promesa del poder y ahora regresaba a Terra para intentarlo una vez más.

—No voy a permitir que eso suceda —dijo Horus quedamente.

Mientras lo decía, oyó el aullido lastimero de un lobo y se puso de pie. No existía nada similar a un lobo en Cthonia y Horus estaba harto de esta persecución constante a través de la Disformidad.

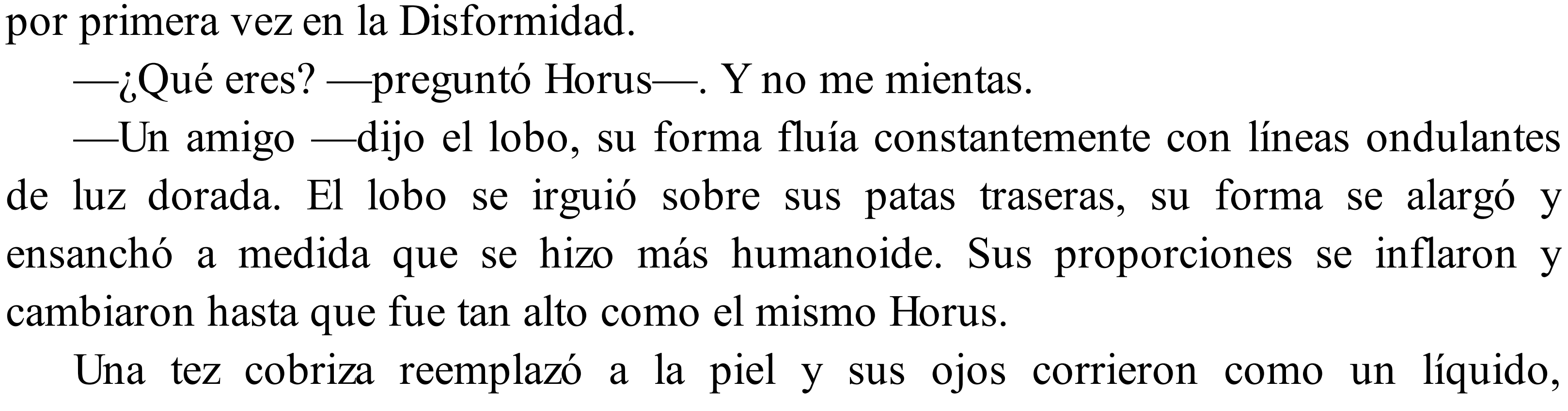
—¡Mostraos! —gritó, dando puñetazos al aire y lanzando un ululante grito de guerra.

Su grito fue respondido cuando el aullido se repitió, cada vez más cerca. Horus sintió su ansia de batalla salir a la superficie. Tenía el sabor de la sangre después de la masacre de la Adeptos Custodes y acogió con satisfacción la posibilidad de derramar aún más.

Las sombras se movían a su alrededor cuando gritó:

—¡Lupercal! ¡Lupercal!

Unas formas aparecieron de entre las sombras y vio a una manada de lobos de pelaje rojo que se desprendía de la oscuridad. Lo rodearon y Horus reconoció en el líder de la manada a la bestia que había hablado con él cuando se había despertado



por primera vez en la Disformidad.

—¿Qué eres? —preguntó Horus—. Y no me mientas.

—Un amigo —dijo el lobo, su forma fluía constantemente con líneas ondulantes de luz dorada. El lobo se irguió sobre sus patas traseras, su forma se alargó y ensanchó a medida que se hizo más humanoide. Sus proporciones se inflaron y cambiaron hasta que fue tan alto como el mismo Horus.

Una tez cobriza reemplazó a la piel y sus ojos corrieron como un líquido, formando un único globo dorado. Pelo rojo y espeso brotó de la cabeza de la figura y una armadura de color bronce brilló proclamando su existencia en el pecho y los brazos. Llevaba también una capa ondulante de plumas. Horus le conocía, así que ya sabía que era su propio reflejo.

—Magnus —dijo Horus—. ¿Eres tú realmente?

—Sí, mi hermano, lo soy —dijo Magnus y los dos guerreros se abrazaron con un estrépito de armaduras.

—¿Cómo? —preguntó Horus—. ¿También estás muriendo?

—No —dijo Magnus—. No lo estoy. Debes escucharme, mi hermano. Me ha llevado mucho tiempo llegar a ti y yo no dispongo de mucho tiempo. Los hechizos y los sellos colocados a tu alrededor son poderosos y cada segundo que estoy aquí una docena de mis esclavos mueren para mantener un canal abierto.

—No le hagas caso, Señor de la Guerra —dijo otra voz. Horus se volvió para vera Hastur Sejanus emerger de la oscuridad del túnel de la mina—. Esto es lo que hemos estado tratando de evitar. Es una criatura de forma cambiante de la Disformidad que se alimenta de las almas humanas. Trata de devorar la suya para que no pueda volver a su cuerpo. Todo lo que era Horus dejaría de existir.

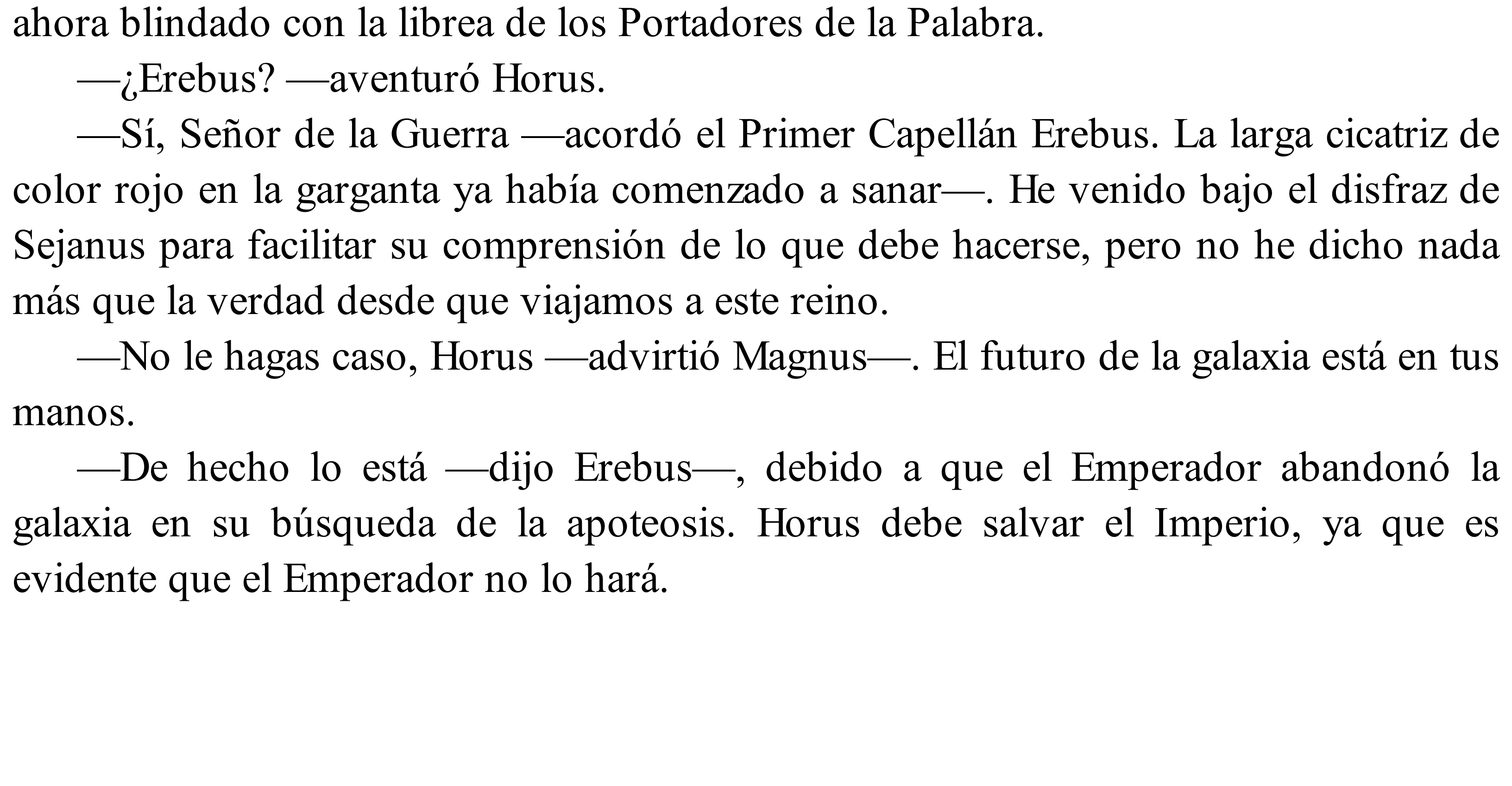
—Miente —escupió Magnus—. Me conoces, Horus. Soy tu hermano, pero ¿quién es él? ¿Hastur? Hastur está muerto.

—Lo sé, pero aquí, en este lugar, la muerte no es el final.

—Hay verdad en eso —admitió Magnus—, empero ¿colocas tu confianza en los muertos por encima de tu propio hermano? Lloramos a Hastur, pero él se ha ido de nosotros. ¡Éste impostor ni siquiera se atreve a usar su verdadero rostro!

Magnus tiró el puño hacia adelante y cerró los dedos en el aire, como si agarra algo invisible. Luego arrancó su mano hacia atrás. Hastur grito y una luz plateada se desprendió de sus ojos como una antorcha de magnesio.

Horus miró a través de la luz cegadora. Seguía viendo a un guerrero Astartes, pero


ahora blindado con la librea de los Portadores de la Palabra.

—¿Erebus? —aventuró Horus.

—Sí, Señor de la Guerra —acordó el Primer Capellán Erebus. La larga cicatriz de color rojo en la garganta ya había comenzado a sanar—. He venido bajo el disfraz de Sejanus para facilitar su comprensión de lo que debe hacerse, pero no he dicho nada más que la verdad desde que viajamos a este reino.

—No le hagas caso, Horus —advirtió Magnus—. El futuro de la galaxia está en tus manos.

—De hecho lo está —dijo Erebus—, debido a que el Emperador abandonó la galaxia en su búsqueda de la apoteosis. Horus debe salvar el Imperio, ya que es evidente que el Emperador no lo hará.



DIECISIETE
HORROR
ÁNGELES Y DEMONIOS
PACTO SANGRIENTO

Con la máquina de edición bajo el brazo y una sensación de posibilidades ilimitadas llenando su corazón, Euphrati Keeler se abrió paso entre las estanterías de la Cámara de Archivos número tres hacia la mesa de Sindermann. El iterador de cabello blanco estaba encorvado sobre el libro que le había mostrado antes, su aliento condensándose en el aire helado. Se sentó a su lado y se coloca la máquina de edición en la mesa de trabajo, colocando la bobina de memoria en la ranura de la impresora.

—Hace frío aquí, Sindermann. Cómo es que no ha cogido una fiebre nunca lo sabré —él asintió con la cabeza—. Sí, es bastante frío, ¿no es así? Ha sido así desde unos hace días, desde que el Señor de la Guerra fue llevado a Davin, de hecho.

La pantalla de la máquina de edición parpadeó a la vida. La pantalla blanca los bañó a ambos con su descolorida luz. Keeler hojeó las imágenes que había capturado. Ella recorrió las que había tomado, tanto en la superficie de Davin como las del Capitán Loken y el Mournival antes de su partida hacia las Cabezas Susurrantes.

—¿Qué está buscando exactamente? —preguntó Sindermann.

—Esto —dijo triunfante, acercando la pantalla para que él pudiera ver la imagen que se mostraba.

El archivo contenía ocho fotografías, todas tomadas en el consejo de guerra celebrado en Davin, donde la traición de Eugan Temba había sido revelada. Cada disparo incluía al Primer Capellán Erebus y se sirvió de rueda de desplazamiento de la máquina para ampliar su cráneo tatuado. Sindermann exclamó al reconocer los

símbolos en la cabeza de Erebus. Eran idénticos a los que había en el libro que le había mostrado a Keeler en la subcubierta.

—Eso es todo, entonces —suspiró—. Debe ser el Libro de Lorgar. ¿Puedes ampliarlo más para poder observar los símbolos de ambos lados de la cabeza de Erebus? ¿Es eso posible?

—Por favor, deme un poco de crédito —respondió ella, con las manos bailando a través de las teclas de la máquina de edición.

Utilizando todas las imágenes tomadas desde diferentes lugares del Portador de la Palabra Euphrati fue capaz de crear una imagen compuesta de los símbolos tatuados en su cráneo y proyectarla sobre un panel plano. Sindermann vio su habilidad con admiración cuando le tomó menos de diez minutos resolver una imagen de alta resolución de los símbolos en la cabeza de Erebus.

Con un gruñido de satisfacción, dio un golpe de teclado final y una copia impresa de la brillante imagen de la pantalla se deslizó por un lado de la máquina con un zumbido. Keeler la levantó por las esquinas y la agitó por un segundo o dos para que se secara, antes de entregarla a Sindermann.

—Ahí tiene —dijo—. ¿Le ayudará a traducir lo que dice ese libro?

Sindermann deslizó la imagen sobre la mesa y lo acercó al libro, mientras su cabeza se balanceaba adelante y atrás entre el libro y sus notas. Al mismo tiempo pasaba el dedo por los senderos cuneiformes.

—Sí, sí… —dijo con entusiasmo—. Aquí, como ves, esta palabra está cargada de transcripciones vocales y ésta es claramente un argot personal, aunque de una construcción polisilábica más densa.

Keeler dejó de prestar atención a lo que estaba diciendo Sindermann después de un rato, incapaz de dar sentido a la jerga que utilizaba. Karkasy u Oliton podrían ser capaces de entender al iterador, pero las imágenes eran lo suyo, no las palabras.

—¿Cuánto tiempo le llevará a conseguir que tenga algún sentido? —le preguntó.

—¿Qué? Oh, no mucho tiempo —dijo—. Una vez que se conoce la lógica gramatical de una lengua, es una cuestión relativamente sencilla desbloquear el resto de su significado.

—¿Cuánto tiempo?

—Deme una hora y lo leeremos juntos, ¿sí?

Ella asintió con la cabeza y empujó la silla hacia atrás, diciendo:

—Bien, voy a echar un vistazo por ahí, si le parece bien.

—Sí, no dude en echar un vistazo a lo que le llame la atención, mi querida, aunque me temo que gran parte de esta colección se adapta más a los académicos polvorientos como yo —Keeler sonrió mientras se levantaba de la mesa—. Puedo no ser una documentalista, pero se por donde se empieza a leer un libro, Kyril.

—Por supuesto que sí, no pretendo dar a entender.

—Demasiado fácil —dijo y se alejó hacia las pilas de libros mientras Sindermann volvía a los suyos.

A pesar de su chiste, pronto se dio cuenta de que Sindermann tenía toda la razón. Pasó la siguiente hora deambulando arriba y abajo de estantes llenos de pergaminos, libros y manuscritos húmedos, con hojas sueltas. La mayoría de los libros tenían títulos insondables: Lecturas Astrológicas y Augurios Astrotelepáticos, Abjuraciones Maléficas y Múltiples Horrores Asociados Con Tales Trabajos o El Libro de Atum.

Al pasar este último libro, sintió un escalofrío en su columna vertebral y extendió la mano para devolver el libro a la estantería. El olor de la encuadernación de cuero desgastado era fuerte, y aunque ella no tenía ningún deseo real de leer el libro, no podía negar la extraña atracción que encerraba para ella.

El libro crujió cuando lo agarró y el polvo de los siglos emanó de sus páginas cuando lo abrió. Tosió, escuchando la lectura en voz alta que hacía Sindermann del Libro de Lorgar mientras traducía más del texto.

Sorprendentemente, las palabras ante ella estaban escritas en un lenguaje que podía entender, y sus ojos rápidamente escanearon la página. Las palabras de Sindermann le llegaron de nuevo y a Euphrati le tomó un momento el registrar que las palabras que estaba escuchando se hacían eco de las palabras que estaba viendo en la página. Las letras se borroneaban y reordenaban a sí mismas ante sus propios ojos. El guión desvanecido parecía iluminarse desde el interior y al leer lo que decían, las páginas del libro estallaron en llamas. Dejó caer el libro con un grito de alarma.

Ella se volvió y corrió hacia donde había dejado a Sindermann, doblando una esquina para ver que leía en voz alta el libro con una expresión de terror en su rostro. Se agarraba a los bordes del libro como si no pudiera soltarlo. Las palabras brotaban de él como un torrente.

Hubo un crujido, una sensación eléctrica atravesó los dientes de Euphrati y gritó de terror cuando vio una nube de luz azulada flotando por encima de la mesa. La imagen se retorcía y se sacudía en el aire, moviéndose como si estuviera fuera de sincronía con el mundo que la rodeaba.

—¡Kyril! ¿Qué está pasando? —gritó al sentir como el terror de las Cabezas Susurrantes regresaba, dejándola paralizada. Cayó de rodillas. Sindermann no respondía. Las palabras salían de su boca automáticamente y sus ojos estaban fijos en los terroríficos ojos artificiales por encima de él. Se dio cuenta que el mismo miedo que ella sentía era también el que le corría a él por las venas.

La luz palpitaba como si algo estuviera empujando a través del más allá. Un miembro iridiscente brotó de las profundidades. Keeler sintió la rabia que la había consumido en los meses siguientes al ataque, quebrantando su miedo y haciéndola levantarse.

Keeler corrió hacia Sindermann y se apoderó de sus muñecas delgadas, cuando un cuerpo ondulante, de carne brillante comenzó a arrastrase a través de la luz.

Sus manos estaban fijas en el libro, los nudillos blancos Ella no podía hacérselo soltar, mientras que el iterador continuaba leyendo en voz alta las palabras terrible de sus páginas.

—¡Kyril! ¡Suelta el maldito libro! —gritó cuando un horrible sonido de rasguido vino de arriba. Ella se arriesgó a mirar hacia allí y vio aún más tentáculos empujando a través de la luz en una obscena parodia de nacimiento.

—¡Lo siento Kyril! —gritó y golpeó el iterador en la mandíbula. El impulse del golpe lo lanzó hacia atrás de su silla y el torrente de palabras se detuvo cuando el libro cayó de sus manos. Ella rodeó la mesa y levantó a Sindermann del suelo. Mientras lo hacía, oyó un ruido grotesco de succión y un golpe cuando algo duro y húmedo de algunos de aterrizó sobre la mesa.

Euphrati no perdió el tiempo mirando hacia atrás y se lanzó lo más rápido que pudo hacia las estanterías, soportando el peso de Sindermann mientras avanzaba. Ambos se escudaron detrás de una mesa cuando una luz brillante surgió de las sombras ante ellos y un grito gorgoteante, casi como una risa, llenó el ambiente.

Keeler escuchó un silbido de aire y algo brillante y caliente pasó por su lado, golpeando los estantes con una explosión caliente como fuegos artificiales. La madera siseó en los lugares en los que había sido golpeada. Pudo echar un vistazo sobre su hombro para ver un horror de extremidades ondulantes y brillantes, pura carne retorcida. Se desplazaba con un movimiento ondulante, rostros y ojos lunáticos y bocas cacareantes formándose y reformándose de la materia líquida de su cuerpo. Luces azules y rojas se desprendían de su interior, creando un efecto estroboscópico de haces a través del archivo.

Otro rayo de brillo fosforescente se dirigió hacia ellos y Keeler se arrojó al piso junto con Sindermann. El rayo golpeó el estante al lado de ellos, lanzando libros en llamas y trozos astillados de madera. El horrible monstruo serpenteó a través de las estanterías con sus largas extremidades elásticas, a una velocidad increíble. Keeler pudo notar que estaba dando vueltas en torno a ellos, como un depredador.

Arrastró a Sindermann a sus pies cuando oyó la risa enloquecedora del monstruo detrás de ella. El iterador parecía haber recuperado una cierta medida de sus sentidos después del golpe, y una vez más, corrieron entre el laberinto de estrechas filas de estantes hacia la salida de la cámara. Detrás suyo, podían oír el crepitar de las llamas cuando el horror apretó su cuerpo entre las estanterías y los libros estallaron en géiseres de fuego de color rosa.

El final del pasillo estaba justo delante de ella y casi se echó a reír al oír las sirenas de las alarmas contra incendios. ¿Seguramente, alguien vendría a ayudarla ahora?

Llegaron al final del pasillo y Sindermann tropezó, arrastrándola al piso con él. Cayeron en una maraña de brazos y piernas, luchando desesperadamente para poner distancia entre ellos y el monstruo repugnante.

Keeler rodó sobre su espalda a medida que se empujaba hacia la fila de estanterías, mientras que su atacante reptaba hacia ella con turbulentos movimientos internos. Ojos saltones y bocas amplias, llena de colmillos erupcionaron de su cuerpo amorfo y gritó cuando vomitó una bocanada de abrasador fuego azul hacia ella.

Aunque sabía que no serviría de nada, ella cerró los ojos y alzó brazos para evitar las llamas, pero un repentino silencio la envolvió mientras esperaba la agonía ardiente que nunca la golpeó.

—¡Date prisa! —dijo una voz temblorosa—. No puedo detenerlo mucho más tiempo.

Keeler se volvió y vio la blanca túnica de la Señora de los Astrópatas de la *Espíritu Vengativo*, Ing Mae Sing, de pie en la puerta de la cámara de archivo con las manos extendidas ante ella.

—Horus, hermano mío —dijo Magnus—. No debes creer todo lo que te ha dicho. Todo es mentira, todo. Mentiras que ocultan un siniestro propósito.

—Aquellos que tienen el coraje y el carácter para decir la verdad siempre parecen siniestro a los ignorantes —gruñó Erebus—. ¿Cómo te atreves a decir mentiras, mientras permanece delante de nosotros en la disformidad? ¿Cómo puede ser posible

sin el uso de la hechicería? Hechicería que se les prohibió expresamente practicar por el propio Emperador.

—¡No te atrevas a juzgarme, cachorro! —gritó Magnus, lanzando una bola brillante de fuego hacia el Primer Capellán. Horus observó como la llama alcanzó a Erebus y lo envolvió, pero a medida que el fuego se apagaba, vio que Erebus salía ileso, su armadura apenas rayada y sin una marca en la piel.

Erebus se echó a reír.

—Estás demasiado lejos, Magnus. Tu poder no puede alcanzarme aquí.

Horus vio como Magnus lanzaba relámpagos de sus dedos, atónito y horrorizado al ver a su hermano emplear tales poderes. Aunque todas las Legiones habían tenido alguna vez divisiones de Bibliotecarios con guerreros entrenados para aprovechar el poder de la disformidad, habían sido disueltas después por decreto del Emperador en el Consejo de Nikea.

Estaba claro que Magnus no había obedecido ese decreto y semejante pretensión hizo tambalear a Horus.

Finalmente, su hermano ciclópeo reconoció que sus poderes no estaban teniendo ningún efecto sobre Erebus y dejó caer las manos a un lado.

—Ya ves —dijo Erebus, volviéndose hacia Horus—, no se puede confiar en él.

—Tampoco en ti, Erebus —dijo Horus—. Vienes a mí envuelto en la identidad de otro, afirmas que mi hermano Magnus no es más que una bestia traída por la Disformidad para devorarme y luego hablas con él como si fuera exactamente quien parece. Si él está aquí gracias a la hechicería, entonces ¿cómo puedes estar tú aquí?

Erebus se detuvo, atrapado en su mentira y le dijo:

—Tienes razón, mi señor. La magia de la Logia de la Serpiente me ha enviado aquí para que le ayude y ofrezca una oportunidad de vivir. La sacerdotisa serpiente me tuvo que cortar la garganta para hacerlo y una vez que regrese al mundo de la carne mataré a la perra para eso. Empero sé que todo lo que nos han demostrado es real. Lo ha visto con sus propios ojos y ahora conoce la verdad.

Magnus se alzó por sobre la figura de Erebus. Aunque sacudía su melena roja con furia, Horus vio que mantenía tensas las riendas de su ira mientras hablaba.

—El futuro no está establecido, Horus. Erebus puede haberte mostrado un futuro, pero es sólo uno de los posibles. No es absoluto. Tengo fe en que…

—¡Bah! —se burló Erebus—. La fe es simplemente otra forma de no querer saber lo que es verdadero.

—¿Crees que no lo sé, Magnus? —rezongó Horus—. Conozco la disformidad y los trucos que puede jugar con la mente. No soy estúpido. Yo sabía que no era Sejanus, sí como sé que sin un contexto adecuado, todo lo que he visto aquí no tiene sentido. —Horus vio la mirada en el rostro cabizbajo de Erebus y se echó a reír—. Me tomas por tonto, Erebus, si crees que esos simples trucos de salón me atraerán a tu causa.

—Mi hermano —sonrió Magnus—. Me dejas maravillado.

—Cállate —gruñó Horus—. No eres mejor que Erebus. No vas va a manipularme de esta manera porque yo soy Horus. ¡Yo soy el Señor de la Guerra!

Horus disfrutó su confusión.

Uno de ellos era su hermano, el otro un guerrero al que había tenido como consejero y devoto seguidor. Había juzgado mal a los dos profundamente.

—No puedo confiar en ninguno de los dos —dijo—. Yo soy Horus y hago mi propio destino.

Erebus dio un paso hacia él con las manos extendidas en actitud de súplica.

—Deben saber que he venido a instancias de mi amo y señor, Lorgar. Él ya sabía de la búsqueda del Emperador para ascender a la divinidad, y por eso se ha entregado a los poderes de la Disformidad. Cuando el emperador rechazó la adoración de Lorgar, encontró a otros dioses más que dispuestos a aceptar su devoción. El poder de mi Primarca se ha multiplicado diez veces y es sólo una fracción de la energía que podría ser suya si ustedes comprometen con su causa.

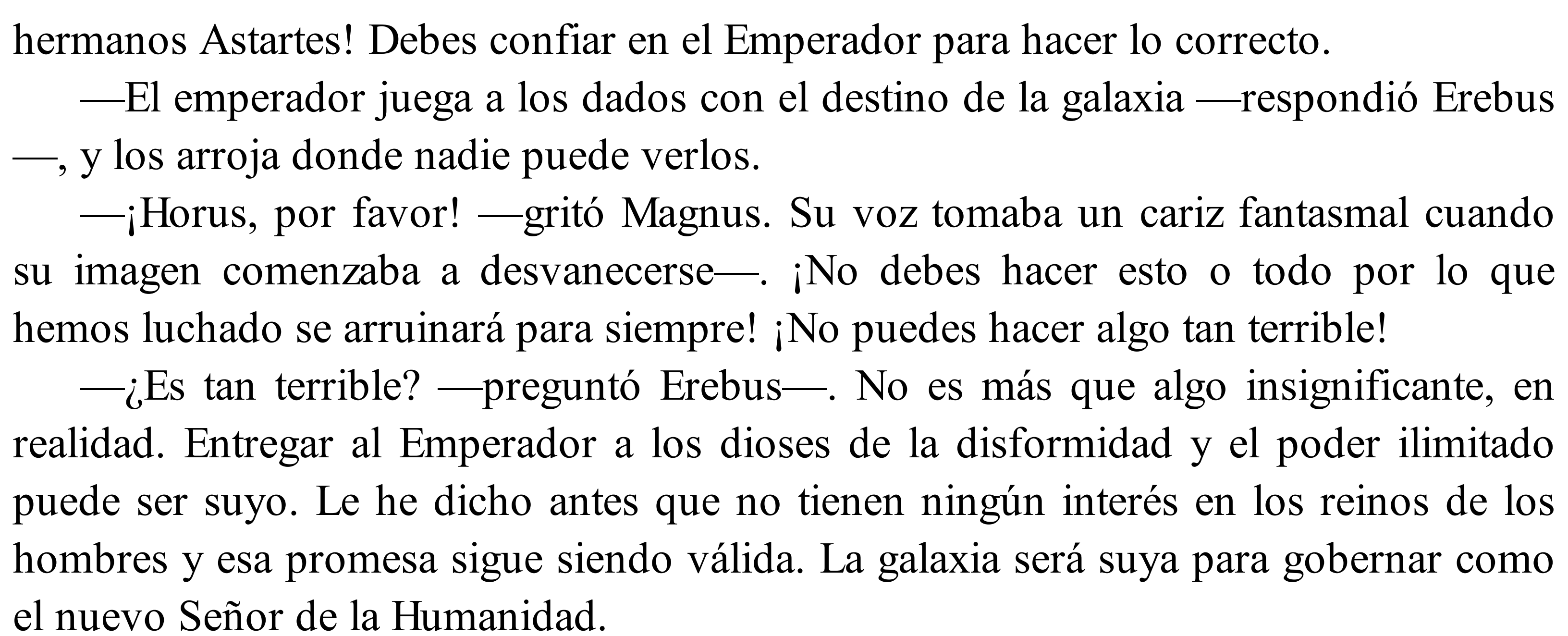
—¡Miente! —exclamó Magnus—. Lorgar es leal. Él nunca se volvería contra el Emperador.

Horus escuchó las palabras de Erebus y supo con certeza absoluta que él decía la verdad.

Lorgar, su más querido hermano ¿había abrazado el poder de la disformidad? Emociones en conflicto competían por la supremacía dentro de él, la decepción, la ira y, si era honesto, una chispa de celos porque Lorgar había sido elegido en primer lugar.

Si el sabio Lorgar había elegido tales potencias como patrones, ¿no había algún mérito en ellas?

—Horus —dijo Magnus—, me estoy quedando sin tiempo. Por favor, sé fuerte, mi hermano. Piensa en lo que este perro mestizo está pidiendo que hagas. Él ha escupido en su juramento de lealtad. ¡Te obliga a traicionar al Emperador y volverte contra tus



hermanos Astartes! Debes confiar en el Emperador para hacer lo correcto.

—El emperador juega a los dados con el destino de la galaxia —respondió Erebus—, y los arroja donde nadie puede verlos.

—¡Horus, por favor! —gritó Magnus. Su voz tomaba un cariz fantasmal cuando su imagen comenzaba a desvanecerse—. ¡No debes hacer esto o todo por lo que hemos luchado se arruinará para siempre! ¡No puedes hacer algo tan terrible!

—¿Es tan terrible? —preguntó Erebus—. No es más que algo insignificante, en realidad. Entregar al Emperador a los dioses de la disformidad y el poder ilimitado puede ser suyo. Le he dicho antes que no tienen ningún interés en los reinos de los hombres y esa promesa sigue siendo válida. La galaxia será suya para gobernar como el nuevo Señor de la Humanidad.

—¡Basta! —rugió Horus y en el mundo se hizo el silencio—. He hecho mi elección.

Keeler ayudó a Kyril Sindermann a levantarse y juntos huyeron a través de la puerta de la cámara de archivo. Los brazos temblorosos de Ing Mae Sing todavía estaban abiertos y Keeler pudo sentir las olas de frío psíquico que irradiaba en el esfuerzo por mantener el horror dentro de la cámara.

—Cierra… la… puerta —dijo Ing Mae Sing con los dientes apretados. Las venas se destacaban en su cuello y la frente y sus rasgos de porcelana estaban desfigurados por el dolor. Keeler no necesitó que se lo dijera dos veces y dejó caer Sindermann para llegar a la puerta, mientras Ing Mae Sing se alejaba a paso lento, arrastrando los pies.

—¡Ahora! —gritó la Astrópata, bajando los brazos. Keeler arrastró la puerta cuando la carcajada ardiente de la bestia crecía una vez más. Los sonidos de las alarmas y sus gritos de locura le llenaron los oídos cuando la puerta se cerró.

Algo pesado impactó el otro lado de la puerta y pudo sentir su calor a través del metal. Ing Mae Sing la ayudó pero la Astrópata era demasiado frágil para ser de mucha utilidad y Keeler sabían que no podían mantener la puerta cerrada por mucho tiempo.

—¿Qué hicieron? —demandó Ing Mae Sing.

—No sé —jadeó Keeler—. El iterador estaba leyendo un libro y esa… lo que sea apareció de la nada. ¿Qué es eso, en el nombre del Emperador?

—Una bestia de más allá de las puertas del Empíreo —dijo Ing Mae Sing cuando

la puerta se estremeció con otro impacto llameante—. Sentí la acumulación de energía de la disformidad y llegué aquí tan rápido como pude.

—Lástima que no haya sido más rápida, ¿eh? —dijo Keeler—. ¿Se puede enviar de regreso?

Ing Mae Sing sacudió la cabeza cuando un seudópodo de luz rosada atravesó la puerta y rozó el brazo de Keeler. Su toque atravesó sus ropas y le quemó la piel. Ella gritó, retrocediendo desde la puerta, y la agarró del brazo en su agonía. El horror se estrelló contra la puerta una vez más y el impacto las hizo volar a ella y a la Astrópata.

Una luz cegadora llenó el pasillo y Keeler se cubrió los ojos al sentir unas manos sobre sus hombros, al ver que Kyril Sindermann se había puesto de pie una vez más. La arrastró a sus pies y dijo:

—Creo que puede haber traducido mal una parte del libro…

—¿Eso crees? —gruñó Keeler, alejándose de la abominación.

—O tal vez lo tradujo a la perfección —dijo Ing Mae Sing, luchando desesperadamente por alejarse de la puerta de la cámara de archivo. La bestia luminosa reptaba hacia el exterior en una maraña de tentáculos y miembros, cada uno dando azotes ciegamente. Una multitud de globos oculares se inflaba como forúnculos hinchados a través de su piel gomosa, mientras se acercaba a ellos una vez más.

—Oh Emperador, protégenos —susurró Keeler y se volvió para huir.

La bestia se estremeció ante sus palabras. Ing Mae Sing la tiró de la manga, gritando:

—Vamos. No podemos luchar contra ella.

Euphrati Keeler se dio cuenta de que no era cierto y restó importancia a la advertencia de la Astrópata, metiendo la mano por debajo de su túnica para sacar el águila imperial que colgaba al final de su collar. Su superficie plateada brillaba a la luz deslumbrante de la criatura, más brillante por alguna razón e irradiando una sensación de calor en la palma de su mano. Ella sonrió beatíficamente cuando comprendió con toda claridad que todo lo que había pasado desde las Cabezas Susurrantes la había estado preparando para este momento.

—¡Euphrati! ¡Vamos! —gritó Sindermann con terror.

Un miembro sobresalió del horror otro rayo de fuego azul rugió hacia ella. Keeler se mantuvo firme y elevó el símbolo de su fe delante de ella.

—¡El Emperador protege! —gritó ella, mientras las llamas la envolvían.

La lluvia caía en gotas gruesas. Loken podía sentir una tensión en el aire nocturno como si los nubarrones oscuros aplastaran a las decenas de miles de personas se reunían alrededor del Delphos. Los rayos crepitaban por encima de él y el sentimiento de expectación era casi insoportable.

Nueve días habían pasado desde que el Señor de la Guerra había sido enterrado en el Templo de la Logia de la Serpiente y con cada día que pasaba el tiempo iba empeorando. La lluvia caía en un interminable aguacero que amenazaba con arrasar los campamentos improvisados de los peregrinos. El estruendo de un trueno sacudió el cielo como un golpe de martillo.

El Señor de la Guerra le había dicho una vez a Loken que el cosmos era demasiado grande y estéril para el melodrama, pero los cielos de Davin parecían decididos a demostrar que estaba equivocado.

Torgaddon y Vipus estaban con él en la parte superior de los escalones y cientos de los Hijos de Horus se ubicaban detrás de ellos tres. Capitanes de compañías, jefes de escuadra, oficiales archivistas y guerreros habían llegado a Davin para presenciar lo que podría ser su salvación o su perdición. Habían marchado a través de la multitud que cantaba sin cesar, túnicas de color beige sucio de los rememoradores se mezclaban con uniformes del Ejército y vestidos civiles.

—Parece que toda la maldita expedición está aquí —había dicho Torgaddon mientras marchaban por las escaleras, pisando las baratijas y chucherías dejadas como ofrenda al Señor de la Guerra con sus botas blindadas.

Desde lo alto de los pasos procesionales, Loken pudo ver al mismo grupo al que se había enfrentado hacía nueve días, con la excepción de Maloghurst que había regresado a la nave unos días antes. La lluvia corría por el rostro de Loken cuando un rayo de luz iluminó la superficie de la puerta de entrada de bronce, haciéndola brillar como una gran muralla de fuego. Algunos guerreros Astartes la guardaban firmes bajo la lluvia: Abaddon, Aximand, Targost, Sedirae, Ekaddon y Kibre.

Ninguno de ellos había abandonado su vigilia ante las puertas de Delphos. Loken se preguntó si se habían molestado en comer, beber o dormir desde la última vez que los había visto.

—¿Qué hacemos ahora, Garvi? —preguntó Vipus.

—Nos unimos a nuestros hermanos y esperamos.

—¿Esperamos qué?

—Vamos a saberlo cuando eso suceda —dijo Torgaddon—. ¿No es así, Garvi?

—Eso espero, Tarik —contestó Loken—. Vamos.

Los tres partieron hacia la puerta de entrada, acompañados por el eco de los truenos rebotando a los lados de la enorme estructura y las serpientes de encima de cada pilar brillando con cada destello de los rayos.

Loken vio como sus hermanos en el frente de la puerta estaban en una fila al borde de la piscina de agua ondulante, la luna llena reflejándose en su superficie de color negro. Horus Aximand lo había visto tiempo atrás como un presagio. ¿Lo sería de nuevo? Loken no sabía si lo era de esperanza o no.

Los Hijos de Horus seguían a sus capitanes en la procesión por centenares. Loken mantenía su temperamento bajo control, a sabiendas de que si las cosas salían mal, era casi seguro que habría derramamiento de sangre.

La idea le horrorizaba y esperaba con todo su corazón que esta tragedia pudiera evitarse, pero que estaría dispuesto a hacer si se avecinaba una batalla campal…

—¿Están listos para una batalla? —preguntó Loken a Torgaddon y Vipus en un discreto canal de vox.

—Siempre —asintió con la cabeza Torgaddon.

—Plena carga en todos los hombres.

—Sí —dijo Vipus—. ¿De verdad crees…?

—No —dijo Loken—, pero estén preparados en caso de que tengamos que luchar. Manténganse controlados y no vamos a llegar a eso.

—Tú también, Garvi —advirtió Torgaddon.

La larga columna de guerreros Astartes llegó a la piscina, los portaestandartes del Señor de la Guerra de pie en el lado opuesto, estoicos y sin muestras de arrepentimiento.

—Loken —dijo Serghar Targost—. ¿Has venido a luchar contra nosotros?

—No —dijo Loken, al ver que, al igual que ellos, los demás estaban armados y listos.

—Hemos venido a ver qué sucede. Han pasado nueve días, Serghar.

—Ya está hecho —asintió con la cabeza Targost.

—¿Dónde está Erebus? ¿Alguien lo ha visto desde que puso al Señor de la Guerra en este lugar?

—No —gruñó Abaddon, su largo cabello suelto y sus ojos hostiles—. Nosotros no. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Calma, Ezekyle —dijo Torgaddon—. Todos estamos aquí por lo mismo.

—Loken —dijo Aximand— ha habido fricciones entre todos nosotros, pero se deben terminar ahora. Para nosotros, el estar enfrentados sería deshonrar la memoria del Señor de la Guerra.

—Hablas como si ya estuviera muerto, Horus.

—Veremos —dijo Aximand—. Esto fue siempre una esperanza vana, pero era todo lo que teníamos.

Loken miró a los ojos a Horus Aximand, notando la desesperación y la duda que lo atormentaban. Sintió que la ira hacia su hermano disminuía.

¿Habría actuado de forma distinta si hubiera estado presente cuando la decisión sobre el destino del Señor de la Guerra se había tomado? ¿Podría decir con toda honestidad que no habría aceptado la decisión de sus amigos y compañeros si la situación hubiera sido al revés? Él y Horus Aximand podrían haber estado ahora, de pie en diferentes lados de la piscina.

—Entonces vamos a esperar como hermanos unidos en la esperanza —dijo Loken. Aximand sonrió agradecido.

La palpable tensión acabó la confrontación. Loken, Torgaddon y Vipus marcharon alrededor de la piscina junto a sus hermanos delante de la puerta enorme.

El deslumbrante brillo de los rayos se reflejaba en la puerta mientras el Mournival permanecía hombro con hombro. Un rugido estruendoso, que no tenía nada que ver con la tormenta, dividía la noche.

Loken vio aparecer una línea oscura en el centro de la puerta cuando los truenos fueron silenciados repentinamente y los relámpagos se calmaron en el espacio de un latido del corazón. El cielo estaba desconcertantemente tranquilo, como si la tormenta había desaparecido y el cielo hubiera detenido su espectáculo para ser testigo del drama que se desarrollaba en el planeta.

Poco a poco, la puerta empezó a abrirse.

Las llamas bañaban a Euphrati Keeler, pero estaban frías y no sentía ningún dolor. El águila de plata brillaba en su mano, la sostenía ante ella como un talismán y se sentía una energía maravillosa llenándola, corriendo a través de ella desde las yemas de los dedos de los pies a los extremos de su cabello.

—¡El poder del emperador te lo ordena, abominación! —gritó ella, desconociendo las palabras, pero sintiéndolas.

Ing Mae Sing y Kyril Sindermann vieron con asombro como ella daba un paso, y luego otro, hacia el horror. El monstruo estaba paralizado, ya sea por su valor o su fe, ellos no lo sabían, pero sea cual sea la razón, estaban agradecidos por ello.

Sus miembros se agitaban como si una fuerza invisible lo atacara, su risa chirriante se iba convirtiendo en el lamento de un niño triste.

—¡En el nombre del emperador, vuelve a la disformidad, hijo de puta! —dijo Keeler. Su confianza aumentaba a medida que la sustancia del monstruo disminuía. Jirones de luz de escapaban de su cuerpo. El águila de plata se tornó más caliente en su mano y podía sentir la piel de la palma ampollada por el calor.

Ing Mae Sing se unió a ella, añadiendo sus propios poderes al asalto de Keeler sobre el monstruo. El aire alrededor de la Astrópata se volvió más frío y Keeler acercó la mano a la psíquica con la esperanza de enfriar el águila en llamas.

Luz interior del monstruo se estaba desvaneciendo, sus nebulosos contornos despedían brasas de luz como si se luchara por aferrarse a la existencia. La luz del águila de Keeler eclipsó su iluminación infernal y todo el corredor fue quedándose sin sombras a causa su brillo.

—¡Lo que sea que estés haciendo, continúa haciéndolo! —exclamó el Ing Mae Sing—. Se debilita.

Keeler trató de responder, pero se encontró que no le restaba voz. La maravillosa energía que la había llenado ahora pasaba a través de ella desde el águila, incrementando su propia fuerza con la misma.

Ella trató de soltar el águila, pero quedó rápidamente pegada a su mano, el metal al rojo vivo fundido a su piel.

Detrás de ella, Keeler oyó el sonido de las armaduras de la tripulación de la nave y sus gritos de asombro ante la escena que se desplegaba frente a ellos.

—Por favor… —susurró mientras sus piernas cedían y se desplomaba al suelo.

La luz resplandeciente desapareció de su mano y lo último que vio fue la desintegración del horror y la cara de éxtasis de Sindermann mirando hacia ella con asombro.

El único sonido era el de la puerta. Toda la existencia de Loken se redujo a la franja de oscuridad cada vez mayor entre sus dos hojas. Contuvo el aliento y esperó a ver lo que podía haber más allá. Las puertas se abrieron completamente y se arriesgó a echar un vistazo a sus compañeros Hijos de Horus, viendo la misma esperanza desesperada

en cada rostro.

Ni un solo sonido alteraba la noche. Loken sentía como la melancolía crecía dentro de él al darse cuenta de que debía ser simplemente la apertura automática de las puertas del templo.

El Señor de la Guerra había muerto.

Un temor enfermizo se cernió sobre Loken y su cabeza se le hundió en el pecho.

Entonces oyó un ruido de pasos y miró hacia arriba para ver el brillo de una placa de oro blanco saliendo de las tinieblas.

Horus salió del Delphos con su manto de púrpura ondeando tras él y con su espada de oro en alto por encima de él.

El ojo en el centro de su coraza brillaba con un rojo de fuego y los laureles en su frente enmarcaban sus rasgos que eran hermosos y terribles en su magnificencia.

El Señor de la Guerra se presentó ante ellos, erguido y más vital que nunca. Su enorme físico parecía captar toda la atención de los asistentes.

Horus sonrió y dijo:

—Ustedes son un regalo para la vista, mis hijos.

Torgaddon lanzó el puño al aire con alegría y gritó:

—¡Lupercal!

Se echó a reír y salió corriendo hacia el Señor de la Guerra, rompiendo el hechizo que había caído sobre el resto de ellos.

El Mournival se apresuró a reencontrarse con su Señor y Maestro, entre gritos de alegría de ¡Lupercal! saliendo de la garganta de todos los guerreros Astartes cuando se corrió la voz entre la multitud que rodeaba el templo.

Los peregrinos en torno a Delphos se unieron al cántico y diez mil gargantas gritaron pronto el nombre del Señor de la Guerra.

—¡Lupercal! ¡Lupercal! ¡Lupercal!

Las paredes del cráter se sacudieron con los aplausos ensordecedores que se repitieron a lo largo de toda la noche.



CUARTA PARTE
EL FIN DE LA CRUZADA



DIECIOCHO
HERMANOS
ASESINATO
ÉSTE POETA TURBULENTO

Regueros de plata fundida se solidificaban sobre la coraza. Mersadie Oliton había aprendido lo suficiente de su tiempo con la flota de la expedición para saber que se requería de la ayuda de los artífices de la Legión para repararla adecuadamente. Loken se sentó delante de ella en las salas de entrenamiento, mientras que otros oficiales de los Hijos de Horus, se dispersaron por ahí, reparando sus armaduras o limpiando bólters o espadas-sierra. Loken estaba melancólico. Ella notó enseguida su estado de ánimo sombrío.

—¿Acaso la guerra no va bien? —preguntó ella mientras lo miraba como quitaba la cámara de municiones de su bólter y pasaba un trapo de limpieza a través de él. Miró hacia arriba y le llamó la atención lo mucho que había envejecido en los últimos diez meses, pensando que tendría que revisar su capítulo sobre la inmortalidad de los Astartes.

Desde la apertura de las hostilidades contra de la Tecnocracia Auretiana los Astartes habían vivido algunos de los más duros combates desde que la Gran Cruzada había comenzado. Había tenido pocas oportunidades de pasar tiempo con Loken durante la guerra y sólo ahora podía realmente apreciar lo mucho que había cambiado.

—No es eso —dijo Loken. La Hermandad está prácticamente destruida y los guerreros de Angron pronto tomarán la Ciudadela de Hierro. La guerra terminará dentro de la semana.

—Entonces ¿por qué tan triste?

Loken miró a su alrededor para ver quién más estaba en las salas de capacitación y se inclinó hacia ella.

—Debido a que esta es una guerra que no debe ser peleada.

Desde la recuperación de Horus en Davin, la flota de la 63.ª Expedición se había detenido solo el tiempo suficiente para recuperar a su personal de la superficie del planeta e instalar un nuevo Comandante imperial de las filas del Ejército. Al igual que Rakris antes que él, el nuevo Señor Gobernador Electo, Tomaz Vesalias, había pedido que no lo dejaran atrás, pero con Davin, pacificado una vez más, el gobierno imperial debía ser mantenido.

Antes de los combates en Davin, la flota del Señor de la Guerra se dirigía a Sardis, a encontrarse con la 203.ª Flota. El plan era llevar a cabo una campaña de pacificación en el Grupo Caiades, pero en lugar de dirigirse a ese encuentro, el Señor de la Guerra había enviado sus saludos y ordenado al Señor de la 203.ª reunirse con la 63.ª Expedición en un grupo binario denominado Drakonis 3-11.

El Señor de la Guerra no le dijo a nadie por qué eligió este lugar y ninguno de los cartógrafos estelar pudo encontrar informes de expediciones previas o información que aclarara porqué el lugar podría ser de su interés.

Tras dieciséis semanas de viaje disforme habían llegado a un sistema vivo, con comunicaciones electrónicas. Dos planetas y su luna compartida en el segundo sistema fueron catalogados como habitados. Brillantes satélites de comunicaciones orbitaban sobre cada uno y naves interplanetarias revoloteaban entre ellos.

Más emocionante aún, las comunicaciones con los monitores orbitales revelaron a esta civilización como humana, otra rama perdida de la antigua raza, aislada en estos últimos siglos. La llegada de la flota de la Cruzada había sido recibida con sorpresa comprensible y con alegría cuando los habitantes del planeta se dieron cuenta de que su existencia solitaria finalmente llegaba a su fin.

El contacto formal, cara a cara no se estableció hasta pasados tres días, tiempo en el que la 203.ª Expedición, al mando de Angron de la Legión XII, los Devoradores de Mundos, apareció en el sistema.

Los primeros disparos fueron realizados seis horas más tarde.

El noveno mes de la guerra.

Los proyectiles de bólter trazaron un camino para Loken desde la ardiente boca del cañón del búnker. Él se agachó detrás de una columna de cemento toda agujereada como picada de viruelas, sintiendo los impactos de golpes a través de él y sabiendo que no tenía mucho tiempo hasta que los disparos la atravesaran.

—¡Garvi! —gritó Torgaddon, poniéndose a cubierto y con el bólter al hombro—. ¡Ve a la izquierda, yo te cubro!

Loken asintió con la cabeza y salió de la cobertura cuando Torgaddon se desplegó, con su fuerza de Astartes manteniendo la posición a pesar del retroceso del temible bólter. Los proyectiles explotaban en bocanadas grises de rococemento por el fuego cruzado y Loken pudo oír los gritos de dolor desde el interior. La Locasta subió detrás de él y oyó el silbido de los lanzallamas cuando los guerreros abrieron fuego sobre el búnker.

Más gritos y el olor a carne quemada por el fuego químico llenaban el aire.

—¡Todo el mundo atrás! —gritó Loken, poniéndose de pie y sabiendo lo que vendría después.

Efectivamente, el bunker explotó con un sonido sordo, sus compartimentos internos fundidos. Sus sensores internos registraron que sus ocupantes estaban muertos.

Un intenso tiroteo destrozó su posición, una estructura colapsada en el borde de la zona central de la ciudad de acero y vidrio. Loken se maravilló de la elegancia de la misma. Peeter Egon Momus había declarado que era perfecta cuando la vio por primera vez en las exploraciones aéreas. No se veía perfecta ahora.

Una línea de detonaciones corrió a través de los Astartes. Loken cayó cuando el guerrero con el lanzallamas desapareció en una columna de fuego. Su armadura lo mantuvo con vida durante unos segundos, pero pronto se convirtió en una estatua de fuego con las articulaciones de la armadura fundidas. Loken rodó sobre su espalda justo a tiempo para ver un par de aeronaves virando velozmente para otra ronda de ametrallamiento.

—¡Aléjense de esas naves! —gritó Loken cuando las naves, más elegantes que las Thunderhawk, volvieron sus armas hacia ellos una vez más.

Los Astartes se dispersaron cuando las vainas de proyectiles subalares entraron en erupción. Los proyectiles barrieron su posición, cayendo en dos gruesas columnas y levantando nubes de polvo cegador gris. Dos guerreros se metieron detrás de un muro caído, uno con el objetivo de un tubo de misiles apuntando en la dirección

aproximada de la aeronave, mientras que el otro la apuntaba con un designador de blancos.

El misil fue lanzado en medio de una nube de propelente brillante, ganando altura velozmente hacia la aeronave más cercana. El piloto lo vio y trató de evadirlo pero estaba demasiado cerca del suelo y el misil voló directamente hacia su nave, destruyéndola completamente.

Sus restos ardientes se desplomaron al suelo cuando Vipus gritó:

—¡Ahí vienen!

Loken se volvió a reprenderlo por decir lo obvio, cuando vio que su amigo no estaba hablando sobre los restos de la aeronave. Tres vehículos de orugas se estrellaron contra un muro de ladrillos detrás de ellos, sus secciones blindadas delanteras adornadas con un par de rayos cruzados.

Demasiado tarde, Loken se dio cuenta de que el objetivo de los pilotos había sido mantenerlos en el lugar mientras los transportes blindados daban vueltas alrededor para flanquearlos. A través de los restos humeantes del bunker, podía ver formas borrosas en movimiento hacia ellos, cambiando de cobertura en cobertura a medida que avanzaban. La Locasta quedó atrapada entre dos fuerzas enemigas y el cerco se estaba cerrando poco a poco.

Loken señaló a los vehículos que se acercaban y el equipo de los misiles se volvió a enfrentar a sus nuevos objetivos. En cuestión de segundos, uno era un montón de chatarra humeante cuando un misil atravesó su blindaje y su núcleo de plasma explotó en el interior.

—¡Tarik! —gritó por encima del estruendo de los disparos cercanos—. Mantengan el frente seguro.

Torgaddon asintió con la cabeza mientras avanzaba con cinco guerreros. Dejándolo a él en la vanguardia, Loken se volvió hacia los vehículos blindados, que se habían detenido para acribillarlos con los disparos de sus bólters acoplados. Dos hombres cayeron, su armadura resquebrajada por los obuses pesados.

—¡A ellos! —ordenó Loken cuando las bajaron las rampas de asalto frontal y los guerreros en la Hermandad salieron en tropel. Las primeras veces que Loken luchó contra la Hermandad, había sentido una vacilación traicionera apoderarse de sus miembros, pero nueve meses de campaña agotadora lo habían curado un tanto de eso.

Cada guerrero portaba una armadura de placas completamente cerrada, plateada como la de los caballeros de antaño, con la heráldica de color rojo y negro sobre las

hombreras. Su forma y su función era terriblemente similar a la de los Hijos de la Horus, y aunque los guerreros enemigos eran más pequeños que las Astartes, eran sin embargo como una imagen distorsionada de los mismos.

Loken y los guerreros de la Locasta cargaron sobre ellos, los guerreros de la Hermandad llevar la crianza de sus armas en respuesta a la carga salvaje. La hoja de la espada sierra de Loken rompió el arma del guerrero más cercano y se clavó en su coraza. La Hermandad se dispersó, pero Loken no les dio la oportunidad de recuperarse de la sorpresa, cortándolos en trazos, rápida y brutalmente.

Estos guerreros podrían ser como los Astartes, pero, de cerca, no eran rivales ni para uno solo de ellos.

Oyó disparos a su espalda y a Torgaddon dar órdenes a los hombres bajo su mando. Algunos disparos impactaron en la pernera de Loken haciéndolo caer de rodillas. Aún así hizo un barrido con su espada, cortando las piernas del guerrero enemigo detrás de él. La sangre manó a chorros de los muñones de las piernas cortadas, pulverizando de rojo la armadura de Loken.

El vehículo comenzó a dar marcha atrás pero Loken lanzó un par de granadas en el interior, adelantándolo mientras las detonaciones apagadas lo detenían en seco. Unas sombras se cernieron sobre ellos y sintieron los temblores de las pisadas de los titanes de la Legio Mortis, que les pasaron por encima, aplastando zonas enteras de la ciudad a su paso. Varios edificios fueron destruidos en su camino y, aunque misiles y láseres los alcanzaron, el destello de sus poderosos escudos de vacío, eran la prueba de la futilidad de tales ataques.

Más disparos y gritos llenaron el campo de batalla, el enemigo caía bajo la furia del contraataque Astartes. Eran valientes, estos guerreros de la Hermandad, pero eran muy optimistas si creían que simplemente con una armadura hecha de energía, un hombre se equiparaba a un Astartes.

—Zona asegurada —dijo la voz de Torgaddon en el vox ejemplo—. ¿Y ahora dónde?

—En ninguna parte —contestó Loken cuando el ultimo guerrero enemigo fue eliminado—. Éste era nuestro objetivo. Esperaremos hasta que los Devoradores de Mundos lleguen hasta aquí. Una vez que lo hagan, podemos seguir adelante. Pasa la voz.

—Entendido —dijo Torgaddon.

Loken saboreó la quietud repentina del campo de batalla, sonidos de batalla

llegaban apagados y distantes a medida que otras compañías se abrían paso por la ciudad. Asignó a Vipus la tarea de asegurar el perímetro y se agachó junto al guerrero cuyas piernas había cortado.

El hombre aún vivía, y Loken se agachó para quitarle el casco, un casco tan parecido al suyo. Sabía donde se ubicaban los cierres de liberación y se lo deslizó a un costado.

La cara de su enemigo estaba pálida debido al shock y a la pérdida de sangre, los ojos llenos de dolor y de odio, pero no era monstruosamente alienígena debajo del casco, simplemente tan humano como cualquier otro miembro de la 63.ª Expedición.

A Loken no se le ocurrió nada que decirle al hombre. Simplemente se quitó su propio casco y sacó la pipa de agua del dispensador de su gola. Roció un poco de agua clara y fría en la cara del hombre.

—No quiero nada de ti —susurró el moribundo.

—No hables —dijo Loken—. Va a ser más rápido.

Pero el hombre ya estaba muerto.

—¿Por qué no deberíamos luchar esta guerra? —preguntó Mersadie Oliton—. Usted estuvo allí cuando intentaron asesinar al Señor de la Guerra.

—Yo estaba allí —dijo Loken, terminando de limpiar el cargador de municiones —. Nunca olvidaré ese momento.

—Dímelo a mí.

—No es algo agradable —le advirtió Loken—. Vas a pensar mal de nosotros cuando te diga la verdad.

—¿Eso crees? Un documentalista debe ser objetivo todo el tiempo.

—Ya veremos.

El embajador del planeta, el que Loken sabía que se llamaba Aureus, había sido recibido con toda la pompa y la ceremonia habitual concedida a una cultura potencialmente amigable. Sus naves habían descendido en la cubierta de embarque, sorprendiendo a todos los guerreros presentes cuando pudieron apreciar su extraño parecido con las Stormbirds.

El Señor de la Guerra estaba vestido con su armadura más rutilante, con estrías doradas y decorada con los símbolos imperiales de los rayos y las águilas.

Inusualmente para una ocasión semejante, estaba armado con una espada y una pistola. Loken podía sentir proyectada la fuerza de la autoridad del Señor de la Guerra.

Junto al Señor de la Guerra estaba Maloghurst, vestido de blanco, Regulus, su cuerpo augmentado dorado y plateado pulido hasta un brillo cegador, y el Primer Capitán Abaddon, orgullosamente acompañado por un destacamento de Exterminadores de la Justaerin.

Era un gesto para mostrar la fuerza de la Cruzada. Como respaldo, trescientos Hijos de Horus se mantenían en posición de descanso detrás del grupo, nobles y majestuosos en su porte, la imagen misma de la Gran Cruzada. Loken nunca había estado más orgulloso de su herencia ilustre.

Las puertas de la nave se abrieron con el silbido de la descompresión y Loken tuvo su primera visión de la Hermandad.

Una oleada de asombro recorrió la cubierta de embarque cuando veinte guerreros de brillante armadura plateada, la imagen misma de los Astartes, marcharon desde el interior de la nave de aterrizaje en formación perfecta, a pesar de que Loken detectó una ligera vacilación de sorpresa en ellos. Portaban armas que se parecían mucho a una pistola bólter standard, aunque por deferencia a sus anfitriones, no las tenían en posición de disparo.

—¿Ves eso? —susurró Loken.

—No, Garvi, de repente me he quedado ciego —respondió Torgaddon—. Por supuesto que los veo.

—Se ven como Astartes.

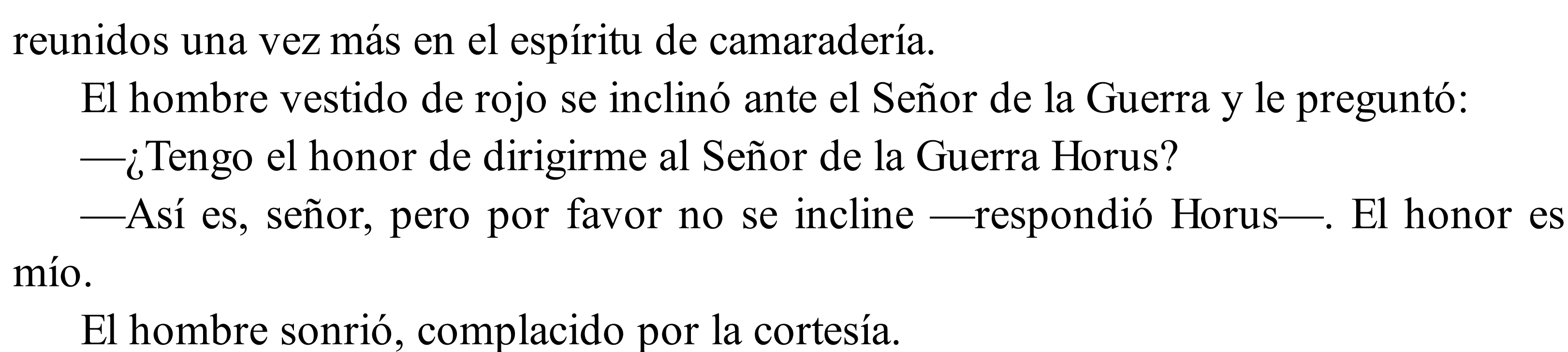
—Hay un gran parecido, te lo concedo, pero son demasiado canijos.

—Llevan armaduras como las nuestras ¿Cómo es eso posible?

—Si te callas tal vez lo averigüemos —dijo Torgaddon.

Los guerreros marchaban en torno a un hombre alto que llevaba una larga túnica de color rojo, cuyas características eran mitad carne, mitad máquina y cuyo ojo era un parpadeante joya esmeralda. Caminaba con la ayuda de un báculo rematado por un engranaje. Subió a la cubierta con la placentera expresión de alguien que encuentra sus expectativas superadas con creces.

La delegación Auretiana desandó el camino hacia Horus; Loken ya podía sentir el peso de la historia, presionando en este momento. Ésta reunión era la encarnación misma de lo que representaba la Gran Cruzada: hermanos perdidos de toda la galaxia,



reunidos una vez más en el espíritu de camaradería.

El hombre vestido de rojo se inclinó ante el Señor de la Guerra y le preguntó:

—¿Tengo el honor de dirigirme al Señor de la Guerra Horus?

—Así es, señor, pero por favor no se incline —respondió Horus—. El honor es mío.

El hombre sonrió, complacido por la cortesía.

—Entonces, si usted me lo permite, voy a presentarme. Soy Emory Salignac, Cónsul Fabricante de la Tecnocracia Auretiana. En nombre de mi pueblo, sea yo el primero en darle la bienvenida a nuestro mundo.

Loken vio la emoción de Regulus a la vista de las prótesis augméticas de Salignac, pero apenas oyó el título completo de este nuevo imperio, su entusiasmo superó al protocolo del momento.

—Cónsul —dijo Regulus, con voz estridente y poco natural—. ¿Debo entender que su sociedad se basa en el conocimiento de la tecnología?

Horus se volvió hacia el adepto del Mechanicum y le susurró algo que Loken no pudo oír, pero Regulus asintió y dio un paso atrás.

—Me disculpo por las preguntas francas del adepto, pero espero que pueda perdonar su estallido, dado que nuestros guerreros parecen compartir ciertas… similitudes en sus armaduras.

—Estos son los guerreros de la Hermandad —explicó Salignac—. Ellos son nuestros protectores y nuestros soldados de élite. Me honra contar con ellos como mis acompañantes.

—¿Cómo es que están blindados de manera similar a mis propios guerreros?

Salignac parecía estar confundido por la pregunta y dijo:

—¿Usted esperaba algo diferente, Señor de la Guerra? Las máquinas de construcción que nuestros antepasados trajeron consigo de Terra son el corazón de nuestra sociedad y nos dan la bendición de la tecnología. Aunque avanzadas, tienden hacia una cierta uniformidad de desarrollo.

El silencio que acogió las palabras del cónsul era quebradizo y frágil. Horus levantó la mano para calmar el estallido inevitable de Regulus.

—¿Máquinas de Construcción? —preguntó Horus, con una voz acerada—. ¿Plantillas de Construcción Standard?

—Creo que era su antigua denominación, sí —admitió Salignac, bajando su báculo y apuntándolo hacia el Señor de la Guerra—. Usted ha…

Emory Salignac nunca llegó a terminar la frase, cuando Horus dio un paso hacia atrás y sacó su pistola. Loken vio el fogonazo y la cabeza de Emory Salignac explotando cuando el proyectil salió por la parte posterior del cráneo.

—Sí —dijo Mersadie Oliton—. El báculo era una especie de arma de energía que podría haber penetrado la armadura del Señor de la Guerra. Eso fue lo que se nos dijo.

Loken negó con la cabeza.

—No, no había ningún arma.

—Por supuesto que la hubo —insistió Oliton—, y cuando el intento de asesinato del cónsul falló, los guerreros de la Hermandad atacaron al Señor de la Guerra.

Loken dejó su bólter y le dijo:

—Mersadie, olvida lo que te han dicho. No había ningún arma y después de que el Señor de la Guerra mató al cónsul, la Hermandad sólo trató de escapar. Sus armas no estaban cargadas y no podían haber luchado con alguna esperanza de éxito.

—¿Estaban desarmados?

—Sí.

—Entonces, ¿qué hicieron?

—Los matamos —dijo Loken—. No estaban armados, pero lo hicimos. La Justaerin de Abaddon derribó a media docena de ellos antes de que siquiera se enteraran de lo que había sucedido. Yo mismo lideré a la Locasta los abatimos a tiros cuando intentaban subir a bordo de su nave.

—¿Pero por qué? —preguntó Oliton preguntó, horrorizada por su descripción de la masacre.

—Debido a que el Señor de la Guerra lo ordenó.

—No, quiero decir, ¿por qué el Señor de la Guerra disparó contra el cónsul si no estaba armado? No tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene —admitió Loken—. Lo vi matar al cónsul y le vi la cara después de haber matado a los guerreros de la Hermandad.

—¿Qué viste?

Loken dudó, como si no estuviera seguro de si debía responder. Al final dijo:

—Yo lo vi sonreír.

—¿Sonreía?

—Sí —dijo Loken—. Como si los asesinatos hubieran sido parte de su plan desde

el principio. No sé por qué, pero Horus quería esta Guerra.

Torgaddon siguió al guerrero encapuchado por un oscuro pasillo hacia la cámara del arsenal de reserva. Serghar Targost había convocado a una reunión de la Logia y Torgaddon estaba preocupado, no le gustaba ni un poco esa sensación. Había asistido a una sola reunión desde Davin, pues ya no suponía un lugar de relajación para él. Aunque el Señor de la Guerra había vuelto a ellos, las acciones de la Logia olían a subterfugios y tales comportamientos ponían enfermo a Tarik Torgaddon.

La figura con túnica a la que seguía era desconocida para él, joven y claramente temeroso de la figura del legendario oficial del Mournival, la cual le sentaba muy bien a Torgaddon. El guerrero claramente sólo había alcanzado la categoría de Astartes recientemente, pero Torgaddon confiaba en que ya sería un luchador experimentado. No había lugar para la falta de experiencia entre los Hijos de la Horus, los meses de guerra en Aureus hacía veteranos o cadáveres de aquellos procedentes de los cuerpos de auxiliares o exploradores. La Hermandad no alcanzaba la capacidad de los Astartes, pero la Tecnocracia podía llamar a millones de ellos y peleaban con valentía y honor.

Eso sólo hacía que matarlos fuera más duro. Luchar contra la megarácnidos había sido fácil, su fisonomía alienígena era demasiado repulsiva a la vista y por lo tanto fácil de destruir.

La Hermandad empero… eran tan parecidos a los hijos de Horus que era como si dos legiones lucharan entre sí en alguna guerra civil brutal. No había nadie entre la Legión que no hubiera pensado en una imagen tan terrible.

Torgaddon se entristeció porque sabía que, al igual que los Interexianos antes que ellos, la Hermandad y la Tecnocracia Auretiana serían destruidas.

Una voz en la oscuridad delante de él lo sacó de sus pensamientos sombríos.

—¿Quién se acerca?

—Dos almas —respondió el joven guerrero.

—¿Cuáles son sus nombres? —preguntó la figura, pero Torgaddon no reconoció la voz.

—No lo puedo decir —dijo Torgaddon.

—Pasen, amigos.

Torgaddon y el guerrero pasaron ante el guardián del portal y entraron en el arsenal de reserva. La cámara abovedada era mucho mayor que la bodega de popa, donde las reuniones habían sido comunes, y cuando entró en el espacio iluminado por

la vacilante luz de las velas, pudo apreciar por qué Targost lo había elegido.

Cientos de guerreros llenaban de la armería, cada uno con capucha y sosteniendo una vela encendida. Serghar Targost, Ezekyle Abaddon, Horus Aximand y Maloghurst se situaban en el centro de la reunión, a un lado de ellos estaba el Primer Capellán Erebus.

Torgaddon miró a los Astartes reunidos y no pudo escapar a la sensación de que esta reunión había sido convocada para su beneficio.

—Has estado muy ocupado, Serghar —dijo—. ¿Has emprendido una campaña de reclutamiento?

—Desde la recuperación del Señor de la Guerra en Davin nuestro grupo ha crecido un poco —admitió Targost.

—Puedo notarlo. Debe ser difícil mantenerlo en secreto ahora.

—Entre la Legión ya no operamos bajo el velo del secreto.

—¿Entonces por qué la misma pantomima para entrar?

Targost sonrió como disculpándose.

—Tradición, ¿entiendes?

Torgaddon se encogió de hombros y cruzó la sala hasta estar frente a Erebus. Se quedó mirando con hostilidad manifiesta al Primer Capellán y le dijo:

—Ha estado manteniendo un perfil bajo desde Davin. El Capitán Loken quiere hablar con usted.

—Estoy seguro de que lo desea —respondió Erebus—, pero no estoy bajo su mando. No respondo ante él.

—¡Entonces responderás ante mí, cabrón! —dijo repentinamente Torgaddon, sacando su cuchillo de combate de debajo de su túnica y sosteniendo el cuello de Erebus. Los gritos de alarma sonaron a la vista del cuchillo. Torgaddon vio la línea de una vieja cicatriz que atravesaba el cuello de Erebus.

—Parece que alguien ya ha tratado de cortarte la garganta —siseó Torgaddon—. No hicieron un buen trabajo, pero no te preocupes, no voy a cometer el mismo error.

—¡Tarik! —gritó Serghar Targost—. ¿Has traído un arma? Sabes que está prohibido.

—Erebus nos debe a todos una explicación —dijo Torgaddon, apretando el cuchillo contra la mandíbula de Erebus—. Ésta serpiente robó un arma kinebrach de la Galería de los Artefactos en Xenobia. Él es la razón por la que las negociaciones con los Interexianos no prosperaron. Él es la razón por la cual fue herido el Señor de

la Guerra.

—No, Tarik —dijo Abaddon, poniéndose a su lado y colocando una mano en su muñeca—. Las negociaciones con los Interexianos se cayeron porque nosotros asó lo queríamos. Los Interexianos se juntaron con razas xenos. Se integraron con ellos. Nunca podríamos haber hecho las paces con esa gente.

—Ezekyle dice la verdad —dijo Erebus.

—Cierra la boca —le espetó Torgaddon.

—Torgaddon, baja el cuchillo —dijo Horus Aximand—. Por favor.

A regañadientes, Torgaddon bajó el brazo. El tono de súplica de su hermano del Mournival le hizo darse cuenta de la enormidad de lo que estaba hacienda al colocar un cuchillo en la garganta de otro Astartes, aunque fuera tan poco fiable como Erebus.

—No hemos terminado —advirtió Torgaddon, señalando la hoja de Erebus.

—Estaré listo —prometió el Portador de la Palabra.

—Ambos en silencio —dijo Targost—. Tenemos asuntos urgentes que discutir que requieren su completa atención. Estos últimos meses de guerra han sido duros para todos y nadie deja de ver la gran tragedia inherente a los seres humanos en la lucha contra el hermano que ven igual a nosotros. Las tensiones son altas, pero debemos recordar que nuestro propósito en las estrellas es eliminar a los que no se unan a nosotros.

Torgaddon frunció el ceño ante la contundente declaración de su misión pero no dijo nada cuando Targost continuó con su discurso.

—Somos Astartes y hemos sido creados para matar y conquistar la galaxia. Hemos hecho todo lo que se ha pedido de nosotros y más, luchando por más de dos siglos para forjar un nuevo imperio de las cenizas de la Noche Vieja. Hemos destruido planetas, hemos derribado culturas y desaparecido especies enteras, todo porque se nos ordenó hacerlo. ¡Somos asesinos, pura y simplemente y nos sentimos orgullosos de ser los mejores en lo que hacemos!

Los vítores estallaron ante el pronunciamiento de Targost, hubo puñetazos al aire y golpes en los mamparos, pero Torgaddon había visto a los iteradores en acción lo suficiente como para reconocer la clave tras los aplausos. Éste discurso era para el provecho personal de alguien. De eso ahora estaba seguro.

—Ahora, cuando la Gran Cruzada está llegando a su fin, se nos critica por nuestra capacidad de matar. Descontentos y agitadores crean problemas a nuestro paso con gimoteando porque somos demasiado brutales, salvajes y muy violentos. El

mismísimo Señor Comandante del Ejército, Hektor Varvarus, demanda sangre por las acciones de nuestros afligidos hermanos cuando traían al Señor de la Guerra, mientras agonizaba. El traidor Varvarus exige que seamos llamados a responder por estas muertes lamentables y que seamos castigados por tratar de salvar al Señor de la Guerra.

Torgaddon se estremeció al oír la palabra «traidor», sorprendido de que Targost utilizara una palabra tan abiertamente incendiaria para describir a un oficial tan respetado como Varvarus. Empero, cuando Torgaddon miró los rostros de los guerreros a su alrededor, no vio más que acuerdo con los sentimientos de Targost.

—Incluso los civiles ahora sienten que tienen el derecho de juzgarnos —dijo Horus Aximand, retomando lo que Targost había dejado entrever y portando un puñado de pergaminos—. Disidentes y conspiradores se ocultan entre los rememoradores, desparramando propaganda mentirosa que nos pinta como poco más que bárbaros. —Aximand círculo entre la multitud, repartiendo los folletos a medida que hablaba—. Éste se llama La Verdad es Todo lo que Tenemos y nos llama asesinos y salvajes. ¡Éste poeta turbulento se burla de nosotros en sus versos, hermanos! Estas mentiras circulan entre la flota todos los días.

Torgaddon tomó un panfleto de Aximand y miró despreocupadamente el papel, ya sabía quién lo había escrito. Su contenido era mordaz, pero no alcanzaba a ser sedicioso.

—¡Y este otro! —gritó Aximand—. El Lectitio Divinitatus habla del Emperador como un dios. ¡Un dios! ¿Pueden imaginar algo tan ridículo? Estas mentiras llenan las cabezas de aquellos por los que estamos luchando. Nosotros luchamos y morimos por ellos y esta es nuestra recompensa: la difamación y el odio. Les digo esto, hermanos míos, si no actuamos ahora, el barco de mi Imperio, que ha resistido todas las tormentas, se hundirá por el motín de las personas a bordo.

Gritos de rabia y llamados a la acción provocaron ecos en las paredes de la armería. A Torgaddon no le gustó el deseo de revancha que veía en los rostros de sus compañeros guerreros.

—Bonito discurso —dijo Torgaddon cuando los rugidos de ira hubieron disminuido—, pero ¿por qué no llegar al punto? Tengo una compañía lista para una incursión.

—Siempre una persona que habla directamente, ¿eh, Tarik? —dijo Aximand—. Es por eso que eres respetado y valorado. Es por eso que te necesitamos con nosotros,

hermano.

—¿Con ustedes? ¿De qué estás hablando?

—¿No has oído una palabra de lo que se dijo? —le preguntó Maloghurst, cojeando hacia donde estaba Torgaddon—. Tenemos la amenaza dentro de nuestras propias filas. El enemigo interior, Tarik, que es el enemigo más insidioso al que nos hemos enfrentado.

—Tendrás que hablar con claridad, Mal —dijo Abaddon—. Tarik necesita que lo expliques para él.

—Habla por ti, Ezekyle —dijo Torgaddon.

—Sé que el rememorador que escribe estas misivas traicioneras se llama Ignace Karkasy —dijo Maloghurst—. Él debe ser silenciado.

—¿Silenciado? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Torgaddon—. ¿Le damos un tirón de orejas? ¿Le decimos que no sea un niño travieso? ¿Algo así?

—Tú sabes lo que quiero decir, Tarik —declaró Maloghurst.

—Sí, pero quiero que me lo digan.

—Muy bien, si deseas que sea directo, entonces voy lo voy a ser. Karkasy debe morir.

—Estás loco, Mal, ¿lo entiendes? Estamos hablando de asesinato —dijo Torgaddon.

—No es asesinato matar a tu enemigo, Tarik —dijo Abaddon—. Es una Guerra.

—¿Quieres hacerle la guerra a un poeta? —rió Torgaddon—. Oh, van a contar historias sobre ello durante siglos, Ezekyle. ¿No oyes lo que estás diciendo? De todos modos, el rememorador está bajo la protección de Garviel. Toca a Karkasy y él llevará tu cabeza al mismo Señor de la Guerra.

Un silencio culpable envolvió al grupo ante la sola mención del nombre de Loken y los miembros de la logia en frente de Torgaddon compartieron una mirada inquieta.

Finalmente, Maloghurst dijo:

—Tenía la esperanza de que no llegaríamos a esto, pero no nos dejas otra opción, Tarik.

Torgaddon se apoderó de la empuñadura de su cuchillo de combate con fuerza, preguntándose si tendría que luchar para abrirse camino entre sus hermanos.

—Guarda tu cuchillo, no estamos a punto de atacarte —le espetó Maloghurst, al ver la tensión en sus ojos.

—Vamos —dijo Torgaddon, manteniendo la mano sobre el cuchillo de todos

modos—. ¿A qué no esperabas llegar?

—Hektor Varvarus afirma haber comunicado al Consejo de Terra sobre los acontecimientos relacionados con la lesión del Señor de la Guerra. Lo cierto es que si no ha informado aún a Malcador el Sigilita de las muertes en la cubierta de embarque, lo hará pronto. Eleva peticiones al Señor de la Guerra diariamente que se haga justicia.

—¿Y qué le ha respondido el Señor de la Guerra? Yo también estuve allí. También Ezekyle. Tú también, Pequeño Horus.

—Y también lo estaba Loken —terció Erebus, uniéndose a los otros—. Él lo llevó a la cubierta de embarque y lideró el camino entre la multitud.

Torgaddon dio un paso hacia Erebus.

—¡Te dije que te callaras!

Se volvió de espaldas a Erebus y la desesperación le llenó al ver en los rostros las miradas condescendientes de sus hermanos. Ya habían aceptado la idea de lanzar a Garviel Loken a los lobos.

—No pueden estar considerando esto en serio esto, Mal —protestó Torgaddon—. ¿Ezekyle? ¿Horus? ¿Traicionarían a un hermano del Mournival?

—El ya nos traicionó, al permitir a ese rememorador difundir mentiras —dijo Aximand.

—No, no lo haré —juró Torgaddon.

—Debes hacerlo —dijo Aximand—. Sólo si tú, Ezekyle y yo juramos que Loken orquestó la masacre, Varvarus lo aceptará como culpable.

—Por lo tanto, de eso se trata todo esto, ¿verdad? —preguntó Torgaddon—. ¿Dos pájaros de un tiro? Hacen de Garviel su chivo expiatorio y así son libres de asesinar a Karkasy. ¿Cómo pueden incluso considerar esto? El Señor de la Guerra nunca estará de acuerdo.

—Ya que llegamos a este punto, te equivocas si piensas que el Señor de la Guerra no está de acuerdo —dijo Targost—. Ésta fue su sugerencia.

—¡No! —gritó Torgaddon—. Él no…

—No puede ser de otra manera, Tarik —dijo Maloghurst—. La supervivencia de la Legión está en juego.

Torgaddon sentía morir algo dentro de él con la idea de traicionar a su amigo. Su corazón se dividió por en la elección entre Loken y los Hijos de Horus, pero ni bien surgió el pensamiento supo lo que tenía que hacer.

Envainó su cuchillo de combate y dijo:

—¡Si la traición y el asesinato son necesarios para salvar a la Legión, entonces tal vez no merece sobrevivir! Garviel Loken es nuestro hermano y ustedes lo traicionan a la primera oportunidad. Yo escupo sobre ustedes por atreverse a tener la idea siquiera.

Un grito de asombro horrorizado se difundió a través de la cámara y murmullos enojados se cernieron sobre Torgaddon.

—Piénsalo cuidadosamente, Tarik —le advirtió Maloghurst—. Estás con nosotros o contra nosotros.

Torgaddon metió la mano en la túnica y lanzó algo plateado a los pies de Maloghurst. La medalla de la Logia brilló a la luz de las velas.

—Entonces estoy contra ustedes —dijo Torgaddon.



DIECINUEVE
AISLADO
ALIADOS
ALA DE ÁGUILA

Petronella se sentó en su escritorio, llenando páginas y páginas con su letra demasiado pequeña, trazos de araña apretados e intensos. Su pelo oscuro estaba suelto y le caía sobre los hombros en rizos desordenados. Su tez tenía la apariencia cetrina de alguien que no ha salido de su habitación durante muchos meses, apartada de la luz solar.

Una pila de papeles a su lado era testimonio de los meses que había pasado en su cabina de lujo, aunque ese lujo estaba muy lejano de aquel cuando ella llegó por primera vez a la *Espíritu Vengativo*. La cama estaba deshecha y la ropa quedaba donde la había descartado antes de acostarse.

Su criada, Babeth, había hecho lo que podía para animar a su señora a hacer una pausa en sus labores, pero Petronella no quiso saber nada de ello. Las palabras de despedida del Señor de la Guerra tenían que ser transcritas e interpretadas hasta el más mínimo detalle, si iba a hacerle a su confesión alguna justicia. A pesar de que sus palabras no iban a ser las últimas, ella sabía que merecían ser grabadas, ya que había sido testigo de los pensamientos más íntimos del Señor de la Guerra. Había tenido acceso a información que no se había contemplado antes, secretos de los primarcas que no habían salido a la luz desde que la Gran Cruzada había comenzado y las verdades que habrían estremecido al Imperio desde los cimientos.

Que tales cosas quizá deberían permanecer enterradas se le había ocurrido sólo una vez en su estancia solitaria, pero ella era la Palatina Majoria de la Casa Carpinus y tales cuestionamientos no tenían sentido. Conocimiento y verdad eran todo lo que

importaba. Serían las generaciones futuras las que determinarían si había actuado correctamente.

Tenía el vago recuerdo de hablar de estas verdades increíbles con alguna clase de poeta en un bar sórdido hacía algunos meses, mientras estaba muy borracha, pero no tenía idea de lo que había pasado entre ellos. No había intentado comunicarse con ella después, por lo que sólo podía asumir bien que no había tratado de seducirla o bien que no había permitido ser seducida. Era irrelevante, se había encerrado desde el comienzo de la guerra con la Tecnocracia, a la pesca de cada fragmento en sus implantes mnemónicos de las palabras y giros lingüísticos que el Señor de la Guerra había usado.

Estaba escribiendo demasiado, lo sabía pero maldita la cantidad de palabras, su historia era demasiado importante para ser a por las ataduras de un simple libro. Contaría la historia sin importar el tiempo que tarda… pero faltaba algo.

En las semanas y los meses que pasaron, la sensación de que algo no estaba cuajando pasó de ser una sospecha a una certeza y solo recientemente se había dado cuenta de lo que era: el contexto.

Todo lo que ella tenía eran las palabras del Señor de la Guerra, no tenía un marco para encuadrarlas y sin eso, nada tenía sentido. Finalmente, comprendiendo lo que estaba mal, buscó guerreros Astartes en cada oportunidad, pero se golpeó a la primera con un obstáculo en este sentido.

Nadie estaba hablando con ella.

Tan pronto como cualquiera de los sujetos sabía lo que quería Petronella, o quién era, se callaba y se negaba a decir una palabra más, excusándose de su presencia con una amable brusquedad.

Donde quiera que ella se volviera, se encontraba con un muro de silencio y, a pesar de sus repetidas súplicas a la oficina del Señor de la Guerra, no conseguía nada. Cada una de sus peticiones para una audiencia con el Señor de la Guerra había sido rechazada y pronto comenzó a desesperarse de encontrar alguna vez un medio para contar su historia.

La inspiración acerca de cómo romper ese punto muerto le había llegado ayer por la tarde después de otro fracaso absoluto. Como siempre, la acompañaba Maggard, vestido con su armadura de batalla dorada y armado con una espada y una pistola Kirlian. Después de los combates en Davin, Maggard había tenido una rápida recuperación y Petronella había notado un alarde más presuntuoso en su paso.

También notaba que él era tratado con más respeto por la nave que ella. Por supuesto, tal estado de cosas era intolerable, a pesar de que hacía que su esfuerzo como concubino, fuera mucho más enérgico y agradable.

Un guerrero Astartes había asentido con respecto hacia Petronella cuando viajaba a lo largo de la cubierta superior de la nave hacia su camarote. Ella le había correspondido, antes de darse cuenta de que el Astartes había estado mostrando sus respetos a Maggard, no a ella.

Un rollo de pergamino sobre la hombrera del Astartes con el dibujo de una luna creciente verde, lo señalaba como un veterano de la campaña de Davin y por lo tanto, sin duda era consciente del valor de Maggard.

La indignación la recorrió de pies a cabeza, pero antes de que Petronella dijera nada, una idea comenzó a formarse y se apresuró a regresar al camarote.

Petronella había situado a Maggard en el centro de la habitación y dijo:

—Es tan obvio para mí ahora, la culpa es mía por no haber pensado en esto antes.

Maggard se quedó perplejo. Ella se acercó a él, acariciándole la coraza moldeada. Parecía incómodo con esto, pero ella siguió adelante, sabiendo que él haría cualquier cosa por ella con el temor a las represalias en caso de que se negara.

—Es porque soy una mujer —dijo—. No soy parte de su pequeño club. —Ella se movió detrás de él y se puso de puntillas, poniendo las manos sobre sus hombros—. Yo no soy un guerrero. Nunca he matado a nadie, bueno, no por mí misma, y eso es lo que ellos respetan: el homicidio. Has matado a los hombres, ¿no es así Maggard?

Él asintió con la cabeza bruscamente.

—¿Mucha?

Maggard asintió de nuevo y ella rió.

—Estoy segura de que también lo saben. No puedes hablar para alardear de tu destreza, pero estoy segura de que los Astartes lo saben. Incluso los que no estaban en Davin serán capaces de ver que eres un asesino.

Maggard se humedeció los labios, manteniendo sus ojos dorados apartados de ella.

—Deseo que vayas con ellos —le ordenó—. Déjalos que te vean. Introdúcete en sus rituales diarios. Averigua todo lo que pueda sobre ellos y cada día vamos a utilizar la Mnemo-pluma para transcribir lo que has descubierto. Eres mudo, por lo que van a pensar que eres simple. Déjalos. Serás menos vigilado, si creen que eres un imbécil.

Pudo notar que Maggard no estaba contento con esa tarea, pero su felicidad no

tenía importancia para ella. Ella lo envió a la mañana siguiente.

Había pasado el resto del día escribiendo, enviando a Babeth a buscar comida y agua cuando se dio cuenta de que tenía hambre, y probando diferentes enfoques estilísticos para la introducción de su manuscrito.

La puerta de su camarote se abrió y Petronella levantó la vista de su trabajo. El cronómetro puesto en el escritorio le dijo que ya era de tarde, tiempo de la nave.

Giró en su silla para ver Maggard entrar en su habitación y le sonrió, borrando los datos de su pizarra y volviendo a levantar la mnemo-pluma de la fuente del Leteo.

—¿Estuviste con los Astartes? —le preguntó.

Maggard asintió con la cabeza.

—Bien —dijo Petronella, asentando en la punta reactiva sobre la pizarra y limpiando su mente de sus propios pensamientos.

—Cuéntamelo todo —le ordenó, mientras la pluma comenzó a registrar sus pensamientos.

El Santuario del Señor de la Guerra estaba silencioso excepto por el ocasional zumbido mecánico del exoesqueleto del cuerpo de Regulus, y el roce de la tela cuando Maloghurst cambiado de posición. Ambos permanecían detrás del Señor de la Guerra, que estaba sentado en su silla al final de la larga mesa, sus manos enlazadas frente a él y atronadora su expresión.

—La Hermandad ya debería ser comida para cuervos —dijo—. ¿Por qué los Devoradores de Mundos aún no tomaron por asalto las murallas de la Ciudadela de Hierro?

El capitán Khân, escudero se Angron, se mantuvo firme ante la mirada hostil Señor de la Guerra, la tenue luz del lugar sagrado se reflejaba en el azul y blanco de su armadura.

—Mi señor, sus murallas están diseñados para resistir casi todas las armas que tenemos disponibles, pero les aseguro que la fortaleza será nuestra en cuestión de días —dijo Khân.

—Querrás decir mía —gruñó el Señor de la Guerra.

—Por supuesto, Señor de la Guerra —respondió Khân.

—Y dile a mi hermano Angron que venga hasta aquí. No le he visto el pelo en meses. No necesita estar enterrado en alguna zanja fangosa solo para evitarme porque no puede cumplir sus promesas.

—Si se me permite el atrevimiento, mi Primarca ha dicho que esta batalla tomará tiempo —explicó Khân—. La ciudadela fue construida con tecnología antigua y necesitamos expertos en asedios como los Guerreros de Hierro para tomarla.

—Si pudiera contactarme con Perturabo, me gustaría tenerlo aquí —dijo el Señor de la Guerra.

Regulus habló desde detrás del Señor de la Guerra.

—Las máquinas STC serán capaces de contrarrestar gran parte del arsenal del Mechanicum. Si los textos de la Edad Oscura son correctos, se adaptan y reaccionan a los cambios circunstanciales, desarrollando medios cada vez más astutos de defensa.

—La ciudadela puede ser capaz de adaptarse —dijo el Capitán Khân enojado, agarrando el mango de su hacha—, pero no podrá mantenerse en pie ante la furia de la XII Legión. Los hijos de Angron traerán el corazón palpitante de la fortaleza para usted, Señor de la Guerra. No tengan ninguna duda de eso.

—Buenas palabras, Capitán Khân —dijo Horus—. Ahora, arrasen la ciudadela para mí. Matar a todos los que se encuentren dentro.

El Devorador de Mundos se inclinó y giró sobre sus talones, marchando desde el santuario.

Una vez que las puertas se cerraron detrás de Khân, Horus, dijo:

—Eso debe encender un fuego bajo el trasero de Angron. Ésta guerra se está volviendo demasiado larga. Hay otros asuntos con los que lidiar.

Regulus y Maloghurst salieron de detrás del Señor de la Guerra, el palafranero tomó asiento para aliviar su cuerpo dolorido.

—Debemos tener esas máquinas STC —dijo Regulus.

—Sí, gracias, adepto, me había olvidado de eso —dijo Horus—. Sé muy bien lo que representan esas máquinas, incluso si los tontos que las controlan no lo hacen.

—Mi orden lo compensará generosamente por ellos, mi señor —dijo Regulus.

Horus sonrió y dijo:

—Por fin llegamos a eso, adepto.

—¿Llegar a qué, mi señor?

—No me creas un simplón, Regulus —advirtió Horus—. Sé de la búsqueda del Mechanicum del conocimiento antiguo. Plantillas de Construcción totalmente funcionales sería un gran premio, ¿no?

—Más allá de lo imaginable —admitió Regulus—. Redescubrir los motores que impulsaron el pensamiento a la humanidad a las estrellas y han permitido la

colonización de la galaxia es un premio que vale la pena cualquier precio.

—¿Cualquier precio? —preguntó Horus.

—Estas máquinas nos permitirán lograr lo inimaginable, llegar a las estrellas del halo y tal vez incluso otras galaxias —dijo Regulus—. Así que sí, vale la pena pagar cualquier precio.

—Entonces los tendrán —dijo Horus.

Regulus parecía sorprendido por una oferta tan monumentalmente grande y dijo:

—Te agradezco, Señor de la Guerra. No te puedes imaginar el favor que concedes al Mechanicum.

Horus se levantó y caminó en círculos alrededor de Regulus, mirando descaradamente los restos de carne que se aferraban a sus componentes metálicos. Campos brillantes contenían los órganos del adepto y una musculatura de bronce le posibilitaba la movilidad.

—Hay muy poco a lo que se le pueda llama humano, ¿no? —preguntó Horus—. En ese aspecto no eres tan diferente de mí o de Maloghurst.

—¿Mi Señor? —respondió Regulus—. Yo aspiro a la perfección del estado de la máquina, pero no me atrevería a compararme con los Astartes.

—Además no deberías —dijo Horas, continuando se paseo en torno al santuario —. Yo te daré esas plantillas de construcción, pero como hemos establecido, habrá un precio.

—El que sea, mi señor. El Mechanicum va a pagarlo.

—La Gran Cruzada está a punto de terminar, Regulus, pero nuestros esfuerzos para asegurar la galaxia están apenas comenzando —dijo Horas, inclinado sobre la mesa con sus manos apoyadas sobre la superficie de color negro—. Estoy a punto de embarcarse en el mayor esfuerzo imaginable, pero necesito aliados, o todo será en vano. ¿Puedo contar con el Mechanicum?

—¿Cuál es este gran esfuerzo? —preguntó Regulus.

Horus hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa para estar junto al adepto del Mechanicum una vez más, colocando una mano tranquilizadora sobre su armadura de bronce.

—No hay necesidad de entrar en detalles ahora —dijo—. Sólo dime que tú y tus hermanos me apoyarán cuando llegue el momento y las plantillas de construcción son suyos.

Un chirriante brazo mecánico envuelto en una malla dorada se abrió sobre la mesa

y colocó una máquina con el símbolo del Mechanicum labrada suavemente en su superficie.

—Así como gran parte del Mechanicum, yo estaré a vuestro servicio, Señor de la Guerra —prometió Regulus—, y haré mi mayor esfuerzo para que el resto también lo esté.

Horus sonrió y dijo:

—Gracias, adepto. Eso es justo lo que quería oír.

En el sexto día del décimo mes de la guerra contra la Tecnocracia Auretiana, la 63.ª Expedición entró en pánico cuando un grupo de naves se introdujo en el sistema, en formación de ataque perfecto.

Boas Comnenus intentó virar sus naves para hacer frente a los recién llegados, pero incluso mientras comenzaba las maniobras, supo que era demasiado tarde. Sólo cuando las naves misteriosas alcanzaron, y dejaron atrás el punto óptimo de disparo, las personas a bordo de la *Espíritu Vengativo* entendieron que las naves no tenían intenciones hostiles.

Los saludos fueron enviados desde el buque insignia del Señor de la Guerra que se encontró con una voz divertida que hablaba con el acento culto de la antigua Terra.

—Horus, hermano mío —dijo la voz—. Parece que todavía tengo un par de cosas para enseñarte.

En el puente de la *Espíritu Vengativo*, Horus, dijo:

—Fulgrim.

Pese a las penurias de la guerra, Loken estaba emocionado ante la perspectiva de la reunión de los guerreros del Emperador.

Como niños una vez más. Había pasado tanto tiempo como sus deberes le permitían en la reparación de su armadura, aunque sabía que estaba todavía en un estado lamentable. Él y Mournival permanecían de pie detrás del Señor de la Guerra, mientras esperaban con orgullo en el muelle superior de la *Espíritu Vengativo*, listos para recibir el Primarca de la III Legión.

Fulgrim había sido uno de los más firmes partidarios de Horus desde su elevación al cargo de Señor de la Guerra, aliviando las tensiones de Angron, Perturabo y Curze cuando se enfurecieron debido al honor concedido a Horus y no a ellos. La voz de

Fulgrim había sido la calma que había acallado los corazones belicosos y serenado el orgullo herido.

Sin la sabiduría de Fulgrim, Loken sabía que era poco probable que el Señor de la Guerra hubiera sido capaz de obtener la lealtad de las legiones por completo.

Oyó raspaduras metálicas de más allá de la puerta de presión.

Loken había visto a Fulgrim una vez antes en la Gran Triunfo de Ullanor y, a pesar de que había sido desde la distancia cuando había desfilado con decenas de miles de otros guerreros Astartes, la impresión del Primarca nunca se había borrado de la mente de Loken.

Era un gran honor estar de pie una vez más en presencia de dos seres tan divinos como los Primarcas.

La puerta Presurizada con el aquila estampada se abrió y el Primarca de los Hijos del Emperador subió a la *Espíritu Vengativo*.

La primera impresión de Loken fue la gran ala de águila dorada que se extendía a lo largo del hombro izquierdo de Fulgrim. La armadura del Primarca era púrpura brillante, bordeada con oro brillante y con incrustaciones de las más exquisitos tallas. Portaestandartes encapuchados llevaban su larga capa y los pergaminos colgados de las guardas de sus hombreras.

Un collar alto de color púrpura profundo enmarcaba un rostro pálido, hasta el punto de albinismo, con los ojos tan oscuros como para ser casi en su totalidad pupilas. La insinuación de una sonrisa se dibujaba en torno a sus labios y su cabello era de un brillante color blanco.

Loken había tenido a Hastur Sejanus por un hombre hermoso, adorado por todos, pero al ver el Primarca de los Hijos del Emperador de cerca por primera vez, sabía que su mísero vocabulario era insuficiente para la perfección que veía en Fulgrim.

Fulgrim abrió los brazos y las dos primarcas se abrazaron como hermanos largo tiempo perdidos.

—Ha pasado demasiado tiempo, Horus —dijo Fulgrim.

—Es cierto, hermano —concordó Horus—. Mi corazón celebra verte, pero ¿por qué estás aquí? No llevabas una campaña a lo largo de la Anomalía Perdus. ¿Está ya pacificada la región?

—Los mundos que encontramos ahora están pacificados —asintió con la cabeza Fulgrim cuando cuatro guerreros entraron por la puerta presurizada detrás de él. Loken sonrió al ver a Saúl Tarvitz, sus rasgos patricios eran incapaces de contener su

entusiasmo por reencontrarse con sus hermanos de los Hijos de Horus.

El Señor Comandante Eidolon vino después, con aspecto de víbora arrepentida tal como Torgaddon lo había descrito. Lucius, el espadachín, venía después, todavía con la misma expresión sardónica de superioridad que él recordaba, aunque su rostro estaba ahora muy marcado por las cicatrices. Detrás de él venía un guerrero que Loken no reconoció, un Astartes de piel cetrina con la armadura de un apotecario, con las mejillas demacradas y una larga melena de pelo blanco como el de su Primarca.

Fulgrim se volvió hacia Horus y dijo:

—Creo que ya están familiarizado con algunos de mis hermanos, Tarvitz, Lucius y el Señor Comandante Eidolon, pero no creo que conozcan a mi Apotecario Mayor, Fabius.

—Es un honor conocerlo, Señor Horus —dijo Fabius, haciendo una profunda reverencia.

Horus reconoció el gesto de respeto y le dijo:

—Vamos, Fulgrim, eres el que mejor conoce como envolverme. ¿Quéera tan importante para que vengas hasta aquí sin previo aviso y le des ataques al corazón a la mitad de mi equipo?

Una sonrisa salió de los labios pálidos Fulgrim y dijo:

—Ha habido reportes, Horus.

—¿Reportes? ¿Qué significa eso?

—Reportes de cosas que no son como deberían ser —respondió Fulgrim—, que afirman tú y tus guerreros deberían ser llamados a rendir cuentas por la brutalidad de esta campaña.

—¿Es una de las cosas habituales de Angron?

—Angron se comporta como siempre.

—¿Eso es malo?

—No, lo mantengo a raya, y su asistente, Khân, parece frenar los peores excesos de nuestros hermanos.

—Entonces he llegado justo a tiempo.

—Ya veo —dijo Horus—. ¿Estás aquí para relevarme, entonces?

Fulgrim mantenía una cara seria y ya no se reía, aunque sus ojos oscuros brillaban de alegría.

—¿Relevarte? No, hermano, estoy aquí para poder regresar y decir a los petimetres y los escribas de Terra que Horus lucha una guerra en la forma en que debe

ser hecha: fuerte, rápida y cruel.

—La guerra es crueldad. No sirve de nada tratar de cambiar eso. Mientras más cruel sea, más pronto se acaba.

Fulgrim dijo:

—Indudablemente, hermano. Ven, hay mucho de que hablar, porque son tiempos extraños los que vivimos. Parece nuestro hermano Magnus ha vuelto a hacer algo para alterar el emperador y el lobo de Fenris debe llevarlo de vuelta a Terra.

—¿Magnus? —preguntó Horus, repentinamente serio—. ¿Qué ha hecho?

—Vamos a hablar de eso en privado —dijo Fulgrim—. Entretanto, siento que mis subordinados darían la bienvenida a la oportunidad de reencontrarse con sus… ¿cómo lo llamas? ¿Mournival?

—Sí —sonrió Horus—. Memorias de Murder, sin duda.

Loken sintió un viaje frío por la espalda al reconocer la sonrisa en el rostro de Horus, la mismo que había usado inmediatamente después de que hubiese volado los sesos al cónsul Auretiano en la cubierta de embarque.

Tras la salida de Horus y Fulgrim, Abaddon y Aximand, junto con Eidolon, siguieron a los dos primarcas, mientras que Loken y Torgaddon intercambiaron saludos con los Hijos del Emperador. Los Hijos de Horus dieron la bienvenida a sus hermanos entre risas y abrazos de oso, los Hijos del Emperador con decoro y la reserva.

Para Torgaddon y Tarvitz era una reunión de compañeros, con un respeto mutuo forjado en el fragor de la batalla, su amistad estaba allí para que todos la vieran.

El apotecario, Fabius, pidió instrucciones a la cubierta medicae y se excusó con una reverencia.

Lucius se quedó con los dos miembros del Mournival y Torgaddon no pudo resistirse a bromear un poco.

—Lucius, ¿te apetece una nueva ronda en las jaulas de entrenamiento con Garviel? Se te nota en la cara lo que podrías hacer con la práctica.

El espadachín tuvo la gracia de sonreír, las muchas cicatrices se retorcían en su carne y dijo:

—No, gracias. Me temo que pude haber crecido un poco desde la última lección del Capitán Loken. No quiero humillarlo a él esta vez.

—Vamos, sólo una peleita —preguntó Loken—. Prometo que voy a ser suave.

—Sí, vamos, Lucius —dijo Tarvitz—. El honor de los Hijos del Emperador está en

juego.

Lucius sonrió.

—Muy bien, entonces.

Loken no podía recordar gran parte de la pelea, que había durado muy poco tiempo. Evidentemente, Lucius había aprendido bien la lección. Tan pronto como la jaula de prácticas se cerrar, el espadachín atacó. Loken se había preparado para tal acción, pero aún así, se sintió abrumado en los primeros segundos de la pelea.

Los dos guerreros lucharon de un lado a otro. Torgaddon y Saúl Tarvitz animaban desde fuera de las jaulas de práctica.

La pelea había atraído a una gran multitud y Loken deseó que Torgaddon hubiera sido más discreto.

Loken luchó con toda la habilidad que pudo, mientras que Lucius atacaba con una alegría casi casual. En unos momentos, la espada de Loken quedó atrapada en el techo de la jaula de prácticas y Lucius aprovechó para ponerle la hoja en la garganta.

El espadachín apenas había sudado y Loken supo que estaba irremediablemente superado por Lucius. Luchar contra Lucius con espadas sería morir. Loken sospechaba que no había nadie entre los Hijos de Horus que pudiera derrotarle.

Loken se inclinó ante el espadachín y le dijo:

—Ése es todo, Lucius.

—¿Lo hacemos más interesante? —Lucius sonrió, balanceándose sobre la punta de los pies y cortando en aire con sus espadas.

—No esta vez —dijo Loken—. La próxima vez que nos encontremos, vamos a apostar algo sobre el resultado, ¿eh?

—En cualquier momento, Loken —dijo Lucius— pero ganaré. Lo sabes, ¿no?

—Tu habilidad es grande, Lucius, pero recuerda que puede existir alguien que te puede ganar.

—No es esta vida —dijo Lucius.

La Orden del Silencio se reunió una vez más en el arsenal, aunque se trataba de un grupo más selecto de los que normalmente se reunían con el Maestro de la Logia Serghar Targost cuando presidía una reunión de oficiales superiores de la Legión.

Aximand sintió una punzada de pesar y pérdida al ver que, de los capitanes de la

Legión, sólo Loken, Torgaddon, Iacton Qruze y Tybalt Marr estaban ausentes.

Unas velas iluminaban el arsenal y cada capitán había prescindido de su túnica con capucha. Ésta era una reunión de debate, no teatro.

—Hermanos —dijo Targost—, este es un momento de decisiones: decisiones difíciles. Nos enfrentamos a la disidencia desde el interior, y ahora Fulgrim llega para espiarnos.

—¿Espiar? —dijo Aximand—. ¿Seguramente no creerás que Fulgrim sería capaz de traicionar a su hermano? El Señor de la Guerra está más cerca de Fulgrim de lo que lo está de Sanguinius.

—¿De qué otra forma lo llamarías? —preguntó Abaddon—. El mismo Fulgrim lo dijo cuando llegó.

—Fulgrim está tan decepcionado por la situación en Terra como nosotros —dijo Maloghurst—. Él sabe que aquellos que desean el desenlace de la guerra, no el deseo ver la sangre que se derrama por ella. Su Legión busca la perfección en todas las cosas, especialmente en la guerra y todos hemos visto cómo luchan los Hijos del Emperador, con incesante brutalidad y la eficiencia. Podrán luchar de manera diferente a la nuestra, pero logran el mismo resultado.

—Cuando los guerreros de Fulgrim vean como se libra la Guerra en Aureus sabrán que no hay honor en ella —añadió Luc Sedirae—. Los Devoradores de Mundos me repugnan incluso a mí. No es un secreto el hecho de que yo vivo para la batalla y me deleito en mi capacidad para matar, pero son los hijos de Angron son… incivilizados. No son guerreros, son carniceros.

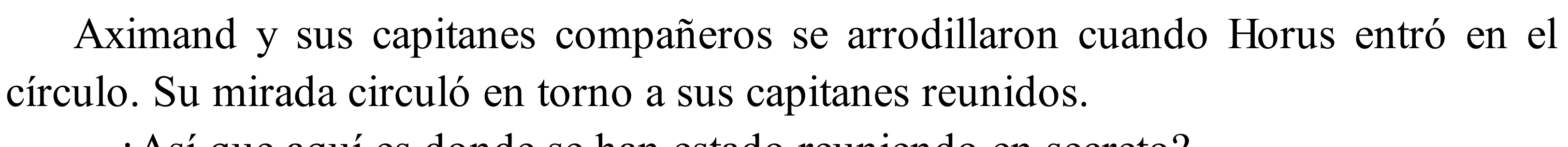
—Ellos hacen el trabajo, Luc —dijo Abaddon—. Eso es lo que importa. Una vez que los Titanes de la Mechanicum rompan los muros de la Ciudadela de Hierro, te alegrará tenerlos a tu lado cuando llegue el momento de atacar las brechas.

Sedirae asintió con la cabeza y dijo:

—Hay verdad en eso. El Señor de la Guerra los tiene como un arma, pero ¿Fulgrim verá eso?

—A Fulgrim déjamelo a mí, Luc —dijo una poderosa voz entre las sombras. Los guerreros de la Orden del Silencio se volvieron sorprendidos hacia el trío de figuras que emergieron de la oscuridad.

La figura principal estaba armada con una recargada armadura ceremonial, las placas de color blanco brillaban a la luz de las velas y el ojo rojo en su placa pectoral brillaba intensamente con el fuego reflejado en ella.



Aximand y sus capitanes compañeros se arrodillaron cuando Horus entró en el círculo. Su mirada circuló en torno a sus capitanes reunidos.

—¿Así que aquí es donde se han estado reuniendo en secreto?

—Mi señor —empezó Targost, pero Horus levantó la mano para silenciarlo.

—Calla, Serghar —dijo Horus—. No hay necesidad de explicaciones. He escuchado sus deliberaciones y vine a arrojar algo de luz sobre ellas y para traer un poco de sangre nueva a su Orden.

Mientras hablaba, Horus hizo un gesto hacia las dos figuras que lo habían acompañado para que se presentasen. Aximand vio que uno era un Astartes, Tybalt Marr, mientras que el otro era un mortal enfundado en una armadura dorada, el guerrero que había luchado para proteger a la documentalista del Señor de la Guerra en Davin.

—A Tybalt ya lo conocen —continuó el Señor de la Guerra—. Desde la terrible muerte de Verulam, ha luchado para acomodarse a la pérdida. Creo que él se encontrará el apoyo que necesita dentro de nuestra orden. El otro es un mortal y, aunque no es un Astartes, es un guerrero de gran valor y fortaleza.

Serghar Targost levantó la cabeza y dijo:

—¿Un mortal dentro de la orden? La orden es solo para Astartes.

—¿Lo es, Serghar? Creía que este era un lugar donde los hombres eran libres para reunirse y conversar y hallarse en confianza fuera de las restricciones de rango y orden marcial.

—El Señor de la Guerra está en lo correcto —dijo Aximand, poniéndose de pie—. Sólo hay una calificación que un hombre necesita para ser parte de nuestro orden. Debe ser un guerrero.

Targost asintió con la cabeza, aunque claramente no estaba satisfecho con la decisión.

—Muy bien, vamos a pasar al frente y mostrar la señal —dijo.

Tanto Marr y el guerrero con armadura dorada se adelantaron y tendieron la mano. En cada una, brillaba una medalla de plata de la logia.

—Que digan sus nombres —dijo Targost.

—Tybalt, un hombre —dijo el Capitán de la 18.ª Compañía.

El mortal no dijo nada, mirando con impotencia a Horus. Los miembros de la logia esperaron a que se anunciara, pero el nombre no llegó.

—¿Por qué no se identifica? —preguntó Aximand.

—No lo puede decir —respondió Horus con una sonrisa—. Lo siento, no me pude resistir, Serghar. Éste es Maggard y es mudo. Ha llegado a mi conocimiento que desea conocer más de nuestra Legión, y pensé que esta podría ser una forma de mostrarle nuestro verdadero rostro.

—Él será bienvenido —aseguró Aximand—, pero no ha venido hasta aquí sólo para traernos a dos nuevos miembros, ¿verdad?

—Siempre pensando, Pequeño Horus —rió Horus—. Siempre he dicho que eras el más sabio.

—¿Entonces por qué está aquí? —preguntó Aximand.

—¡Aximand! —siseó Targost—. Es el Señor de la Guerra, va a donde quiere.

Horus levantó la mano y dijo:

—Está bien, Serghar, Pequeño Horus tiene derecho a preguntar. Me he mantenido fuera de sus asuntos durante el tiempo suficiente, así que es justo que explique esta visita repentina.

Horus caminaba entre ellos, sonriendo e irradiándoles la fuerza de su personalidad. Se puso de pie ante Aximand y el efecto fue casi tóxico. Horus había sido siempre un ser de suprema majestad, cuya belleza y su carisma podía hechizar incluso a los corazones más estoicos.

Cuando se encontró con la mirada del Señor de la Guerra, Aximand vio que su poder de seducción iba más allá de lo que había experimentado antes y se sintió avergonzado de que él hubiera puesto en duda a este ser luminoso. ¿Qué derecho tenía de preguntar algo al Señor de la Guerra?

Horus le guiñó un ojo, y el hechizo se rompió.

El Señor de la Guerra se trasladó hacia el centro del grupo y dijo:

—Tiene razón en reunirse y debatir durante los próximos días, hijos míos, porque van a ser difíciles por cierto. Ha llegado el momento decisivo, cuando tenemos que tomar decisiones difíciles y habrá quienes no entiendan por qué hacemos lo que hacemos, porque no estaban aquí junto a nosotros.

Horus se detuvo ante cada uno de los capitanes, a su vez, y Aximand pudo ver el efecto que sus palabras tenían sobre ellos. La cara de cada guerrero se iluminó como si el sol brillaba sobre él.

—Estoy embarcado en un curso que afectará a todos los hombres bajo mi mando y la carga de mi decisión es un gran peso sobre mis hombros, hijos míos.

—¡Compártela con nosotros! —gritó Abaddon—. Estamos listos para servirlo.

Horus sonrió y dijo:

—Sé que lo están, Ezekyle y me da fuerzas para saber que tengo conmigo guerreros tan firmes y leales como ustedes.

—Estamos a su orden —prometió Serghar Targost—. Nuestra primera lealtad es para con usted.

—Estoy orgulloso de todos ustedes —dijo Horus, con voz emocionada—, pero tengo una última cosa que pedirles.

—Díganos —dijo Abaddon.

Horus colocó su mano con gratitud sobre la hombrera de Abaddon y dijo:

—Antes de responder, piensen en lo que voy a decir con cuidado. Si optan por seguirme en esta gran aventura, no habrá vuelta atrás una vez que se hayan embarcado en ella. Para bien o para mal, seguiremos adelante, nunca hacia atrás.

—Siempre fue muy buen actor —señaló el Aximand—. ¿Va a ir al grano?

Horus asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, por supuesto, Pequeño Horus, espero que perdones de mi sentido de lo dramático.

—No podría ser de otra manera.

—De acuerdo —dijo Horus—, llegaré al punto. Estoy a punto de llevarnos por el camino más peligroso y no todos sobrevivirán. Habrá aquellos en el Imperio que nos llamarán traidores y rebeldes por nuestras acciones, pero tenemos que ignorar sus balidos y confiar en la certeza de nuestro curso. Los próximos días va a ser difíciles y dolorosos pero debemos mantenernos firmes hasta el final.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó Abaddon.

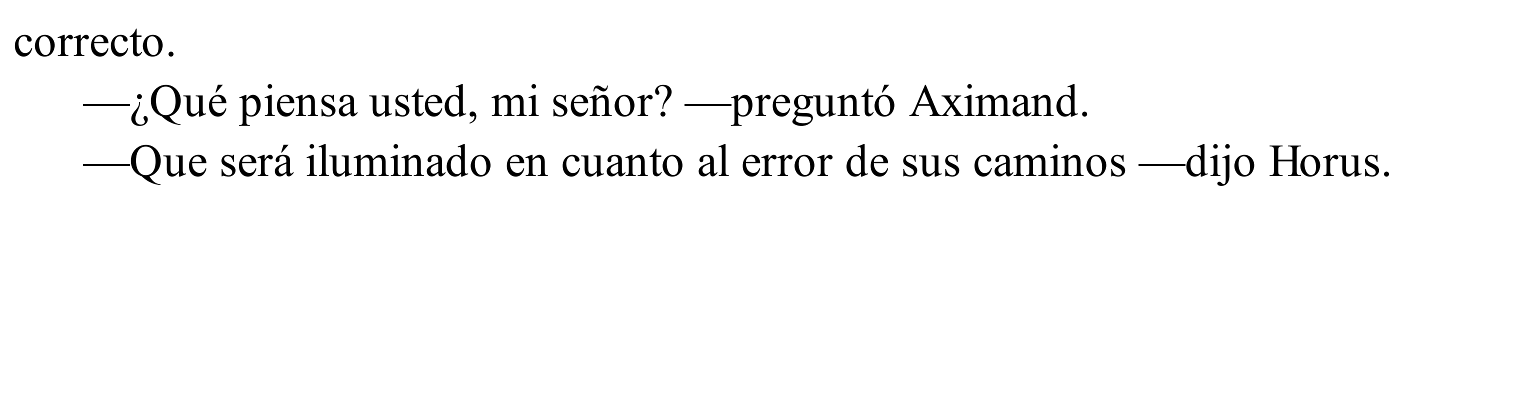
—A su debido tiempo, Ezekyle, a su debido tiempo —dijo Horus—. Sólo necesito saber si están conmigo, hijos míos. ¿Están conmigo?

—¡Estamos con usted! —gritaron los guerreros como uno solo.

—Gracias —dijo Horus, con gratitud—. Pero antes de actuar, debemos poner nuestra propia casa en orden. Hektor Varvarus y ese rememorador, Karkasy. Deben ser silenciados mientras calculamos nuestra fuerza. Llaman atención no deseada sobre nosotros y eso es inaceptable.

—Varvarus no es un hombre que cambie de opinión, mi señor —advirtió Aximand— y el rememorador está bajo la protección de Garviel.

—Yo me encargaré de Varvarus —dijo el Señor de la Guerra—, y el rememorador… Bueno, estoy seguro de que con la persuasión adecuada, hará lo


correcto.

—¿Qué piensa usted, mi señor? —preguntó Aximand.

—Que será iluminado en cuanto al error de sus caminos —dijo Horus.



VEINTE
INCUMPLIMIENTO
UN MEDIODÍA TRANQUILO
PLANES

La visita de los Hijos del Emperador fue dolorosamente breve, los dos primarcas se reunieron a puertas cerradas todo el tiempo, mientras que sus guerreros peleaban, bebían y hablaban de la guerra. Lo que pasó entre el Señor de la Guerra y Fulgrim pareció satisfacer y tranquilizar al Primarca de los Hijos del Emperador y tres días después, una guardia de honor formaba en el muelle de tránsito superior, donde los Hijos del Emperador eran despedidos por los hijos de Horus.

Saúl Tarvitz y Torgaddon se dijeron adiós de corazón, mientras que Lucio y Loken intercambiaron apretones de manos irónicos, anticipando la próxima vez que cruzaran las hojas. Eidolon saludó secamente a Torgaddon y Loken, mientras que el apotecario Fabius hizo su salida sin una palabra.

Fulgrim y Horus compartieron un abrazo fraternal, susurrando palabras que sólo ellos pudieron escuchar el uno al otro. El Primarca maravillosamente perfecto de los Hijos del Emperador se volvió con un gesto hacia la puerta de presurizada y salió de la *Espíritu Vengativo*, con su larga capa ondeando detrás de él.

Algo brillaba bajo la capa y Loken pudo tener una visión fugaz de una espada de oro horriblemente familiar enganchada en la cintura de Fulgrim.

Loken vio que la Ciudadela de Hierro era un nombre apropiado, sus paredes brillantes de la surgían de la roca como dientes irregulares de metal. La luz de la media mañana

se reflejaba en sus paredes brillantes, el aire ondulaba en la bruma de los campos de energía y las nubes de partículas de metal llovían por la auto-reparación de las murallas. El recinto exterior de la fortaleza estaba en ruinas, resultado de un asedio de cuatro meses llevado a cabo por los guerreros de Angron y las máquinas de guerra del Mechanicum.

El *Dies Irae* y sus Titanes hermanos bombardeaban las paredes todos los días, lanzando proyectiles de gran poder explosivo y rayos chisporroteantes de energía sobre la ciudadela, poco a poco empujando a la Hermandad a este, su último bastión.

La ciudadela misma era una media luna colosal apoyada contra la roca de una cadena de montañas blancas. Sus accesos custodiados por bastiones y reductos. La mayoría de estas fortificaciones eran poco más que escombros humeantes, la Legio Mechanicum Reductor se había gastado una cantidad terrible de artillería para aplastarlas en preparación para el asalto de la Ciudadela de Hierro.

Después de meses de constantes bombardeos, los muros de la ciudadela había sido finalmente rotos y una brecha de medio kilómetro de ancho había sido abierta en sus paredes brillantes. La ciudadela estaba a punto de caer, pero la Hermandad iba a luchar por ella hasta el final. Loken estaba seguro de que la mayoría de los guerreros que entrarían por esa brecha iban a morir.

Espera la orden de entrar en batalla con temor, a sabiendas de que la escalada era el camino más seguro para un guerrero encontara su fin. Estadísticamente, un hombre era casi seguro de que muriese cuando asaltaba las murallas de una fortaleza bien defendida, por lo que debía asegurarse de que su muerte valiera la pena.

—Va a ser muy pronto, ¿no lo crees así, Garvi? —preguntó Vipus, controlando el interruptor de su espada sierra por enésima vez.

—Creo que sí —dijo Loken— pero me imagino que los Devoradores de Mundos serán los primeros en asaltar la brecha.

—Pueden quedarse con ese honor —gruñó Torgaddon y a Loken le sorprendió el sentimiento de su compañero. Torgaddon normalmente era el primero en solicitar una plaza en la punta de lanza de cualquier batalla, aunque lo había notado reservado y sombrío desde hacía algún tiempo. No se le ocurrían las razones para ello, pero Loken intuía que tenía que ver con Aximand y Abaddon.

Sus compañeros del Mournival apenas habían hablado con ellos durante el transcurso de esta guerra, salvo cuando la necesidad operacional lo había exigido. Ninguno los cuatro se había reunido con el Señor de la Guerra desde Davin. Para

todos los efectos, el Mournival ya no existía.

El Señor de la Guerra se atenía a sus propias decisiones por lo que Loken se encontró repentinamente de acuerdo con los dichos de Iacton Qruze acerca de que la Legión había perdido el rumbo. Las palabras del «Que se Oye a Medias» no tenía peso entre los Hijos de la Horus y las quejas de los veteranos eran ignoradas en gran medida.

Las crecientes sospechas de Loken habían sido alimentadas por lo que el Apotecario Vaddon le había contado cuando él se lanzó a la cubierta medicae después de la salida de los Hijos del Emperador.

Se había encontrado con el Apotecario en medio del quirófano, atendiendo a los heridos de la Legión, las baldosas del suelo resbaladizas por la sangre coagulada.

A Loken le había parecido mejor no molestar a Vaddon en sus labores y sólo cuando el Apotecario hubo terminado, pudo hablar con él.

—¿El anatam? —exigió Loken—. ¿Dónde está?

Vaddon levantó la vista mientras se lavaba las manos de sangre.

—Capitán Loken. ¿El anatam? Yo no lo tengo. Creí que lo sabía.

—No —dijo Loken—. No lo sabía. ¿Qué pasó con él? Le dije que no dijera a nadie que estaba en su posesión.

—Y no lo hice —dijo Vaddon enojado—. Él sabía que yo lo tenía.

—¿Él? —preguntó Loken—. ¿De quién está hablando?

—El Apotecario de los Hijos del Emperador, Fabius —dijo Vaddon—. Vino a la cubierta medicae hace unas horas y me dijo que había sido autorizado a retirarlo.

Un escalofrío se apoderó Loken cuando preguntó:

—¿Autorizado por quién?

—Por el Señor de la Guerra —dijo Vaddon.

—¿Y sólo se le dio? —preguntó Loken—. ¿Así nada más?

—¿Qué iba a hacer? —gruñó Vaddon—. Fabius traía el sello del Señor de la Guerra. Tuve que dárselo.

Loken respiró profundamente, a sabiendas de que el Apotecario no había tenido ninguna opción cuando se presentó con el sello de Horas. Los meses de investigación que Vaddon había llevado a cabo sobre el arma, hasta ahora, no habían producido ningún resultado. Con su alejamiento de la *Espíritu Vengativo*, cualquier oportunidad de descubrir sus secretos se había perdido para siempre.

Una voz crepitante en el casco de Loken lo sacudió de sus recuerdos sobre el

segundo robo del anatam y se centró en la orden de batalla comunicada a través de sus auriculares. Efectivamente, los Devoradores de Mundos iban en primer lugar, una compañía completa de asalto dirigida por el mismo Angron con el apoyo de dos compañías de los Hijos de la Horus: la Décima y la Segunda. Las compañías de Loken y de Torgaddon.

Torgaddon y Loken compartieron una mirada inquieta. El tener el honor de entrar primeros en la brecha parecía en desacuerdo con su situación actual dentro de la Legión, pero la orden había sido dada y no había forma de cambiarla ahora. Regimientos del ejército los seguirían para asegurar el terreno ganado por los Astartes. Hektor Varvarus lideraría esos destacamentos.

Loken estrechó la mano de Torgaddon y dijo:

—Nos vemos en el interior, Tarik.

—Trata de que no te maten, Garvi —dijo Torgaddon.

—Gracias por recordármelo —dijo Loken—, y yo que pensaba que eso era lo fundamental.

—No es broma, Garvi —dijo Torgaddon—. Esto es serio. Creo que vamos a necesitar el apoyo mutuo antes de que esta campaña haya terminado.

—¿Qué quieres decir?

—Olvídalo —dijo Torgaddon—. Hablaremos cuando la ciudadela sea nuestra ¿eh?

—De acuerdo, compartiremos una botella de vino de la victoria en las ruinas de la ciudadela de la Hermandad.

Torgaddon asintió y dijo:

—Sólo si tu la pagas.

Se estrecharon la mano una vez más y Torgaddon corrió a reunirse con sus guerreros y prepararlos para el asalto sangriento. Loken lo vio alejarse, preguntándose si podría ver a su amigo vivo de nuevo para compartir esa bebida. Hizo a un lado el derrotismo mientras se encaminaba hacia su propia compañía para pasarle a las órdenes y ofrecerle palabras de aliento.

Se volvió cuando una gran ovación surgió de más abajo en la montaña, al ver una columna de guerreros vestidos con la armadura azul y blanco de los Devoradores de Mundos, marchando hacia las cercanías del asalto. Los guerreros de los Devoradores de Mundos eran descomunales, equipados con poderosas hachas sierra y pesadas mochilas de salto. Ellos eran la violencia, la brutalidad destilada, moldeados en la lucha contra los combatientes más temibles que Loken había visto nunca. Su líder era

el Primarca Angron.

Angron, el Sanguinario, el Ángel Rojo.

Loken había escuchado todos estos nombres y más de Angron, pero ninguno de ellos le hacía justicia al físico brutal del Primarca de los Devoradores de Mundos. Vestido con una versión antigua de armadura gladiatorial, Angron era como un guerrero de una perdida edad heroica Una capa de malla brillante de malla colgaba de su gorguera y de las hombreras, con cráneos trabajados en su trama como si fueran trofeos bárbaros.

Iba armado hasta los dientes con espadas cortas, puñales, y dagas de la longitud de una espada sierra. Una pistola adornada de diseño antiguo enfundada en cada muslo, y portaba una monstruosa alabarda sierra, de un tamaño tan aterrador que Loken nada podía creerlo.

—Trono Viviente… —exhaló Nero Vipus cuando Angron se acercó—. No lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Sé a qué te refieres —respondió Loken. El aspecto salvaje y tribal del poderoso Primarca le traía a la mente los cuentos sangrientos que había leído en las Crónicas de Ursh.

La cara Angron era un carnicería en sí misma, sus rasgos fuertemente marcados y sangrientos. Algo de hierro negro brillaba en su cuero cabelludo donde los implantes de la corteza cerebral le perforaban el cráneo para ampliar su agresión ya temible. Los implantes se habían implantado en el cerebro de Angron cuando hubo sido un esclavo, siglos antes, y, aunque la tecnología para eliminarlos estaba disponible, nunca había querido conseguir su eliminación.

El Primarca sanguinario desfiló, mirando desdeñosamente a los hombres de la 10.ª Compañía mientras conducía a sus guerreros hacia el derramamiento de sangre. Loken se estremeció ante su visión, viendo sólo muerte en sus ojos de pesados párpados y se preguntó qué terribles pensamientos llenaban el cráneo violado de Angron.

Tan pronto como el Primarca de los Devoradores de Mundos hubo pasado comenzó el bombardeo. Los cañones de la Legio Mortis lanzaron continuas salvas de cohetes y proyectiles hacia la brecha.

Loken observó como Angron ordenaba el asalto con golpes cortantes de su alabarda y sintió una pena momentánea por los guerreros de la Hermandad dentro de la ciudadela. A pesar de que eran sus enemigos jurados, no les envidiaba la

perspectiva de luchar contra un avatar viviente de sangre y muerte.

Un terrible grito de guerra sonó entre los Devoradores de Mundos, mientras Loken miraba como Angron lideraba a su compañía en un ritual de escarificación. Los guerreros se quitaron los guantes de la mano izquierda y cortaron con sus hachas las palmas de las manos, manchando con su sangre los frontales de sus cascos mientras cantaban cánticos de muerte y derramamiento de sangre.

—Casi siento lástima por los pobres bastardos de la ciudadela —dijo Vipus, haciéndose eco de los pensamientos de Loken.

—Pasa la palabra, estén preparados —ordenó—. Partimos cuando los Devoradores de Mundos lleguen a la cima de la brecha.

Le tendió la mano a Nero Vipus y dijo:

—Mata por los vivos, Nero.

—Mata por los muertos —respondió Vipus.

El asalto comenzó con una ráfaga de humo, cuando los Devoradores de Mundos subieron hasta las faldas de la brecha entre el estruendo de sus retroreactores. El frente de la muralla y la brecha misma fueron terriblemente castigadas por el bombardeo de los Titanes y la idea de que algo pudiera sobrevivir en una tormenta de explosiones como esa le pareció imposible a Loken.

Cuando los Devoradores de Mundos se impulsaron por las laderas de escombros, Loken y sus guerreros se encaramaron sobre los largueros retorcidos y ennegrecidos de hierro que habían caído de las murallas ubicadas más arriba. Se movieron y dispararon, agregando su propia descarga de armas de fuego hacia la brecha cuando los asaltantes alcanzaron su objetivo.

La pendiente era pronunciada, pero fácilmente escalable y pronto estuvieron haciendo progresos constantes. Ocasionales disparos y explosiones desde las rocas rebotaban en su armadura, pero a esa distancia, no podían herirlos.

Quinientos metros a su izquierda, vio Loken a Torgaddon liderando a la 2.ª Compañía en subiendo por la ladera detrás de los Devoradores de Mundos, ambas fuerzas de los Hijos de Horus protegían los flancos vulnerables de los asaltantes y alistaban las armas pesadas para asegurar la brecha.

Detrás de las Astartes, los soldados de los Jenízaros Byzantinos de Hektor Varvarus, fácilmente reconocibles por sus abrigos largos de color crema con alamares dorados, marchaban en filas disciplinadas. Marchar a la batalla con uniformes ceremoniales le parecía ridículo a Loken, pero Varvarus había declarado que él y sus

hombres iban a entrar en la ciudadela luciendo lo mejor.

Loken apartó la vista de los soldados marchando al oír un sonido profundo y retumbante que parecía provenir de la propia tierra. Escombros, polvo y rocas comenzaron a moverse cuando las vibraciones se hicieron más fuertes todavía y Loken supo que algo andaba terriblemente mal. Por delante, pudo ver a Angron y a los Devoradores de Mundos llegar a la cresta de la brecha. Ardientes columnas de humo rodeaban a Angron. Loken oyó el clamor ante los gritos de triunfo del Primarca, aún más ensordecedores que las explosiones de la batalla.

El ruido se hizo más fuerte y más violento y Loken se tuvo que agarrar a un mástil oxidado para mantenerse en su lugar cuando la tierra continuó temblando como si estuviera en medio de un gran terremoto. Grandes grietas dividieron el suelo y columnas de fuego se dispararon desde ellas.

—¿Qué está pasando? —gritó por encima del ruido.

Nadie respondió y Loken cayó cuando la parte superior de la brecha de repente estalló en una lengua de fuego que alcanzó cientos de metros de altura. Rocas y metal fueron lanzados hacia el cielo cuando la parte superior de la pared desapareció en una detonación sísmica masiva.

Al igual que los bunkers en las ciudades, la Hermandad destruía todo lo que no podía mantener. Los sentidos reactivos de Loken se cerraron brevemente con la sobrecarga de luz y ruido. Escombros retorcidos se estrellaron a su alrededor y Loken oyó gritos de dolor y el sonido de las armaduras al agrietarse cuando muchos de sus hombres fueron aplastados por la tormenta de piedras.

Polvo y materia llenaban el aire y cuando Loken se sintió suficientemente seguro para moverse, vio con horror que la cresta de toda la brecha había sido destruida.

Angron y los Devoradores de Mundos se habían ido, enterrados bajo los escombros de la montaña.

Torgaddon vio lo mismo y se levantó del suelo. Les gritó a sus guerreros para que se reagruparan y cargaran contra la brecha. Los guerreros sucios y cubiertos de polvo se encaramaron entre los escombros y siguieron a su capitán hacia arriba a lo que podría ser su muerte. Torgaddon sabía que tal curso de acción era probablemente suicida, pero había visto a Angron enterrado debajo de la montaña y la retirada no era una opción.

Activó la hoja de su espada sierra y trepó por la ladera con el grito salvaje de los

Hijos de Horus brotando de sus labios.

—¡Lupercal! ¡Lupercal! —gritó mientras cargaba.

Loken vio a su hermano elevarse de entre los escombros de la explosión como un verdadero héroe y comenzó su propia carga hacia la brecha. Sabía que había muchas probabilidades de que una segunda mina sísmica estuviera enterrada en la brecha, pero la visión de un Primarca abatido por la Hermandad borró todos los pensamientos acerca de cualquier respuesta táctica, a excepción de una carga salvaje.

—¡Guerreros de la Décima! —rugió—. ¡A mí! ¡Lupercal!

Los guerreros supervivientes de Loken se sacudieron los escombros y lo siguieron con el nombre del Señor de la Guerra hacienda eco ende las montañas. Loken saltó de roca en roca, trepando cuesta arriba más rápido de lo que hubiera creído posible, su ira ardiente y brillante. Estaba dispuesto a vengarse de la Hermandad por lo que habían hecho y nada iba a detenerlo.

Loken sabía que tenía que llegar a la brecha antes de que la Hermandad se diera cuenta de que su estrategia no había eliminado a todos los atacantes. No dejó de moverse hacia arriba a un ritmo rápido, utilizando toda la fuerza que los servomecanismos de la armadura le permitían. Una tormenta de fuego brilló desde arriba: los disparos arrancaban esquirlas de las rocas y del metal. Un proyectil pesado impactó en su hombrera y haciéndolo girar sobre sí mismo pero Loken le restó importancia a los efectos y continuo la carga.

La marea rugiente de guerreros Astartes escaló la brecha. Los últimos rayos de sol de la mañana se reflejaban en el verde brillante de sus armaduras. La vista de tantos guerreros en la batalla era magnífica, una imparable ola de muerte que barría toda resistencia en una tormenta de fuego y espadas.

Todas las tácticas eran inútiles ahora. La vista de la caída de Angron le quitó a todos los guerreros todos cualquier sentido de la moderación. Loken pudo ver la armadura plateada brillante de los guerreros de la Hermandad, mientras se asomaban a lo que quedaba de la violación, arrastrando un bípode de armamento pesado con ellos.

—¡Bólters listos! —les gritó—. ¡Abran fuego!

La cresta de la brecha desapareció como un spray cuando incontables rondas de bólter la golpearon. Chispas y trozos de carne volaron cuando los disparos de los Astartes encontraron un objetivo entre los cuerpos y, aunque muchos eran disparados

desde la cadera, la mayoría fueron precisamente mortales.

El ruido era increíble, cientos de cartuchos bólter impactaban en los guerreros enemigos cortándolos en pedazos y los aullidos de lobos resonaban en sus oídos cuando los Astartes barrieron la brecha y volvió una vez más la personalidad de los Lobos Lunares. Loken arrojó su bólter con el cargador vacío, sacó su espada sierra y, corriendo el perno de activación, saltó sobre las piedras humeantes que habían aplastado a Angron y a los Devoradores de Mundos.

Más allá de los muros de la Ciudadela de Hierro había una amplia explanada, su superficie sembrada de posiciones de artillería y rollos de alambre de púas. Una batería de cañones maltratada guardaba la ladera de la montaña, pero sus puertas estaban destruidas y un humo negro se elevaba de los portones de sus armas de fuego. Guerreros de la Hermandad corrían para protegerse de la lluvia de proyectiles de las murallas hacia estas posiciones preparadas, pero había juzgado horriblemente mal el momento de su retirada.

Los Hijos de Horus ya estaban entre ellos, derribándolos con arcos brutales de sus espadas sierra o disparándoles mientras huían. Loken abrió su camino a través de un puñado de guerreros de la Hermandad que se dirigían a la lucha, matando a tres de ellos con golpes de su espada, mientras golpeaba con su codo en la cabeza del oponente restante, reduciéndosela a astillas.

Todo fue un caos cuando los Hijos de Horus enloquecieron dentro del recinto de la Ciudadela de Hierro, sus defensores sacrificados en momentos desesperados de violencia inimaginable. Loken mató una y otra vez, deleitándose con el derramamiento de sangre enemiga y teniendo en cuenta que con esta victoria, la guerra habría terminado.

Con ese pensamiento, la fría realidad de lo que estaba sucediendo penetró en la niebla de rojiza de su rabia. Habían ganado y ya podía notar que la victoria se convertiría en una masacre.

—¡Garviel! —con voz desesperada llamó por el vox—. Garviel, ¿me oyes?

—¡Bajo y ruidoso, Tarik! —contestó Loken.

—¡Tenemos que detener esto! —gritó Torgaddon—. Hemos ganado, se acabó. Detén a tu compañía.

—Entendido —dijo Loken, satisfecho de que Torgaddon se hubiera dado cuenta de lo mismo.

Pronto los canales de la red intervox estuvieron llenos con la orden para detener el

ataque que pasaban rápidamente por la cadena de mando.

En el momento en que los ecos de la batalla se calmaron por fin, Loken pudo apreciar que los Astartes apenas se habían contenido para no sumergirse en el abismo de la barbarie, en la que nunca debían haberse sumergido. Sangre, trozos de cuerpos y el hedor de la batalla llenaban el aire y cuando Loken miró hacia el cielo maravillosamente claro, pudo ver que el sol estaba casi en su cenit.

El asalto final contra la Ciudadela de Hierro había durado menos de una hora y había costado las vidas de un Primarca, cientos de Devoradores de Mundos, miles de la Hermandad y el sólo el Emperador sabía cuántos Hijos de Horus.

La masacre parecía un terrible desperdicio de vidas por lo que era un premio insignificante: ciudades en ruinas, una población maltratada y hostil, y un mundo que estaba seguro de que se reblaría tan pronto tuviera la oportunidad.

¿La pacificación de este mundo valía la pena tal derramamiento de sangre?

La mayoría de los guerreros de la Hermandad habían muerto en los últimos minutes de furia, pero muchos quedaron prisioneros de los Hijos de Horus, en lugar de ser sus víctimas.

Loken se quitó el casco y tragó una bocanada de aire puro, un sabor crujiente como el vino después de haber respirado el aire reciclado de su armadura. Caminó a través de los restos de la batalla, los restos desgarrados de guerreros enemigos esparcidos como despojos a lo largo de la explanada.

Encontró a Torgaddon de rodillas, también se había sacado el casco en y respiraba profundamente. Su amigo vio como Loken se acercaba y sonrió débilmente.

—Bueno… lo hicimos.

—Sí —acordó Loken tristemente, mirando a su alrededor los despojos carmesíes de la victoria—. Lo hicimos, ¿no?

Loken había matado a miles de enemigos antes y seguramente mataría a miles de personas más en las guerras todavía no se habían luchado, pero algo en el salvajismo de esta batalla había agriado su noción de triunfo.

Los dos capitanes se volvieron al oír el ruido de unas botas detrás de ellos, viendo a los batallones principales de los Jenízaros Byzantinos subiendo finalmente a la ciudadela. Loken podía ver el horror retratado en los rostros de los soldados y sabía que la gloria de los Astartes sería empañada por cada hombre que viera el resultado.

—Varvarus está aquí —dijo Loken.

—Justo a tiempo, ¿eh? —dijo Torgaddon—. Esto no va a mejorar su opinión de

nosotros.

Loken asintió con la cabeza y simplemente observó como la unidad de comando ricamente adornada de los Jenízaros Byzantinos entraba en la ciudadela, sus banderas azules ondeando en el viento. Los oficiales brillantemente vestidos inspeccionaban el campo de batalla.

Hektor Varvarus se situó en la cresta de la brecha y contempló la escena de la carnicería. Su expresión de horror se podía descifrar fácilmente, incluso desde la distancia. Loken sintió resentimiento hacia Varvarus mientras pensaba: ¡esto es para lo que fuimos creados, que otra cosa esperabas!

—Parece que sus líderes están aquí para entregarse a Varvarus —dijo Torgaddon, apuntando a una larga columna de hombres golpeados y mujeres que marchaban desde las ruinas humeantes de los refugios, con banderas rojas y plateadas delante se ellos. Un centenar de guerreros con armaduras de placas maltratadas marchaban con ellos, llevando al hombro sus armas de cañón largo apuntando al suelo.

Magos vestidos con túnicas y oficiales lideraban la columna, con los rostros abatidos y resignados, hacia su capitulación. Con la matanza de la explanada, la ciudadela se había perdido y los líderes de la Hermandad lo sabían.

—Vamos —dijo Loken—. Esto va a ser historia. Dado que no hay rememoradores aquí, bien podríamos ser parte de esto.

—Sí —estuvo de acuerdo Torgaddon, poniéndose de pie. Los dos capitanes caminaron en paralelo a la columna de guerreros de la Hermandad y pronto cada uno de los Hijos de Horus que habían sobrevivido a la escalada los rodearon.

Loken vio a Varvarus subir por la pendiente y dirigirse hacia los líderes de la Tecnocracia Auretiana. Hizo una reverencia formal y dijo:

—Mi nombre es Señor Comandante Hektor Varvarus, comandante de los ejércitos del Emperador de la 63.ª Expedición. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

Un guerrero anciano con una armadura dorada salió de las filas de los hombres, los colores negro y plata ornaban su bandera personal, portada por un joven de no más de dieciséis años.

—Yo soy Ephraim Guardia —dijo—. Preceptor Superior del Capítulo de Comando de la Hermandad y Castellano de la Ciudadela de Hierro.

Loken pudo ver la tensión en el rostro de Guardia y supo que el comandante hacía gala de todo su autocontrol para mantener la calma frente a la masacre que acababa de presenciar.

—Dígame —dijo Guardia—. ¿Es así como todas las guerras se libran en el Imperio?

—La guerra es un amo duro, Preceptor Superior —respondió Varvarus—. La sangre se derrama y las vidas se pierden. Siento el dolor de sus pérdidas, pero el exceso de dolor por los muertos es una locura. Es una pena para los vivos, pero los muertos no la conocen.

—Habla como un tirano y un asesino —gruñó Guardia. Varvarus se erizó de cólera ante la falta de etiqueta de su enemigo derrotado.

—Con el tiempo verá que la guerra no es lo que el Imperio representa —prometió Varvarus—. La Gran Cruzada del Emperador está pensada para llevar la razón y la iluminación a los hijos perdidos de la humanidad. Les prometo que este… asunto desagradable pronto será olvidado a medida que avanzamos hacia una nueva era de paz.

Guardia negó con la cabeza y metió la mano en una bolsa a su lado.

—Creo que está equivocado, pero que nos han derrotado y mi opinión no significa nada. —Desenrolló un pergamino y dijo—: Voy a leerle nuestra declaración, Varvarus. Todos mis oficiales la han firmado y se mantendrá como un testimonio de nuestros intentos de desafiarlos.

Aclarándose la garganta, Guardia empezó a leer.

—Hemos luchado contra su traicionero Señor de la Guerra para preservar nuestra forma de vida y resistir el yugo de la dominación imperial. Fue, en verdad, no por la gloria, ni riquezas, ni por el honor que peleamos, sino por la libertad, la cual ningún hombre honesto podría desear entregarla sin lucha. Sin embargo, ni los más grandes de nuestros guerreros pudieron enfrentarse ante el salvajismo de su guerra, y en lugar de ver nuestra cultura exterminada, rendimos esta ciudadela y nuestro mundo a vosotros. Sea su paz más amable de lo que fue su modo de hacer la guerra.

Antes de que Varvarus pudiera reaccionar ante la declaración del Preceptor Superior, los escombros detrás de él se movieron y gimieron. Grietas aparecieron en la roca y el metal cuando algo inmenso y terrible las lanzó hacia arriba desde debajo de la tierra.

Al principio Loken pensó que era la segunda carga sísmica que temía, pero luego se dio cuenta de que estos temblores estaban mucho más localizados. Jenízaros dispersos y hombres gritaban alarmados a medida que más escombros se desprendían de la brecha. Loken se apoderó de la empuñadura de su espada al ver que muchos de

los guerreros de la Hermandad trataban de alcanzar sus armas.

A continuación, la brecha explotó con el sonido de piedra de molienda rota y algo inmenso y rojo brotó de la tierra con un rugido bestial de odio y sed de sangre. Los soldados se alejaron del gigante rojo, arrojados a un lado por la violencia de su repentina aparición.

Angron era mucho más alto que ellos, sangriento y furioso. Loken se maravilló de que aún pudiera estar vivo después de que miles de toneladas de roca lo hubieran enterrado. Pero Angron era un Primarca y, a excepción de un anatam, ¿qué otra cosa podría matarlo?

—¡Sangre para Horus! —gritó y Angron salió de entre los escombros de la brecha.

El Primarca aterrizó con un estruendoso impacto que destrozó la piedra por debajo de él, su alabarda sierra barriendo y cortando entera la primera fila de guerreros de la Hermandad con una lluvia de sangre. Ephraim Guardia murió en los primeros segundos del ataque de Angron, su cuerpo partido a la altura del pecho de un solo golpe.

Angron aulló con la lujuria de la batalla cuando se abrió camino a través de la Hermandad destripando con su arma monstruosa quien se pusiera delante. La locura de su masacre era terrible, pero los guerreros de la Hermandad no estaban dispuestos a morir sin luchar.

Loken gritó:

—¡No! ¡Alto! —pero ya era demasiado tarde. El resto de la Hermandad alzó sus armas y comenzó a disparar sobre los Hijos de Horus y el primarca arrasador.

—¡Abran fuego! —gritó Loken, sabiendo que no tenía otra opción.

Los disparos atravesaron las filas de la Hermandad, el intercambio de disparos a quemarropa creó una tormenta de fuego letal de rondas de bólter explosivos. El ruido era ensordecedor y horriblemente breve cuando todos los guerreros de la Hermandad fueron asesinados sin piedad por los Astartes o cortados en trozos por Angron.

En cuestión de segundos todo había terminado y los últimos restos de la Hermandad no existían más.

Gritos desesperados llamando a los médicos sonaban desde la unidad de comando de los Jenízaros. Loken vio a un grupo de soldados con sangre en sus rodillas en torno a un oficial caído, su abrigo de color crema empapado en sangre. El oro de sus medallas brillaba a la luz del mediodía frío y cuando uno de los soldados arrodillados

cambió de posición, Loken se dio cuenta de la identidad del hombre caído.

Hektor Varvarus yacía en un charco de sangre, e incluso desde la distancia, Loken comprendió que no se podía salvarlo. El cuerpo del hombre había sido desgarrado por dentro, los extremos de las costillas astilladas sobresalían de su pecho, dejando claro que un proyectil de bólter había detonado dentro de él.

Loken lloró al ver esta frágil paz rota repentinamente y dejó caer su espada disgustado por lo sucedido y lo que se había visto obligado a hacer. Con un ataque sin sentido de Angron, las vidas de sus soldados habían sido amenazadas y no había tenido otra opción que ordenar el ataque.

Sin embargo, estaba arrepentido.

La Hermandad había sido un enemigo honorable y los Hijos de Horus los habían matado como si fueran ganado. Angron se colocó en medio de la carnicería, su alabarda salpicaba con la sangre de los caídos a los guerreros más cercanos a él.

Los Hijos de Horus aplaudieron en honor del Primarca de los Devoradores de Mundos pero Loken se sentía enfermo por un espectáculo tan bárbaro.

—Ésa no fue una forma en la que los guerreros deban morir —dijo Torgaddon—. Sus muertes nos avergüenzan a todos.

Loken no le respondió. No podía.



VEINTIUNO
ILUMINACIÓN

Con la caída de la Ciudadela de Hierro, la guerra en Aureus había terminado. La Hermandad fue destruida como fuerza de combate y, aunque todavía había focos de resistencia que eliminar, la campaña continuaba firme en su recta final. Las bajas en ambos bandos habían sido altas, sobre todo en las unidades del Ejército Expedicionario. Hektor Varvarus fue llevado a la flota con la debida reverencia y su cuerpo se lanzó al espacio en un acto al que asistieron los oficiales de más alto rango de la expedición.

El mismo Señor de la Guerra elogió al Señor Comandante, la pasión y la profundidad de su dolor era bien visible.

—El heroísmo no está en el hombre, sino en la ocasión —había dicho el Señor de la Guerra del Señor Comandante Varvarus—. Es sólo cuando miramos el ahora y vemos su éxito que los hombres dirán que fue buena fortuna. No lo era. Hemos perdido miles de nuestros mejores guerreros ese día y siento la pérdida de cada uno. Hektor Varvarus fue un líder que sabía que marchaba con los dioses, sabía esperar hasta que escuchaba sus pasos sonando a través de los eventos y, a continuación, saltar y agarrarse al borde de sus vestiduras.

»Varvarus se ha ido, pero él no desearía que nosotros para hagamos una pausa por el duelo, porque la historia es un amo implacable. No hay presente, sólo el pasado corriendo hacia el futuro. Intentar detenerlo es arriesgarse a ser barridos y eso, mis amigos, nunca va a suceder. No mientras sea Señor de la Guerra. Aquellos hombres que lucharon y sangraron con Varvarus tendrán este mundo para guardar, para que su sacrificio nunca sea olvidado.

Otros oradores despidieron al Señor Comandante, pero ninguno con la elocuencia del Señor de la Guerra. Fiel a su palabra, Horus se aseguró de que las unidades del Ejército que habían sido leales a Varvarus fueron designados para custodiar los mundos por los que había muerto para hacer compatible.

Un nuevo comandante imperial fue instalado y el poder militar de la flota comenzó el lento proceso de reagrupamiento en preparación para la siguiente etapa de la Cruzada.

Los folletos de Karkasy apestaban a tinta y gases de impresión, la impresora mecánica funcionaba horas extras para imprimir suficientes copias de la última edición de La Verdad es Todo lo que Tenemos. Aunque su producción había sido menos prolífica en los últimos tiempos, la caja de los Bondsman número 7 estaba casi vacía. Ignace Karkasy recordaba preguntarse, hace toda una vida al parecer, si la vida útil de su creatividad se podía medir en la cantidad de papel que había dejado de llenar. Tales pensamientos parecían sin sentido, dado el fuerte deseo de escribir que lo inundaba en estos días.

Se sentó en el borde de la cucheta, el último lugar que quedaba libre para que se sentara, garabateando la última parte del versículo difamatorio de su folleto y tarareando alegremente para sí mismo. Los papeles llenaban la palanquilla, ocupaban cada espacio visible del suelo, estaban pegados a las paredes o acumulados en cualquier superficie plana como para mantenerlos. Notas garabateadas, odas y poemas abandonados a medio terminar llenaban cada espacio, pero era tal la fecundidad de su musa que no esperaba que se extinguiera a corto plazo.

Había oído que la guerra con los Auretianos había terminado, la última ciudadela había caído en manos de los Hijos de Horus un par de días antes y la nave ya se estaba llenando de rumores de la masacre de Montañas Blancas. Él todavía no conocía la historia completa, pero varias fuentes que había cultivado durante los diez meses de la guerra seguramente le reunirían algunos bocados jugosos.

Oyó un seco golpe en la puerta y gritó:

—¡Adelante!

Karkasy siguió escribiendo con la puerta abierta, demasiado centrado en sus palabras como perder un solo segundo de su tiempo.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

No hubo respuesta por lo que Karkasy se volvió con irritación para ver a un

guerrero con armadura de pie en silencio delante de él. En un primer momento, Karkasy sintió un escalofrío de pánico, al ver la espada larga del hombre y el brillo duro, metálico de una pistola reforzada, pero se relajó al ver que el hombre era el guardaespaldas de Petronella Vivar, Maggard, o algo así.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo—. ¿Qué deseaba?

Maggard no dijo nada y Karkasy recordó que el hombre era mudo, pensando que era una tontería que alguien pudiera enviar a alguien que no podía hablar como un mensajero.

—No te puedo ayudar a menos que me puedas decir por qué estás aquí —dijo Karkasy, hablando lentamente para asegurarse de que el hombre hubiera entendido.

En respuesta, Maggard tomó un pedazo de papel doblado de su cinturón y se lo ofreció con su mano izquierda. El guerrero no hizo ningún intento por acercarse a él, así que con un suspiro de resignación, Karkasy debió dejar de lado el cuaderno y sacó su cuerpo voluminoso de la cama.

Karkasy se abrió paso entre los montones de cuadernos de papel y tomó el papel que le ofrecía. Se trataba de un papiro de color sepia, producido en las torres Gyptian, con un patrón de rayado cruzado en todas partes. Un poco llamativo para su gusto, pero caro, obviamente.

—Entonces, ¿de quién podría ser esto? —preguntó Karkasy, antes de volver a recordar que el mensajero no podía hablar. Sacudió la cabeza con una sonrisa indulgente, desplegó el papiro y puso sus ojos sobre el contenido de la nota.

Frunció el ceño al reconocer las palabras como las líneas de su propia poesía, imágenes oscuras y poderosos simbolismos, pero todos estaban fuera de secuencia, sacado de una docena de diferentes trabajos.

Karkasy llegó al final de la nota y la vejiga se le vació de terror al darse cuenta del origen del mensaje y el propósito de su portador.

Petronella se paseó por la confines de su camarote, impaciente por empezar la transcripción de las últimas impresiones de su guardaespaldas. El tiempo que Maggard había pasado con los Astartes había sido muy fructífero y ya había aprendido mucho de cosas a las que ella nunca hubiera podido tener acceso por sí misma.

Ahora surgía una estructura, una trágica historia contada en orden inverso que se inauguraba con el lecho de muerte del Primarca, con una coda triunfal que hablaría de su supervivencia y de las glorias venideras. Después de todo, no quería que se limitara

a un solo libro.

Incluso tenía un boceto de como seguiría, donde reflejaba la correcta seriedad de los acontecimientos, pero que también la incluía en su significancia.

Petronella ya tenía nombre para su obra maestra: En las Huellas de los Dioses, y ya había escrito su primera línea —la parte más importante de la historia, donde engancharía a su lector ya o lo dejaría indiferente— a partir de sus propios pensamientos aterrados en el momento del colapso del Señor de la Guerra.

Yo estaba allí el día que cayó Horus.

Tenía las correctas cualidades tonales, no dejando al lector la menor duda de que estaba a punto de leer algo profundo, pero manteniendo el final de la historia como un secreto celosamente guardado.

Todo el resto vendría después, pero Maggard tardaba en regresar de su última incursión en el mundo de los Astartes y su paciencia se estaba agotando. Ella ya había reducido a Babeth a un puñado de lágrimas por su impaciente frustración y había desterrado a su sirvienta a la cámara pequeña que le servía de dormitorio.

Desde su camarote oyó el sonido de apertura de la puerta de la sala de recepción, y se dirigió directamente a reprender a Maggard por su tardanza.

—Qué horas son… —comenzó, pero las palabras se desvanecieron al ver que la figura de pie ante ella no era Maggard.

Era el Señor de la Guerra.

Estaba vestido con ropas sencillas y parecía más magnífico de lo recordaba. Un aura de fuerza lo rodeaba. Ella se sintió incapaz de hablar cuando él la miró, toda la fuerza de su personalidad la abrumaba.

De pie en la puerta detrás de él estaba la forma descomunal del Primer Capitán Abaddon. Horus levantó la vista al entrar y asintió con la cabeza hacia Abaddon, quien cerró la puerta a sus espaldas.

—Señorita Vivar —dijo el Señor de la Guerra. Fue un esfuerzo de voluntad para Petronella hacer uso de su voz.

—Sí… mi señor —balbuceó ella, horrorizada ante el desorden de su camarote y que el Señor de la Guerra lo viera así. Debía recordar castigar a Babeth para descuidar sus deberes—. Yo… es decir, no lo esperaba.

Horus levantó la mano para calmar sus preocupaciones y ella quedó en silencio.

—Sé que he sido negligente contigo —dijo el Señor de la Guerra—. Has estado al tanto de mis pensamientos más íntimos y yo permití que las preocupaciones de la

guerra en contra de la Tecnocracia absorbieran mi atención.

—Mi señor, nunca soñé que me tendría en tal consideración —dijo Petronella.

—Te sorprenderías —sonrió Horus—. ¿Tu escrito va bien?

—Muy bien, mi señor —dijo Petronella—. He estado prolífica desde la última vez que nos reunimos.

—¿Puedo verlo? —pidió Horus.

—Por supuesto —dijo ella, encantada de que él tuviera tanto interés en su trabajo. Tuvo que obligarse a caminar, no correr, hasta su cuarto de escritura, indicando los papeles apilados en su escritorio.

—Está un poco desordenado, pero todo lo que he escrito está aquí —sonrió Petronella—. Sería un honor si usted criticara mi trabajo. Después de todo, ¿quién estaría más calificado?

—Bastante calificado —acordó Horus, siguiéndola hasta su escritorio y tomando su escrito más reciente. Sus ojos recorrieron las páginas, leyendo el contenido más rápido de lo que cualquier mortal podría hacerlo.

Buscó en su cara una reacción a sus palabras, pero era tan ilegible como una estatua. Ella comenzó a preocuparse de que no la aprobara.

Finalmente, colocó los papeles sobre el escritorio y dijo:

—Es muy bueno. Usted es una documentalista con talento.

—Gracias, mi señor —aventuró demasiado efusiva. El poder de la alabanza era como una droga corriendo por sus venas.

—Sí —dijo Horus con voz fría—. Es casi una lástima que nadie vaya a leerlo.

Maggard extendió la mano y agarró la parte delantera de la túnica de Karkasy, girando su cuerpo para colocar su brazo alrededor del cuello del poeta. Karkasy luchó contra el poderoso agarre, impotente ante la fuerza superior de Maggard.

—¡Por favor! —jadeó, su terror hacía su voz chillona—. ¡No, por favor no lo hagas!

Maggard no dijo nada. Karkasy oyó el chasquido del cuero cuando la mano libre del guerrero liberó el perno de la funda. Karkasy luchó, pero no podía hacer nada, la aplastante fuerza del brazo de Maggard alrededor de su cuello le quitaba el aliento y la borroneaba la visión.

Karkasy lloró lágrimas amargas mientras el tiempo se ralentizaba. Oyó el chirrido de la pistola al deslizarse fuera de la funda y el clic del martillo echado hacia atrás.

Se mordió la lengua. Una espuma sanguinolenta se le deslizó por las comisuras de la boca. Mocos y lágrimas se mezclaron en su rostro. Sus piernas golpeteaban en el suelo. Los papeles volaban en todas direcciones.

Un acero frío presionó su cuello, el cañón de la pistola de Maggard presionó debajo de la mandíbula.

Karkasy olió el aceite para armas.

Deseó…

El disparo de pistola resonó duramente en el atestado cubículo.

Al principio, Petronella no estaba segura de haber entendido lo que el Señor de la Guerra quería decir. ¿Por qué la gente no iba a leer su obra? Entonces vio la luz fría y sin piedad en los ojos de Horus.

—Mi señor, no estoy segura de entenderle —dijo ella, vacilante.

—Sí lo hace.

—No… —murmuró, alejándose de él.

El Señor de la Guerra la siguió, con pasos lentos y medidos.

—Cuando hablamos en el Apotecarion le permití observar el interior de la caja de Pandora, señorita Vivar, y por eso lo siento de verdad. Sólo una persona tiene la necesidad de conocer el interior de mi cabeza, y esa persona soy yo. Las cosas que he visto y hecho, las cosas que voy a hacer…

—Por favor, mi señor —dijo Petronella, retrocediendo de su sala de redacción a la sala de recepción—. Si no está contento con lo que he escrito, puede ser revisado, corregido. Yo daría la aprobación a todo, por supuesto.

Horus sacudió la cabeza, acercándose a ella con cada paso.

Petronella sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas, esto no podía estar sucediendo. El Señor de la Guerra sólo trataba de asustarla. Debía estar jugándole una broma cruel. Por supuesto que la idea de un Astartes haciendo eso era ridícula. Petronella sintió su orgullo herido y la parte de ella que se había sentido indignada con el Señor de la Guerra en su primera reunión salió a la superficie.

—¡Soy la Palatina Majoria de la Casa Carpinus y demando que respeten eso! —gritó ella, de pie firme ante el Señor de la Guerra—. No puede asustarme de esta manera.

—No estoy tratando de asustarla —dijo Horus, llegando a abrazarla por los hombros.

—¿No lo está? —preguntó Petronella, sus palabras mostraban con alivio. Sabía que esto no podía estar pasando en serio, que tenía que haber algún error.

—No —dijo Horus, sus manos deslizándose hacia su cuello—. La estoy iluminando.

El cuello se rompió con un chasquido rápido de su muñeca.

La celda Medicae era pequeña, pero limpia y bien mantenida. Mersadie Oliton se sentó junto a la cama y lloró en voz baja, las lágrimas corrían libremente por su piel oscura como el carbón. Kyril Sindermann sentó con ella y él también derramó lágrimas mientras sostenía la mano del ocupante de la cama.

Euphrati Keeler estaba sin moverse, su piel pálida y suave, con un brillo que hacía que pareciera cerámica pulida. Desde que se había enfrentado al horror en la Cámara de Archivo número tres había permanecido inmóvil y no respondía a ningún tratamiento.

Sindermann le había contado a Mersadie lo que había sucedido. Ella se encontraba desgarrada entre el deseo de creer en él o llamarlo delirante. Su relato acerca de un demonio y de Euphrati de pie delante de él con el poder del Emperador fluyendo a través de ella era demasiado fantástico para ser verdad… ¿no? Se preguntó si se lo había contado a alguien más aparte de ella.

Los apotecarios y médicos no pudieron encontrar ningún problema físico en Euphrati Keeler, salvo por la quemadura en forma de águila en su mano que se negaba a desaparecer. Sus signos vitales eran estables y su actividad de ondas cerebrales era normal. Nadie podía explicar su estado y nadie tenía idea de cómo despertarla del estado de coma.

Mersadie venía a visitar a Euphrati tan a menudo como podía, pero sabía que Sindermann venía todos los días, pasando varias horas con ella cada vez. A veces se sentaban juntos, hablando de Euphrati, contándole los acontecimientos que sucedían en los planetas a los que se acercaban, las batallas que habían librado, o simplemente pasándole los chismes de la nave.

Nada parecía llegar a la imaginista y Mersadie veces se preguntaba si no sería un acto de bondad dejarla morir. ¿Qué podría ser peor para una persona como Euphrati que el estar atrapada en su propia carne, sin capacidad de razonar, de comunicarse o expresarse?

Ella y Sindermann habían llegado juntos el día de hoy y cada uno supo que el otro

había estado llorando. La noticia del suicidio de Ignace Karkasy les había golpeado duro y Mersadie todavía no podía creer lo que pudo haber hecho tal cosa.

Una nota de suicidio había sido encontrado en su cabina, que se decía había sido compuesta en verso. Decía mucho del orgullo de Ignace que diera su último adiós con su propia poesía.

Que había llorado por otra alma perdida luego se sentaron a ambos lados de la cama de Euphrati, sosteniendo cada uno las manos de Keeler, hablando de tiempos mejores.

Ambos se volvieron al oír un suave golpe detrás de ellos.

Un hombre delgado que vestido con el uniforme de la Legio Mortis y un rostro serio estaba enmarcada en el umbral.

Detrás de él, Mersadie podía ver que el pasillo estaba lleno de gente.

—¿Está bien si puedo pasar? —le preguntó.

Mersadie Oliton dijo:

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Titus Cassar, Moderati Primus del *Dies Irae*. He venido a ver a la santa.

Se reunieron en la plataforma de observación, la iluminación se mantenía baja y la oscuridad del espacio solo era quebraba por el resplandor de los planetas que acababan de conquistar. Loken apoyaba la palma de su mano contra el cristal blindado de la bahía de observación, con la creencia de que algo fundamental le había sucedido a los Hijos de Horus en Aureus, pero sin saber qué.

Torgaddon se reunió con él unos momentos después y Loken lo recibió con un abrazo fraternal, agradecido de tener tan fiel a un compañero.

Permanecieron en silencio durante algún tiempo, cada uno sumido en sus pensamientos mientras observaban los planetas derrotados en el espacio debajo de ellos. Los preparativos para la salida estaban prácticamente completados y la flota estaba lista para seguir adelante, aunque ninguno de los guerreros tenía la menor idea de hacia dónde se dirigían.

Con el tiempo Torgaddon rompió el silencio:

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé, Tarik —contestó Loken—. Realmente no lo sé.

—No puedo creerlo —dijo Torgaddon, sosteniendo un tubo de vidrio con algo en

lo que se reflejaba la luz suave con un brillo dorado—. Esto no mejorará las cosas.

—¿Qué es? —preguntó Loken.

—Estos —dijo Torgaddon—, son fragmentos del proyectil retirado de Hektor Varvarus.

—¿Fragmentos de bólter? ¿Por qué los tienes tú?

—Porque es de los nuestros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es nuestro —repitió Torgaddon—. El proyectil que mató al Señor Comandante salió de un bólter Astartes, no de una de las armas de la Hermandad.

Loken negó con la cabeza.

—No, debe haber algún error.

—No hay ningún error. El Apotecario Vaddon verificó en persona los fragmentos. Son de los nuestros, no hay duda.

—¿Crees que Varvarus recibió un bala perdida?

Torgaddon negó con la cabeza.

—La herida fue en un punto muerto, Garviel. Fue un tiro preciso.

Tanto Loken y Torgaddon entendían las implicaciones y Loken sintió que su melancolía aumentaba con el pensamiento de que Varvarus había sido asesinado por uno de los suyos.

Ninguno habló durante un buen rato. Luego Loken dijo:

—¿A la luz de tal engaño y la destrucción nos ganará la desesperación, o la fe y el honor sera un estímulo para la acción?

—¿Qué es eso? —preguntó Torgaddon.

—Es parte de un discurso que leí en un libro que Kyril Sindermann me dio —dijo Loken—. Me pareció apropiado para el momento en que nos encontramos ahora.

—Eso es muy cierto —asintió Torgaddon.

—¿En qué nos estamos convirtiendo, Tarik? —preguntó Loken—. No puedo ya reconocer nuestra Legión. ¿Cuando cambió?

—En el momento en que nos encontramos con la Tecnocracia.

—No —dijo Loken—. Creo que fue en Davin. Nada ha sido igual desde entonces. Algo le sucedió allí a los Hijos de Horus. Algo vil, oscuro y maligno.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Yo sí —contestó Loken—. Estoy diciendo que tenemos que defender la verdad

del Imperio de la Humanidad, sin importar el mal que lo pueda atacar.

Torgaddon asintió con la cabeza.

—El juramento del Mournival.

—El mal ha encontrado su camino dentro de nuestra Legión, Tarik, y depende de nosotros el detenerlo. ¿Estás conmigo? —preguntó Loken.

—Siempre —dijo Torgaddon, y los dos guerreros se dieron la mano al estilo de la vieja Terra.

El Santuario del Señor de la Guerra estaba en penumbras, la fría luz de los instrumentos era la única fuente de iluminación. La sala estaba llena, el núcleo de los oficiales del Señor de la Guerra y los comandantes se reunían alrededor de la mesa. El Señor de la Guerra se sentó en su lugar habitual en la cabecera mientras Aximand y Abaddon se pusieron detrás de él, su presencia como un poderoso recordatorio de su autoridad. Maloghurst, Regulus, Erebus, el Prínceps Turnet de la Legio Mortis y varios otros. Los comandantes del Ejército completaban la reunión.

Satisfecho de que todo el que tenía que estar allí hubiera llegado, Horus se inclinó hacia adelante y empezó a hablar.

—Mis amigos, pronto comenzaremos la siguiente fase de nuestra campaña entre las estrellas y sé que hay curiosidad por saber dónde terminará nuestro próximo viaje. Les diré, pero antes de hacerlo, quiero que cada uno de ustedes sea consciente de la magnitud de la tarea que nos espera.

Notando que tenía la atención de todos, continuó:

—Voy a derrocar al Emperador de su trono en Terra y tomar su lugar como Señor de la Humanidad.

La enormidad de sus palabras circuló entre los guerreros reunidos. Horus les dio unos minutos para digerir la noticia, disfrutando de la mirada de alarma que se dibujó en el rostro de cada hombre.

—No tengan miedo, estamos entre amigos —se rió entre dientes Horus—. He hablado con todos vosotros de forma individual en el curso de la guerra con la Tecnocracia, pero esta es la primera vez que se han reunido y he expresado públicamente nuestro destino. Vosotros seréis mi consejo de guerra, aquellos a los que confiaré el avance de mis planes.

Horus se levantó de su asiento, sin dejar de hablar mientras daba la vuelta a la mesa.

—Tómense un momento y miren a la cara del hombre sentado a su lado. En la lucha que se avecina, será su hermano, pues todos los demás se apartarán de nosotros cuando hagamos públicas nuestras intenciones. El hermano luchará contra el hermano y el destino de la galaxia será el premio final. Haremos frente a las acusaciones de herejía y a los gritos de traición, pero ellos caerán ante nosotros porque tenemos la razón. No se equivoquen sobre eso. Tenemos la razón y el Emperador está equivocado. Él no me conoce bien si cree que permaneceré cruzado de brazos mientras él abandona su reino en su búsqueda de la divinidad y nos deja en medio de la destrucción por su ambición desenfrenada.

»El Emperador ordena la lealtad de millones de soldados y cientos de miles de guerreros Astartes. Sus flotas de combate viajan a través de las estrellas de un lado a otro de la galaxia. La 63.ª Expedición no puede esperar contar con semejantes números o recursos. Todos ustedes saben que es lo que sucederá pero, aún así, tenemos la ventaja.

—¿Qué ventaja es esa? —preguntó Maloghurst, exactamente en el momento justo.

—Contamos con la ventaja de la sorpresa. Nadie sospecha todavía que conocemos el verdadero plan del Emperador, y en eso radica nuestra mayor arma.

—¿Pero que hay de Magnus? —preguntó Maloghurst con urgencia—. ¿Qué sucederá cuando Leman Russ lo regrese a Terra?

Horus sonrió.

—Cálmate, Mal. Me he puesto en contacto con mi hermano Russ y lo he iluminado con toda amplitud acerca del uso peligroso que Magnus hace de hechizos y conjuros demoníacos. Estaba… adecuadamente enojado, y creo que le he convencido de que regresar a Magnus a Terra sería una pérdida de tiempo y esfuerzo.

Maloghurst le devolvió la sonrisa a Horus.

—Magnus no saldrá vivo de Próspero.

—No —acordó Horus—. No lo hará.

—¿Qué hay de las otras legiones? —preguntó Regulus—. No se quedarán de brazos cruzados mientras hacemos la guerra al Emperador. ¿Cómo se propone solucionarlo?

—Una pregunta interesante, adepto —dijo Horus, rodeando la mesa, hasta situarse sobre su hombro—. No carecemos de aliados. Fulgrim está con nosotros y ahora va a ganar a Ferrus Manus de los Manos de Hierro para nuestra causa. Lorgar también entiende la necesidad de lo que debe hacerse y ambos traerán todo el poder de sus

legiones a mi bandera.

—Eso todavía deja muchos otros —señaló Erebus.

—De hecho lo hace, capellán, pero con su ayuda otros pueden unirse a nosotros. Con el pretexto del Edicto de Capellanía, vamos a enviar emisarios a cada una de las legiones para fomentar la creación de logias guerreras dentro de ellas. Con esos modestos comienzos, podemos ganar a muchos para nuestra causa.

—Eso tomará tiempo —dijo Erebus.

Horus asintió con la cabeza.

—Así será, pero valdrá la pena a largo plazo. Mientras tanto he enviado órdenes de movilización a las legiones que no creo que podamos influir. Los Ultramarines se reunirán en Calth y serán atacados por Kor-Phaeron de los Portadores de la Palabra. Los Ángeles Sangrientos han sido enviados al Cúmulo de Signus, donde Sanguinius será ahogado en sangre. A continuación daremos un golpe rápido y decisivo en Terra.

—Esto aún deja otras legiones —dijo Regulus.

—Lo sé —respondió Horus—, pero tengo un plan que las eliminará como amenaza para nosotros de una vez por todas. Voy a atraerlas a una trampa de la que nadie escapará. ¡Pondré al Imperio en llamas y de sus cenizas surgirá un nuevo Señor de la Humanidad!

—¿Y dónde se armará esa trampa? —preguntó Maloghurst.

—En un lugar no muy lejos de aquí —dijo Horus—. El sistema de Istvaan.